OBRAS DEL BEATO ALONSO DE OROZCO

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

MEMORIAL DE AMOR SANTO

II

SALAMANCA
IMPRENTA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodríguez

1896

OBRAS

DEL

BEATO ALONSO DE OROZCO

R.G. 5878

OBRAS DEL BEATO ALONSO DE OROZCO

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

MEMORIAL DE AMOR SANTO

II

SALAMANCA
IMPRENTA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodríguez

1896

JORGE GUILLÉN

MEMORIAL DE AMOR SANTO

EN EL CUAL SE TRATA LA MANERA
COMO SE HA DE TRAER NUESTRO REDENTOR
JESUCRISTO
EN EL CORAZÓN SIEMPRE PRESENTE
POR MEMORIA CONTÍNUA
DE AMOR PERFECTO

PRÓLOGO AL LECTOR CATÓLICO

Como *el principal intento, prudente lector, que el Señor del mundo, haciéndose hombre, tuvo, es sembrar en los corazones de los hombres su santísimo amor, bien tiene excusa mi atrevimiento, habiendo tomado tan grande empresa, como es con este libro querer despertar la memoria del santo amor. El Señor del mundo lo dijo y yo lo deseo decir, y no menos con efecto cumplir.* Fuego, *dice nuestro Sacratísimo Redentor,* vine á poner en la tierra, no quiero sino que arda (1). *Es tan valerosa la virtud de aqueste Divino amor, que no tan solamente á la leña, que son los corazones hábiles para amar, mas aún á los hombres terre-*

(1) *Joan. XII.*

nos y helados quiere inflamar y abrasar, según aquí lo promete (1). Este es el oro encendido, muy puro y muy extraño de toda escoria, el cual nos persuade el Señor que compremos con deseos y gemidos, para luego ser poderosos y ricos, cuya falta es gran pobreza y miseria en el alma, y cuya abundancia es mayor tesoro y riqueza que poseer el universo. Oro y fuego, según aquí nos dijo San Juan, andan en una compañía en el trato de amor santo, para que entendamos su preciosidad, significada por el metal, como es el oro, y el fervor de la memoria contínua, de quien es de nosotros amado nuestro Criador y Redentor, el cual, como mercader de tales joyas y celestial mercaduría, nos ruega é importuna, para que yendo á su tienda compremos oro tan precioso y de tan altos quilates: de manera, que lo uno y lo otro de su mano lo hemos de recibir. El caudal, para comprarlo no es plata ni piedras preciosas, sino un deseo verdadero y una humildad muy profunda, conociendo nuestra pobreza y suplicando con perseverancia lo que pedía el Santo Rey David, que críe en nosotros un corazón limpio y espíritu de rectitud en nuestras entrañas (2), *porque siendo el vaso de nuestro corazón puro, sea hábil para recibir bálsamo inestimable de la caridad y santo amor. Notaréis, sabio lector, el aviso*

(1) *Apoc. III.*
(2) *Psalm. 50.*

que el Señor del mundo aquí os dió, pues dice que aqueste fuego arda dentro de nosotros, y no dice que resplandezca en los ojos de los mortales, para recibir de los hombres alguna gloria. Verdad es que el fuego, como se trae consigo el calor, también se trae el resplandor; de manera, que es imposible, según afirma Salomón, tener el fuego escondido en el seno, sin que se quemen las vestiduras (1) y parezca en las obras perfectas, para edificación del prójimo. Mas porque este cuidado se reservó para sí el Señor, que quiere y sabe en su tiempo y lugar manifestar sus amigos, nos enseñó la solicitud que debemos tener de nuestra parte, diciendo que su amor santo arda en nuestras entrañas por una memoria contínua, de quien más que á sí nos amó, teniendo en poco su vida y ofreciéndose á la muerte, para que nuestra muerte muera y nuestra vida sea perpétua. Plegue á su Divina Majestad, lector católico, que con tanto espíritu gocéis de este Memorial, *siguiendo los ejercicios que en él se enseñan, que podáis decir con la Esposa en los Cantares:* Yo soy llagado con el amor de mi dulce Esposo y Criador *(2).*

En tres partes hallaréis dividida esta obra: en la primera de las cuales se persuade con amenazas la memoria del amor de nuestro Sacratísimo Redentor, y luego con premios y regalos se amo-

---

(1) Prov. VI.

(2) Cant. V.

nesta á no ser descuidados y olvidadizos en pagar esta deuda, la cual pagando, el alma queda con mayor caudal y tesoro.

En la segunda parte se trata de los ejercicios de la semana, cómo cada un día, con diversos motivos, el alma se ha de presentar delante de su dulcísimo Esposo y Redentor nuestro.

Finalmente, en la tercera parte se declaran tres maneras, con que el Señor del mundo, estando en la Cruz, despierta nuestras almas á su amor santísimo con palabras y con obras y también con diversas señas. Digamos, hermano mío lector, luego en esta hora aquellas palabras de San Juan: ¿Qué hacemos, que este Hombre muchas señales hace? *(1). Estemos muy atentos, pues nos llama á la memoria de su santo amor. Respondan nuestros deseos, obras y palabras, imitando tales señales, porque siendo gratos á tan altas mercedes, este piadoso Señor nos dé Él en premio de este cuidado, su vista y descanso de la Gloria. Amén.*

---

(1) Joan. XI.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO LA MEMORIA CONTÍNUA DE AMOR SANTO ES UNA IMITACIÓN CELESTIAL

Tu Nombre, Señor, y tu Memorial son muy deseables á mi alma (1). Estas palabras dijo el santo profeta Isaías, el cual con grande deseo parece haber pedido á nuestro Dios dos cosas: lo primero, que le declarase su santo Nombre: lo segundo, pidió un memorial, para que ya entendiendo lo primero, que es el nombre, se ejercitase por

(1) Isai. XXVI.

lo segundo, que es la memoria, presentando delante de sí á su Dios. No sé, alma mía, cuál sea el nombre que aquí deseaba este santo profeta, como tantos y tan diversos hayan sido los que el Espíritu Santo pone en la Sagrada Escritura: porque si nombre de majestad pedía, ya él sabía que el Señor respondió á la misma demanda que le hizo Moisés: *Yo soy el que soy* (1). Nada tiene sér por sí mismo sin este sumo bien, de quien todas las cosas nacen y tienen sér participado, así como de fuente de bondad y sér infinito. Con este nombre poderoso derribó todo el ejército en el huerto cuando le iban á prender, fortalecidos de armas, cayendo por dos veces en tierra, como lo cuenta San Juan (2); pues luego otro nombre dulce, amoroso y suave es el que este Santo Profeta deseaba, el cual declaró el Padre Eterno cuando envió su Unigénito Hijo al mundo, nacido de la Virgen Santa María para que nosotros de nuevo naciésemos por nueva adopción de gracia á Dios, según San Pablo amonesta. De este nombre deseado, dice el amado Apóstol San Juan: *Dios es caridad* (3). No dijo Dios se llama *Heloyn, ó Adonay, Agyos, Otheos;* ni tampoco trajo á la memoria aquel nombre inefable esculpido en la mitra del gran Sacerdote, el cual se dice *Thetragramaton;* mas dijo:

(1) Exod. III.
(2) Joan. XVIII.
(3) I Joan. IV.

Dios es amor, declarando el nombre nuevo, aunque eterno, y muy antiguo, intimado al mundo en la plenitud del tiempo cuando aquella gran obra de amor, á donde el infinito Dios fué hecho hombre, y por amor y salud del hombre se quiso manifestar.

Pidió también el Profeta Isaías, en la autoridad ya dicha, un memorial para su alma, sacado de este profundo abismo de amor, el cual parece haberse imprimido cuando el Verbo Dios se escribió en las virginales entrañas de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, la Virgen María (1), á donde se vistió de nuestra humanidad, y aun fué como segunda impresión, para más despertar nuestra memoria olvidada, cuando con clavos de hierro y tinta preciosa de su santísima sangre fué enclavado en la cruz. No, pues, parece haber pedido poco este amigo de Dios, demandando nombre y memorial de santo amor, porque no hay cosa tan semejante en el suelo al oficio de los serafines, que en amor arden siempre ante aquel fuego de infinito amor, nuestro Dios, en el cielo, que la contínua memoria y ejercicio actual de tu dulcísimo Esposo Jesucristo, Eterno Dios; ni hay, alma mía, cosa más imitada á los ciudadanos de aquella Babilonia confusa infernal, que acostumbrado olvido del Señor, que siempre es presente á tus pensamientos, palabras y escondidas obras.

(1) Joan. I.

A estos tales descuidados y olvidados de su bien, amenaza este Omnipotente Señor, diciendo: *Yo seré como osa hambrienta y como leona á quien han quitado los hijos; rasgaré lo interior del corazón de ellos, y las bestias del campo los tragarán.* Y si preguntamos la causa de tan rigurosa amenaza y terrible castigo, hallaremos que por el mismo Profeta Oseas había dicho antes: *Hincháronse con hartura de las cosas temporales, ensalzaron sus corazones en soberbia, y de aquí es que se olvidaron de mí* (1). ¡Oh, alma mía, mira bien la raíz y fuente de donde tantos y tan grandes males nacen, abundancia de riquezas y soberbia del corazón. Gran soberbia, sin duda, es y presunción, olvidar al Criador amando la criatura, y dejar al Señor y servir al esclavo.

Bien dice nuestro Padre San Agustín ser la suma de las maldades usar de lo que se ha de amar como fin último, y amar por sí mismas á las criaturas, que son dadas para el uso de la vida; de manera, que el soberbio usa de Dios, teniendo á sí mismo y á su presunción por último fin; y al contrario, el humilde usa de las criaturas, acordándose en ellas de su Criador y amándole como á propio Señor. De aquí es que cuando el Profeta David dijo *haberse acordado de Dios y haber sentido gran suavidad, en tanto que desmayó su espíritu*, primero señaló la causa, diciendo: *menos-*

(1) Oseae III.

preció mi alma toda consolación (1). Aquí parece ser á los amigos de Dios gran trabajo verse sujetos á la servidumbre penosa de esta miserable vida, aun en las cosas de necesidad, pues en nada este Santo Rey recibía descanso ni consuelo. ¡Oh, alma mía, si con verdad dijeses ya aquellas palabras del Santo Job: *Penosos consoladores y onerosos sóis todos vosotros!* (2). Qué pesadumbre traen los amigos, cuánto trabajo dan estos sentidos y en cuánta congoja nos pone el mundo, solamente lo sabrá decir el que tuviese espíritu de sabiduría y gusta cuán suave es la memoria y ejercicio del santo amor. Éste, pues, debe ser el primero y principal documento para el que quisiere ser diestro en este gran ejercicio, hacer lo que dijo David (3), el cual menospreció toda consolación antes que le viniese á la memoria y le saliese al camino el Señor. Delicado manjar es la dulzura de Dios y no se gusta con paladar estragado y enfermo. No pudieron los hijos de Israel recibir el maná angelical y pan suave del cielo (4) sin primero dejar la compañía de los egipcianos, sus casas, heredades y conversación; y sobre todo esto, primero se acabó la harina que sacaron de Egipto, que gustasen este soberano manjar; ni pro-

(1) Psalm. 76.
(2) Job XVI.
(3) Psalm. 76.
(4) Exod. XVI.

veyó el Omnipotente Señor de vino tan maravilloso en las bodas de Caná de Galilea hasta que el otro vino menos bueno fué primero acabado, según las palabras de la Madre benditísima, la cual dijo á su Hijo: *No tienen vino* (1).

¿Qué misterios son estos, alma mía, sino quererte avisar tu Esposo y Señor que si quieres el pan milagroso y maná, que es la memoria de su santísimo amor, debes primero salir de las tinieblas de ese Egipto y engañoso mundo, menospreciando su herencia y casa de lodo, que es el propio cuerpo, saliendo al desierto para ver las maravillas de Dios, dando fin á esa harina, que es memoria de tu vida pasada, para no volver á ella? (2). Porque en el mismo momento que te faltare el vino de la alegría vana y consuelo de la tierra, á la Madre Sacratísima de Dios tienes por abogada, la cual ahora no menos en el cielo ora por tí cuando de su benditísimo Hijo Jesús te acuerdas, dejada la memoria de todo consuelo humano, y dice así: Hijo mío dulcísimo, no tienen vino de consolación, pues todo lo han dejado por vuestro santo amor; y pues una vez proveísteis de vino material en las bodas de Caná para sustentación de los cuerpos, razón pide que los que de Vos se acuerdan, en Vos sólo confían y á Vos solamente aman, reciban vino suave de dulce alegría para sus almas.

---

(1) Joan. XIV.
(2) Exod. XII.

No pudo acabar consigo el santo Noé que no extendiese la mano y aposentase á la paloma dentro en el arca, porque el texto dice no haber hallado donde sentase los piés (1); ni podrán sufrirse las tiernas entrañas de tu Esposo Cristo Jesús para no recibirte, alma mía, y darte la mano de su favor, aposentándote en lo interior de su corazón, con tal condición, que los piés de tus deseos de amor, así como de paloma inocente, no reposen en las olas de la honra vana del mundo, que tan presto se pierden de vista, ni tampoco en los cuerpos muertos en diluvio de pecados, que son deleites de mal olor ponzoñoso: lo uno y lo otro dijo el Señor haber sido causa que el alma se olvidase de su Majestad. Mas porque, alma mía, sepas temer el espantoso castigo y amenaza que hizo el Señor, mira qué de tormentos se declararon en la sentencia contra los olvidados de la paga que pide el santo amor. *Seré*, dijo Dios, *como osa hambrienta* (2).

¡Oh, mi buen Jesús! ¿Qué hambre es esta con que nos amenazáis? ¿No tenéis, Señor, por ventura en esa mesa del cielo innumerables millares de ángeles, arcángeles, potestades, virtudes, dominaciones, principados, tronos, querubines y serafines, cuyo oficio es, hechos llamas de amor, según dice David, loar vuestra grande omnipoten-

(1) Genes. VIII.
(2) Oseae XIII.

cia y amar vuestra infinita bondad, sin cesar un solo momento? (1). A esto responde el Señor: verdad es que esa gente es muy generosa, son espíritus que me aman y sirven como á Criador y Señor (2); mas no me parece que me matan la hambre, según el gran deseo que tengo de ser amado de estos hijos de Adán, á quien yo más que á los ángeles amé; pues no me hice ángel, ni querubín, sino hombre (3); ni me encerré en las entrañas de una doncella nueve meses por ángeles, sino por hombres; no nací llorando por ninguno de los serafines, sino compadeciéndome de la perdición del hombre (4); no fuí desterrado á Egipto por ninguno de los querubines, sino para que se alzase este destierro y volviese á su propia tierra el padre primero pecador Adán con sus hijos; si derramé sangre de mi carne delicada á los ocho días, no fué por alguno de los tronos, sino para que el hombre pusiese cuchillo de dolor á sus desenfrenados deleites; y, finalmente, por el hombre peregriné en la tierra los piés descalzos, porque él fuese ciudadano perpétuamente en el cielo. Por él ayuné cuarenta días y cuarenta noches sin comer, en un áspero desierto, para que sea admitido á la hartura y mesa de los ángeles. Por el hombre

(1) Psalm. 103
(2) Prov. VIII
(3) Joann. I.
(4) Luc. II.

culpado me dejé prender, siendo yo inocente Cordero (1). Por el amor grande que tuve al hombre, y no por algún serafín, me dieron muchas bofetadas. Por él me llagaron de piés á cabeza en la columna atado. Por él me sentenciaron á muerte, siendo libre Barrabás, figura del pecador. Por él me crucificaron, y aun por el hombre que amé más que á mi propia vida, dí mi espíritu al Padre en la cruz. Con esta hambre parece el Señor del mundo haber dado voces en la cruz, diciendo aquella palabra *sitio* (2), gran sed tengo que esos hijos de Adán olvidados, se acordasen de mí, á quien tanto deben amar. De esta grande obligación de amor me nace la hambre, dice nuestro Redentor Jesucristo, para que en pago de su descuido, así como osa hambrienta, en el día de su muerte terrible, les enseñe los dientes de mi invencible poder, pronunciando aquella sentencia definitiva: id malditos ingratos olvidados á la casa infernal del olvido, para ser castigados en ella de fuego eterno y compañía de demonios (3).

Dice más la autoridad: seréles como leona á la cual quitaron los hijos (4). No otra cosa, alma, hacen los mal mirados hijos de Adán, pecadores en el olvido que tienen de su Dios, sino quitarle los hijos

(1) Matt. IV.
(2) Joann. XIX.
(3) Matth. XXV.
(4) Oseae XIII.

de bendición, que son los pensamientos y deseos amorosos del benigno Jesús Redentor nuestro, del cual cada momento nos habíamos de acordar, amándole, pues murió como otra madre nuestra Raquel, para que naciese y tuviese vida el pequeñito Benjamín (1). Allí la muerte de la madre fué principio de la vida del hijo, siendo casi todo junto el morir de la una y el nacer del otro. Aquí, muriendo el que es verdadero Hijo de Dios y perfecta vida, quedó el hombre por adopción hijo de Dios y heredero del cielo, del cual estaba desheredado (2); de manera, que cada un deseo y pensamiento de amor, con el cual te acuerdas de esta leona tu madre, Jesucristo es un león pequeñito suyo; porque San Pablo dice *que no somos bastantes á pensar cosa alguna, así como de parte nuestra* (3); y por la misma razón muchos pensamientos y deseos de amor son leones pequeños, figurados por los doce leoncillos, sobre quien estaba sentado el trono de Salomón (4), los cuales, si perseverares en darles vida, frecuentando nuevos actos de amor, se hacen muy grandes leones, creciendo para defender el trono de tu corazón, donde está el gran leon Jesucristo sentado, victorioso matador de nuestra muerte, según dice el Evangelista

(1) Genes. LIII.
(2) Galat. IV.
(3) II Cor. III.
(4) III Reg. VII.

San Juan (1). O podremos decir que estos pensamientos y deseos del alma, por los cuales presenta en su corazón contínuamente á su Esposo Jesucristo, se llaman leones, porque ellos hacen retraer á los infernales enemigos, fieros leones; y aun hacen enmudecer al mayor leon soberbio Lucifer, cuyo oficio es, según dice San Pedro (2), dar bramidos á los oídos de las almas, con pensamientos abominables y escrúpulos de blasfemias, para á lo menos, si no las puede engañar, tragándolas por pecado mortal, las espante é inquiete, para estorbarles algún mayor bien, como á la verdad nada pueda este adversario, sino contra los olvidados y desacordados de pagar al Señor esta tan gran deuda de amor (3).

Conforme á lo dicho, se sigue la tercera pena, diciendo el Señor que les rasgará lo interior del corazón (4). La razón pide que quien cortó mano, pague con la mano, y quien mató, que muera, según el Señor del mundo mandó en el Testamento Viejo (5); y aun reprendiendo á San Pedro, cuando le quiso defender en su Pasión, se tornó á pronunciar la sentencia del Talión, que quien matase, que muera (6); pues como todo el daño de esta cul-

(1) Apoc. V.
(2) I Petr. V.
(3) Psalm. 9.
(4) Oseae XIII.
(5) Exod. XXI.
(6) Matth. XXVI.

pa haya sido olvido en el corazón de aquel sumo bien eterno, justamente suena la sentencia que en el mismo corazón se ejecute la pena y que le rasguen las entrañas con peines de hierro y espada terrible de eterno dolor. A la cabecera tenía el puñal Holofernes, cuando Judith, sierva de Dios, animosamente le mató, estando durmiendo (1). ¡Oh, alma mía, que ese olvido tan acostumbrado de tu Esposo Jesucristo, no es sino un sueño pesado, en el cual tengo temor no venga la justicia divina á darte de puñaladas con tus propias armas y á quitarte para siempre la vida: finalmente, concluye la sentencia temerosa amenazando á esta gente olvidada, que pues vivieron como bestias, olvidando á su Hacedor (al cual, según Isaías (2), la asna, que significa la Gentilidad, y el buey, que figura á la Sinagoga, reconocieron por su Señor y se llegaron al pesebre, viniendo pastores y Magos á ofrecerle tributo de alabanzas y fe), justo es que sean sus sayones las bestias, que los traguen y sean sepulcros de sus almas aquellos lobos robadores infernales, á quien imitaron por ingratitud y olvido, no amando de todo su corazón, alma y fuerzas á su Dios y Redentor (3).

Has visto, alma mía, las amenazas y espantosa justicia que se ha de hacer de los olvidados de

(1) Judith XIII.
(2) Isai. I.
(3) Matth. II.

Dios; bien será que temas y te apartes de este profundo piélago de olvido, acordándote de amar, y amando siempre, pagar la deuda del santo amor que debes á tu Redentor.

CAPÍTULO II

CÓMO EL ESPOSO CRISTO PONE DEMANDA AL ALMA, SU ESPOSA, QUE LE PAGUE CON MEMORIA DE AMOR.

AS porque, según afirma el glorioso San Juan, todo temor tiene desabrimiento y pena (1), no quiero, alma mía, que el temor sea toda la causa que te mueva á tan alto ejercicio, como es memoria de amor, sino que te despierte á siempre amar ese mismo amor. Bien dijo este Santo Apóstol *que todo temor tiene pena* (2), porque no hay cosa más contrahecha y violenta á la

(1) I Joan. IV.
(2) Galat. IV.

libertad del alma, que es la sujeción del temor. El amor libre es porque es hijo de madre libre y nace de la voluntad, entendido por Isaac, á quien llamó San Pablo hijo de espíritu. Ismael, hijo de sierva, es el temor, y como sigue la condición de la madre, háse de concluir, que todo temor es penoso y trae servidumbre, dejado aparte el temor filial, el cual nace del santo amor, como se verá adelante; de manera, que nuestro corazón es generoso y tan libre en amar, que nadie, queriendo él amar, le podrá ir á la mano, porque en esta libertad le sacó á su imagen el Criador, á quien sólo de absoluto poder se le atribuye el corazón de los reyes, estos hombres libres, teniéndolos en su mano, para volverlos á la parte que quisiere (1).

Mucho nos importa el amor santo, porque á amar nuestra inclinación nos lleva: mayormente sabiendo guiar la navecilla de nuestro corazón, el cual en el temor pena, porque, según nuestro Padre San Agustín dice, el temor nace de alguna sospecha de mal, y en el amor hallamos suavidad, porque jamás se ama, sino lo que es bueno ó tiene similitud de bien: de manera que quien, por temor de las amenazas ya dichas, se vuelve á la memoria de amor santo, no hace mal, porque este tal ceba el fuego con leña; mas el que por amor se persuade á contínuamente amar al bendito amado Jesús, este tal ceba fuego con fuego, que es mayor

(1) Prov. II.

y más delicada arte de amar: para lo cual este amoroso Esposo, con palabras dulces y ruegos te despierta, alma mía, porque de él tengas memoria y le ames, diciendo así: *Hijo, no te olvides de mi ley* (1).

Llamóte, alma, hijo, por aficionarte y regalar tus entrañas con dulce fuego de amor. También, porque entiendas cuánta deuda tienes de amar á tan benigno Padre y Señor, el cual en tí á lo menos ama su obra y propia hechura: así como el padre, que aunque sea travieso el hijo no le echa de su casa, amándole como á sus entrañas, por ser hijo. Gran traición fué la de Absalón contra David, su padre, pues con tanto atrevimiento le quiso quitar el reino y heredarle en su vida (2); mas al fin David amaba á Absalón, aunque rebelde, por ser hijo propio y no con pequeño cuidado. Este amor solícito le encomendaba á sus capitanes, para que le guardasen y mirasen en los reencuentros de la guerra. Antes de tiempo quiere reinar el pecador, y de mal sufrido, cae en la culpa y traición, según vemos en Lucifer y en Adán, los cuales, contra la voluntad del Rey soberano, Padre suyo y nuestro, quisieron reinar (3); mas al fin, ama Dios á la naturaleza de los ángeles malos, que es obra suya por creación, y por eso los

(1) Prov. III.
(2) II Reg. XV.
(3) Genes. III.

conserva en su sér, dado que aborrece sus culpas; y aún ama este Padre piadoso al pecador Absalón más que á los ángeles malos, y es porque tiene habilidad de volver á su Padre por el camino de la penitencia y amor; por lo cual, ni los elementos le quitan la vida, que son capitanes de Dios, á quien temía Caín en pecado, cuando dijo: *Cualquiera que me hallare, me matará* (1); mas el Padre de misericordia, nuestro Dios, le dijo: *Yo te doy mi palabra, que no será así.* Esto parece claro, pues la tierra substenta al pecador que mejor merecía ser tragado, como lo fueron Datán y Abirón (2), el aire le recrea, el agua y fuego le sirven y todo lo criado parece guardar al amado hijo de David Absalón, porque así lo manda el benigno Padre, el cual, con la fuerza del grande amor, no le castiga ni amenaza, porque no desespere, quitándole el nombre como no le quitó á Judas, llamándole amigo cuando le dió paz en el rostro, mas antes, por aficionarle á que ame á este amoroso Padre, le decía: *Hijo, no te olvides de mi ley* (3). O podremos decir así, que nos llamó hijos, la cual es palabra muy reiterada por nuestro Salvador Jesucristo, porque entendamos el gran favor de nuestra bendita ley de gracia, pues los padres antiguos y pueblo de Israel, dice San Pablo

(1) Genes. IV.
(2) Num. XVI.
(3) Prov. III.

que estaban como niños sujetos á temor de ayo. Ley era de temor, y por tanto, se dió en el monte Sinaí, y con muestras temerosas, relámpagos, truenos y gran tempestad (1); de manera, que el pueblo, mirando de lejos lo que pasaba en lo alto del monte, temblaba de temor. Y aun por esto dice nuestro Padre San Agustín, que aquella ley se escribió en piedra dura y con el dedo de Dios, que declara aspereza de hueso y nervios, porque lo había el Señor con gente porfiada, dura y recia de cerviz; de manera, que como siervos, eran sujetos por temor, el cual es ley entre el Señor y los vasallos, mas el amor entre padre é hijo. El temor padece fuerza, mas el amor no sufre violencia, de gracia se dá, libremente se recibe con lengua tierna, que llama David *pluma del que escribe apresuradamente*, que es el Espíritu Santo (2). En las entrañas se escribe y no en piedra dura, conforme á la promesa que Dios hizo por el Profeta Ecequiel (3).

Pues para que dés, alma mía, esa voluntad libre, te dice hijo, el que desea de tí ser amado como verdadero Padre; y aún puedes entender por esta palabra, hijo, el abundante regalo y afluencia de gracia que ahora se te comunica en los Sacramentos, más que en el otro tiempo á los antiguos.

(1) Exod. XVI.
(2) Psalm. 44.
(3) Ezech. XXXI.

en aquella ley de servidumbre; pues conclusión de teólogos es haber sido de muy mayor eficacia padecer nuestro Salvador Jesucristo, para dársenos mayor gracia, como á más amados hijos, demás de habernos merecido la entrada del cielo (1).

Síguese en la demanda que nos pide este gran Padre Jesucristo: *No te olvides de mi ley*. ¿Qué ley, alma mía, es esta, sino aquel santo amor, por el cual cielos y tierra son regidos y gobernados? Esta ley manda Dios que guarde el ciudadano y el extranjero, el ángel, morador de la ciudad celestial, y el extranjero Adán, criado en el suelo, para ser á su tiempo ciudadano del cielo (2). Este secreto declaró el Espíritu Santo, cuando dice haber sido Adán llevado al Paraíso terrenal y criado fuera de él, para que se tuviese por peregrino y extranjero, hasta ser trasladado y vecino de los ángeles en el cielo; con tal condición, que primero guardase esta bendita ley de amor en la tierra, obedeciendo á su criador (3).

El Sabio Salomón, queriendo engrandecer esta ley, la llamó *ley de clemencia, asentada en la lengua del dador de ella* (4), nuestro Redentor Jesucristo; y con razón es ley de clemencia, pues todas las otras leyes le hacen acatamiento y se le suje-

(1) Scot. IV.
(2) Lev. XVII.
(3) Genes. III.
(4) Prov. XXXI.

tan y de todas se apela para la indispensable ley de santo amor; y aun llámase ley de clemencia, porque con el cumplimiento de ella pagamos nuestras deudas y se mueve á clemencia el dador de ella, perdonándonos, no sólo la pena que debíamos viviendo, mas aún por el amor afervorado se relaja y perdona la pena del purgatorio, según dice Escoto (1).

Las leyes, alma mía, en los libros suelen estar escritas; mas aquí dijo el sabio que la hallarás en la lengua de tu Esposo Cristo. Así parecía haberla hallado la Esposa en los Cantares, cuando dijo haber descubierto una fuente de miel y leche, que estaba debajo de la lengua del dulce Jesús (2). Justamente se llama la memoria del amor santo miel, porque toda es dulce al alma, de cuya suavidad nace que todo le sea amargo en esta vida. Honra, gloria, riquezas y pasatiempos, todo lo pone debajo de los piés, como otra mujer celestial que vió San Juan estar de piés en la luna, mudable é inconstante, como lo vemos ser este mundo (3). La experiencia de esto enseña nuestro Padre San Agustín cuando dice que todo le era grave y penoso en este suelo á causa de la gran suavidad que sentía de Dios y deseo de la hermosura de la gloria. También es manantial de leche la ley

(1) Scot. IV, d. XIV, q. I.
(2) Cant. IV.
(3) Apoc. XII.

de amor santo, pues con tanto estudio á todos los estados persuade y amonesta pureza. A los casados enseña que con toda honestidad guarden castidad conyugal. A los continentes y vírgenes amonesta más alta manera de limpieza, imitando á los ángeles en pensamientos y obras: porque esta ley universal de clemencia y amor á todos los estados regla, á todos obliga y en todos inviolablemente guarda su nombre y título, llamándose ley de clemencia.

¡Oh, ley soberana de amor! ¿qué diré de tí, sino que te dió el Señor y ordenó para los perdidos hijos de Adán en este camino y valle de miserias, por ser Él dulce y recto Padre y Rey de amor, queriéndonos volver á sí mismo por el camino breve, suave y puro del amor? ¡Oh, ley de fuego en la diestra de Dios, que clarificas y alumbras la zarza de nuestra conciencia, de pecado enzarzada, sin que la quemes, según la gran visión que llegó á ver Moisés admirado, los piés descalzos en el desierto! (1). ¡Oh, alma mía, si te descalzases luego de tus deseos mundanos y de tu viciosa voluntad, como te lo manda el Señor, no menos ahora que entonces á Moisés, luego verías este milagro grande, y te manifestaría en medio del gran fuego de amor tu Esposo Cristo grandes misterios, suaves palabras y escondidos Sacramentos! Mas mira que esta ley amorosa, de la cual te pide el Señor que

(1) Exod. V.

siempre te acuerdes, dijo el Espíritu Santo que estaba á la diestra del Rey Jesucristo, así como avisándote que no debes confiarte en solamente hablar de Dios (aunque cosa grande es, pues las palabras santas son centellas de amor), porque entonces solamente anda en la lengua esta santa ley. Conviene también que ande en la diestra, esto es, que seas, alma mía, muy diestra y ejercitada en obras santas, produciendo nuevos actos de amor cada día, hora y momento. A cada cosa que obras, la mano derecha va adelante, como más hábil para hacer lo que quieres; bien así en todo lo que obrares ha de ser guía y capitán el amor. Por esto te dijo el Redentor *ser el mandamiento del amor de Dios el primero y el mayor* (1), porque en todo sea primero, en orden y tiempo; de manera, que este es un documento muy principal, el cual aconseja San Pablo, *que comiendo y bebiendo, durmiendo y velando, todo lo obremos á gloria y alabanza de Dios* (2). De aquí es que las personas de espíritu, primero que coman, ponen el oído al mandamiento amoroso que el Señor del mundo dió al primer hombre Adán, diciéndole: *come* (3). Y cuando quieren dormir, les parece oir aquella suave voz del Cordero Jesús, el cual dijo en el Huerto á sus amados Apóstoles: *Dormid ya y descansad* (4). Es

(1) Matth. XXII.
(2) I Tim. V et Cor. X.
(3) Genes. II.
(4) Matth. XXVI.

cosa tan alegre y suave esta doctrina del Apóstol San Pablo, que ya el alma, por cumplir más con la obediencia de su Esposo Cristo que no por cumplir su voluntad, sirve sin pesadumbre á su cuerpo, dándole lo necesario á la vida, refiriendo primero todos sus actos al amor de Dios. Esto es lo que quiso decir el Eclesiástico, afirmando tener *un tesoro infinito los hombres* (1), lo cual no se puede entender sino del amor, porque aunque finito sea en sí mismo, es poderosa la voluntad para sacar siempre oro de tan preciosa mina, y en toda la vida, por arte sutil, amar con muchos actos en todas sus obras á su amado Jesús.

Bien has visto, alma, la demanda tan alta y tan justa que tu Esposo te ha puesto, diciendo que no te olvides de su ley de amor. Hija eres, responde con amor filial y ejecuta esta ley de clemencia en tí misma. Ley de fuego es que ilustra todas tus potencias y casa. Su trono tiene á la mano diestra, porque no hallaras en ella cosa siniestra ni penosa. Toda es pura, toda santa, toda es dulce esta ley de santo amor.

(1) Sapient. VII.

CAPÍTULO III

A DONDE SE PROSIGUE LA AMONESTACIÓN COMENZADA DE LA MEMORIA DE AMOR SANTO

Visto el gran cuidado, alma mía, que tu Amado puso en despertar tu olvido, diciendo que no te olvidases de su ley, será bien que consideres lo poco que pide, diciendo que le des amor. Es de tanto valor el amor, que aunque seamos tan flacos en amar al infinito y sumo Bien, el cual sólo á sí mismo basta á satisfacer con debido amor que no menosprecia ser de nosotros, gusanos pequeñitos, amado. Es la razón, porque no hay cosa tan nuestra como es nuestro amor, en tanto que de él sólo podemos hacer presente, agradable y servicio muy subido á nuestro Criador y Señor. Muy bien dice

el Santo Job *haber nacido desnudo de todos los bienes y con desnudez haber de volver á las entrañas de la tierra* (1), así como quien deja lo ajeno y lo restituye á su dueño; mas nuestro Dios amoroso no dejó desnuda el alma de aquella vestidura preciosa que en eternidad Él mismo se vistió; mas crióla libre y muy hábil para amar, respondiendo libremente si quisiese con amor á su Criador: en lo cual principalmente quiso que le pareciese, no en fortaleza, ni tampoco en poder, porque toda criatura de sí misma es flaca, ni en sabiduría, pues tan propia le es la ignorancia; mas quiso que le imitase en amar, porque en esto Dios se da por satisfecho; y aunque de tan bajos quilates sea nuestro amor, á lo menos demanda el deseo, dado que las fuerzas sean tan flacas para amar á bien tan infinito. Así podríamos decir, alma mía, que para inflamar tu deseo y subirle á una similitud de sí mismo, este benigno Esposo te pide *ser amado de todo tu corazón y alma y con todas tus fuerzas* (2); no porque esto en esta imperfecta vida se puede obrar, sino porque lo puedes y debes así desear, porque se cumpla en la gloria. Proporción y similitud hay alguna que ames del todo á quien te ama en todo y por todo; de manera, que dando lo poco que puedes en amar, satisfaces lo mucho que debes, deseando amar á tu Señor y Criador.

(1) Job I.
(2) Matth. XXII.

Gran maravilla parece, alma mía, que haya en tí olvido y que sea menester arte para la contínua memoria de este santísimo amor, como el Señor dice por Jeremías: *¿Podrá, por ventura, la virgen olvidarse de su vestidura, ó la esposa de los collares de su garganta?* (1). La vestidura preciosa que te viste y adorna en el bautismo, es tu Esposo Jesucristo. Así lo afirma San Pablo, diciendo: *Todos los que sóis bautizados quedáis vestidos de Cristo* (2). ¡Oh, cuán hermosa y acabada quedas, alma, cuando tan excelente vestidura te vistes, pues el Santo Profeta David te llama *reina, vestida de brocado, y sentada con tan grandes favores á la diestra de tu Esposo!* (3). Cuán admirable á los ángeles y cuán espantosa á los demonios, no hay lengua que lo pueda recontar. Esta es la vestidura de boda, la cual, faltando á aquel hombre mísero, mirándole el Rey Soberano, reprendiéndole, dijo haber sido muy atrevido en haber parecido sin ella; y *mandándole atar de piés y manos, le mandó lanzar en las tinieblas de fuera* (4), que son las penas eternas del infierno, porque en las interiores tinieblas de dentro ya el pecador está, después que consintió en el pecado. Esta gran piedad que Dios contigo usa, alma mía, en vestirte

(1) Jerem. I.
(2) Galat. III.
(3) Psalm. 44.
(4) Matth. XXII.

en el bautismo, siendo él tu vestidura, significó el Espíritu Santo cuando dice haber dado unas vestiduras de pieles de animales á nuestros padres Adán y Eva, después del pecado (1), para declarar que el mismo Dios se había de hacer hombre mortal y, muriendo por nosotros, sernos vestidura de misericordia en el santo Bautismo. Pues como nada esté delante de los ojos más cerca que la vestidura que traes vestida, bien preguntó el Señor que cómo es posible que tengas olvido de ella.

Los collares de la garganta, que tu Esposo Cristo, como en joyas te ha enviado, son los innumerables beneficios, de los cuales, así como de preciosas cuentas, á su tiempo has de dar cuenta. Bien parece ser collar los dones naturales que de Dios recibiste; como en collar van cuerpo y alma, en el cuerpo cinco sentidos y en el alma tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad. Cuenta mejor, que de perdones es el entendimiento, para que creyendo á Dios, merezcas verle. La voluntad, para que le ames. La memoria, para que de él contínuamente te acuerdes. No olvidaba este collar nuestro Padre San Agustín, cuando en sus meditaciones daba gracias á nuestro Dios, pues no mereciendo más él que una piedra, no le hizo piedra, ó árbol, ó animal bruto, mas le dió sér racional, capaz de su Criador para ser criatura asistente de su divina Majestad; y aún David dice *que*

(1) Genes. III.

será grato al Señor, dándole alabanzas, por haberle dado entendimiento (1).

El segundo collar es de los dones gratuítos é infusos, sin los cuales los naturales ya dichos nada agradan á los ojos de Dios. Como en sarta van las tres virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad. No basta la fe sin amor; ni hay perfecto amor en esta vida para con Dios, sin la lumbre soberana de la fe; de aquí viene la esperanza, por la cual, lo que creemos y amamos, esperamos gozar (2). ¿Qué diré, alma mía, del tercer collar, tu Esposo Jesucristo en la cruz ensartado, el cual como joyel preciosísimo, pues es *Agnus Dei, que quita los pecados del mundo*, siempre debrías traer á tu garganta, comenzando de su santa Concepción en las entrañas de la Virgen, hasta llegar al sepulcro?

La justicia, pues, demanda, alma mía, que no te olvides de estas tres maneras de tesoros y collares con que te enriqueció tu Esposo Jesucristo. Mira no se diga por tí lo que por Jeremías, quejándose Dios, dice: *Olvidóse de mí mi pueblo por innumerables días* (3). No sufre el solícito amor santo que pase hora en él sin memoria de su Dios; y aún muchas veces hace esto cada momento. De esta vestidura que oíste y de estas tres maneras

(1) Psalm. 15.
(2) S. Bonav. II, d. XXIX, q. II.
(3) Jerem. II.

de collares, de los cuales, así como de dones preciosos, que este fuerte amador Cristo le envió, hace contínuas gracias; y una hora de olvido tiene á gran traición el amor leal: cuanto más un día y muchos días mal empleados en el mundo, con tanto olvido de Dios, ¿será crimen *lesæ majestatis?*

Y aun la causa de este olvido y deslealtad no disimuló el Señor, cuando por el mismo Profeta dijo: *Descendieron del monte al collado y olvidáronse de su cama* (1). ¡Oh, qué jornada tan triste, qué descendida tan lastimosa, estando en el monte encumbrado de tan alta perfección de santo amor, á la cual llama sobre excelente camino de la más subida ciencia San Pablo (2), haber descendido al collado del olvido, amando las cosas bajas del mundo, á donde el alma cae en manos de ladrones, de los cuales es llagada y dejada en el camino, así como medio muerta, según le acaeció á aquel pobre hombre que el Santo Evangelio dice haber descendido de Jerusalén á Jericó (3); mas mira, alma, la gran misericordia de Dios, la cual no permitió, aunque tú bien lo merecías, que fueses enteramente muerta, en pago de tan gran traición de olvido. Media vida le quedó aquel hombre; media te queda á tí, la lumbre natural y sindéresis de la razón que amonesta el bien y reprende lo

(1) Jerem. L.
(2) I Cor. XII.
(3) Luc. X.

malo. Ahí se te queda para que te intime y declare la pérdida de lo mucho que tenías ganado por amor con tu Dios; y también te diga cómo son muertos ya los hijos de bendición, que son los pensamientos pasados de amor santo; de lo cual todo tienes figura en los mensajeros, que vinieron á dar las tres nuevas al Santo Job (1); pues torna con esa media vida á revivir, aprovéchate del aceite y vino, que son misericordia y justicia, que como medicinas saludables te envía tu Esposo Jesucristo, para que sanes de las heridas pasadas del olvido. Sube al monte de amor santo, de cuya altura contemplarás mejor que Moisés, la grandeza y fertilidad de la tierra prometida, que es el cielo: descubrirás las celadas cautelosas de tus contrarios, mundo, demonio y carne, y saldrás con la victoria de tus contrarios, peleando con los brazos invencibles del santo amor, porque de esta descendida del monte al collado por fuerza se ha de seguir que te olvides de tu cama.

Suele ser la cama reposo de la noche por los trabajos del día. No tienes, alma mía, sino sola una cama, en la cual puedas descansar de tus trabajos, adversidades y aflicciones, que no es otra sino Cristo Jesús, que por San Mateo dá voces, diciendo: *Todos los que estáis fatigados y trabajados, venid, que yo os consolaré* (2). Bien dice

(1) Job I.
(2) Matt. XI.

que vamos á él, pues su Majestad nos crió para su gloriosa vista y bienaventuranza. Él es *alpha*, que es primera letra del alfabeto griego, y *omega*, que es la última. Él es principio de quien salimos y fin por quien hemos de volver á nuestra bienaventuranza, según dice San Juan en el Apocalipsi (1). Acuérdate, pues, alma, de tu primera paz y descanso: ten memoria de aquella cama delicada, Cristo Jesús, que durmió en la cama penosa de la cruz, no por otra cosa sino para que hallases blandura de misericordia. Paga el olvido pasado con la vida nueva y contínua memoria de amor. Hija eres. Tu Padre piadoso te llama á la paga tan debida de tan largos años. Responde dando á Dios lo que es de Dios (2), amando contínuamente su bendita ley divina, como primero te dije. No quiero, alma mía, que ignores cómo el pago, según justicia, del olvido, es el olvido; quiero decir, que á los que se olvidan de Dios, él amenaza que se olvidará de ellos. A esta pena se ponía David, cuando dijo: *Si me olvidare de tí, Jerusalén, y no me acordare de tí en todas mis alegrías, sea dada mi mano derecha al olvido* (3). Jerusalén, la que vió San Juan en el Apocalipsi descender del cielo tan agraciada y tan pura (4), es nuestro Sal-

(1) Apoc I.
(2) Luc. XX.
(3) Psalm. 136.
(4) Apoc. XXI.

vador Jesucristo, visión de paz es, en quien se celebró nuestra paz, para ser nuevamente hechos hijos adoptivos de Dios. Esta paz es la que pregonaron los ángeles, cuando este Señor de piedad fué nacido en la tierra (1); paz que apacigua las almas, dándoles gusto por manera inefable de las paces del cielo; pues esta Jerusalén, dice ahora David que ha de ir delante de nuestras alegrías y consolaciones, así como regla y nivel que las regle y ordene á su santo amor. Esto parece declarar el mismo Redentor, cuando en muchas partes del Santo Evangelio nos dice que le sigamos (2), queriendo él ser nuestra guía, porque nosotros sigamos sus santas pisadas y llevemos delante los ojos con mucha atención, siguiendo el camino de amor y contínua memoria; el cual amor vino á descubrir en este valle mísero del olvido, porque él, deseando ser amado, no fuese compelido á pagar con olvido el desacuerdo de los hijos de Adán, llegado el día de la paga, esto es, el tiempo de nuestra muerte. No quiero más, alma mía, serte importuno, persuadiendo con amenazas á la memoria, que tanto te conviene, que es amar; ya es tiempo que veas la fuerza que tiene, los grandes provechos que trae este grande ejercicio de la memoria contínua de tu dulce Esposo y amado Redentor.

(1) Luc. II.
(2) Luc. IX.

CAPÍTULO IV

DE LA GRAN FUERZA Y VIRTUD QUE TIENE EL SANTO AMOR

UÁN grande sea y cuán admirable la fuerza que tiene la memoria del santo amor, manifiesta cosa parece, pues el bienaventurado San Bernardo dice: "solo el amor triunfa de Dios, así como ganando victoria con él„. Bien parece ley fortísima la de este amor, pues él sólo hizo andar á una el león bravo Eterno Dios y el Cordero manso hombre temporal en la unidad de una persona divina, Dios y Hombre juntamente; pues que al que es eterno le vayan contando los días, y que diga San Lucas hoy es nacido el Salvador (1), y á los

(1) Luc. II.

ocho días derrame sangre, y á los treinta años recibiese el bautismo, y que á los treinta y dos y medio, según dice el maestro de las sentencias, se afirme con verdad católica ser el Hijo de Dios el que muere en la cruz, solamente para esto pudo bastar el gran ingenio y fuerza del santo amor, cuyas son tales hazañas y victorias tan ilustres.

Qué bien sentía San Pablo este secreto, cuando dijo: *Por la abundosa caridad, con la cual nos amó el Padre celestial, envió su precioso Hijo, naciendo de una Santa Mujer, obediente á la ley, para que de tal sujeción nos libertase* (1). Mucho debes, alma mía, notar aquella palabra primera, dado que sean todas muy misteriosas, pues aquí te dice el Apóstol, que todo lo pudo la gran caridad y amor que te tuvo aquel Padre Eterno. Cosa es averiguada, que el amor le movió á criar cielos y tierra, y aun amor fué la causa para darte el sér, como antes nada fueses (2); finalmente, esta caridad te dió el primado sobre todo este universo para que tuvieses mando y señorío en los peces del mar, aves del cielo y bestias de la tierra. Mas cuando esta caridad y amor se haya de llamar grande, significólo aquí San Pablo, cuando declarando tan gran triunfo y victoria del amor, dijo haber podido tanto con el Padre, que diese cuanto pudo dar, dándonos su preciosísimo Hijo, nacido

(1) Ephes. II.
(2) Genes. II.

de la Virgen Santa, su Madre. ¡Oh, gran gigante el amor santo! ¿qué diré ya de tí, tan lejos del sentimiento y experiencia de tus grandes fuerzas? Loarte hé con lengua ajena, pues no he merecido que el querubín con la brasa encendida, tomada del altar de Dios, tocase mis labios y habilitase mi lengua, como del Profeta Isaías se lee (1). Diré con la Esposa en los Cantares lo que en tan gran excelencia tuya el Espíritu Santo escribe: *Fuerte es el amor santo, así como la muerte* (2). ¿A quién, veamos, no acomete la muerte? ¿Qué rey se le va de las manos y qué señor se le esconde? ¿A quién no vence la muerte, que ni se compadece del pobre, ni se retrae viendo al rico, ni halla algún fuerte Sansón á quien no combata, y combatido venza la valerosa y tan fuerte muerte? A ésta llamó el filósofo la cosa más terrible y fuerte de esta vida, porque todo lo vence y todo lo puede, y aun todo lo iguala (3), al rey con el labrador y al siervo con el Señor; todos los mide y regla por una medida y regla, que es la sepultura.

Pues no menos el santo amor es fuerte, pues con tanta osadía osó dar combate al invencible Dios, el cual, como sea caridad, según nos avisa San Juan en su Canónica (4), tuvo por bien de

(1) Isai. VI.
(2) Cant. IX.
(3) Arist.
(4) I Joann. IV.

darse por vencido, no de otro, sino de sí mismo, que por esencia es amor, á quien se rindió libremente, dándose por prisionero del gran capitán amor santo, cuya victoria es tan gloriosa, dulce y tan alegre, que quien es vencido, queda con el campo, y el que se dá á partido al amor santo, sale con el triunfo; y finalmente, quien es herido y muere á manos del amor santo, este tal escapa con la vida.

No parece haber dicho mucho el sabio Salomón en comparar el amor santo á la fortaleza de la muerte (1), pues mayores son sus fuerzas y muy más admirable su virtud. Comparóle á lo que pudo, diciendo ser fuerte el amor como la muerte; mas no se igualan las fuerzas de entrambos, pues vence á la muerte el amor y aún pudo este fuerte amor en nuestro benigno Cordero Jesús, lo que no pudo la muerte; quiero decir, que si de amor no fuera vencido primero, ni la muerte le acometiera, ni la muerte le llagara, ni tampoco en la cama de la cruz él muriera. Bien parece esto ser claro, pues no bastaron los contrarios en la batalla para quitar la vida á aquel tan gracioso Absalón, y bastó su hermosa cabellera, la cual se asió al árbol, de donde colgado murió (2). El tan loado en Sagrada Escritura y sin mácula de piés á cabeza, Absalón figurado, es el dulcísimo Jesús, á quien el ejército

(1) Cant. VIII.
(2) II Reg. XVIII.

de gente armada en el huerto no bastó á prender, pues de una pregunta que hizo, con una sola palabra, diciendo *Yo soy* (1), todos desmayados, dando de cerebro en tierra, cayeron; á donde bien parece la verdad que dijo David: *Que el nombre de nuestro Dios es santo y es terrible;* santo y dulce á sus amigos, pues con este nombre *Yo soy*, fué Moisés consolado, hecho fuerte y animoso, terrible á los enemigos contrarios, pues con este mismo nombre dieron estos enemigos en el suelo. Tampoco bastaron las cautelas de los envidiosos fariseos, los cuales le quisieron una vez apedrear y otra despeñar, deseando quitarle la vida; ni aún bastaron los millares de azotes que padeció este inocentísimo Cordero, los cuales Pilato le mandó dar con tanta crueldad; ni, finalmente, bastó la corona de espinas, los clavos, la cruz, ni sayones, para que muriese nuestra Vida, verdadero Redentor, como parece ponderarlo San Juan, cuando dijo: *Los soldados hicieron todo esto* (2). Como si dijera: Hicieron lo que pudieron, crucificándole en la cruz, mas no le pudieron matar; y que muriese cuando quiso y como quiso, solamente lo pudo su hermosa cabellera y sus deseos de amor santo, que así como cabellos muy preciosos, le tenían colgado en el árbol de la cruz, á donde con amor dijo aquella amorosa palabra: *Padre, en*

(1) Joann. XVIII.
(2) Joann. XIX.

vuestras manos ofrezco mi espíritu (1). ¿Qué diremos, alma mía, de este gran Sansón, el amor santo, si no lo que dijo el ángel á Jacob en aquella misteriosa batalla: *Si con Dios tan poderoso has sido, ¿cuánto más vencedor serás con los hombres?* (2). Como si más claro dijese: pues nos diste maniatado, preso y atado á una columna y crucificado en un palo al invencible Sansón Jesucristo, Eterno Dios, ¿por qué no vencerás un gusanito y unas fuerzas tan flacas, como son las del hombre, matando en él la mala vida y resucitándole á nuevo sér de gracia y vida mejorada de santo amor?

De manera, que mayores son y más fuertes las fuerzas del amor santo que las de la muerte, porque el sabio Salomón hizo esta comparación entre el amor y la muerte, dando similitud, según él pudo, mas no según el amor santo merecía; porque si mucho puede la muerte, dividiendo dos hermanos tan hermanados, como son alma y cuerpo, y si priva al hombre de los sentidos, no parece hacer mucho, pues el cuerpo nada siente sin su forma substancial, que es el alma, la cual la muerte le quita, no con pequeña tristeza y dolor; no así el amor santo, sino con un poder muy mayor y generoso, no dividiéndole, ni apartándole, que dice en alguna manera imperfección, mas haciendo las

(1) Luc. XXIII.
(2) Genes. XXXII.

almas más unas con Dios y dejando la vida á su cuerpo, más altamente que la muerte, vence todos los sentidos, y levantada el alma á cosas grandes, comienza á decir con la Esposa: *Yo duermo y mi corazón vela* (1). Quiere decir: mi espíritu á ojos abiertos goza de mi Dios y mi cuerpo, dormidos los sentidos y sentimientos del mundo, reposa en sueño suave de paz. Todo esto le viene al alma por la gran virtud del amor, por la cual está hecha un espíritu con su Dios; porque San Dionisio dice que el amor es virtud unitiva, el cual hace del amante y el amado en alguna manera una cosa (2). Lo mismo dice San Pablo, hablando como de experiencia, que *el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él* (3); y de estar el espíritu poseído de Dios, nace que también lo estén los sentidos del cuerpo, porque el mismo Apóstol dice que *somos miembros de Jesucristo* (4).

¡Oh, bienaventurados ojos, por los cuales mira el dulce Esposo Jesús! ¡Dichosa la lengua del cristiano, con la cual habla el Señor! ¡Benditos los sentidos del hombre cuando nada siente, sino á Cristo y por Cristo! Todo esto puede el amor santo, muy mejor que la muerte, sin dar tristeza con su vista ni dolor con su presencia. Quita la vista, de-

(1) Cant. IV.
(2) Dion. I.—Co. VI.
(3) I Cor. VI.
(4) Ephes. V.

jando los ojos en su lugar, no feos ni quebrantados. Aparta el oir cosas malas, no destruyendo los oídos. Mata el gusto de los manjares supérfluos sin quitar la lengua. Todo lo sujeta al servicio de Dios, y aun todo lo dispone con suavidad, abrazando de fin á fin, poseído cuerpo y alma, según el Sabio dice, declarando la fuerza de la sabiduría, la cual es saber amar á Dios (1). De manera, alma mía, que aunque se dijo ser el amor tan fuerte como la muerte, no por eso es temeroso como ella, ni te debe espantar, pues que no da dolor cuando vence; y aun es más fuerte que la muerte, según oíste, porque si uno saliese á campo con otro, no sería grande su fortaleza vencer al que tuviese las manos atadas y sin armas ya vencido (2). Sería de alabar su ánimo de aquel que vence, si con propias armas del contrario, siendo el otro libre, ganase la victoria, como se lee haber vencido el Santo David al gigante Goliat. Bien así vence la muerte á los hombres flacos, ya vencidos, atados de piés y manos y condenados á morir, como dice el Apóstol San Pablo (3) y la experiencia no lo niega; mas el amor santo deja libre al contrario, á nadie compele, queriendo el alma, libremente es vencida de amor, con sus armas deja al hombre, pues no le priva de los sentidos, y, al fin, el santo amor sale

(1) Sapient. VIII.
(2) Hebr. IX.
(3) Hebr. IX.

con la victoria. Finalmente, el amor es más fuerte que la muerte, porque como el amor santo sea vida, en tanto que dice San Juan *que el que no ama ya es muerto* (1), él solamente bastó á vencer y matar la muerte.

Otra grandeza que la Esposa en los Cantares, después que dijo ser el amor fuerte como la muerte, *es comparar su rigor y celo á la condición del infierno* (2), el cual á nadie, que una vez reciba, jamás sabe dejar; y aun tiene grande anchura, pues hay lugar para todos los que con sus malas vidas quisieren ir allá. Ves aquí, alma mía, la gran virtud de este santo amor. ¡Oh, si una vez amases de veras con tu corazón y fuerzas á tu Esposo Cristo Jesús, presa quedarías en esta cárcel de libertad y cadenas suaves de este dulcísimo amor! ¡Cuán soberanamente sentía estas pasiones el alma de San Pablo, cuando dijo: *Sé y cierto lo sé, ninguna criatura me puede apartar de la caridad y amor de mi amado Jesucristo!* (3)

¡Oh, válgame Dios, qué atrevido y cuán osado en hablar y á cuán grandes gigantes osa desafiar el amor! Mira, alma, que no dijo las riquezas, los deleites no me apartarán de Cristo, porque esas cosas pequeñas son saetas de niños que dice David y mosquitos que vuelan en el aire, figurados en

(1) I Joann. VI.
(2) Cant. VIII.
(3) Rom. VIII.

aquella plaga de Egipto (1); mas dijo *que ni muerte, ni vida, ni ángel,* aunque sean cosas tan grandes, *no serían bastantes para apartarle del amor, el cual, según el infierno, se dice ser su celo riguroso.* También es espacioso y ancho como el infierno, porque de él dice David: *Muy ancho es, Señor, vuestro mandamiento* (2). No hay cosa más amada y encomendada por Cristo que el amor, y por esto se llama aquí mandamiento, sin otro título, el cual es tan ancho, que por ser tan infinito en nuestro Dios, quiso sin necesidad comunicarse, criando estas criaturas sólo por comunicarles sus grandezas. En la anchura de aquel amor divino nadan los ángeles, así como en mar están los cielos y tierra, y de él son amados todos los hombres. Así lo dice San Juan, cuando para estimar la venida del Hijo de Dios á la tierra, primero dijo *que Dios amó al mundo* (3): no al pueblo de Israel, no sólo á éste profeta ó aquél, sino á todos, para significar la grande anchura del amor santo.

Aquella arca de Noé tan grande, no sólo encerró en sí los hombres, mas aún todos los animales y aves que habían de vivir (4). No hay vida sino en la anchura del amor infinito, el cual, como piélago de amor, á todos mete en sus entrañas, á

(1) Psalm. 63.
(2) Psalm. 118.
(3) Joan. III.
(4) Genes. VII.

hombres y animales hace lugar, pues ama á los justos y á los pecadores, para que á los buenos haga mejores y á los malos haga buenos (1), porque el Sabio dice que *nuestro Dios todo lo ama y nada aborrece de lo que él hizo* (2). Bien así tú, alma mía, siguiendo la condición de este santo amor, debes amar á los malos y á los buenos, á los enemigos y amigos, según te lo manda tu dulce Esposo y Señor (3).

(1) Scot. d. XXXII, q. unic.
(2) Sap. XI.
(3) Matth. V.

CAPÍTULO V

DE LA VIRTUD QUE TIENE LA MEMORIA DEL SANTO AMOR EN CADA UNA DE LAS ALMAS

Pues ya, alma mía, viste la gran fuerza que este santo amor tiene en tu Esposo Cristo Jesús, en el cual tanto pudo la caridad, que andan á una dos cosas tan apartadas, como son Dios y Hombre, pobre y rico en unidad de Persona, para cuya consideración llamaba el Profeta David á los hijos de Adán, cuando decía: *Todos los moradores terrenos, hijos de los hombres, considerad que andan á una el rico y el pobre* (1), esto se cumplió así, después que el inmenso Dios se hizo Hombre

(1) Psalm. 42.

por amor de los hombres (1); será ya bien que veas, alma, cuánta fuerza tiene este amor santo en tí misma, porque más contínuamente ames á quien tanto te amó.

La virtud grande de este amor apacigua, alma mía, una ciudad harto grande de dos moradores, cuerpo y alma en una persona, que es el hombre, á quien con razón llamó el filósofo mundo pequeño y abreviado. Concierta el arrabal, que son los sentidos del cuerpo y también las potencias del alma, entendimiento, memoria y voluntad, sujetándolas todas á la voluntad del Señor y á la ley de su santo amor; de manera, que estos dos hombres, exterior é interior, vienen á tan subido estado, que ya no les combatan y molesten diversas leyes, como las sentía y se quejaba San Pablo en algún tiempo, ley de la carne y del espíritu, que andan en contradicción (2); mas una sola ley se le intima, la cual es dulcísima y no menos fuerte que suave, llamada ley de amor. Ella rige la potencia racional, gobierna la concupiscible é irascible para que anden en toda paz.

Conforme á estos dos hombres, interior y exterior, se halla en buena cuenta haber dos maneras de amor en cada uno de los hombres que en esta vida viven. El uno se llama amor de razón y este es recto, porque la inclinación de la razón na-

(1) Joan. I.
(2) Galat. V.

tural va á parar á lo que es bueno y justo. Así dijo el filósofo que la razón siempre pide las cosas que son buenas. La ley de este amor recto enseña que el hijo debe amar y servir á su padre, y el que recibe la buena obra, sea agradecido á su bienhechor. Hay también amor de afición ó de pasión, el cual se aposenta en el arrabal que dijimos, mal edificado, con paredes de lodo, estos sentidos, y hombre de fuera, de quien con razón suplicaba David, diciendo á Dios: *Señor, guardadme del lodo, porque no me ensucie* (1). Bien parece no ser nadie bastante si Dios no da su favor para vivir en tal tremadal de lodo y muladar envilecido, sin ser en él enlodado(2). Este hombre de fuera es un tonto que abobadamente ama, sin por qué, ni para qué: es Ismael el que revuelve la casa de nuestra alma, hijo de sierva, esta carne corruptible, dá mil enojos al bendito Isaac, fruto de espíritu, que llama San Pablo (3): quiérele hacer idolatrar levantando ídolos de estas criaturas visibles, dejando de amar y adorar al que es sólo infinito Dios.

Es otro Esaú que anda en contradicción con Jacob el espíritu (4); y bien Esaú, que quiere decir áspero, desgraciado, revoltoso, vagamundo, y finalmente, inquieto cazador de glorias vanas, de-

(1) Psalm. 68.
(2) Job. IV.
(3) Galat. IV.
(4) Genes. XXVII.

leites ponzoñosos y riquezas inconstantes. Ves aquí, alma, la ciudad y vecinos revuelta, sin remedio alguno en la tierra que la pueda apaciguar. Venga un tercero dador de paces, el amor santo, que con su ley suave iguale y una estos dos hombres, espíritu y cuerpo, y no sólo queden hermanos y en paz, mas aún queden gratos á Dios por el dón sobrenatural de este santísimo amor.

Dos vacas leemos, alma mía, que llevaban el arca del Señor á un yugo unidas, aunque bramando y gimiendo, porque los hijos quedaban encerrados, mas con milagro grande jamás torcieron el camino, hasta acabar su jornada (1). Vacas son estos dos hombres, espíritu y cuerpo, á quien el yugo suave de amor, que declaró Cristo en la tierra (2), ha de hacer ir á una, porque el santo amor, concertando el amor de razón y afición, llevan el arca del Señor en sus cuellos, cumpliendo la ley de Dios. Van gimiendo y bramando, porque á los amadores del cielo hacen gemir y llorar el estar en este valle de lágrimas, á donde caminando lloran. Así los vió ir David que iban adelante, y llorando por sus pecados, y por los de sus prójimos, y porque se ven privados de la vista de Dios (3). Una de estas vacas, sintiendo este admirable afecto, que es el amor de Dios, dice *que el*

(1) II Reg. VI.
(2) Matth. XI.
(3) Psalm. 125.

Espíritu Santo pide con gemidos, que declarar no se pueden, mercedes muy grandes para nosotros (1). Dice aquí San Pablo pedir con gemidos que no se pueden declarar, porque el lenguaje del amor espiritual, solamente es entendido de aquel puro espíritu, á donde caminan nuestros gemidos, que es Dios.

Así decía David, hablando con el Señor, *que su gemido no le era escondido á su infinito saber* (2). Bienaventurada el alma que ya como otro Moisés (3), ha visto á Dios en la zarza de fuego de amor, y puede decir que no tiene lengua, ni elocuencia, sino gemidos que penetran los cielos y lágrimas que llama la Esposa en los Cantares *vino adobado* (4), á cuyo olor los ángeles, así como mosquitos, vuelan desde lo alto del cielo, viniendo á consolar el alma desterrada en este siglo, la cual, como vaca á quien le han quitado sus hijos, brama (5), gimiendo con oraciones y contemplaciones, deseando ver á su Dios. Los hijos de estas vacas, alma mía, son las aficiones y deseos propios, los cuales, para venir al santo yugo de amor espiritual, han de quedar encerrados, porque la razón ha de menospreciar sus argumentos y sutiles razones, cautivándose á la fe, en cuya sujeción mueren

(1) Rom. VIII.
(2) Psalm. 37.
(3) Exod. IV.
(4) Cant. IV.
(5) I Reg. VI.

las aficiones y es alumbrada de nuevos rayos de luz, los cuales, como de sol, nacen del santo amor; de manera, que así como dos becerritos que nacen de un vientre, según la Esposa en los Cantares (1) parece declarar, la sabiduría de nuestro entendimiento, de quien nace, como de madre, y la afición que nace de la voluntad, son apartadas y encerradas por la gran fuerza del amor, y dos potencias, entendimiento y voluntad, llevan el arca del Señor sobre sus hombros, que es Jesucristo nuestro Salvador.

Cosa parece muy digna de admiración, que el amor de razón y amor de afición, unidos con el amor del yugo espiritual, vayan camino derecho, sin apartar á la mano derecha ni siniestra, menospreciando las prosperidades y adversidades: andan y no vuelven la cabeza, ganando siempre tierra en el camino de la perfección, los cuales, no unidos con tan excelente yugo suave, andaban perdidos, vagueando por las criaturas, así como otro fugitivo Caín sobre la tierra, temerosos, acobardados y desechados de la presencia de Dios, por enemistad de pecado (2).

Estos son, alma, los ojos muy loados de tu Esposo y Redentor Jesucristo, los cuales dijo *ser de paloma sobre las corrientes de las aguas y lavadas con leche* (3). La paloma amorosa significa el

(1) Cant IV.
(2) Genes. IV.
(3) Cant. V.

Espíritu Santo, el cual en esta figura de paloma descendió sobre Cristo en el Bautismo. Son, pues, el amor de la razón y de la afición ojos de esta paloma sin hiel, cuando mediante su gracia y amor andan á una en la ley de Dios con santa simplicidad, no juzgando mal de nadie, amando á los amigos en Dios y á los enemigos por Dios. Están estos ojos *sobre los ríos de las aguas que corren con ímpetu del monte Líbano*, según se lee en los Cantares (1), que es del alto cielo cuando corren lágrimas y salen gemidos, deseando ver á su Esposo Cristo. *El ímpetu de este río*, dice el Santo Profeta David *que dá alegría á toda la ciudad de Dios* (2), porque no sólo al espíritu, mas aún al cuerpo, parece dar gran suavidad el llanto tan bien empleado, como es por ver á Dios. ¡Oh, maravilloso ímpetu, fuerza de lágrimas, que abren camino á los hijos de Israel, que son los deseos santos, para que entren á la tierra de promisión y ahoguen todos los egipcianos, engañadores cautelosos, los pecados y vicios, sin quedar uno solo, como leemos de Faraón y su ejército, que fueron ahogados en el mar Bermejo! (3).

Bien llaman mar sangriento las lágrimas, sobre las cuales tienen asentados sus ojos, con que gimen como paloma, pues en el fervor de ellas el

(1) Cant. VIII.
(2) Psalm. 45.
(3) Exod. XIV.

alma tan animosa, por el fervor de la devoción, muchas veces desea padecer martirio; y aún llámase mar colorado sangriento, porque las lágrimas en los ojos, con deseo vivo de Dios, sangre son, que salen del corazón, y por tanto, deseadas y pedidas de los santos, como muy preciosas. Así las pedía nuestro bienaventurado Padre San Agustín muchas veces, por singular merced á Dios; porque, como este Santo dice, si tan dulce es llorar por nuestro Redentor Jesucristo, ¿cuánto será dulcísimo en aquella alegría soberana gozar perpétuamente de su beatífica vista? Desea, pues, alma, gozar de estas corrientes de lágrimas, para que, como otra Magdalena, en ellas ahogues tus pecados, salgas pura, así como del Bautismo y merezcas oir lo que ella: *Ya te son perdonados tus pecados, vete en paz* (1).

Lavarse las palomas con leche, según dijo la autoridad, fué bañarse en la sangre del Cordero Cristo y Sacramento del Bautismo. La leche sangre es dos veces cocida con el calor natural. Así el bendito Redentor nuestro padeció dos veces, una por deseo y afición, hasta que vino el tiempo de su Pasión, y otra cuando se le cumplió lo que tanto deseaba, derramando su sangre preciosa para nuestra salvación, *cuya virtud es blanquear las almas,* según dice San Juan, *de aquellos bienaventurados mártires que blanquearon sus ves-*

(1) Luc. VII.

tiduras en la sangre del inocente Cordero (1). Dá, pues, alma mía, los dos redaños de amor que te pide tu Salvador, de la cabra, que es la carne, por su inquieta vida, y del cordero, que es el espíritu por su inocencia y simplicidad (2). Vayan al sacrificio ese amor de razón y amor de afición, y láncense en el fuego de este casto y santo amor.

No temas subir al carro de fuego de aquel gran Profeta Elías (3): junta y allega las dos ruedas de estas dos maneras de amor que dije, si quieres subir á cosas altas y deseas ser robada al tercer cielo, así como San Pablo (4): ni hayas temor por ser de fuego este carro, pues los niños en Babilonia no le temieron, mas antes osadamente en este fuego entraron, y quemadas las ataduras, andaban libres, cantando y alabando en todas las criaturas á Dios (5). No quema sino exclarece este santo fuego de amor. O diremos, que quema y no quema, porque quemando las ataduras, quita los lazos, consume las tribulaciones y corta las cadenas de culpa; mas no quema ni un cabello de la cabeza á los niños que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas del amor puro del benigno y dulce Jesús, de lo cual y con razón se admira

(1) Apoc. XXII.
(2) Lev. III.
(3) IV Reg. II.
(4) II Cor. XII.
(5) Dan. III.

mucho el tirano Nabucodonosor, nuestro adversario Satanás.

Allega, alma mía, hoy viernes, tiempo y día de trabajo, el maná doblado, que te manda el Señor (1), porque goces y comas dulcemente el sábado de la holganza en el cielo empíreo. Ama con este amor doblado, comenzándolo aquí en esta vida trabajosa, compuesta de mañana y tarde, que el primer sábado no se lee en el Génesis haber tenido tarde (2); para dar á entender que el premio del sábado de la gloria jamás tendrá fin.

¡Oh, alma mía, cómo gozaba de esta ley santa de amor y de su perfecta paz el Santo David cuando dijo: *Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo!* (3) Cosa grande es haber subido la carne á tan alto grado espiritual y estar tan sujeta al espíritu, que se goce á una con el alma con Dios (4); mas todo lo puede la gran fuerza de amor, el cual antes de la resurrección, á donde será el entero dominio del espíritu á la carne, comienza ya el amor santo á dar un gusto de aquel deseado día, haciendo paces entre estos dos enemigos, espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado. Bien veo, alma mía, que no le puedes por tí misma alcanzar, como sea don tan soberano poseer esta paz; mas

(1) Exod. XVI.
(2) Genes. II.
(3) Psalm. 83.
(4) Scot. IV, d. XLIII, q. IV.

hay un remedio, el cual tuvo el Profeta Eliseo (1), que suplicó á su Maestro Elías le diese su doblado espíritu antes de la partida, y así le mereció recibir como le pidió por el gran mérito de la oración. Este espíritu doblado nadie le puede dar, sino el gran Elías Cristo, *que vino á sembrar fuego en la tierra* (2), según el mismo Señor afirmó. *Él es nuestra paz, que hizo de dos cosas una* (3); del amor de afición y razón hizo amor santo y perfecta caridad; de cuerpo y alma tan divididos hizo unidad del espíritu y alegría en el molde tan perfecto de espiritual amor. ¡Oh, mi buen Jesús, encended mi corazón con el fuego de vuestro amor, para que, todo abrasado, no haya lugar en mí otro algún mundano amor. Con espíritu doblado os ame mi alma, dándoos todo su entendimiento y voluntad, amándoos con inflamado deseo y ferviente vida, porque Vos sóis nuestra paz, que tan poderosamente habéis hecho de dos cosas una, y con vuestro santo amor apaciguásteis mis dos hombres, exterior é interior, así como á los hermanos Esaú y Jacob, y Loth, Abraham, Saúl y David, Adonías y Absalón.

---

(1) IV Reg. II.
(2) Joan. XII.
(3) Ephes. II.

CAPÍTULO VI

DE LA PERSEVERANCIA EN EL EJERCICIO DEL AMOR SANTO

SABIENDO ya visto, alma mía, la fuerza grande del santo amor y la ejecución de ella en tu Esposo Cristo Jesús, el cual sólo por amor se hizo hombre (1), para aficionar á los hombres tan olvidados de hacer paga de aquella gran deuda que debían de amor; viste también cuánta virtud tenga en estos dos hombres, interior y exterior, haciéndolos venir al yugo de su santísima ley, en tanto que comienzan ya á sentir el fruto suavísimo de aquella soberana paz del cielo; ya será, pues, bien que en-

(1) Matth. XVIII.

tiendas en saber la manera para el trato y ejercicio de este memorial de espiritual amor, pues todo el intento ha sido dar alguna manera para estudio tan perfecto y oficio no menos que angelical. Mas porque nada vale el principio de cualquier ejercicio sin perseverancia, cosa útil parece, que pues no por un día ó año has de proseguir esta manera, que adelante se dirá, que veas cuán gran virtud es la perseverancia y aun quién la contradice; porque no menos se perdió la parte del trigo que el Santo Evangelio dice haber nacido sobre la peña y luego haberse secado por falta de humedad (1), que la otra que cayó cerca del camino y fué pisada de los caminantes y comida de las aves del cielo; sola una parte llevó fruto y fruto perfecto de cien veces doblado, porque cayó en buena tierra. *Estos*, dice el Redentor del mundo, *son los que en corazón bueno y perfecto dan fruto con sufrimiento y perseverancia* (2). La perseverancia es aquella sabiduría de quien está escrito *que alcanza de fin á fin con fortaleza y ordena los medios con suavidad* (3). El primer fin es dar principio al bien, pues allí se da fin al mal, conforme á lo que dice David: *Apártate del mal y obra bien* (4). El otro fin es perseverar hasta que se alcance la victoria y se dé fin

(1) Luc. VIII.
(2) Luc. VIII.
(3) Sapient. VIII.
(4) Psalm. 33.

á la presente vida. El primer fin tuvo la mujer de Loth, saliendo de mala compañía según se lo mandaba Dios; mas faltóle el otro fin, que fué perseverancia, pues en el camino volvió la cabeza atrás; mas no quedó sin castigo su atrevimiento, pues luego se volvió en estátua de sal, no en piedra, ni árbol, sino de sal estéril, infructuosa (1); porque, según nuestro Padre San Agustín dice, con aquella sal quiso remediar la corrupción nuestra y flaqueza, para que temiendo semejante castigo, fuésemos obedientes á Dios y perseverásemos con fortaleza en el camino de la bondad. Este santo Doctor llama á la perseverancia dón de Dios, y bien conforme á razón, pues así como no podemos merecer la gracia primera, que nos hace gratos á Dios, tampoco por nuestras fuerzas se puede merecer el perseverar; de manera, que aunque nuestra alma haya recibido la gracia y amistad de Dios, siempre queda libre y en señorío el libre albedrío, pues de la gracia es perficionado y no destruído (2). Pudiendo, pues, hacer lo que quisiere de sí mismo, puede no perseverar en el bien, y, por tanto, se concluye que ha de ser dón de Dios la perseverancia, así como lo fué la gracia y amistad primera, que por fuerzas propias ni méritos no se pudo merecer. También dijo el Sabio *que la perseverancia ordena sus obras con fortaleza* (3);

(1) Genes. XVI.
(2) S. Tho. 2-2, q. CXXIII, a. 4.
(3) Sapient. VIII.

porque la principal parte de toda la virtud, nombrada y llamada fortaleza, es la perseverancia, sin la cual no se da la corona del vencimiento. Así dice San Pablo *que no será coronado de gloria el que fielmente no peleare* (1). Esta fidelidad consiste en no volver las espaldas como cobarde, según lo hicieron los hijos de Efrem, de quien dice el Profeta David *que en el día de la batalla se retrayeron, huyendo* (2). Nota, alma mía, que no dijo San Pablo que da Dios la corona del premio al que vence, sino al que lealmente pelea, porque no eres tú el que vences á tus contrarios, sino el Omnipotente Dios que vence en tí. Si en algo tienes parte, es en la pelea (3); y así se te dice que en pelear seas constante y perseveres como otro Job, que te amonestan de parte de Dios sus ángeles *que te acuerdes de la batalla en que estás y pongas silencio á tu lengua* (4).

De aquí es que el Señor del mundo, queriendo ensalzar la gran santidad del gran Bautista San Juan, predicando dijo no haber sido el Precursor caña que á todas partes menea el viento, sino muy sólido y firme en la gran perfecta virtud de la perseverancia, confesando lo mismo en las cadenas de la cárcel preso, lo cual afirmó siendo li-

(1) II Tim. II.
(2) Psalm. 77.
(3) Joann. XL.
(4) Job V.

bre en la ribera del Jordán, cuando dijo: *Véis aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* (1). Bien se llama caña movediza el que desmaya en la virtud, porque este tal parece de fuera fuerte y de dentro es vano y sin firmeza, que á cualquiera contradicción se vuelve, temiendo así como la caña, á quien fácilmente el viento vuelve á la parte que quiere; y aun de aquí es haber dicho el Señor á sus Apóstoles por cosa muy grande: *Vosotros sóis los que perseverásteis conmigo en mis tribulaciones* (2). Véis aquí, alma mía, cómo no quiero decir que hayáis de perseverar en este ejercicio sin faltar alguna vez, porque no hay reloj tan concertado que alguna vez no dé de más ó de menos; mas quien como estrella del Norte siempre anduviere en compás en esta vida, este tal diré yo que goza del concierto del cielo. Verdad es que como este santo ejercicio de amor, á quien te querría persuadir, no consista en mucho ayunar, ni en mucho rezar, ni dar mucha limosna, sino en un acto interior, que es memoria amorosa de tu Esposo Jesucristo, puedes más en él perseverar que en otro algún ejercicio, porque tienes menos contrarios y mayores fuerzas para amar, que es el fin de tu corazón.

No, pues, dijo el Redentor del mundo vosotros sóis los que dejásteis el universo, negásteis padre

(1) Joan. I.
(2) Luc. XXII.

y madre y amigos por mí, sino dijo: *Sóis los que perseverásteis* (1), porque aunque bueno es lo primero, lo perfecto es lo segundo. Gran cosa es la perseverancia, y por eso no se halla sino en los fuertes, que el flaco nunca persevera ni está en un estado, como dice el Santo Job (2). Esta gran virtud y perseverancia, de un pequeño piñón hace un alto pino; *y aun de un pequeñito grano de mostaza, siendo el menor de todas las semillas, produce tan altas sus ramas, que las aves vienen á hacer sus nidos en ellas* (3), conforme á la verdad evangélica, á donde este símil puso nuestro Redentor. ¡Oh, soberana virtud de la perseverancia, que basta un gusanito en una viga para aserrarla, haciéndola polvo, y á veces dar con la casa en el suelo! ¡Oh, bienaventurada alma, en quien persevera el gusano vivo de amor santo, pues esta viga pesada de este cuerpo no en largo tiempo, con perseverancia en este ejercicio, será cortada y enflaquecida para que la casa de lodo y vida mundana todo dé presto en el suelo!

Considera, alma, cuán buen principio tuvo Judas siendo llamado al Apostolado, y cuánto fué desventurado su fin. Saúl comenzó á reinar con humildad y acabó con gran soberbia su señorío, siendo condenado para siempre (4). Humíllate, te-

(1) Luc. XXII.
(2) Job XIV.
(3) Matth. XIII.
(4) I Reg. X.

miendo los secretos y juicios de Dios. Oye la sentencia que tu Esposo Cristo dice: *Que el que perseverare hasta el fin, aquel se salvará* (1). Ordena los medios con suavidad, no andando vagueando de un ejercicio en otro, porque la planta que cada día se traspone, no puede levantar mucho sus ramas por falta de no tener raíces de perseverancia; y aun el caminante, que muchas veces vuelve á la posada de donde salió, no puede ganar tierra ni seguir largo camino. Mira que la Sabiduría de un fin á otro alcanza (2); el principio y fin de toda la vida comprende hasta dar vuelta entera, á manera del cielo que jamás vuelve atrás.

Mas quiérote, alma, avisar, pues eres Esposa del dulce Cristo Jesús, que esta gran virtud tiene tres contrarios, los cuales salen al camino, porque no vayas adelante en los santos ejercicios.

Contrario primero de la perseverancia.

El primero es el extremo, el cual siempre es vicioso en cualquier ejercicio de penitencia corporal ó espiritual: de manera, que ayunar de más, con notable exceso, ó contemplar de más, pueden ser impedimentos para la perseverancia. De aquí

(1) Matth. X.
(2) Sapient. VIII.

es, que entre los sabios filósofos eran muy estimados aquellos dos proverbios, así como cosa celestial. El primero decía: *Conócete á tí mismo*; y el otro era: *Nada sea con demasía* (1). Esto es lo que el Sabio dijo, que la sabiduría ordena los medios todos suavemente. Gran prudencia es medirse cada uno con lo que bastan sus fuerzas, mayormente en el ejercicio de penitencia corporal, la cual menos vale y más impide el mayor bien, que es perseverancia. Mira que San Pablo castigaba su cuerpo, aunque hecho vaso de elección: mas luego dió la tasa del castigo, pues dijo *que le sujetaba al servicio del espíritu* (2). Verdad es que nada vale para mandar, sino para ser mandado como siervo; porque en la sentencia celestial fué pronunciado, cuando se dijo á la madre de Jacob y Esaú que el mayor sirviese al menor (3): y porque el cuerpo es más anciano y lleva cuarenta días en edad al espíritu, se determina que sirva al hermano menor Jacob, que es más noble, criado á la imagen de Dios y más sabio para tener el mando.

Bien dice el consejo del Eclesiástico, *que si tienes siervo fiel le ames como á tu alma* (4). Siervo fiel llamaríamos al cuerpo, que no inclina á siniestro de pecado, ni finge necesidad para ser regala-

(1) Sapient. VIII.
(2) I Cor. IX.
(3) Genes. XXV.
(4) Eccles. XXXV.

do: de manera, que la experiencia de esto se queda á tu albedrío, alma mía: porque si sientes tus sentidos y potencias tan habituadas á todo ejercicio bueno, que ya casi sin cuidado haces lo que antes aun con mucha fuerza no podías alcanzar; si no sientes rebeldía ni desobediencia en tu sensualidad, haz gracias al Señor del mundo que te dió tan gran victoria y levanta la mano, amando este siervo fiel: no le azotes y atormentes, como hacía Balam á su asnilla, aun después de caída en tierra (1): no tampoco debes vivir sin cuidado porque el gran Capitán Josué no se contentó con haber seguido aquellos cinco reyes bárbaros, hasta encerrarlos en una cueva y ponerlos una gran piedra delante, mas sacándolos á la tarde, los mandó crucificar (2). Bárbaros son estos cinco sentidos, que unos á otros no se entienden su lenguaje, los cuales suelen, como en celada, esconderse, pareciendo que ya son vencidos, mas hasta el día de la muerte no se gana la perfecta victoria. Baste que en todo sacrificio mandase Dios ofrecer sal (3), lo cual San Pablo parece declarar cuando dice: *Que conforme á razón demos á Dios sacrificio* (4). Esta sal es la prudencia, la cual todos los sabios dijeron ser reina de todas las virtudes, porque ni

(1) Num. XXII.
(2) Josué X.
(3) Levit. II.
(4) Rom. XII.

el fuerte se puede llamar fuerte, ni el justo tampoco justo, ni el templado tiene nombre de temperante, si en todo no entiende la prudencia.

Ordena, pues, alma, tus obras y ejercicios con suavidad: lleven sal de prudencia, porque sepan bien á Dios. Pésalos, según razón, porque perseveres, no seas como el que toma gran carga y dá presto con todo en el suelo. Aconséjate con persona sabia y temerosa de Dios, y yerra antes por parecer ajeno en cosas semejantes, que no por tu consejo propio aciertes (1), porque mayor sacrificio es dar la voluntad humilde, que no la obra, aunque sea buena con porfiado parecer: y aun persuade á todo lo dicho saber de cierto que no hay juez más sospechoso que cada uno en propia causa. No pienses haber vencido poco, si este contrario primero tuvieres ya vencido, que es el exceso, el cual, so color de virtud, como sea vicio, engañó á muchas personas espirituales.

Segundo contrario de la perseverancia.

El segundo enemigo de la perseverancia en este ejercicio santo es la ocupación supérflua. No se sufre, alma mía, que te ocupes en cosas supérfluas, si quieres perseverar en tan alto ejercicio y

(1) I Reg. XV.

traer siempre en la memoria á tu amado Esposo Cristo Jesús; mas conviene que pases así, como quien va de camino por las criaturas, como quien toma lengua para hablar á su Criador. No te detengan en el camino aun ángeles, los cuales no bastaron á detener á la Magdalena que le buscaba con gran fervor de amor, y por tanto, le mereció hallar, y hallándole, adorarle (1). Esto es *lo poco* que dijo la Esposa en los Cantares, *haber pasado* cuando luego *halló á su amado Esposo, después de haber rodeado la ciudad, plazas y barrios* (2), que significan los rodeos, anchuras y ocupaciones de esta vida, los cuales se deben dejar, pasando un poco adelante y hallarás luego á quien buscas, ó por mejor decir, á aquel de quien eres buscada, tu dulce amado Jesús: no serías bastante para buscar tan gran joya, si él antes no te hubiese salido al camino con inspiración y favor de su gracia.

¡Oh, qué poquito, alma, es todo lo criado de que te has de olvidar y dejar, pues tan poquito vale y tan breve se desvanece! ¿No sabes que dice Isaías *ser toda la carne heno y toda su gloria así como flor?* (3) Deja, pues, ese heno engañoso; menosprecia su flor vana, desgraciada, fea y sin provecho. Si lo mejor de este universo es el hombre, y aquí te ha dicho el Profeta ser él hombre y su

(1) Joan. XX.
(2) Cant. III.
(3) Isai. XL.

honra heno, ¿á qué podrá ser comparado todo lo demás, pues es menos sin comparación que el hombre? Qué bien conoció David este secreto, cuando dijo: *Menospreció mi alma la consolación y acordéme de Dios y desmayó mi espíritu* (1). Ves aquí, alma mía, las grandes ganancias y tesoros, si bien has notado que nacen de este santo ejercicio, que es memoria contínua de Jesucristo; y aun ves también el cimiento de donde nace tan grande y subido edificio. Primero dijo el Profeta *haber dejado todo consuelo*, que se acordase de Dios; porque entiendas que el interés de consolación corporal se ha de dejar, no sólo por obra, mas aún por memoria en todo lo supérfluo, porque luego sale al camino, presentándose á la memoria aquel sumo bien nuestro Dios. Esta memoria de Dios, alma mía, no es sino un presentarse ante el Rey celestial; es un ir muchas veces á Palacio; *es una conversación muy suave del cielo* que llama San Pablo (2); finalmente, es ser contínuo de aquel Rey soberano, en compañía de aquellos millares de ángeles que vió Daniel estar en la presencia de Dios (3). De donde se sigue lo segundo, que dijo David: *Deleitéme acordándome de Dios*. No se puede sufrir tal vista y tan gozosa, sin gran alegría del alma, que así se presenta por memoria

(1) Psalm. 76.
(2) Philip. III.
(3) Dan. VII.

contínua á su amado Esposo, y por tanto, va subiendo como por escala, y dice ahora que, perseverando, se ejercitó, porque en aquella dulzura del cielo toda la suavidad falsa del mundo es amarga (1): en aquel gusto soberano espiritual, todo lo que dá descanso á la carne es desabrido: allí, alma, pone en olvido las niñerías que de antes mucho amaba, y aun allí, tomando nuevas fuerzas y esperando con toda confianza en el Señor, le son dadas alas de águila, para perseverando, dar vuelo dulce y suave de amor, siendo presente á su Dios; y finalmente, desmaya su espíritu, porque ya está transportado y trasladado en su amado Esposo y Redentor.

Dije que este contrario es supérflua ocupación, porque las que demanda la necesidad, no contradicen á esta manera de ejercicio, mas antes le dan favor, siendo como leña, para ser más encendida el alma en este fuego de amor. Esa vida activa, alma mía, con que ordenas tu casa y familia, sirves los enfermos y pobres y aún cumples en lo necesario contigo misma, escala es para la vida contemplativa, de la cual en este libro principalmente tratamos. No tienes excusa, alma, para no ejercitate en esta arte que adelante verás, por decir ocupada estoy. Mira á un Rey David si tendría ocupaciones harto importantes de todo un reino, y él dice que traía á Dios siempre delante de sus

(1) Isai. XL.

ojos; esto es, por memoria de amor, acordándose de él en su corazón; y en otra parte dice: *Cuando me hallaba entre muchos ocupado, entonces estaba conmigo mismo* (1). No te vayas, alma mía, de tí misma, vagueando por los pensamientos sin provecho, ni estés del todo atenta, cuando casi por fuerza, para cumplir con los otros, eres ocupada en conversación; hurtarte puedes delante de todo el mundo y estar dentro de tu corazón, acompañando allí al bendito Esposo Jesús, aun en todo ejercicio corporal, no supérfluo. Bien sé, que te espantará esta sentencia, pareciéndote casi imposible; mas cuando el Señor te hiciere merced tan crecida, que lo sientas por la experiencia, entonces verás con verdad, que haber vencido este contrario tan grande, que es toda supérflua ocupación, convenía mucho, para ver las grandes misericordias de Dios y sus consolaciones, las cuales no se dan, según dice San Bernardo, por ser muy preciosas y delicadas, sino á quien ha menospreciado toda consolación supérflua, según antes oíste.

(1) Psalm. 54.

CAPÍTULO VII

DEL TERCER ENEMIGO QUE CONTRADICE Á LA MEMORIA CONTÍNUA DEL SANTO AMOR

El tercer contrario que te sale al camino, alma, y no con pequeñas fuerzas te quiere defender el paso para que no vayas adelante en este, y cualquiera ejercicio espiritual, es un gran gigante, tan osado y tan atrevido, que á todos los santos en esta vida acometió, según parece por las quejas, que en sus escrituras dejaron. Esta es la indevoción y sequedad, que dentro de nosotros mismos sentimos, á cuya causa muchas veces nos desconsolamos, y aun dejamos las oraciones acostumbradas, y la memoria de nuestro amado Jesucristo, venciéndonos este contrario tan terrible, que es la sequedad y tibieza: y aun plegue á Dios, alma

mía, que no hayas dejado de confesar y comulgar más veces, dando por respuesta: Hállome indevota, porque las fiestas principales, á lo menos, no sería bien hecho, por sólo esto, apartarte de tan gran tesoro y medicina para el mal que padeces.

Flaqueza es esta muy grande, que te dejes vencer de este enemigo de toda perseverancia: no te espante ni le temas, sino ármate de espirituales armas, si quieres bien perseverar en cualquiera espiritual ejercicio: para lo cual te pido, por el amor del dulcísimo Jesucristo, consideres atentamente los avisos que en este capítulo se siguen, pues por consolarte en un trabajo tan grande, como es tibieza y sequedad, cuyo tormento es casi martirio á quien de veras desea gustar de Dios, quise particularmente hacer distinto capítulo de este contrario. Será, pues, bien saber, qué cosa es devoción, y en cuánto los santos la estimaron, para que después entiendas mejor el daño de este gran contrario tibieza.

Devoción no es otra cosa sino una prontitud y presteza de voluntad, para todo lo que es servicio de Dios (1). Por esto se lee del pueblo de Israel, que habiendo salido de Egipto, ofreció al Señor las primicias de los frutos, que habían recibido en la tierra de promisión, con ánimo limpio y con voluntad devota (2), para dar á entender el acelerado

(1) S. Thom. 2-2, q. LXXXII pr.
(2) Exod. XXXV.

deseo con que ofrecían sacrificio á Dios. Y aun los antiguos llamaban devotos á los que de voluntad se dedicaban y sacrificaban á los dioses vanos, como leemos de aquellos dos Decios que con tan gran voluntad se ofrecieron á la muerte, por librar sus ejércitos, muriendo en la demanda de sus dioses de burla. Muy mejor, y con verdad se llamarán devotos los siervos del verdadero Dios, que muriendo cada día á sus pasiones, se sujetan más á su Señor. La devoción es un acto de religión, la cual nace de dos causas, así como de dos principales fuentes (1): la primera es el conocimiento de sus defectos y vileza, los cuales considerados, luego el alma entiende ser nada y nada poder sin el favor de su Dios. Dije nacer del conocimiento, como sea la devoción acto de la voluntad; porque regla es universal, que nuestro Padre San Agustín pone, que la voluntad jamás obra sin que primero el entendimiento le sea guía, dándole conocimiento de lo que ama (2); de manera, que por la consideración de nuestras propias faltas, la voluntad se mueve á amar con devoción á su Dios. Así lo dijo David cuando bien consideró esta verdad: *Mi favor y remedio ha de venir del Señor, el cual hizo el cielo y la tierra* (3). Aquí parece haberse desnudado de todas sus propias fuerzas, y poner

(1) 2-2, q. LXXXVIII, a. 2.
(2) Lib. X, *De Trin.*, c. p.
(3) Psalm. 120.

su favor solamente en el Omnipotente Dios, para demandar el cual, el alma necesitada se dá priesa, importunando con mucho fervor.

La segunda causa de la devoción es el conocimiento de la bondad divina y de los beneficios que cada una alma ha recibido, de cuyo conocimiento el alma es despertada, viendo aquella suma Bondad con claros ojos de fe y mirando los beneficios innumerables que de aquella largueza suma ha recibido para amar á su Dios, no de amor resfriado ó tibio, sino con grande amor y devoción. Esto era lo que el mismo Profeta David nos enseñó, para que muchas veces fuésemos á esta fuente á sacar agua dulce de devoción: *Muy bueno me es á mí llegarme á mi Dios* (1); esto es, por conocimiento de su excelente bondad y memoria de sus grandes beneficios. De la primera causa y fuente que dijimos, que es conocimiento de sí mismo, el alma se humilla para recibir gusto de Dios, y se dispone, quitando toda presunción. De la segunda, que es consideración de la bondad divina y sus beneficios, nace el río de fuego que vió San Juan en el Apocalipsi, el cual, con apresurado ímpetu, corre por la ciudad de Jerusalén, inflamando el alma y derritiendo sus entrañas en amor, de cuya corriente participa el arrabal de este cuerpo, cuando con gemidos y con lágrimas viene en tan gran contentamiento, que ya con osadía y

(1) Psalm. 72.

atrevimiento santo ose decir con la Esposa: *Hallé á mi amado y dulce Jesús, tendréle y jamás le dejaré* (1). Palabras son de grande espíritu de devoción, que no pequeños misterios comprenden: no me quiero detener en su exposición, por no dilatar tanto este capítulo, y aun porque debo desear más la experiencia de ellas que no su declaración y sentido.

Finalmente, esta devoción llama Santo Tomás grosura ó redaño de la caridad (2), con la cual, así como con aceite, el fuego de amor de Dios se ceba y resplandece, así como de la amistad nacen las obras de los verdaderos amigos y con ellas crece más la amistad honesta. Los santos á la devoción la nombran por diversos nombres. El Santo Job la llama saliva, cuando sintiendo su falta, se quejó á Dios y dijo: *¿Por qué no me dejas, Señor, tragar mi saliva?* (3) Muy grande es la comparación y buena, porque la saliva viene de la cabeza. Favorece á la lengua, habilitándola para hablar y gustar los manjares, como parece del enfermo que por falta de saliva no puede hablar, ni tampoco tomar gusto en lo que comé; bien así, alma mía, la devoción te ha de venir de lo alto, que es tu cabeza Cristo Jesús; no es fruta del suelo, ni está en tu mano estar devota cuando quieres y como quie-

(1) Cant. XXXII.
(2) 2-2, q. LXXXII, a. 2.
(3) Job VII.

res. Puédeste disponer para devoción, con el favor de Dios la puedes desear; mas no la puedes por tí misma alcanzar, porque de lo alto ha de venir, como se lee en los Cánticos descender el agua de aquella fuente que estaba en el verjel de Salomón, no de menos altura que del monte Líbano, y por eso se nota allí que descendía con grande ímpetu (1). ¡Oh, válgame Dios, cuán gran fuerza ha de traer el espíritu de la devoción para arrebatar un alma tan flaca, y aun un cuerpo tan pesado, como este que traemos! Entonces se dicen con verdad las palabras de Isaías, *que es lleno de gloria el cielo*, que es el espíritu, *y la tierra,* que es nuestra carne (2); de manera, que puedes, alma mía, tener contigo la causa de la devoción interior, que es el deseo, la meditación y contemplación: mas podríate faltar la causa extrínseca exterior, que es Dios. De donde se concluye que esta saliva suave ha de venir de la altura, que es nuestra cabeza purísima, y monte Líbano soberano nuestro Redentor y Salvador Jesucristo. Hace esta saliva á la lengua hábil y muy enseñada para hablar con sabiduría grandes cosas de Dios. De aquí sacan los predicadores secretos muy profundos, enseñando las grandes misericordias de Dios á los pecadores, para que, confiando, se conviertan, y á los justos para que, más amando, más se emplee

(1) Cant. IV.
(2) Isai. IX.

su vida en el servicio del Señor. Esta saliva es causa que en las alabanzas divinas, en las oraciones y salmos no se pegue la lengua al paladar (1) por tibieza, mas sin cansarse de noche y de día, desee emplear todo el tiempo en hablar y en cantar las obras maravillosas de Dios. Finalmente, esta saliva desata las lenguas de los humildes (2), y sin letras del mundo para que digan, y, diciendo, gusten cosas de la ley divina, las cuales los muy letrados muchas veces, siendo preguntados, no las saben ni entienden por falta de esta saliva, la cual más consiste en la práctica y experiencia del afecto, que no en teórica y especulación del entendimiento.

Da lo último esta saliva de devoción, sabor y gusto al manjar espiritual; en tanto que diga la Esposa en los Cantares *que los muy amados beban hasta embriagarse* (3), como hubiese dicho primero *que los amigos comiesen*. Esto es decir á los principiantes que no han subido á tanta devoción, que aún con algún trabajo llevan la carga, lo cual significa el comer, y aun á las veces da congoja y hace sudar; mas á los muy fervientes y devotos dice el Espíritu Santo que *beban;* porque ya no como el que come y se tarda en disponer el manjar en la boca trabajan, mas como el que bebe y con sed se da priesa en toda obra santa por el

(1) Psalm. 149.
(2) Sapient. X.
(3) Cant. V.

fervor del amor; por tanto, dice San Pablo ser tan grande la fuerza de esta devoción, *que á los hijos de Dios el espíritu los lleva, siendo de él regidos* (1), porque como á hijos regalados les da saliva suave y leche de devoción, sustentándolos en sus brazos.

Estos hijos devotos, alma mía, son aquellos santos animales que vió Ecequiel, *á los cuales arrebataba el ímpetu del Espíritu Santo á donde él quería y ellos iban, á manera de rayo que va dando centellas de fuego* (2). ¡Oh, alma, qué suavemente dispone todo manjar espiritual este ímpetu de esta dulce saliva, pues se dicen estos santos animales ir volando y que levantan las ruedas del carro! ¡Oh, cosa misteriosa, ver un animalito tan pesado como un hombre flaco, y que se diga que le nacen alas de tan gran favor, que puede volar tan alto que guste de aquella dulzura infinita, nuestro Dios, y que el carro también suba este cuerpo mortal, siendo tan pesado, que antes iba rodeando por la tierra de mal en peor, amando las cosas terrenas, y que aun aquí en este valle de lágrimas, antes de la resurrección, á donde volará á una con el alma, comience ya con la dulzura de la devoción á seguir el vuelo del espíritu y á gustar la suave contemplación! (3). ¡Bendito sea quien tales alas de

(1) Rom. VIII.
(2) Ezech. II.
(3) S. Tho., III p., q. LXXXIV, a. 1.

favor nos dió! ¡Loado sea por infinitos siglos de todos los ángeles quien tales prendas de amor nos dejó!

San Juan llama á esta devoción *maná escondido, cuyo gusto ignora quien no le recibe* (1). El maná, alma mía, del cielo vino, pues le llama David pan del cielo. A los hijos de Israel se dió cuando, ya salidos de Egipto, estaban en el desierto (2). De este maná, dice el Sabio *que tenía dulzura de toda suavidad y gusto* (3). Bien conforma San Juan con lo que dijo el Santo Job, pues este maná, como saliva desciende de lo alto, porque la devoción se nos da solamente por los méritos de Jesucristo y no por los nuestros. Y que esto sea así, declárlo esta figura del maná, de quien leemos haber descendido del cielo de noche, cuando los hijos de Israel dormían; para dar á entender que así como el que duerme actualmente nada merece, pues no puede tener querer y no querer, bien así el alma, sin merecimiento propio, se halla enriquecida de este tesoro del maná escondido, que es gusto muy bueno y suave de devoción. Dióse en el desierto y no en Egipto, en la soledad y no en poblado, porque en el nombre declara quién es digno de tan grande merced, pues se llama maná escondido, el cual gustan los que se esconden del

(1) Apoc. II.
(2) Exod. XVI.
(3) Sapient. XVI.

mundo y huyen de sus consolaciones propias, aunque muchas veces les sean lícitas. Así podríamos entender á San Pablo cuando dijo: *Todo me es lícito, mas no todo me conviene* (1), porque las recreaciones corporales, aunque sin pecado mortal, no son pequeños inconvenientes para las espirituales, lo cual declara en no dar Dios este maná á su pueblo luego que salió de Egipto hasta que se les acabó la harina que consigo llevaban.

Deja, pues, ya, alma mía, ese Egipto, pueblo de egipcianos engañadores; mira que en el desierto de la penitencia has de hallar este pan sabroso y suave maná. A los apartados del mundo se envía y no á los que buscan sus descansos en la tierra. Si quieres saber á qué sabe este pan regalado de la devoción, no lo preguntes, sino gústalo, porque ni nadie te lo sabrá decir, ni tú lo sabrás entender si de la experiencia carece. Ya te lo avisó San Juan cuando dijo: *Nadie sabe la dulzura de este santo maná, sino quien le recibe* (2). Escondido es y á escondidas se da. En lugar escondido sintió su dulzura la Esposa, cuando dijo en los Cantares que *esta fruta le era suave en su garganta* (3). No dijo en la boca, que aún parece estar más público, sino en la garganta, porque en lo interior del alma se siente; con fe invisible se alcanza, así como Jo-

(1) I Cor. VI.
(2) Apoc. II.
(3) Cant. II.

natás con la vara alcanzó el panal de la miel que estaba en aquel árbol verde y fructífero, dulcísimo, Cristo Jesús (1). Y aun bien dijo Jonatás que la suavidad de aquella miel le había abierto los ojos, porque con el espíritu afervorado de la devoción se conocen ser burla los deleites del mundo, ser cautelas los engaños de Satanás y ponzoña miserable los regalos de la carne. Finalmente, porque concluya, esta devoción llama el Profeta David gusto suave, y así como hablando de experiencia nos amonesta que le gustemos, diciendo: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (2). Mira, alma mía, que dijo que gustemos y no que nos hartemos, porque la hartura y abundancia se dilata hasta el cielo, á donde con hartura gozaremos del inmenso Dios, teniendo lo que podemos querer; mas acá en este suelo no se sufre sino gusto breve, recibiendo pequeña centella de aquella inmensurable luz. Cuán bien parece haber significado aquesto aquel resplandor tan admirable, aunque apresurado, cuando en el monte Tabor los tres escogidos Apóstoles vieron al Señor transfigurado (3). Allí cayeron todos tres en tierra, porque en las mayores mercedes y gustos que recibe el alma, mucho más se abaja y humilla; así como el árbol que tiene más fruta, más abaja sus ramas hacia el suelo. San

(1) I Reg. XIV.
(2) Psalm. 33.
(3) Matth. XVII.

Juan significa la voluntad, cuyo oficio es amar. San Pedro el entendimiento, á quien se le da principalmente el acto del conocimiento por fe. Santiago es la memoria de entender y amar al Esposo Cristo Jesús; ha de tener siempre cuidado, presentándole muchas veces delante de sus ojos. Todos tres caen como desmayados en lo alto del monte, así como embriagados de tal y tan angelical vino de gloria.

¡Oh, bendito desmayo! ¡oh, suavísimo sueño! ¡oh, caída, donde tanto se levanta el alma, que perdiéndose á sí misma de vista, y á todo lo criado, se remonta en tan grande alteza, que solamente contempla y gusta á su Dios y Criador! Mas al fin, gusto le llamó el profeta David, porque poquito es y muy poco tiempo dura. De presto se acaba, pues levantando los Apóstoles sus ojos, no vieron aquel resplandor que primero gozaban: ya todo era pasado, solamente les quedó delante de sus ojos el dulce y suave Jesús, el cual solo basta para bienaventuranza del alma, del cual le viene y nace la suavidad de la devoción. Nuestro Padre San Agustín, como una vez estuviese en tan grande alegría y contento de devoción, dijo así: *¡Oh, Señor, que si esta dulzura se perficionara, no sé, qué más hubiera que desear!* Véis aquí, pues, alma mía, aunque en breve, qué cosa sea esta preciosa joya y cuánto deba ser deseada la devoción, pues los Santos en tanto la estimaron: será bien que veas ahora, qué cosa es amor espiritual, para que entiendas cómo has de resistir este contrario,

que es la sequedad y tibieza que tanto impiden la perseverancia en todo espiritual ejercicio: y para que deseando la devoción, no te turbes, si no la alcanzares, quiero que veas que otra cosa es amor, y que otro el fervor de la devoción.

Amor de Dios no es otra cosa, según San Dionisio, sino una virtud tan valerosa, que nos hace unos espíritus con ese mismo Señor (1). Así dijo San Pablo, *que quien se llega á Dios, se hace un espíritu con Él* (2), esto es, por una admirable participación: de manera, que siendo de Dios amados, presumimos, respondiendo con amor, pagar la deuda que debemos, amando, según todas nuestras fuerzas y deseando aún amar más de lo que podemos. Lo que este amor santo obra en tí, alma mía, según oíste que te dijo el Apóstol, es unidad, de manera, que de verdadero amador de Dios, es del todo estar sujeto á la voluntad de su amado, nada desear, sin que primero la voluntad del Señor vaya adelante, siendo en todo la guía y regla para los deseos, palabras y obras: entonces podría bien decir el alma que tanto hubiese subido lo que dijo el mismo Apóstol San Pablo: *Vivo, mas ya no yo: vive en mí mi Redentor Jesucristo* (3). No negó tener vida, pues dijo vivo, que á la verdad, el alma en aquella unión de espíritu con su Dios no deja

(1) Dionys. I.
(2) Cor. VI.
(3) Galat. II.

de ser, mas tiene perfectísimo sér y vive Jesucristo en ella, porque en todas sus obras entiende el que es verdadera vida, Jesucristo nuestro Salvador.

Pues como sea tan otra cosa la caridad y fervor de la devoción, puédese hallar lo primero, que es amor de Dios por unión en espíritu y faltar lo segundo, que es la devoción: porque así como el árbol y la fruta, ó como la fuente y río que de ella nace, bien así la caridad y fervor de ella, que llamamos aquí devoción, aunque muchas veces andan á una, no siempre se acompañan. Las causas de donde proviene hacernos guerra este contrario y enemigo, que llamamos indevoción en las obras de Dios, dicen los santos ser diversas: la primera es por nuestra negligencia, que nos damos á culpas veniales, así como á palabras ociosas, alegrías y consuelos que nos distraen, resfriando en nosotros este amor divino. Por esto dice la escritura: *Dad sidra á los angustiados y vino á los que viven en tristeza* (1). La sidra es vino de manzanas y el vino es zumo de uvas: lo primero es sabroso y lo segundo es muy fuerte. Manzanas son las alabanzas divinas y racimo de uvas los siete Sacramentos. Pues que tú, alma mía, sin devoción te confiesas, y sin gusto de suavidad te comulgas y te hallas seca cuando oras, y con pesadumbre, mira no hayas tú tenido la culpa, por haberte dado á algunos livianos placeres: porque la sidra y el

(1) Prov. XXXI.

vino, el mayor y menor gusto de devoción no manda aquí Dios que se dé, sino á quien llora sus pecados, y á quien con tristeza santa, que llama San Pablo, según Dios, desecha toda vana alegría. También suele ser quitada esta alegría de devoción, porque el alma se reconozca y más se humille, viendo que por sus fuerzas ni deseos no bastó á alcanzar dón tan soberano, y si ya le poseía, sepa que no puede conservarle á su voluntad, de manera, que como sea de nuestra condición pensar que lo que tenemos es nuestro, usa el Esposo dulcísimo nuestro Dios de un primor con nosotros, quitándonos la joya emprestada, la cual pensábamos ser propia. Así le acaeció al profeta David, cuando estaba en aquel gran fervor de devoción, y dijo: *Yo dije en mi abundancia y fervor, ya no seré movido; mas quitaste, Señor, de mí tu divino rostro y luego quedé turbado* (1). Véis aquí, alma, cómo le parecía á este Santo Profeta estar ya seguro y perseverar en aquella suavidad de devoción, así como quien se viste ropa propia; mas el Señor, para darle á entender que era ajena, quitóle el fervor y espíritu de devoción, y él quedó luego desconsolado; y con razón dijo que se turbó, porque luego el alma queda sospechosa, si haya sido aquel castigo por su culpa ó para que más en aquella pena mereciese. La tercera causa de aquesta sequedad es sin culpa ninguna, sino para

(1) Psalm. 29.

aumento de merecimiento, porque el Esposo dulcísimo quiere probar á su Esposa, y saber de ella con qué amor y con qué lealtad en el tiempo de esta ausencia persevera buscando á su amado Esposo; porque escrito está *que el que es verdadero amigo en todo tiempo ama* (1). Pues que ames, alma mía, á tu Esposo Cristo Jesús, estando presente por fervor de devoción, no parece que haces mucho, porque no hay pecador tan malo que no olvidase todos los deleites si le diese Dios el gusto de la devoción que tú recibes; y que le sirvas por un excelente salario, que tiene sabor de principio de paga del cielo, no parece que te has desinteresado de tí misma, ni eres fuerte amadora, amando puramente á Dios por sólo Dios. No sé qué te diga en este caso, sino lo que dijo el Profeta Moisés á aquel pueblo de Israel: *Tiéntaos el Señor para que vea si le amáis ó no* (2). En la adversidad, alma, se conocen los verdaderos amigos; pues si amas sabia y fuertemente, en todo tiempo has de amar. Por esto llamó tentación aquí el Espíritu Santo á la prueba de aqueste amor, porque en el tiempo de la sequedad se conoce su fortaleza, y digo que tiene razón en llamarla tentación; por eso, alma, te aconsejo que la sufras con paciencia, porque es un género de martirio, en el cual está bien que teniendo tú diez grados de gracia, y otro con gran

(1) Prov. XVII.
(2) Deut. XIII.

devoción otros diez, merezcas tú más peleando en esta desabrida batalla, que no el otro regalando su corazón en lágrimas de devoción suave. La razón de esto es, porque lo esencial del merecimiento no consiste sino en la caridad y no en el fervor de ella que aquí llamamos devoción; pues como en tí, peleando, esta caridad se aumente, y en el otro sin pelea haya peligro de presunción, no te debes desconsolar, turbándote por verte indevota, ni dejar tus ejercicios santos, buscando consolacioncillas mundanas; mas buscar con perseverancia al Esposo, que no poco estima verte entonces leal y solícita, porque él sabe bien pagar al fin del día ó de la semana la sequedad y tibieza pasada, dando en poco tiempo lo que te negó para tu provecho por algunos días; mayormente, que no sufre la misericordia grande de este benigno amado Cristo Jesús, ser tan desamparada el alma que le ama, que del todo carezca de alguna dulzura, la cual, si no fuere á la voluntad de la Esposa, que no se contenta con poco, demandando y deseando recibir mucho, es á lo menos dada alguna parte pequeña de esta devoción, conforme á la voluntad del sapientísimo Esposo. Quiero decir: si perseverares, alma, en buscar á tu amado Esposo en tiempo de adversidad é indevoción, ten por averiguado que no estás sin ella, porque es imposible que el fuego sea fuego sin que tenga algún calor; bien así, no puede ser que tengas amor de Dios sin algún fervor de devoción; y pues perseveras llamando, se-

ñal es que amas; y si amor tienes á Dios, no puede ser sin devoción, aunque te parezca no tenerla, porque no tanto la sientas como querrías. Mira que la brasa no deja de ser fuego debajo de la ceniza, aunque no se vea ni sienta; así la caridad está muchas veces escondida debajo de la indevoción.

No pudo la Esposa en los Cantares, por presto que se levantó á abrir al Esposo que la llamaba, verle de rostro, lo cual ella tanto deseaba; mas aunque tan olvidada y tibia estuviese en su cama, no dejó de oir las voces de su amado, ni de sentir las pisadas, cuando se pasó adelante, después que ella abrió la puerta (1). ¡Oh, benigno Jesús! si llamábades y con tanto cuidado, ¿para qué os íbades cuando os abrían? y si os habíades de ir tan presto, sin atravesar la puerta de la casa de vuestra Esposa el alma ¿para qué llamábades? Aquí entenderás, alma mía, todo lo que en el párrafo pasado está dicho; pues aunque estén cerradas las puertas de la muralla de sequedad en tí, el amado Esposo llama y con llamar añade voz, porque mejor le conozcas, y oyéndole, en algo te consueles, tomando fuerzas contra el adversario enemigo, que es este desabrimiento y sequedad; y después que abriste, pasóse adelante tu Esposo, para que entiendas que le has de seguir hasta hallarle, cuyas pisadas son tan suaves, que solamente seguirlas no es pequeña

(1) Cant. V.

consolación á las almas. No dejes de ir adelante, mira que te prueba si le amas fielmente; no seas como niña, que no más de por la miel come la fruta. Si no tienes culpa, siendo apartada de la devoción, mira que te puede faltar, porque más merezcas y para muestra de lealtad que debes tener con tu dulce Esposo Jesucristo nuestro Salvador.

Tienes, pues, ya, alma, entendido en este capítulo: lo primero, qué cosa sea devoción y cuánto se deba estimar; lo segundo, cómo por tres causas te suele guerrear este enemigo, que es la indevoción, dejadas otras muchas, que se suelen traer: será ahora bien que en el capítulo siguiente veas cómo te has de haber en cada un ejercicio espiritual, cuando te hallares indevota.

CAPITULO VIII

DE ALGUNOS REMEDIOS CONTRA LA INDEVOCIÓN Y TIBIEZA

Es tanto menester, alma mía, hacerte fuerte y pelear varonilmente contra este enemigo de la perseverancia, la indevoción, que si un libro se escribiese de esta materia, no sería de pequeño provecho para tantas almas temerosas de Dios, como en la sequedad viven desconsoladas. Sea, pues, el primer aviso, así como documento sacado de lo que ya muchas é infinitas veces está dicho, que no por más devoto recibe uno mayor gloria en el cielo, sino por ser mayor amador á Dios. La causa de todo esto es porque nuestro sumo é inmenso Dios no mide y pesa las obras y servicios

que le hacemos por el mayor fervor y devoción que en ellas tengamos, sino por la mayor caridad con que las hacemos; de aquí es que más amando así á nuestro dulce Esposo Jesús, más nuestra voluntad se haga una con la suya; de manera, que así le da gracias, hallándose con sequedad y no menos le ama que cuando se halla muy consolada con lágrimas y devoción, porque sabe que la voluntad de su Esposo se cumple en lo primero, no menos que en lo segundo. Esta tal Esposa podría bien decir lo que dijo el Profeta David: *Como una bestia soy, mi Dios, delante de vuestra Majestad* (1). No tengo saber ni le quiero, pues ya le sujeté á la fe; ni tengo voluntad propia, pues ya la he mejorado, teniendo por mía vuestra divina voluntad. Si queréis que padezca, véisme aquí; si os place que esté devoto y alegre, sea, Señor, como mandáredes. Asnita soy vuestra, así como aquella del Profeta Balám; sentaos en ella según fuéredes servido, y si la quisiéredes azotar, no podrá decir sino lo que dijo aquella asnita de este Profeta: *Mirad, Señor, que soy animal vuestro* (2). Caída estaré en tierra hasta que me levantéis y atada cerca de Jerusalén, esperando que enviéis vuestros mensajeros para que me desaten (3). Digo esos deseos santos afervorados que desaten mi negligen-

(1) Psalm. 62.
(2) Num. XXVI.
(3) Matth. XXI.

cia y tibieza, en la cual os alabaré y glorificaré, sujetándome á vuestra divina voluntad; y aun diré con el Profeta David (1), que por verme así como el corezuelo en medio de la helada, no me olvidaré de vuestras justificaciones. Me acordaré de una justificación, y es, que no merezca tan gran merced como es la devoción por mis negligencias y culpas. También tendré en la memoria que queréis, Señor, quitarme la leche de la devoción, así como Abraham á su amado hijo Isaac (2), no porque le tuviese aborrecido, pues era único hijo, sino para enseñarle á manjares más fuertes y hacerle más varonil, como la leche no dá fuerzas más que para niño. Me acordaré de otra justificación en esta helada de sequedad, y es, que San Pablo dice: *Fortalecerse la virtud y perficionarse en la enfermedad* (3). Enferma estoy, pues tengo el gusto perdido y conozco mi flaqueza; manifiesto mi necesidad, Señor mío dulcísimo, habed misericordia de mí, para que con el mismo Apóstol pueda decir: *Cuando estoy enfermo, entonces estoy más fuerte y animoso* (4).

El segundo documento, arma fortísima, con que has de derribar este adversario, es considerar que no debes ser interesada para con tu Dios, pues él tan liberalmente te ama, que en nada de tí

(1) Psalm. 117.
(2) Genes. XXI.
(3) I Cor. XII.
(4) II Cor. XII.

se aprovecha; y como perseverar en cualquier santo ejercicio, solamente cuando te sientes devota, y cesar cuando te hallas sin gusto, sea muestra de interés, conviene para agradar á tu Esposo dulce Jesús, que estés tan pronta y aparejada, para servirle toda tu vida, si posible fuese, en sequedad, como si cada momento fueses derretida en lágrimas de gran devoción.

Acuérdate que cuando el Señor del mundo Jesucristo nuestro Salvador se partió de esta vida, como viese llorar á sus amados Apóstoles, los reprendió diciendo: *Que si con verdad le amaran, antes se debrían gozar, porque se partía de ellos para ir á su Padre* (1). Donde dice San Bernardo que aunque los Apóstoles amaban á su Señor y Maestro Cristo Jesús tiernamente, no le amaban con fortaleza, cebábanse con gran gusto de aquella benditísima presencia corporal, y por eso les reprende el Señor, no teniendo en mucho su amor, pues miraba al interés temporal de aquel gusto.

No quiero decir, alma mía, que no desees ni tengas voluntad á esta preciosa joya, antes una de las razones porque se quita á tiempo, es para que más la desees, y deseándola, mejor te dispongas para más abundosamente recibirla. Mas mira que San Pedro dice *que como niños nuevamente engendrados deseemos la leche* (2); porque al fin

(1) Joann. XIV.
(2) I Petr. II.

nuestra flaqueza no basta para cosa tan alta como es el servicio de Dios, sin ser particularmente de su Majestad consolados; mas acuérdate que ha de ser este deseo como de niño, no poniéndote á pleito con Dios, haciendo tú de la enojada como si se te debiese por justicia. Niña eres, no has de pedir riñendo, sino llorando, como lo hacen los niños, importunando á sus madres. Gime como niño, humillándote y reconociéndote ser indigna de tan crecida merced, si quieres ser consolada.

El tercer documento es que tengas muy firme esperanza en esa sequedad, de que recibirás lo que deseas, si en demandar perseverares. Mira que te dice tu Esposo *haber recibido aquel hombre evangélico, que se levantó á la media noche, los panes que pedía á su vecino para el amigo, que venía de camino, esto por haber sido importuno y llamar con diligencia* (1). Aquí te avisa el Señor que en esa media noche fría y desabrida de tibieza, no ceses de llamar á las puertas de la misericordia divina, y recibirás tres panes para el amigo caminante tu espíritu: fe, que es pan del entendimiento; amor, para fortificar la voluntad, y esperanza muy cierta para recrear tu memoria; de manera, que no irás sin recibir, si no desmayares en llamar orando.

Acuérdate que dice el Santo David, *que los carbones son encendidos delante del rostro del*

(1) Luc. XI.

Señor (1). Si carbón frío eres y deseas ser fuego, llégate al brasero del divino amor, que es cada uno de los Santos Sacramentos. Confiesa y comulga, haz oración, que de allí saldrás hecha fuego, la que comenzaste hecha un frío carbón. Mira que el santo Abel en el campo y el sabio Salomón en el templo, no hicieron más de ofrecer sus ofrendas á Dios, aparejando sus sacrificios, según que de su parte podían: y entonces Dios del cielo envió el fuego, enseñando que los aceptaba. Sacrifícate al Señor, ofrécete así, muerta y fría, que él dará, cuando no pensares, el fuego celestial y fervor del amor santo y suave devoción: porque si me dices: no me confieso ni comulgo porque me hallo indevota, ni me llego más á la oración, acordándome de mi Dios, por no sentir tanto gusto, no sé qué quieras decir en esta respuesta y excusa sino como si más claro dijeses: no me llego al fuego, porque tengo frío, ni quiero ir al Médico de mi salud, porque estoy enferma.

El último documento es que oigas al sabio Salomón, el cual aconseja *que en el día de los bienes te acuerdes de los males, y que en el día de los males y trabajos tengas memoria de la prosperidad y días buenos* (2). Día de bienes y tiempo de prosperidad podemos llamar el tiempo de la devoción, á donde todo parece que se nos hace como

(1) Psalm. 17.
(2) Eccli. XI.

queremos, y ayunando y contemplando con presteza y alegría que no se puede declarar. Allí has de tener cuidado de acordarte del invierno pasado y días trabajosos de indevoción para humillarte, conociendo ser aquella preciosa margarita emprestada; y pasado el empréstito, ten memoria en los días malos, cuando te hallas indevota de aquellos días de misericordia que gozaste cuando, estando próspera, esas oraciones que ahora rezas y misas que oyes y dices, la misma contemplación que haces, entonces en muy alegre suavidad, por la misericordia de Dios, la hiciste. Acuérdate que el Santo José, con grande prudencia, guardó de los siete años abundosos para remediar su reino en los otros siete estériles (1). Profeta eres, alma mía, como otro José, y por la fe te declara el omnipotente Dios que todos los tiempos no son ni deben ser iguales. No siempre permite el Señor que estés seca, ni tampoco te conviene estar siempre devota. Guarda de un tiempo para otro, allega del verano para el invierno, según ves que hace la hormiga, á quien Salomón te da por maestro (2). Si devota te hallares, provéete para los años estériles, aparéjate con sufrimiento para la adversidad penosa de la indevoción, porque en este caso, sabiduría es tener cuidado y proveer para la mañana.

(1) Genes. XLVII.
(2) Prov. VI.

No ceses, alma mía, de tu santo ejercicio; acuérdate de Dios, persevera en tu concertada vida, aunque indevota, pasa ese martirio, aunque sin gusto, confía, que aunque seas hierro frío, tocándote á la piedra Cristo con perseverancia, saltarán centellas de fervor de amor, para que reconozcas tu Esposo ser tu Redentor y Criador, como lees haberle acaecido al Apóstol Santo Tomás (1). Frío estaba aquel niño de la Sunamitis, y aun muerto, y en tocándole con sus manos Eliseo, dice la Escritura que tomó él calor y resucitó (2). ¡Oh, santo Dios, cuántas veces te habrá acaecido, alma, ir al santo altar tibia y sin calor de devoción, y midiéndose aquel gran Profeta infinito, Dios Cristo, con tu pequeñez, recibes calor de espíritu, comenzando á tener nueva vida de alegría y grande gozo la que antes, como muerta, te llegaste con tibieza muy fría!

Muchas veces en nuestros tiempos hemos visto aquel gran milagro que una vez nuestro benditísimo Redentor en Caná de Galilea obró, haciendo del agua vino (3). Ofrece esa agua fría, aunque sin devoción: quiero decir, esas oraciones y ejercicios santos que el buen convidado Jesús, que todo lo ve y á todo está presente, cuando menos pensares volverá del agua vino dulce y suave de afervorada devoción, y tal, que espante todos los convidados

(1) Joan. XX.
(2) IV Reg. IV.
(3) Joann. II.

y se admiren tus sentidos, porque tan suave vino no se halla en este suelo, si no es dado de la mano de este amado Esposo Jesús. Vence, pues, alma mía, este grande adversario, pidiendo nuevas fuerzas á Dios para contra la sequedad. Pelea toda la noche, como otro Jacob (1), con gran ánimo, si quieres que venga presto la mañana para recibir la bendición y gracia de devoción.

El mayor tormento que en este caso te podría ser es que, viéndote indevota, se te da poco por la devoción; porque si nuestro Padre San Agustín dice *que la mayor tentación es al cristiano no ser tentado*, así podremos decir que el mayor mal al alma será, estando indevota, no sentir ni recibir pena por la falta de devoción; de manera, que siendo atormentada de la sequedad, debes tener sufrimiento, y sufriendo, debes más penar, suplicando humildemente al benigno Jesús que, pues te es quitada la suavidad de devoción, no se quite ni falte la caridad y santo amor; porque como en la perseverancia de la caridad consista el mérito esencial para con Dios, lo demás accidental parece ser, pues la devoción va y viene, conforme á la voluntad de este soberano Señor. Ten, alma, delante de tus ojos estos avisos que aquí has visto, porque no pequeño fruto hallarás al tiempo que los hayas menester, según muchas personas por la experiencia así lo han conocido en sí mismas.

(1) Genes. XXXII.

CAPÍTULO IX

DE CÓMO CRISTO BUSCA EN EL ALMA LA MEMORIA DE SÍ MISMO

Es tanta la bondad de tu dulcísimo Esposo Jesús, alma mía, y tan grande el fervor de su amor, que según nuestro Padre San Agustín dice, siempre se desvela en mirarte y despertarte, yendo y viniendo á tí, como lo prometió en el Santo Evangelio, y aun enviándote mensajeros cada momento, que son sus ángeles y santas inspiraciones, para que no te olvides de su Majestad, amando otra cosa alguna criada más que á Él, ó no amándola en Él (1). Este cuidado y solicitud entendió el Santo

(1) Job XIV.

David, cuando dijo: *Del cielo miró el Señor sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien se acuerde de Él y le quiera buscar* (1). ¿Quién, alma, es este cielo tan grande, tan claro y tan hermoso, en el cual está escondida la divinidad, sino aquella humanidad preciosísima de tu dulce Esposo Cristo Jesús? De allí mira con tantos millares de ojos cuántas llagas padeció por tu amor y salvación. Esta es la piedra que vió Zacarías con siete ojos (2), que son siete dones del Espíritu Santo, con los cuales te mira para con los rayos de su misericordia santificarte. Son como llamas de fuego, según los vió San Juan en el Apocalipsi (3), porque mirándote hecha un hielo por el pecado, te derrita en lágrimas de contrición, pesándote de haber ofendido á tal y tan leal Amador. Así leemos de San Pedro, que en mirándole aquellos ojos amorosos del dulce Cordero Jesucristo, se le bañaron los ojos en lágrimas, *y saliendo fuera, lloró con amargura su pecado* (4). Bien dice haber salido fuera, pues olvidado de sus canas y senectud, se volvió niño, llorando. Salió fuera, porque de la compañía de los malos que le habían sido ocasión de la culpa, hizo en soledad penitencia. David dice: *Apártate del mal y haz bien* (5). Pri-

(1) Psalm. 13.
(2) Zachar. III.
(3) Apoc. I.
(4) Luc. XXII.
(5) Psalm. 33.

mero se ha de dejar el pecado y la compañía de pecadores y después obrar el bien, apartándose á hacer penitencia. Esto es lo que el ángel dijo á Loth, *que saliese de Sodoma y que no morase aun cerca de aquella región del Jordán, mas que se salvase en el monte* (1). ¡Válgame Dios, qué virtud tan soberana é infinita la de estos santos ojos, pues bastó una sola vista para echar fuera á un pecador, San Pedro, el cual, no una vez, sino tres, había negado á su maestro y nuestro Redentor Jesucristo! Del valle de los pecados profundos, le subió al monte alto de la penitencia, á donde se salvó; y por su santo ejemplo cada día se salvan muchos, los cuales, siendo mirados con estos benignos ojos de misericordia, salen fuera de sí mismos, pesándoles de lo que antes les agradaba, llorando lo que primero riyeron y siéndoles amarga hiel lo que antes les dió contento, con una falsa y ponzoñosa dulzura.

Pues estos ojos por ser de tanta misericordia llenos, dice ahora David *que miran á todos los hombres* (2), porque aquella suma Bondad no sufre acepción de personas, mas antes quiere que todos se salven, según afirma San Pablo (3); y aun mira á todos, porque el mal de todos los mundanos es mal de ojos. San Juan dice *que este será*

(1) Genes. XIX.
(2) Psalm. 13.
(3) I Cor. VII.

el juicio contra el mundo, porque amaron los hombres las tinieblas más que á la luz (1). Esto suele ser muy natural á los que tienen enferma la vista, esconderse de la luz. Miran como en atalaya estos ojos de tu amado Esposo de lo alto del cielo, y lo que buscan es si hay quien emplee sus ojos, su entendimiento y voluntad, contemplando sus obras maravillosas y buscándole con memoria de amor. Peor parecen ser los olvidados de aqueste piadoso Señor que los brutos, de los cuales dice Isaías *haber conocido el buey á su poseedor, y el asna el pesebre de su Señor; mas su pueblo no conoció á su Criador y Dios* (2).

Quejas son de este mismo Redentor nuestro, aquellas que dice David: *Consideraba á la mano derecha, y no había quien me conociese* (3). ¡Oh, alma mía, ves aquí ser claro cómo todos andamos á la mano siniestra en estos temporales bienes visibles sepultados y olvidados, los cuales bienes no carecen de dos mil siniestros! Si no díganlo sus amadores, con cuánto trabajo ganan esas riquezas y honras, y con cuánto peligro de alma y aun con cuánto temor poseen lo que no con pequeño trabajo ganaron, sabiendo con certidumbre que la muerte, como ladrón que lo ha de quitar todo, está minando la casa de noche y de día, llamando

(1) Joann. III.
(2) Isai. I.
(3) Psalm. 141.

á la puerta y diciendo cada hora y momento aquellas palabras que nuestro Redentor dice por San Lucas: *Oh, loco, esta noche morirás, ¿cuya será esa hacienda que tienes allegada?* (1). Locura grande de los mortales olvidarse del Criador, contentándose con la criatura, menospreciar las cosas eternas, amando las temporales. Dice, pues, la Justicia divina que el loco por la pena es cuerdo, y entre en juicio y que le quiten la vida, y sus bienes queden así como perdidos.

Acuérdense, pues, los que andan á esta mano izquierda, olvidados de Dios muchas veces de esta rigurosa sentencia, y en los placeres de sus mesas y delicados manjares levanten los ojos un poco, y verán, como otro Rey Baltasar, la mano en la pared, que está escribiendo y firmando su difinitiva sentencia (2). ¡Oh, si los reyes y señores poderosos del mundo mirasen en tales tiempos la pared de su sepulcro y considerasen cómo han de ser muy presto vil manjar de gusanos! creo, si no me engaño, que no menos que aquel Rey de Babilonia que dijimos, temblarían en medio de sus convites, hasta herirse unos miembros con otros, y demudada la color, mudarían también sus vidas, y aun serían ejemplo á los menores, para acordarse de Dios, limitando sus gastos profanos.

Pues no dijo David que miró nuestro Redentor

(1) Luc. XII.
(2) Daniel V.

Jesucristo á la siniestra, porque á los olvidados débeseles hacer la paga en olvido: mas dijo *que miró á la diestra* (1), á donde los bienes espirituales tienen asiento sin algún siniestro, siendo del todo amables y dulces, á donde dice *apenas haber hallado alguno*, el cual piense y contemple en su memoria contínua al benigno Jesús, agradeciéndole sus trabajos, sangre y vida, que dió por gente tan ingrata y tan olvidada de su Dios; de manera, que con ojos muy abiertos este amado Esposo, celador de las almas, mira á todas partes del mundo y tiene cuenta con los deseos y pensamientos del corazón de cualquiera, que en este trato santo entiende, buscando con amor contínuo al benigno amado Jesús, cuyo cuidado es mirar á quien le mira, amar á quien le ama, y buscar á quien á su Majestad busca.

¡Oh, alma mía, pues ves que tantos van con tanta diligencia buscando la vanidad, caminando por camino ancho, según dice nuestro Redentor, y van, como otro Jonás, huyendo de Dios para Tarso, siendo su fin la ballena infernal, que jamás los lanzará de su boca! (2) busca tú al que es gloria de los ángeles, hermosura del cielo, arte en quien este universo fué fabricado y reposo de todos los querubines. Mírale, pues, que te mira, abre esos ojos con fe, búscale con solicitud, amándole,

(1) Psalm. 141.
(2) Jon. I.

imita á los ángeles, de quienes el Señor dijo *que siempre ven la cara de Dios* (1). Tu Esposo Jesús rostro es del Padre Eterno, pues él declaró al mundo quién era su bendito Padre; y aun dijo á San Felipe, *que quien viese á él, también ve á su Padre Eterno* (2). Toma este *Agnus* de este Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo: haz lo que la Esposa hizo en los Cantares (3), poniéndole sobre tus pechos delante de tus ojos, que jamás le pierdas de vista. Así lo hacía el Profeta David, y dando la causa para esto, dijo: *Siempre ponía á mi Señor delante de mis ojos, porque á mi mano derecha está teniéndome para que no caiga* (4). Quiso decir David aquí: todos los bienes que tengo, de mi Dios me vinieron; á mi lado anda siempre; por su favor y misericordia no caigo en mil maldades; viéndole, se retraen mis enemigos; con tan excelente Padrino peleo y venzo mi sensualidad, y finalmente, dándome él esfuerzo, de todos mis enemigos gano victoria. Pues por tanto, por pagar en algo tan crecidas mercedes, dice ahora David: me acordaré siempre de mi Dios, traeréle como imagen delante de mis ojos, no un día, ni una hora, sino siempre, porque siempre me obligan sus favores, siempre recibo nuevas mercedes,

(1) Matth. XXXI.
(2) Joann. XIV.
(3) Cant. I.
(4) Psalm. 15.

siempre me tiene del brazo, para que no me despeñe y caiga en el tremadal de lodo de mi carne y propia miseria (1). Si á los hijos de Israel tanto encareció Dios aquella merced, habiéndoles librado del poder de Faraón y los mandaba que en tal manera de ella se acordasen, que como señal, atada á la mano, y como imagen, colgada delante de los ojos, siempre tuviesen de ella memoria, ¿cuánto más de la obra preciosa de nuestra redención debemos tener acuerdo, á donde no la vara de Moisés, sino la santísima cruz puesta en la mano de Cristo vemos grandes maravillas? No la sangre del cordero irracional, que era figura, se derramó, sino la preciosa sangre de Jesucristo, inocente Cordero de Dios, se dá para nuestro rescate.

Ya ves, alma mía, con cuánto cuidado busca y pide tu amado Esposo esta preciosa joya del contínuo amor; y aun viste cuánto la estima, pues la pide por palabra y la busca con tanto aviso, así como con hachas encendidas, mira atentamente con los ojos si hay quien le ame y si hay quien de Él se acuerde; bien será que comencemos á dar algún arte y manera para ejercicio tan alto y no menos dificultoso que precioso. No hablo con los sabios y tan acabados en perfección, que *como ciervos ligeros se encumbran y suben á los altos montes*, según dice el Santo David (2), los cuales se pasean

(1) Exod. XIII.
(2) Psalm. 103.

de monte en monte, por los misterios de la Santísima Trinidad, contemplando con grande admiración y viveza aquella generación inefable y eterna del Padre al Hijo, como los dos espiran la tercera Persona, que es el Espíritu Santo: amor que une al Padre y al Hijo, según dice nuestro Padre San Agustín. Montes son de infinitas perfecciones, cuyo saber, bondad y poder no tiene término, porque su sér no es limitado, mas es infinito. Aquí los muy sabios hallan pasto y frescura abundosa en estos admirables montes, aunque lo menos es lo que conocen por ser finita su capacidad; sólo el mismo Dios basta perfectamente á entenderse y comprenderse. Estos ciervos tan ligeros vuelan sobre todo, y siguiendo la más sutil manera de dos, que pone San Dionisio, para contemplar y entender á Dios por una manera de negación en las criaturas, esto es, dejando todo lo criado, no haciendo caso de la escala común, por donde el entendimiento suele subir á lo alto de la contemplación de su Criador, pasando de la criatura á su Dios, saltan con gran ligereza á lo alto de estos montes soberanos, contemplando á Dios en sí mismo, y admirándose de su infinito saber, glorifican aquella soberana majestad, amando aquella fuente de sobreexcelente misericordia; quedan, finalmente, como otra reina Sabá (1), así como sin fuerzas y espíritu, admirados y transportados, considerando la presencia,

(1) I Reg. X.

dignidad y altísima gloria del gran Rey de los reyes Salomón, nuestro eterno Dios. Hablo contigo, alma mía, principiante é idiota, erizo perezoso, lleno de espinas de culpas que cada día cometes contra tu Dios y Señor; así te llamó el Profeta David luego erizo, animal pequeñito (1), cuando dijo de aquellos ligeros ciervos que se apacientan en aquellos montes altos, y enseñándote el remedio, dice *que pues eres erizo, te hagas fuerte y te encierres en la piedra* (2), la cual te dice San Pablo que es tu amado Esposo Jesucristo. Este es todo tu descanso; Él te quita tus espinas de pecado, tomando corona de espinas en su preciosa cabeza. La puerta hallarás abierta, pues su divino costado en la cruz se abrió por tí. Por Él te dió el Padre Eterno la redención. Él es la mina de donde has de sacar siempre tesoros de gracia. Él es por quien te ha de ser dada, finalmente, la corona de gloria.

Podré yo decir lo que nuestro Padre San Agustín dice de aquel libro que hizo llamado *Manual*, el cual compuso para sí, según él afirma, para que cuando se hallase tibio leyese en él, y como quien necesitándole el frío se llega al brasero, remediase su tibieza; para mí confieso haber tomado este cuidado, así como más pequeñuelo erizo y pecador que no tiene otro remedio sino el que dió el Santo David, como cobarde (3), huyendo á la piedra, que

(1) Psalm. 103.
(2) I Cor. X.
(3) Psalm. 103.

es Cristo Jesús, y para que, enseñando, enseñe á mí mismo, como quien come del fruto de sus manos, á quien da bendición el Profeta David (1). Verdad es que ha podido mucho la importunación de algunas temerosas personas y amadoras de Dios, que como erizos, reconociendo sus flaquezas y culpas, desean ver un camino para cosa tan grande, como es siempre traer presente en su memoria á su Esposo y Redentor.

(1) Psalm. 127.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO X

CÓMO SE HA DE TRAER CRISTO PRESENTE EL LUNES COMO JUEZ

Muchas y diversas maneras la unción del Espíritu Santo ha enseñado á los santos amigos de Dios para este ejercicio tan grande, que mayor no puede ser en la tierra, según las cuales sus almas crecieron mucho en el camino espiritual trayendo siempre presente á su amado dulce Salvador Jesucristo. Pondré aquí dos ó tres maneras

para que tú, alma mía, conforme á tu gusto y voluntad, tomes la que más te agradare Unos traen á Cristo presente, dividiendo esta memoria y ejercicio en siete días de la semana; de manera, que el lunes contemplan á nuestro Redentor así como Juez, considerando aquello que dice San Mateo: *Que aquel día último verán los pecadores venir al Juez Soberano con gran poder y majestad en las nubes del cielo, cercado de ángeles, acompañado de su benditísima Madre y de todos los Santos, para dar sentencia en favor de sus amigos, á los cuales dirá: venid, benditos de mi Padre, y recibid el reino que os está aparejado antes que tuviese principio el mundo* (1). ¡Oh, palabra suavísima de la boca del dulce Cordero Jesús! venid benditos para siempre á reinar en mi compañía. Es tanta la suavidad de aquesta sentencia, que hace á las almas poner en olvido todo lo que es mundo, y con oídos atentos, de noche y de día esperan con gran firmeza y suplican con gran importunación á este Soberano Juez, y dicen: *Señor, venga ya ese vuestro reino*. Vuestro, porque Vos solo nos le habéis de dar; y aun vuestro, porque este reino sóis Vos; también mío, pues tengo de ser yo el llamado, para siempre poseerle y reinar. Con deseo de oir esta santa palabra en aquel día, los amigos de Dios se hacen sordos á las injurias, cierran los ojos á las afrentas, padecen hambre,

(1) Matth. XXVI.

sed y cansancio, siendo verdugos ásperos á sí mismos; mas los culpados pecadores oirán la otra parte de la sentencia contra sí mismos, según dice San Mateo: *Id malditos al fuego eterno, el cual se ha aparejado para el demonio y para sus ángeles* (1), que en el pecado le siguieron. ¡Oh, terrible y temerosa palabra; id malditos para siempre, sed apartados de la vista y gloria de Dios, para ser siempre atormentados en las llamas infernales, para siempre morando en gemido y lágrimas, viendo la muerte y deseándola, sin poder de una vez morir, mas perpétuamente penando, vivir, es siempre morir! A donde dice Isaías *que el gusano de su propia conciencia y remordimiento, jamás cesará de atormentarles, ni el fuego sólo un momento dejará de abrasarlos* (2). ¡Qué aullidos, oh gran Dios, qué voces, qué gritos de confusión y qué blasfemias tan enormes se dicen en aquella Babilonia! Cuántas maldiciones dan los hijos á sus padres porque no les reprendieron sus vicios y castigaron sus culpas, dejándoles haciendas con que se condenasen, y no virtudes para ganar el tesoro, que es el cielo; y aun los padres maldecirán á sus propios hijos, pues por dejarles más riquezas y nuevos mayorazgos, consintiendo á la vanidad de sus deseos, trataron tratos con usuras, robando haciendas de pobres, no perdonando huér-

(1) Matth. VI.
(2) Isai. LXVI.

fanos, ni iglesias, ni haciendo descargo en su vida, por no desheredar á sus herederos de lo que era hacienda ajena. Allí los blasfemos, maldicientes y murmuradores, dice San Juan *que por el extremo dolor, con sus propios dientes se cortan las lenguas* (1).

Ahora, pues, alma, considera en este día del lunes á este poderoso Juez Jesucristo, presentándole en tu memoria con grande atención, contemplando *aquel fuego, que vendrá delante de su Majestad*, para purificar estos elementos: y aun *para quemar con gran rigor á los enemigos de este Señor*, que entonces hallare vivos, según dice el profeta David (2). *Sonará la trompeta*, que dice San Pablo, *á cuya voz todos los muertos se levantarán de sus sepulcros, para ser sentenciados de este poderoso Juez, á quien el Padre Eterno dió el cargo de este juicio* (3). Verdad es que toda la Santísima Trinidad entiende en dar esta sentencia: mas dice ser el Juez Cristo, según que hombre, por una manera de gran dignidad, que acá llamamos comisión (4): y aun está bien, que el que fué juzgado sin culpa de un pecador Pilato, sea el que juzgue á todos los hijos de Adán: y aun la razón pide que los que han de ser sentenciados, vean

(1) Apoc. XVI.
(2) Psalm. 96.
(3) I Cor. XV.
(4) Joan. L.

al Juez que da la sentencia: y como ver aquella benditísima humanidad de Jesucristo, no sea ver la gloria de Dios, no hay inconveniente que los condenados vean presente al Juez Cristo para su mayor tormento (1).

Pues si quieres, alma mía, despertar tu afecto, preséntate muchas veces en este día ante este clementísimo Juez: da petición con humildad, apelando con tiempo de la justicia para la misericordia de Dios, tomando consejo con aquel gran letrado profeta David, el cual suplicaba así, hablando con este Omnipotente Juez: *Señor, no entréis en juicio con vuestro siervo, porque nadie habrá de los que viven, que sea justificado delante de Vos* (2). Como si dijese: Concededme, Señor, misericordia de mis pecados, que yo haré justicia contra mí. Yo quiero entrar en juicio con Vos, siendo yo el juez y verdugo contra mi carne. Dejad, Señor, en mis manos el castigo, que yo me haré tratamiento de enemigo. De aquí doy mi palabra de daros venganza de mí mismo. Pagaré la deuda de mis pecados, redimiéndolos con limosna, como dice el profeta Daniel (3). Ayunaré, orando y llorando *hasta lavar el estrado de mi cama*, pues fuí transgresor de vuestra Ley, Dios mío, esperanza mía (1). Siervo vuestro soy, aunque traidor:

(1) Scot. IV, d. XLVIII, q. 1.—S. Tho. ibi.
(2) Psalm. 142.
(3) Dan. IV.
(4) Psalm. 6.

ya me pesa de mi culpa: deseo hacer áspera penitencia: dadme Vos vuestra santísima gracia. No seguiré más pisadas del demonio: luego me despediré del mundo, y no daré más contento á mi maligna carne. Mirad, dulce Jesús, que según veo, si va por examen este pleito, si se relata el proceso contra mí de mi mala vida, si Vos tan sabio, tan recto y tan poderoso hacéis este juicio el día último, nadie habrá que se salve de los pecadores, que con tiempo no pidieron los tesoros de vuestra misericordia. No sea, Señor, así: misericordia pido: concédaseme, pues soy flaco y mísero hombre pecador. *No entréis en juicio con vuestro siervo porque en vuestra rigurosa justicia nadie habrá justificado* (1).

Estas palabras, alma mía, que aquí te ha enseñado el profeta David, han de ser la oración que has de traer escrita en tu corazón, para decirla en todo este día, presentándote temerosa delante de este Santo Juez con grande vergüenza, por haberle tantas veces ofendido, en tantos y tan enormes pecados: ni es cosa fuera de razón, que comiences, temiendo este tan santo ejercicio y memoria de tu amado Esposo Jesús, presentándole así como á Juez en tu memoria: porque así como antes del pecado primero éramos más hábiles para amar y menos para temer, ya después de culpados como malos comenzamos primero á temer que no á

(1) Psalm. 142.

amar. Esto es lo que dijo Isaías: *Señor, de tu temor concebimos y parimos espíritu de salud* (1). Bien dijo este Santo Profeta concebir espíritu de salud, porque del temer á Dios, que ha ser nuestro Juez, se engendra en el alma un deseo de no querer pecar, apartándose de la culpa, á lo menos por no sentir las penas del infierno; mas al fin viene á parar este temor en amor saludable, aborreciendo ya el pecado, no por temor de la pena, sino por vergüenza de la ofensa que hizo contra su Dios. Dá un símil el Maestro de las sentencias de la cerda ó aguja, que es áspera, la cual va adelante del hilo, llevándole tras sí: bien así pasa el temor con su dureza y desabrimiento, y queda el amor como blando hilo de seda.

Bueno es, alma mía, el temor, del cual, así como de fuente, nace un río de agua dulce, *cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios* (2), que es el santo amor. No se puede encender fuego grande y claro si primero no se sufre el enojo del humo obscuro; bien así, para venir á ser fuego de ferventísimo amor, el alma, que antes era obscura y fea por la culpa, conviene que tema y considere, y muchas veces se acuerde de aquella sentencia de San Pablo, *que es terrible cosa caer en las manos de tan sabio y tan recto y no menos fuerte Juez* (3). Con verdad es

(1) Isai. XXVI.
(2) Psalm. 45.
(3) Hebr. X.

cosa terrible, pues allí, dice Salomón, *que el Varón no perdonará en el día de la venganza, ni oirá los ruegos de nadie, ni tampoco perdonará á quien le diere muchos dones* (1). No perdonará, porque ya se pasó el tiempo de perdón, que es todo el término de nuestra vida; por tanto, le llamó día de venganza. Ni tampoco te aprovechará, pecador, echar por rogadores á los Santos, porque ni ellos lo suplicarán á este riguroso Juez, ni tú tienes merecido que ellos te oigan. ¡Oh, cosa espantosa, que venga tiempo y día donde la Virgen María, Reina de los ángeles y Madre de misericordia, según la llama la Santa Iglesia, no se mueva á compasión y piedad del pecador, condenado para el infierno! Día á donde el Angel de la Guarda y todos los Santos amigos de Dios dirán en alta voz aquella sentencia de David: *Justo sóis, Señor, y recta es vuestra sentencia* (2). Vaya el pecador culpado, pues no quiso recibir misericordia, á pagar con justicia en la cárcel perpétua del infierno. Muera, Señor, muera el pecador sentenciado eternamente, sin acabar de morir, pues no tuvo por bien viviendo de acabar de pecar. No tampoco dijo Salomón (3), que recibirá dones, aunque sean muy grandes presentes, porque no te valdrá nada el llorar ni gemir por tus maldades,

(1) Prov. VI.
(2) Psalm. 118.
(3) Prov. VI.

los cuales son dones preciosos que en esta vida Dios te pide para justificarte, pues el Profeta Ecequiel dice: *En cualquiera hora que el pecador diere un gemido, Dios pone en olvido todos sus pecados que contra el Señor había hecho.* No dice le perdona solamente, mas dice que pone en olvido las ofensas pasadas, porque otra es la misericordia de Dios y muy otra la de los hombres, pues perdonando unos á otros, no ponen en olvido la injuria pasada. Bendito seáis Vos, mi Dios, tan magnífico en perdonar, que seáis tan mi amigo y Padre, que de cuantas bofetadas mi alma os dió, ofendiéndoos, no tengáis acuerdo ni memoria.

No resta, alma mía, pues has visto la rigurosa justicia que este Omnipotente Juez ha de ejecutar en aquel temeroso día, sino que tomes por abogado y patrón á tu dulce Esposo Jesucristo, si quieres retraerte de sus manos, para no sentirle por Juez. Haz justicia de tí misma y juntamente juicio, para que oses decir con el Profeta David: *Señor, ya yo he sido mi ejecutor, pagando por mis pecados, no me entreguéis en las manos de mis acusadores* (1) los infernales demonios. Imita á la Magdalena, la cual después que se echó á los piés de este benigno Señor, llorando sus pecados, luego le sintió por abogado y solícito defensor, defendiéndola del fariseo, que en su corazón la llamaba pecadora, y también de su hermana Santa Marta

(1) Psalm. 118.

que la reprendía de ociosa (1); y, finalmente, la defendió de Judas cuando de ella murmuraba por el servicio tan loable que ella había hecho al benigno y abogado Redentor, derramando un ungüento muy precioso sobre la cabeza del Rey del cielo (2). No menos, pues, á tí, alma mía, si te derribares á los piés del Cordero Jesús, llorando tus pecados, te será piadoso abogado, defendiéndote del fariseo, mundo hipócrita, que aguza sus dientes para murmurar de tí, viendo que no sigues sus vanidades, ni te agradan sus engañosos deleites. Ten paciencia para sufrir lenguas mal miradas, que por el caso que fueres sierva de Dios has de ser murmurada de los amadores del mundo. Ni tengas en tanto esta persecución, cuanto la segunda que tu hermana Marta de tí murmura, diciendo que eres una perdida ociosa. Esta carne mortal, turbada como otra Marta de mil pasiones (3), muchas veces querría partir con la hermana María, que es el alma, queriéndola turbar por consentimiento en las culpas; mas el Abogado de infinito saber y poder Cristo, el cual sólo es bastante para ser tercero y poner paces en una guerra tan trabada como hay de la carne al espíritu, según la sintió San Pablo (4), Él responde por tí, alma

(1) Luc. X.
(2) Matth. XXVI.
(3) Luc. X.
(4) Galat. V.

mía, si fueres María, si benigna, si paciente, si fueres, finalmente, contemplativa. *Marta, Marta*, dice el Señor, *turbada estás en muchas cosas* (1), turbada en los deseos, turbada en la lengua, hablando mal de tu hermana, á quien notas de ociosa, teniendo la mejor parte, pues está empleada en mi servicio, contemplando mis misterios y gozando de la quietud del cielo (2). Finalmente, alma, será tu defensor Jesucristo cuando al tiempo del convite el traidor de Judas y sus acompañados regañarán, hiriendo con sus dientes á sí mismos, por el ungüento que derramaste en servicio de tu amado Jesús. La mesa pones para el convite cuando convidas pobres en las grandes festividades, Pascuas y días de Nuestra Señora la Virgen María, como sé yo que lo hacen muchos cristianos en nuestra España, según mejor pueden disimuladamente, llamándolos á sus casas y sirviéndolos por sus propias manos, siendo ellos de sus criados servidos de rodillas.

¿Qué diremos, alma mía, del ungüento que estos cristianos tan grandes allí derraman, llorando muchas veces sin poderse valer, cuando se ven ser siervos de aquellos pobres del Señor del mundo, que por los pobres se hizo pobre y sirvió á sus siervos treinta y tres años? La obra es grande, y por eso ha de menester gran ánimo, no la dejes

(1) Luc. X.
(2) Matth. XXVI.

de hacer, sépalo quien quisiere y diga lo que le pareciere; abogado tienes, Él responderá por tu santa intención, y te sacará á paz y á salvo; y si uno murmurare, diez alabarán á Dios, y aun despertados por tu ejemplo, obrarán lo que loan en tí. Ó si quisiéremos, digamos que esta mesa es el altar de los sacrificios que en tu corazón ofreces á Dios. El ungüento es la oración, cuando te retraes á contemplar la vida y pasión de tu amado Redentor Jesús. Allí Judas infernal, aquel *leon que anda bramando*, según dice San Pedro, *buscando á quien pueda tragar* (1), te ofrecerá pensamientos malos, blasfemias enormes de envidia, por ver tan gran servicio como haces á Dios, derramando el ungüento de la oración. Ha de decirte como allá dijo Judas á la Magdalena, que va todo perdido, que no aprovecha nada, porque Dios no tiene necesidad de tus oraciones, y que por tus pecados no te ha de oir, y que pues no estás devota, no debes orar. Finalmente, querrá persuadir que todo es sin fruto cuanto piensas, y cuanto hablas, y aun cuanto obras por Dios.

Blasfemias son palabras que Judas habla y engaños de Satanás. Avísote, alma mía, que te hagas sorda á los aullidos de Gomorra; no vuelvas la cabeza atrás, como la mujer de Loth, y seas hecha estátua de sal estéril (2), consintiendo á

(1) I Petr. V.
(2) Genes. XIX.

tales palabras ponzoñosas. Ten aviso, que buen abogado tienes, Cristo Jesús responderá por tí, y con sólo Él lo debes haber. Den voces tus deseos y dí con el Rey Ecequías: *Señor, gran fuerza padezco, responded por mí: ¿Yo qué diré ó responderé, pues por mi pecado más tengo merecido?* (1) Palabras son de mucho espíritu, nótalas y dilas muchas veces, cuando te ves combatida, alma mía, llamando á tu buen Abogado y Esposo dulce Jesús. Mira que por responder Eva al demonio de palabra en palabra, vino á ser causa de todo el estrago del mundo. Ten silencio, como la Magdalena, que el Señor peleará por tí, y tú callando, él te será lengua, venciendo tus enemigos; y si hablar quisieres, podrás decir así:

ORACIÓN

¡Oh, benigno Jesús, descanso mío, dulzura y alegría de mi corazón, Esposo celador de vuestras almas y esposas, no me seáis Juez en el día espantoso de mi muerte, cuando fuere llamada al universal juicio! (2) Humildemente con la Magdalena me derribo á vuestros benignos piés; sedme abogado piadoso, defendedme de este fariseo disimulado, engañoso mundo; guardadme de esta Marta turbada y mar de turbaciones, mi sensualidad;

(1) Isai. XXXVIII.
(2) Luc. VII.

socorredme en la persecución que contra mí mueve Judas, traidor satánico, pues á la Cananea recibísteis, respondiéndola con misericordia, y al Ladrón no menospreciásteis, puesto en la cruz por sus pecados; recibidme, Padre de misericordias; ya con vuestro favor me pesa de mis culpas, ya lloro mis pecados, que antes me placían; mi abogado sóis, según dice San Juan, *que siempre entendéis en mis negocios, acerca de vuestro Padre* (1). Recibidme, Dios mío; oídme, esperanza mía, no me seáis Juez, sino defensor, para que cante vuestras misericordias magníficas; glorifique vuestra bondad por todos los siglos de los siglos. Amén.

(1) I Joann. II.

CAPÍTULO XI

CÓMO SE HA DE CONTEMPLAR Y TRAER CRISTO PRESENTE EL MARTES, ASÍ COMO MÉDICO

Sabiendo ya, alma mía, contemplado el lunes á tu dulce Esposo Jesucristo, así como á espantoso Juez, y habiéndole suplicado te sea abogado que te defienda, no Juez riguroso que dé sentencia contra tí, comenzarás el martes á contemplarle, representándole muchas veces en tu memoria, así como Médico sapientísimo, el cual te vino á visitar desde el cielo á la tierra, porque, según dice nuestro Padre San Agustín, estabas como enferma caída en la tierra, y no podías tú ir á él. De este nombre se preció el Señor, cuando respondiendo á la murmuración de los fariseos, que le vieron acompaña-

do de enfermos pecadores, dijo: *No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos* (1). Como si dijera: dejadme entender en mi oficio, que médico soy: estos enfermos conocen sus enfermedades y piden perdón de sus pecados. Yo traigo esta demanda, pláceme de sanarlos, usando con ellos de misericordia. No digáis mal de mí, que al médico muy bien le está visitar, acompañar y consolar sus enfermos. Aquí llamó el Señor á estos fariseos soberbios hipócritas, los cuales, así como frenéticos, menospreciaron la medicina y al médico, como estuviesen con la candela en la mano. Llamó enfermos á los que por tales se conocían, pidiendo misericordia de sus culpas; mas ni por esta murmuración el médico soberano Cristo dejó ni deja de excitar su oficio santo, sanando siempre enfermos, haciendo de pecadores justos, no menos ahora que entonces, según vemos cada día convertirse las almas por nueva vida á su Dios.

¡Oh, alma! ¿Quién bastará á decir tus muchas y grandes y aun incurables enfermedades? (2) Cuán destruída esté en tí esa potencia irascible, la cual te fué dada para enojarte contra el pecado, huyendo de él, y tú te enojas de las virtudes y ejercicios santos, no indignándote contra tus culpas y pasiones; cuán estragada tengas la potencia

(1) Matth. VI.
(2) Psalm. 4.

concupiscible, pues no deseas sino lo malo y ponzoñoso del mundo, aborreciendo lo bueno: *Dices lo amargo, que es el vicio, ser dulce, y lo suave, que es el amar y servir á Dios, ser amargo*, sesegún de tí lo afirma Isaías (1). Pues esa virtud racional (por la cual eres más excelente que todas estas visibles criaturas) cuán entenebrecida está y perdida, manifiéstalo tu desenfrenada vida, peor que de bruto, siguiendo las tinieblas de tus maldades y dejando la luz verdadera, Jesucristo tu Criador. Esto es lo que dice Isaías con grande amenaza: *¡Ay de los que afirman ser las tinieblas luz y la luz tinieblas!*

¿Pues qué diré de esa voluntad tan mal inclinada para seguir y aficionarse á lo bueno, y de ese entendimiento tan lleno de errores y tan hábil para perder de vista la suma Verdad? Señas son éstas de grandes enfermedades; no sé qué diga de tí, sino lo que Isaías dice: *De piés á cabeza no tienes cosa sana* (2). La planta de tus piés es tu sensualidad, porque quieras ó no, has de asentar en el suelo algún poco tus pensamientos y ejercicios, cumpliendo con gemidos las importunas necesidades que consigo se trae esta presente vida. La cabeza es lo alto del alma, que se llama porción superior, lo cual todo se destruyó en nuestra cabeza Adán, cuando por consentimiento del pecado él cayó en-

(1) Isai. V.
(2) Isai. I.

fermo y nosotros enfermamos en él, en tanto que diga David *que llegamos hasta las puertas de la muerte* (1). Entonces el Padre Eterno nos envió á su Unigénito Hijo, Verbo Dios, para que convaleciésemos de tantas y tan peligrosas enfermedades; de manera, que si grande es tu mal, grande y grandísimo médico vino de los cielos para sanarte.

Y si quieres, alma mía, ver en particular la excelencia y gran sabiduría de aqueste gran famoso médico, oye ahora atentamente algunas curas notables que hizo en este hospital de pecadores lleno, que es este mísero mundo. Suelen los famosos médicos cuando llegan á alguna ciudad, para que su fama vuele mejor, buscar algunos grandes enfermos en enfermedades viejas é incurables, para que allí muestren la excelencia de su arte y saber. ¡Oh, grandeza de Dios, qué enfermedad tan larga y tan peligrosa, y aun contagiosa, aquella del publicano Mateo! Pues San Pablo la llama servicio de ídolos (2). Gran mal es la avaricia y muy peligrosa, pues á tanta costa es de pobres y sangre de los prójimos. Trae el alma hecha una idólatra, la cual de noche y de día, con una servidumbre miserable, en otra cosa no se desvela, sino en cómo aumentará la hacienda. Piensa la desventurada matar el fuego echando leña, aumentando heredades y riquezas, como esté escrito por el Eclesiástico

(1) Psalm. 106.
(2) Ephes. V.

que el avariento jamás se hartará de dinero (1). Bien dice que no se hartará el avariento, porque averiguado está no satisfacer al estómago el manjar que en él no es recibido; y como el oro ni plata no pasen para ser recibidos en el alma, no es mucho que siempre quede hambriento el hombre avaro, pues su alma nada de sus riquezas recibe; de manera, que el goloso se hartará de comer, porque no le cabe más en el estómago; mas el avariento jamás estará contento, porque su estómago, que es su deseo, no recibiendo las riquezas, pues son bien exterior, nunca comienza á comer de ellas. Bien dijo el Eclesiástico *que no hay cosa más mala que el hombre avariento* (2). Es la razón porque como los bienes exteriores sean menores que los bienes del alma y del cuerpo, sujetarse el hombre con desordenado deseo á tan vil cosa como son las riquezas, es causa que en alguna manera esta enfermedad de la avaricia sea el más grave de los pecados (3). Por esto la llama nuestro Padre San Agustín tóxico ó ponzoña (4), que inficiona la caridad. Mucho pudiéramos aquí decir de esta pestilencial enfermedad, en nuestros tiempos tan usada; solamente querría que se acordasen los ricos del mundo de aquel llanto que sobre ellos hizo Je-

(1) Eccles. XIV.
(2) Eccles. X.
(3) S. Tho., III p., q. XI, a. 5.
(4) Aug., lib. LXXXIII.

sucristo, diciendo: *¡Ay de vosotros los ricos que en esta vida tenéis todo vuestro consuelo!* (1).

Contra estos avarientos da voces el pesebre que por trono eligió este soberano médico Cristo Jesús; testigos son para la confusión de ellos las paredes de aquel establo y desabrigado diversorio, lo cual todo reprende la superfluidad de sus edificios suntuosos y ricas tapicerías. Miren lo que dice el Profeta, *que contra ellos dará voces la piedra de la pared* (2). A Cristo llamó San Pablo piedra, la cual puso en unidad los dos pueblos, gentílico y hebreo, y esta piedra bendita dará voces en el día de la muerte de ellos y juicio, cuando dirá: *Estuve desnudo y no me vestísteis, fuí encarcelado y no me visitásteis; id malditos al fuego eterno* (3).

De esta grande enfermedad estaba poseído este enfermo San Mateo, pues fué hallado en el trato en aquellas cobranzas del Theloneo, que es como alcabala de los diezmos del mar, de piés á cabeza enfermo, en medio del fervor de la avaricia, sentado como quien no se podía tener en pié, olvidado de Dios, apartado de su salvación, sin confianza de salud; mas el médico soberano Jesucristo, dice el Santo Evangelio que le miró, y con aquellos ojos de misericordia conoció su peligrosa enfermedad; vió que no tenía remedio en la tierra y dále

(1) Luc. II.
(2) Hab. II.
(3) Matth. XXV.

un consejo saludable, diciéndole: *Levántate y sígueme* (1). Enfermo estáis, caído te veo, no hay quien te dé medicina para que vivas. Yo soy tu médico, si te place estar sano, sal de este piélago de enfermedades, anda acá, vente conmigo.

¡Oh, palabra de tanta virtud, que tan en un momento obras! ¡Oh, medicina valerosa, cuyo decir es obrar! *Llévame tras tí*, como lo pedía la Esposa en los Cantares, *y luego correré tras los olores de tus ungüentos* (2) y misericordias, con las cuales sanamos los pecadores. Llámame, Señor, para que diga con el Santo Job la respuesta que deseas y que tanto á mí me conviene, que es seguirte. Mírame con esos ojos de piedad, para que mi vista ciega alumbres. Dame gran voz, Señor, á los oídos porque oiga y, oyendo, me anime como aqueste enfermo y Santo Apóstol, que luego se levantó y siguió á Vos, Médico soberano, aunque de tan peligrosa lepra de pecado enfermo.

¿Qué diré, alma mía, del otro enfermo soberbio, Saulo, á quien en mitad del camino de su persecución este mansuetísimo Cordero, con sola una palabra derribó en tierra? Y él, reconocida su enfermedad, se humilló, diciendo: *¿Señor, qué mandáis que yo haga?* (3). Médico de mi salud, sóis poderoso, pues que me derribásteis en tierra; sapientísimo, pues me salísteis al camino antes que entrase

(1) Marc. II.
(2) Cant. I.
(3) Actor. IX.

en Damasco, porque no pusiese en obra mi maligna voluntad. Ordenad y mandad lo que quisiéredes, que enfermo obediente seré. Finalmente, alma mía, será bien que mires aquella famosa pecadora Magdalena, que por tal en toda la ciudad tenía tal nombre, según dice San Lucas; está derribada á los piés del médico Jesucristo, donde fué libre de siete demonios que poseían su alma, y sana de todos sus pecados, y aun consolada de este piadoso médico, el cual dijo: *Vete sana en paz* (1); de donde parece hasta allí la Magdalena haber andado en contínua guerra consigo misma y con Dios, á quien desacataba y ofendía. Así fué sana, gozando de esta doblada paz dentro de sí misma, poseyendo pacífica conciencia y siendo ya obediente y sujeta al Señor que antes desobedecía.

Ves aquí, alma, tres enfermos de tres enfermedades tan principales, que de ellas, así como de tres fuentes, nacen como ríos todos los otros pecados. Gran pecado es la avaricia, según viste, mas este poderoso médico la curó en San Mateo; y el mayor de todos la soberbia, porque tiene más de aversión, apartándose presuntuosamente de Dios, no por ignorancia ó flaqueza, como en los otros pecados, mas por malicia, no queriéndose sujetar á Dios y á sus santos mandamientos, la cual viste remediada en San Pablo (2).

---

(1) Luc. VII.

(2) S. Thom., q. CLXII, a. 6.

Muy abominable vicio es la lujuria, pues hace al hombre tan semejante á los brutos, ahogando la inteligencia, consejo y razón natural, para que, así como ciego, no entienda ni conozca tan grandes daños. Esto es lo que dijo Daniel, hablando con cada uno de los pecadores: *La hermosura te engañó y tu torpe deseo enloqueció tu corazón.* De este frenesí y enfermedad has visto haber sanado la Magdalena por las manos de aqueste benignísimo médico (1). Bien será, alma mía, que contemplando á tu dulcísimo Esposo, te aficiones á él, deseándole manifestar tus enfermedades, de cualquiera condición que sean, pues tan excelente y tan grande es su fama. Mira que él es el Samaritano que con aceite y vino lavó las heridas á aquel mísero hombre, salteado en el camino de los ladrones, que le dejaron medio muerto (2); él con piedad le consoló, y tomada la sangre, se apeó de la acémila en que iba, porque el enfermo fuese caballero. Mucho es de ponderar la benignidad de este santísimo Médico, y no menos las medicinas con que hace la cura. Aceite es su divina gracia, que alumbra toda ceguedad y aun ablanda la postema é hinchazón de tu postema. Con ésta sana todos tus pecados, sin quedar una llaga en tu conciencia. No se sufre perdón de una culpa mortal sin que juntamente todas se perdonen, porque á

(1) S. Tho., 2-2, q., a. 4.
(2) Luc. X.

no ser así, ya sería el pecador amigo de Dios y enemigo, digno juntamente del cielo y del infierno, lo cual implica contradicción; de manera, que se ha de decir que aunque millares de pecados sean, es bastante una gota de este aceite y preciosa gracia para sanarlos todos juntamente (1). De este excelente beneficio te dice, alma, el Profeta David que no te olvides, antes haciendo gracias á tu suavísimo médico, le debes siempre traer en la memoria y amar, *pues te sana de todas tus enfermedades* (2). Todas, dijo, y no algunas. Acá los médicos remedian un dolor, mas no todos; sanan una enfermedad y dejan otra, porque ni lo saben todo, ni aun lo pueden todo; mas este nuestro Médico Santo todo lo sabe y todo lo puede, y todo lo que quiere obra; por tanto, sabiendo todas nuestras enfermedades, las quiere curar y las puede sanar, si nosotros quisiésemos ser sanos. En esta medicina se dice haber habido vino, porque ya hecho el perdón de tus culpas, debes satisfacer por la penitencia áspera á tu carne, así como lo es el vino á las llagas. *La misericordia y la verdad*, dice David *que se dieron paz* (3); bien así, este ungüento precioso ha de ser tal mixtura, que la gracia y el vino de la penitencia anden conformes á una.

---

(1) Scot. IV, d. XVI, q. II.
(2) Psalm. 120.
(3) Psalm. 48.

Mas ya es razón, alma, que consideres la manera de la cura, que este soberano médico hace en tí, tan al contrario de la que los otros médicos suelen tener, dando tormento á los enfermos con los remedios y medicina que les dan, y aun con todo esto dan la sangre de las venas, mandándolo ellos; los llaman y los ruegan, dándoles dineros porque los curen, sólo por el amor que tienen á la salud y penosa vida que viven. ¡Oh, piadoso médico! ¡Oh, mi buen Jesús! cuán al revés nos dice Isaías *que sanásteis nuestros dolores, recibiéndolos Vos en vuestra divina persona, y quitásteis nuestras enfermedades, enfermando Vos, no menos que de mal de muerte* (1). Nosotros padecemos la enfermedad del cáncer, y Vos, benigno Jesús, recibísteis el cauterio de fuego, siendo en tierna edad á los ocho días circuncidado. ¡Oh, piadoso médico! cuán presto comenzáis el oficio. Buen oficial seréis, pues tan benigno comenzáis á curar mis pecados, derramando sangre, siendo con un cuchillo de piedra dura cortada vuestra delicadísima carne (2). Nosotros somos los enfermos por la comida y gula de nuestro padre primero Adán; y Vos guardáis, bendito Salvador y Redentor nuestro, la dieta, ayunando cuarenta días con sus noches en el desierto sin comer. Nosotros estábamos llenos de humores de pecados, y Vos, benigno médico,

(1) Isai. LIII.
(2) Luc. II.

recibísteis el sudor, no menos que de sangre, en la Oración del Huerto, puesto en agonía (1). Nosotros fuimos los soberbios y ambiciosos de honras vanas y dignidades, y Vos, inocente Cordero, el que sóis coronado de espinas y vituperado como rey, con una caña en la mano (2); y aun siendo nosotros los robadores de la honra de Dios, se os dan á Vos millares de azotes en casa de Pilato (3). Finalmente, estando nosotros heridos del dolor de costado, pues Eva, nuestra madre, fué formada de la costilla y costado de Adán (4), se da la sangría, así como en brazo contrario y sano, siendo Vos el sangrado con clavos de los piés y de las manos, y con lanza rigurosa abierto vuestro divino corazón. Vos quien bebísteis la purga nuestra de hiel y vinagre, padeciendo juntamente la muerte en la cama de la cruz, para que nosotros, enfermos desahuciados, escapásemos con la vida.

¡Oh, alma mía, si bien has considerado, muy extraña y nueva manera ha tenido tu benigno Médico para curarte tus enfermedades, como la madre piadosa suele recibir las medicinas y purga para que sane el pequeñito hijo que cría á sus pechos. ¿Qué temes? ¿De qué te retraes? ¿Por qué no quieres ser luego sana? Vete con ánimo y confiesa;

(1) Matth. IV.
(2) Luc. XXII.
(3) Joann. XIX.
(4) Genes. II.

derríbate á los piés de este gran médico Cristo Jesús; preséntale delante tu memoria, y las palabras que ha de tratar tu corazón en todo este día, sean las que dijo la Cananea hablando con este Santísimo Médico: *Habed misericordia, Señor, de mí, que mi hija*, esto es, mi conciencia, *está enferma y la atormenta el demonio* (1), ó si quieres, dí con David así:

ORACIÓN

Habed misericordia, Señor, de mí, que estoy enferma (2). Sanadme, salud mía, que todos los huesos de mis virtudes están turbados. ¡Oh, benigno Jesús! Vos sóis vida de los ángeles y salud de los pecadores; mirad que está enfermo Lázaro vuestro amigo (3); dáos priesa, no os detengáis; venid luego; sanad mi alma porque no muera siempre, amor ardentísimo, caridad infinita, maná saludable del cielo; dadme la unción de vuestra gracia; usad conmigo de la benignidad de vuestra misericordia. ¡Oh, famoso médico! luego que me vea sana, imitando al Profeta David (4), cantaré

(1) Matth. XV.
(2) Psalm. 6.
(3) Joann. XI.
(4) Psalm. 50.

vuestras grandes misericordias, enseñando á los enfermos pecadores su remedio y su médico de piedad; y ellos, viniendo á ser curados, convertidos á Vos, Bondad infinita, será alegría á los ángeles en el cielo y á las almas contínua paz en la tierra, las cuales alabarán y glorificarán vuestro Santísimo Nombre por todos los siglos de los siglos. Amen.

CAPÍTULO XII

DE CÓMO EL MIÉRCOLES EL ALMA HA DE TRAER PRESENTE Á CRISTO, CONTEMPLÁNDOLE ASÍ COMO EMPRESTADOR, DE QUIEN TIENE EMPRESTADOS TODOS LOS BIENES.

El miércoles, alma mía, traerás á tu amado Esposo Jesucristo presente, produciendo contínuos actos de amor ardentísimo, contemplándole como á emprestador ó bienhechor, á quien debes todo lo que posees, todo lo que eres, y aun antes que fueses ya debías gran deuda, pues en eternidad te amó este amor infinito, tu Dios. Así lo dice por el Profeta Jeremías: *En perpétua caridad te amé, y por tanto te traje á mí, habiendo piedad de tí* (1).

(1) Jerem. XXXI.

Perpétuo llama el empréstito del amor, porque nada ama de nuevo el que todo lo vió y amó en eternidad antes de todos los tiempos. De aquí verás cómo nada hay en tí bastante para pagar tan gran merced, pues antes que fueses alma, este emprestador clementísimo determinó emprestarte la joya de su santo amor cuando fueses criada. Dije que no tenías sér en tí misma, porque hablando de las criaturas, según que tienen sér en su Dios, ya son sin respecto de tiempo alguno y tienen vida en su causa. San Juan dice *que lo que fué hecho en la Sabiduría y Verbo Dios todo era vida.* A donde nuestro Padre San Agustín dice que á la manera que la traza de algún edificio suntuoso vive en el entendimiento de su artífice, así todo este universo, antes que tuviese sér por creación, ya tenía sér ideal en su principio y artificio de Dios. Por eso dijo Jeremías que te había este Esposo dulcísimo y emprestador liberal amado en caridad perpétua; y por eso, según luego dijo, te llamó y trajo para sí mismo, habiendo misericordia de tí (1).

De manera, alma mía, que la primera joya que estima y declara este Señor haberte emprestado, es su santo amor, y á quien tú debes primero mirar para serle grato en cualquier estado, que seas de la religión, continencia ó matrimonio, aunque los frutos sean diversos, como lo declaró nuestro

(1) Jerem. XXXI.

Redentor, dando el fruto de ciento á los religiosos, por ser más alta la perfección de la vida apostólica que imitan. El fruto de sesenta conviene á los continentes, por ser más cercanos á la vida y perfección apostólica. Finalmente, el fruto de treinta, dice nuestro Padre San Agustín convenir á los casados; porque San Pablo dijo *que el casado está dividido* (1), pues ha de ser solícito, no sólo de las cosas espirituales, mas aún de la substentación y gobernación de su familia; pues como todos reciban emprestados del Señor los bienes que poseen, todos le deben contemplar como á emprestador, volviéndole los dones que de él recibieron por humilde conocimiento y aun con usura y ganancia, amándole cada momento y dándole nuevas gracias.

Mas para que en alguna manera entiendas, alma, cómo esta merced primera, que es amor, es fuente de quien nacen todos los otros bienes que tienes emprestados, mira que dijo luego el emprestador: *Por tanto, te traje á mí, habiendo piedad de tí* (2). No mira nuestro Dios á nosotros cuales somos para hacernos contínuas mercedes, sino mira al amor infinito y perpétuo con que nos ama, así como á criaturas suyas y hechura que habíamos de ser de sus manos. Por esto decía el Santo David: *Miradme, Señor, y habed misericordia de*

(1) I Corinth. VII.
(2) Jerem. XXXI.

mí (1). En otra parte dice: *Quitad los ojos de mis pecados* (2). Como si dijese: no miréis á quien yo soy pecador y culpado, sino mirad á lo que siempre amásteis y amáis: reconoced que soy vuestra criatura y obra. Nuestro Redentor Jesucristo, cuando llamó á San Mateo, vió un hombre sentado (3): no dice que vió pecador, ni tampoco que vió un avariento olvidado de Dios y enredado en el mundo, sin pensamiento de convertirse, pues estaba sentado, así como descuidado de su salvación; sino dice que vió hombre, porque para haber misericordia nuestro Dios de nuestra naturaleza que él hizo, es menester que vuelva la cabeza y cierre los ojos á la maldad que nosotros obramos; de manera, que así como el sol es causa de á donde proceden sus rayos, así este amor santo, con el cual Jesucristo nos amó, es mar de donde nacen y vienen á nosotros todos los beneficios.

Llamarte tu emprestador Cristo, alma mía, es darte su gracia para que te conviertas á él, la cual llama San Pablo *llamamiento* (4), así como efecto de la predestinación. A este llamamiento se sigue justificación, perdonándote tus pecados; y así concluyó el Apóstol, diciendo: *Que estos justificados serán glorificados de Dios*, porque á la

(1) Psalm. 85.
(2) Psalm. 50.
(3) Matth. IX.
(4) Rom. IX.

medida de la gracia, que aquí recibe el alma, le será dado el premio y galardón de la gloria. Pues para que entiendas que no hay en tí merecimiento, por el cual ahora seas convertida á Dios, se te da la gracia y perdón de tus pecados, y te dijo haber nacido del gran amor que te tuvo este amado Esposo, según el cual, sin méritos tuyos, te predestinó, dedicándote para su gloria. Mucho teníamos aquí que considerar en este discurso que hizo San Pablo, recontando tan grandes mercedes como recibiste de este Señor: *Él te conoció, y conociéndote, te predestinó; después de predestinada, te llamó y convirtió, y convertida, te justificó, y justificada, te tiene de glorificar* (1). Mas como no haya sido mi intento hablar al entendimiento, tratando cosas sutiles, sino despertar la voluntad de las personas temerosas de Dios, que de todos los estados para esto me han importunado, para que más ame á este amador y emprestador Cristo Jesús, quiero contar otras deudas, las cuales nadie puede negar, que aunque muchas y sinnúmero, se pueden sumar en tres. La primera es haberte dado á tí misma, hecha á imagen de tu Criador y Señor inmortal, libre y señora en este universo. Gran cosa es lo primero que seas, alma mía, hecha á imagen de Dios, dotada de entendimiento, voluntad y memoria. Por esto David hallaba grande obligación para bendecir al Señor, por haberle

(1) Rom. VIII.

enriquecido con entendimiento. No recibió esta joya la tierra, no los animales, ni tampoco ninguno de los cielos; y por eso más obligado es el hombre á reconocer nuevos servicios, siempre de nuevo amando á su Dios, que tan excelente dón le dió. Con este entendimiento penetramos todas las ciencias, ejercitamos las artes sutiles, dividimos y argüimos para clarificar verdades, y con él alumbrados de fe, penetramos los cielos, escudriñando las grandezas de nuestro altísimo Dios.

Joya es la voluntad, por la cual somos libres para ser lo que queremos, amando el bien ó el mal y haciendo presente de lo que poseemos, que es nuestro amor, al Criador ó á la criatura, según que mejor nos place. Esta libertad sintió el Profeta David, cuando dijo: *Mi alma está en mis manos siempre* (1). No tendrás de quién dar queja en el día de la cuenta cuando esta joya se pida, no dada en manos ajenas, sino en las tuyas, para que, como generosa y noble, viéndote puesta en tus manos, hicieses presentes de tí misma á tu emprestador y Criador, y dijeses como Cristo dijo en la cruz: *Padre, en vuestras manos ofrezco mi espíritu* (2). Parece que nuestro Dios quiso que la paga del amor vaya de mano en mano. Por amor fuiste criada, alma mía, y así como otra paloma enviada de la mano del Santo Noé, para que volando con

(1) Psalm. 118.
(2) Luc. XXIII.

alas de libertad, otra vez te ofrecieses en las manos de tu Señor, el cual, recibiéndote con alegría, perficionara tu voluntad libre en la gloria, sin que ya jamás puedas pecar ni usar mal de ella.

De aquí es, según nuestro glorioso Padre San Agustín, que habiendo Dios criado una criatura tan noble y tan á su imagen, la honrase y ensalzase, dándole señorío en este mundo de los peces del mar, aves del cielo y bestias de la tierra, así como quien honra su imagen. ¡Oh, alma mía! ¿no miras que todo el mundo te sirve? ¿No consideras que la tierra te sustenta, el aire te refresca y da vida, el fuego te calienta y guisa los manjares, el agua te limpia y mata la sed, y esto de balde, pues tú nada les pagas, mas antes á las aves quitas la vida para mantenerte y á los animales para calzarte? Luego deuda es que debes á tu emprestador y Señor, el cual, como seas sacada á su imagen y semejanza, quiere que todas estas criaturas te sirvan, porque tú, reconociendo la gran deuda de amor, ames y sirvas solamente á él (1). ¡Oh, Bondad infinita! ¡Oh, Padre piadoso, cuán claramente veo que así como por el pecado yo desobedeciendo á vuestra Majestad, se apartaron de mi obediencia las aves, peces y animales, no mereciendo yo tal consolación, bien así por mis pecados todas las cosas me desampararían luego, no sirviéndome para la necesidad de la vida! De manera, alma mía, que

(1) Genes. 1.

siempre quedas en deuda, porque si todas las criaturas no te sirven conforme á tu voluntad para tu recreación, sírvente, á lo menos, porque se lo manda este piadoso emprestador, remediando tu necesidad. Qué bien reconocía esta deuda el Santo Job, cuando dijo: *Desnudo nací y desnudo volveré á las entrañas de mi madre la sepultura* (1). Estas palabras dijo este gran amigo de Dios cuando le vinieron nuevas que su hacienda era perdida, quemando parte de ella fuego del cielo, y robando lo demás los caldeos y sabeos, muertos los pastores y guardas que la guardaban; conoció ser todo emprestado; entendió que al fin se había de acabar todo con la muerte, y por eso, alzadas las manos, perdida la hacienda y muertos los hijos, hizo una oración muy breve y muy santa, la cual, alma, querría que en todos tus trabajos y pérdidas en la memoria tuvieses.

El Señor lo dió y el Señor lo quitó; conforme á su santísima voluntad sea todo hecho: sea su Nombre santo por siempre bendito. Amen (2).

Mira cuán bien conoce haber sido todo recibido de la mano de este Señor; y aun nota que no se quejó de los caldeos y sabeos que le robaron sus ganados y mataron sus pastores, mas con grande sabiduría miró más altamente, y dijo haber quitado el Emprestador su empréstito, porque nada pu-

(1) Job I.
(2) Job I.

diera el fuego del cielo, no fueran bastantes los caldeos, ni sabeos, ni tampoco la astucia del demonio para quitarle una sola oveja sin traer poder del Señor, que todo lo puede y gobierna nuestro Dios y emprestador. ¡Oh, alma, qué mercedes tan crecidas son y que dón tan soberano que entiendas este secreto y te presentes en todo este día, reconociendo tus deudas, á los piés de este tu benigno Esposo y Redentor!

La segunda deuda es haber recibido bienes del cuerpo, fuerzas, sanidad é integridad de miembros. ¡Qué concierto, qué armonía y grandeza de primores hallan los naturales y todos los sabios en medicina, que consideran la composición de un cuerpo, la sutileza de estos órganos de los cinco sentidos, la viveza de la vista de los ojos y oir con los oídos. No hay quien pueda explicar que en un rostro de cantidad tan pequeña estén cinco sentidos tan diversos, así como cinco reyes, cada uno tan señor en su propio dominio, que ninguno usurpa el oficio del otro, pues ni los ojos oyen, ni los oídos ven, ni la lengua huele, cosa es muy digna de admiración y que declara la grandeza del Artífice. Esta deuda reconocía San Pablo cuando dijo á los Corintios: *Traed, hermanos míos, á Dios en vuestro cuerpo y glorificadle* (1). Entonces, alma mía, traes á tu dulce Esposo Cristo Jesús nuestro Salvador en tu cuerpo, cuando asentado en el co-

(1) I Cor. VI.

razón, así como en su trono, le contemplas ser tu bienhechor y emprestador; y allí, ofreciéndole tus fuerzas y sentidos, y Él recibiendo el servicio, gobierna la casa, cerrando ventanas y puertas, por una manera tan soberana, que no se puede declarar (1). Hace que, mirando, no mires, y que, oyendo, no oigas, y que, gustando, no gustes. Quiero decir que como sea el Espíritu Santo el morador tuyo, de aquí es que tus ojos sean como de paloma: en nada que vieres, recibiendo inquietud, ni daño, ni oyendo palabras ponzoñosas, te toque su pestilencia y ponzoña. Es cosa tan grande y espantosa aquesta, que solamente darán á ello crédito los que del todo en este santo ejercicio hubieron algunos años empleado su corazón.

Mira, alma mía, que tú eres aquella Jerusalén, ciudad tan famosa cuyas puertas mandó Dios que no se abriesen hasta el calor del sol (2). Sol es el amor divino, cuyo calor y celo ha de ser causa que las puertas de los sentidos se abran, no oyendo sino las palabras que son en provecho tuyo ó de tu prójimo, ni veas lo que temes, que ha de ser guerra para tí. Acuérdate que primero dice la Escritura *que Eva vió la manzana, y después de vista la deseó y, finalmente, la comió* (3). No fué pecado mirarla, pues solamente estaba mandado

(1) Cant. II.
(2) II Esd. VII.
(3) Genes. III.

que no comiese, mas nació el pecado de abrir las puertas de Jerusalén antes del sol, porque no es bien mirar lo que no es lícito desear. San Pablo dice *que temía*, y yo también, alma mía, lo temo que el demonio no engañe tus sentidos así como engañó los de Eva (1). Mira que son emprestados, sírvete de ellos, sacando ganancia; vuélvelos al Señor que te los emprestó con tiempo, pues será tan presto quitado el empréstito; no digas lo que los mundanos dicen: *Esta es nuestra suerte y esta es nuestra heredad: no haya prado de deleites que no paseemos; hagamos guirnaldas de rosas de glorias vanas antes que se sequen* (2); mas después, según dice el Sabio, estos mismos, puestos en el infierno á palos, con tormentos dijeron la verdad, confesando *que habían andado ciegos, y no haber sido nacido el sol de la inteligencia á ellos.* Bien dijeron no haber nacido el sol para ellos, pues su malicia perversa los cegó; mas los generosos, los de sangre real, los hijos de Dios por gracia, no han de menester tormentos, porque las leyes prohiben ser el hidalgo atormentado, presumiendo de su nobleza, que por amor dirá la verdad. Bien así, alma mía, te conviene amorosamente reconocer todas estas deudas que has oído, dando gracias y amando á tu liberal Esposo Jesucristo, emprestador. Finalmente, tienes emprestada una joya de

(1) II Cor. XI.
(2) Prov. VII.

muy gran precio, y es la vida presente que vives, la cual, reconociendo San Pablo, dice *que solo un momento de esta vida trabajosa vale el tesoro de la gloria para siempre* (1); de manera, que si me dieres un hombre peor que Judas, es tan grande el tesoro de esta vida, que en un solo momento de ella si el mayor pecador diese un gemido de verdadera contrición, robaría el cielo para siempre, mereciendo gozar de Dios, como lo vemos en el ladrón santo, que en lo último de su vida se convirtió (2).

¡Oh, con cuánta mayor razón, alma mía, diría yo aquello que lloraba Judas, tan sin por qué, cuando la Magdalena hizo aquel servicio á su bendito Maestro, derramando ungüento sobre su cabeza! *¿Qué perdición es esta? Pudiérase vender este ungüento por más de trecientos dineros y darse á pobres* (3). ¡Oh, ungüento precioso! ¡oh, tesoro emprestado, la vida que vives, alma mía, la cual te emprestó este Señor para que fueses *azucena entre espinas* (4), de todas partes cercada por aspereza de penitencia! Con este ungüento y vida has de ungir la cabeza de tu Redentor Jesucristo por contínuas oraciones y deseos santos de ferviente amor. Vale más de trecientos dineros porque no hay precio en el mundo con que se pueda

(1) II Cor. IV.
(2) Scot. IV, d. XVI, q. II.
(3) Matth. XXVI.
(4) Cant. II.

apreciar un momento de vida empleada en Dios; ¡y que toda se la lleve el mundo..... toda se emplee en vanidades..... cosa es muy lastimosa y muy digna de llorar! Así lamentaba Joel este gran daño, diciendo *que las cosas preciosas del desierto había destruído el fuego* (1). El mal deseo y codicia, así como fuego infernal, ha destruído las vidas de los hombres, siendo empleadas en servicio del mundo, carne y demonio, como sean las más preciosas joyas que hay en este desierto mundo.

¡Oh, válgame Dios, alma mía, si este precioso ungüento de tu vida se repartiese á aquellos pobres miserables que de hambre mueren en el infierno: oh, si se concediera tanto término y años de vida á los demonios para hacer penitencia, si se les emprestara tanto tiempo para volverse á Dios, cuán ásperamente lloráran su pecado! Si se diese ahora pregón á las puertas del infierno y dijesen así: *Manda el Rey celestial que todos los condenados tengan un día de vida para llorar y gemir sus culpas y para confesar sus pecados*, ¡oh, gran Dios, qué gritería y qué aullidos darían luego todos, diciendo con David: *A Tí solo, Señor y Criador nuestro, pecamos, y delante de tus ojos obramos maldad!* (2). No tengas duda, alma mía, sino que se despoblaría el infierno, teniendo en

(1) Joel I.
(2) Psalm. 50.

mucho el precio de este ungüento. Serían ricos aquellos míseros pobres usando bien de aquel término de un día de vida; ¡y pierdes tú todo el mes, y aun el año, sin apenas dar un gemido por tus culpas! Mira bien el precio de este tiempo y empléale bien.

Ya has visto, alma mía, las grandes deudas y depósito de tantos tesoros que en tí puso Jesucristo, tu amado Esposo. Mira que aunque es liberal, no es pródigo. Considera que mandó levantar los pedazos del pan á los Apóstoles de aquel suntuoso convite porque no se perdiesen (1), y que muy mucho menos disimulará lo que es más que un pedazo de pan, para que se pierda en tí. Cuatro tesoros has recibido, según vísteis en este capítulo, porque él te dió su amor santo, así como deuda primera; te emprestó á tí mismo, criándote libre á su imagen para que con libertad te vuelvas á él; te dió el señorío de este universo para que, sirviéndote las criaturas, tú sirvieses á tu Criador (2); y también te dió el tiempo de la vida, como precioso tesoro, para que merecieses la vida eterna. Contempla ya, pues, á tu emprestador Jesucristo y las palabras que con humildad has de tratar en este día en tu memoria son aquellas que dice David: *¿Qué daré á mi Señor por tantos beneficios y mercedes que me ha hecho? Recibiré el cáliz de mi salud y lla-*

(1) Joann. VI.
(2) Genes. I.

maré su santísimo Nombre (1). El cáliz de tu salud, alma, del cual has de beber para ser grata á tu Hacedor, es gustar el vino de su santo amor, porque no tienes manera para pagar tan grandes deudas, si no es amando á quien por tu amor en la cruz murió. Mira que todo lo dicho es muy poco, porque muy más es lo que no ves que lo que entiendes haber recibido de Dios.

Pensaban los hermanos de José que no llevaban más de trigo en sus costales, y el bendito hermano había mandado echar dineros á todos en paños y esconderlos dentro del trigo (2). ¡Oh, alma mía, que en ese costal de ese cuerpo muchos granos de trigo están escondidos! si le rasgares por penitencias, verás las misericordias y tesoros de Dios atados en paños, Fe, Esperanza y Caridad: dineros que con sus manos tratan los ángeles, estimando mucho tu firme fe, esperanza y amor. O digamos, que el trigo y saco son los bienes de naturaleza y fortuna visibles que recibísteis, y los dineros atados en paños, son los dones invisibles de gracia que en los Santos Sacramentos cada día recibes.

Tienes, pues, ya, si bien has mirado, alma, una suma de grandes bienes y tesoros que este liberal emprestador Jesucristo te ha emprestado para que le seas agradecida, teniendo siempre en

(1) Psalm. 115.
(2) Genes. XLII.

memoria la gran cuenta que le debes, haciéndole gracia y amándole de todo tu corazón, pues te emprestó lo primero su santo amor, amándote en eterna caridad, según por el Profeta oíste, para que tú le respondieses con amor, pues á tal deuda, tal paga se requiere y no otra. Lo segundo, te emprestó tu propio sér, dándote á tí misma en libertad, para que, como paloma del Santo Noé (1), dejada toda criatura, te vuelvas á las manos de donde saliste, que es tu Dios. Lo tercero, te emprestó sus grandes misericordias, llamándote para sí, cuando te dió conocimiento de tus grandes y muchos pecados, por admirable conversión y novedad de vida espiritual. Lo cuarto, te emprestó el Padre Eterno su Unigénito Hijo, dándole como en rehenes, para que pagase tus deudas y rescatase tu cautiverio con el precio inestimable de su preciosa sangre, y resucitando, te diese la vida eterna, habiendo muerto tu muerte con la suya. Lo quinto, te emprestó estos temporales bienes, sirviéndote como te sirve este universo, para que tú por todo respondas con servicio á tu Dios, el cual libró su recibo y deuda en sus pobres, cuando dijo: *Dad limosna, y todas las cosas os serán limpias y santas* (2); y aun en otra parte dijo: *Lo que dísteis á uno de mis pequeñitos, Yo lo doy por recibido* (3).

(1) Genes. VIII.
(2) Luc. XI.
(3) Matth. XXV.

Finalmente, tienes emprestada la vida y el tiempo; tesoro de grande estima, pues cada momento vale el cielo, si el pecador diere un gemido de verdadera contrición. Mira, alma mía, cómo lo empleas, porque emprestado tienes el vivir. Muy presto te demandarán cuenta de cada un día y año que en esta vida viviste. Mira que el Santo Jeremías, temblando de aquesta cuenta, decía: *Llamará Dios contra mí al tiempo* (1). Llama tú á este Soberano Emprestador muchas veces en este día, gimiendo dentro de tu corazón y dí así:

ORACIÓN

¡Oh, mi buen Jesús, liberal Emprestador mío, dulce Esposo y Redentor, cuán grandes y cuán sin número son los beneficios y joyas que de vuestras manos santísimas tengo emprestadas! Vos me amásteis, mi Dios, no siendo yo, pues por amor me dísteis ser racional, haciéndome capaz de Vos mismo, gloria mía. Vos os dísteis á Vos mismo para libertad y rescate de mí, miserable pobre cautiva. Dísteis, Señor, vuestra vida, para que yo viviese. Matásteis, mi Redentor, mi muerte con vuestra muerte. Vos, mi Bienhechor y Señor, me dísteis el cielo y la tierra, aves y animales, para que me sirviesen y substentasen. Me dísteis, Amor

(1) Tren. II.

mío y Gloria mía, esta vida presente, que vivo, alargándome los días y tiempos, porque no se me acabase el tiempo de verdadera penitencia. ¿Qué os daré, mi Dios? (1). ¿Qué servicios podré hacer por tantas y tan crecidas mercedes? Daré lo poquito que soy, ofreceré lo poco que valgo: hágoos infinitas alabanzas, mi Dios; los ángeles y querubines os den por mí contínuos loores; las estrellas del cielo y las arenas del mar, todas se hagan lenguas, en compañía de todo lo criado, para glorificaros conmigo y para agradeceros lo mucho que yo debo, dándoos contínuas alabanzas de noche y de día por siempre jamás. Amén.

(1) Psalm. 115.

CAPÍTULO XIII

DE CÓMO EL ALMA HA DE TRAER Á CRISTO PRESENTE EL JUEVES, CONTEMPLÁNDOLE ASÍ COMO PASTOR.

El jueves, alma mía, te has de presentar delante de tu dulcísimo Esposo Jesucristo, contemplándole en tu corazón así como á propio Pastor, pues eres tú la oveja perdida en el desierto por tu pecado, y él es el Pastor Evangélico, el cual, hablando de sí mismo, dijo *haber dejado las noventa y nueve ovejas en el desierto* (1), que según nuestro Padre San Agustín, se entiende de los coros de los ángeles, de donde vino este buen Pastor, Verbo Dios, á buscar sola una oveja, que eres

(1) Luc. XV.

tú, poniéndote sobre sus hombros, no con pequeña alegría, para juntarte á su manada de ovejas y colocarte entre los espíritus angelicales del cielo. Y para que mejor entiendas la memoria de amor que debes á este Santo y buen Pastor, has de considerar, que aunque muchas cosas son menester para un oficio de tanto cuidado, como es pastor, particularmente en tres se manifestará un hombre pastor solícito.

La primera condición que se requiere para el buen pastor, es, que sea solícito en poner recaudo en guardar su ganado. La segunda condición es, que sea animoso en defenderle de los lobos y bestias fieras. La tercera condición es, que sea diligente en apacentar sus ovejas en buenos y frescos pastos. Todas estas condiciones, alma mía y otras muchas, hallarás en tu amado Esposo Jesús, el cual se puso nombre á sí mismo, diciendo: *Yo soy buen Pastor* (1). Lo primero, Cristo, Pastor solícito, con gran cuidado allegó sus ovejas, que andaban muy desmandadas. Así dice Isaías *que el Señor, á manera de Pastor, apacentará su ganado, y allegará con su brazo los corderos, y los llevará en su seno, y las ovejas preñadas llevará en sus hombros.* (2). ¡Oh, Pastor soberano, que en la fuerza de gran virtud, hecho Cordero, nacido Hombre entre los hombres, rodeásteis la tierra en

(1) Joann. X.
(2) Isai. XL.

busca de vuestros corderos y amigos predestinados! De Vos dijo San Juan Bautista: *Véis allí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* (1). Nadie puede quitar los pecados, sino vuestra omnipotencia, que sóis brazo del Padre, enviado al mundo para redimir las almas, ofreciendo á Vos mismo en sacrificio por ellas. Poco valía ninguno de los ángeles para demanda tan alta; nada aprovecharan todos los Santos y Profetas para haber de quitar un solo pecado del mundo; mas Vos, con brazos de infinita virtud, Pastor bueno, quisísteis, y queriendo, pudísteis allegar la manada de vuestros corderos, siendo Cordero, para pagar muriendo y poderoso para satisfacer al Padre Eterno de justicia por nuestras culpas. Así lo pedía Isaías, hablando con vuestro Eterno Padre, cuando dijo: *Envíanos, Señor, ese Cordero, Gobernador de la tierra* (2). Y aun habéis de hacer más, Señor, según dijo este Santo Profeta, que á las ovejas preñadas habéis de llevar en los hombros. ¡Oh, alma mía, cuántos regalos sentirías de este buen Pastor, si en tu memoria tuvieses, por deseo de amor contínuo, á este Cordero Santo de noche y de día! ¡Oh, bendita tal preñez, á donde el alma es bastante, que pueda concebir y engendrar por gracia al que es Hijo de Dios Eterno!

Ni penséis ser manera atrevida de hablar esta,

(1) Joann. I.
(2) Isai. XVI.

pues el mismo Redentor, estando una vez en el templo predicando, públicamente dijo *que el que hiciere la voluntad de su Padre Celestial, ese sería su hermano, y hermana, y también madre suya* (1). De manera, alma, que si oveja de este buen Pastor eres, conviene que no seas estéril; mas que traigas siempre en tu vientre, que es tu memoria, presente al Cordero Dios Jesucristo tu amado Esposo, si quieres que te lleve en sus hombros, para no sentir los trabajos del camino miserable de la vida en que vives, y aun para no andar perdida por este desierto peligroso, de bestias fieras lleno, y perecer en este mundo. Conforme á esta consideración del buen Pastor, entenderás la parábola que poco há dijimos (2). Este Pastor piadoso dejó las noventa y nueve ovejas en el desierto, aquella multitud de espíritus angélicos en el cielo desierto, á donde ninguno de los hombres moraba, y vino á buscar la una oveja perdida, que es el género humano; y bien se llaman todos los hombres uno, pues un hombre, Adán, fué el primer padre de donde descendieron (3), y los ángeles se dicen noventa y nueve, porque no un ángel nace de otro ángel, sino todos fueron criados juntamente de nuestro Dios; ó digamos que ellos se dicen noventa y nueve, y todos los hombres una oveja, por ser tantos millares de millares

(1) Matth. XII.
(2) Joann. I.
(3) Genes. I.

aquellos espíritus celestiales y tan nobles; y los hombres tan pequeños gusanitos, y tan pocos en respecto de tantos millares, como el Profeta Daniel vió en aquellos ejércitos del cielo (1); y aun dijo faltar una oveja para ciento por significar la falta que hizo en el cielo la caída de Lucifer con sus ángeles malos (2), la cual se había de restaurar por la creación y glorificación del hombre, no porque no hubiera lugar para todos si ellos no pecaran, sino porque pues cayó parte de los muros de Jerusalén, por eso decimos que se han de reedificar de hombres, según lo suplicaba el Santo Profeta David, cuando dijo: *Obrad, Señor, benignidad de vuestra buena voluntad con Sión, para que se edifiquen los muros de esta ciudad de Jerusalén* (3). Entonces usa de benignidad el Señor con Sión, esta Iglesia militante, cuando de ella escoge almas, así como piedras vivas, para asentarlas en los muros de aquella Jerusalén triunfante.

Mas ¿qué misterio es éste, oh sapientísimo Pastor? Pues teníades tantas ovejas, y érades Señor de tanto y tan excelente ganado de querubines, serafines, arcángeles y ángeles: *cien veces cien mil*, dice Daniel, *que os sirven, y millares de millares están delante de vuestro trono* (4); ¿qué os daba

(1) Dan. VII.
(2) Apoc. XII.
(3) Psalm. 50.
(4) Dan. VII.

de una oveja de mi alma, pobrecilla, flaca y enferma, desechada y sin provecho? ¡Oh, alma mía, levanta los ojos de tu entendimiento á considerar las grandezas de los tesoros de Dios! Mira cómo éste tu dulce Esposo Jesús ninguna necesidad tenía de tí, y vino con entrañas de amor este bendito Pastor á buscarte, partiendo de tan lejas tierras, no por su provecho, que sin tí era quien es Dios poderoso, rico é infinito. No le faltaban ovejas, que noventa y nueve dice que tenía (1), ó por mejor decir, noventa y nueve mil millares. Si quieres, alma mía, saber la causa de su venida, sabe, que no por su provecho, sino porque tú fueses aprovechada. Venciéronle sus entrañas de amor piadoso, enternecidas con misericordia, porque te vió como oveja perdida y te oyó dar balidos, gimiendo, según daba voces el Santo David, llamando á este piadoso Pastor: *perdido ando así como oveja; venid, Señor, á buscar á vuestro siervo* (2). Bien dice haberse perdido á manera de oveja, la cual se suele apartar de la manada, por comer algún vedado, y pacer alguna yerbezuela; quédase sola, yendo adelante la compañía; no tiene otras armas, ni defensión, sino balando, gemir. ¡Oh, vedado espantoso el árbol del *paraíso apartado como diezmo para Dios* (3), por cuyo fruto se perdió nuestro

(1) Luc. XV.
(2) Psalm. 118.
(3) Genes. III.

padre primero Adán, apartándose de la compañía de los ángeles, haciéndose inhábil del cielo y ofendiendo á su Criador. Allí fué tu primera pérdida, alma mía, que heredaste la culpa original: mas también andas ahora perdida, cada vez que ofendes á tu Dios, apartada de su santísima ley, y empleada en esos vedados de tus deleites y pastos infernales. La primera pérdida se redimió con el agua del Santo Bautismo, á donde te recibió este benigno pastor, á costa de su bendita sangre y muerte (1), así como quien te recibe en sus hombros, haciéndote digna del cielo. Para la segunda pérdida has menester usar de las armas de la oveja, dando gemidos y confesando tus pecados, que es balido que espanta el infierno. Así se remedió David, cuando viéndose oveja perdida, dijo gimiendo al Señor: *Señor, misericordia os pido, porque soy enfermo* (2). Y en otra parte dijo: *Señor, yo conozco mi pecado y mi maldad, está contra mí siempre* (3). ¡Oh, buen pastor, buscad á vuestro siervo y oveja perdida! Venid á mí: levantadme de mis pecados: ponedme en vuestros hombros, que no me puedo tener en pies, entecada y tullida por el pecado, y aun maltratada de los dientes del lobo robador Satanás.

Ves aquí al buen Pastor cómo te busca, alma,

(1) Matth. XXVII.
(2) Psalm. 30.
(3) Psalm. 50.

y cuán bien cumple la condición de solícito Pastor, viniéndote con tanto cuidado á buscar. Considera ahora lo segundo, cuán valerosamente te defiende. San Pedro dice: *que el leon Satanás anda cercando las ovejas de Cristo, y dando grandes bramidos, para si pudiese tragar alguna* (1); mas el gran Pastor Jesucristo desbarata el cerco de esta bestia fiera, y ensordece su bramido: porque el Santo David dice *que jamás dormirá la guarda de Israel* (2). No dormía el Santo Jacob, velando sobre su ganado en el campo, y así dijo *no haber perdido ni sola una oveja* (3). Y este fortísimo Pastor, hablando con su Padre Eterno, dice: *Señor, defended de hoy más esta gente que me dísteis: véislos aquí, no se me ha perdido ninguno* (4). Este es de quien dice Job, *que con gran ánimo quebrantó las muelas del leon, y de entre sus dientes le sacaba la presa y robo que había hecho de las ovejas* (5). ¡Oh, alma! ¿cómo estás tan dormida? ¿quién te ha hecho tan insensible? ¿No te ves como oveja estar entre los dientes de este león? ¿Qué son sino dentelladas de aquesta bestia fiera, ese remordimiento de conciencia y guerra de pecado mortal, el cual ves en tí claramente, pues obras contra la ley de Dios? ¡Oh, cuántos días, y

(1) I Petr. V.
(2) Psalm. 120.
(3) Genes. XXXI.
(4) Joann. XVII.
(5) Job. XXVI.

aun plegue á Dios no sean años, há que estás entre esos dientes rabiosos, sufriendo esos tormentos de infierno, no queriendo salir de esa boca del leon, dentro de la cual no es posible que tengas un momento de paz! De ahí te sacó este animoso Pastor, porque dice por el Profeta, que si hallare los piés ó la oreja de fuera de la boca de este enemigo, que saca la oveja de su poder (1). Ten, alma, deseos de volver á Dios, que son los piés, según nuestro Padre San Agustín, con que te mueves. Saca la oreja fuera de esa boca y dientes del demonio, oyendo sermones, que es el más alto remedio para salir del pecado. Así leemos haber sacado Dios á nuestro Padre San Agustín por la oreja de tan grandes pecados, cuando él oía los sermones de San Ambrosio. De esta misma manera sacó este buen Pastor á San Mateo de los dientes de la avaricia, y aun convirtió aquella gran pecadora la Magdalena. No desmayes, alma, aunque en la boca de este bravo leon te veas: llama y da voces, que este fuerte Pastor, harto mejor que David, quebrantará sus dientes y te sacará de su boca, para que sientas la paz de tu conciencia, que antes gustar no podías.

Lo tercero que este gran Pastor tiene, es dar buen pasto y abundoso á sus ovejas. Considera, pues, ya, alma, el pasto doblado que para tu doblado ser corporal y espiritual este buen Pastor

(1) Amos. III.

te da. Mira qué mesa te pone cada día para ese cuerpo mortal. Tantas frutas, tantos peces, aves y animales, mesa de este buen Pastor es: dale tú gracias por ella. Los que te sirven á esta mesa son los cielos, con sus planetas sol y luna, los cuales envían su influencia para estas producciones y generaciones de este universo. Las nubes proveen de agua las fuentes y ríos, y los elementos con solicitud de noche y de día se ocupan en tu servicio. ¡Oh, alma!, ¿si tan rica es la mesa que tu buen Pastor te pone para ese cuerpo mortal, cuál piensas que será aquel pasto y mesa de gloria que te está esperando en el cielo, para siempre gozarla? El Santo David dice, *que todas estas criaturas te puso Dios debajo de tus pies* (1), y no de balde, sino para que en lugar de todas, sirvas y ames por todas á este buen Pastor.

De aquí los varones espirituales suelen sacar grandes consideraciones, porque el grande espíritu de cosas muy pequeñas suele levantar consideraciones muy altas. Estos tales imitan al Santo Job, el cual dice *que no comía los frutos de sus heredades sin primero pagar de ellos renta, no á los hombres en la tierra, sino al Omnipotente Dios, amoroso Pastor, en el cielo* (2). De manera, que los tales, no tan solamente al principio y al fin de la comida dan gracias, poniendo los ojos en

(1) Psalm. 8.
(2) Job XXXI.

el Dador de aquella mesa y bienes, mas aun de cada manzana que comen, y aun de cada bocado de pan y jarra de agua que beben, dan renta, pagando tributo dentro de su corazón, glorificando y dando gracias á Dios, porque saben con verdad que este pasto y mesa visible, este buen Pastor la rige y gobierna, no más de por sus ovejas los hombres: de manera que después del día del juicio, ni andará el sol, ni luna, ni será menester dar fruta los árboles, ni pan la tierra: y la razón que dan los doctores es, porque ya no hay convidados que coman tan grosero pasto (1). Ya pasaron las ovejas al extremo, para gozar del pasto abundoso en aquel monte soberano del cielo.

¡Qué diré, alma, del otro pasto tuyo, según que es manjar espiritual! ¡Qué yerba es tan suave la Sagrada Escritura! ¡Qué pasto tan dulce esas inspiraciones del Angel bueno! ¡Qué gusto tan suave el de este Sagrado Esposo, el cual siendo Pastor, se hizo tu pasto y manjar en el Santísimo Sacramento, á quien tantas veces por su gran misericordia recibes! Esto admira y espanta á los querubines en el cielo, y no todo lo ya dicho, viendo que el Dador se ha hecho dón, y el buen Pastor se ofrece en manjar á sus amadas ovejas. ¡Oh, arte sutil! ¡oh, ingenio que solamente pudo inventar la fuerza y sabiduría de aqueste amoroso Pastor, que de años antes estaba hecha la promesa, aun-

(1) S. Tho. III p., q. XCI, a 5.

que en nuestra ley de gracia se hizo el cumplimiento de ella! *En pastos abundosos apacentaré mis ovejas, y las haré que reposen, y que con quietud y muy buena sana paz se acuesten*, dice Dios por Ecequiel (1). No hay, alma mía, donde ir adelante: ves aquí tus pastos abundosos en Cristo Jesús, tu buen Pastor: humanidad y divinidad, Dios y Hombre recibes en tu pecho, cuando tan alto Sacramento gozas y comunicas. *No tiene por qué gemir el buey, cuando tiene el pesebre lleno* (2), según dice Job. Ya debes estar bien contenta, pues en el pesebre de Belén viste nacido á tu Redentor, y Señor nuestro. No tienes más que pedir ni desear en esta vida prestada, pues en tu pecho encerraste á quien cielos y tierra encerrar no pueden. Toda la Santísima Trinidad recibes cuando comulgas, porque siendo, como es, una esencia de infinito sér, no se sufre recibir la una persona sin que se reciban todas tres: como no es posible en el cielo ver al Padre y no gozar juntamente del Hijo y del Espíritu Santo. Todas las tres personas son un poder, un saber y una bondad: de manera, que recibiendo en este Santísimo Sacramento al Verbo, que es hijo de Dios, recibes también toda la Santísima Trinidad. ¡Oh alma bienaventurada, más dichosa que los ángeles, pues ellos tiemblan delante del acatamiento de este poderoso Señor!

(1) Ecech. XXXIV.
(2) Job. VI.

y tú, siendo quien eres tan pequeñita, con atrevimiento santo le recibes y encierras dentro de tí misma, abreviando aquella hostia consagrada! ¡Oh verjel de paraíso, mejor que aquel terrenal, cielo Empíreo, más claro que diez veces el sol, monte de hierbas saludables, á donde tu entendimiento y voluntad son apacentadas, gustando del que es Dios y Hombre, Jesucristo, tu buen Pastor.

¡Oh, alma mía! si esto es así, que eres mejorada más que los ángeles, y más engrandecida de este gran privilegio que los querubines, ¿por qué, veamos, no te debes disponer y limpiar para ser más pura que los ángeles? Quiérote avisar en este pasto, pues eres oveja de Cristo y has muchas veces de recibir este pan celestial, que dos limpiezas se requieren para llegarte á esta santísima mesa. La primera es limpieza espiritual, la cual se alcanza por el Sacramento de la confesión. Esta jamás debes dejar, aunque remordimiento de conciencia no te acuse, cuando te llegares á este santo altar. Débeste primero acusar á los piés del sacerdote de tus tibiezas, palabras ociosas y poco amor de Dios que tienes y aun de la compasión que no has tenido de tus prójimos. Discurre por tus sentidos, y hallarás que no falta de qué te acuses, pues tan del todo, como obligada eres, no los empleaste en tu Dios. Ni quiero decir que en esto gastes tiempo demasiado, porque si tu confesión es discreta, en pocas palabras te puedes acusar de muchas cosas; y porque tienes muchos libros y confesonarios que

esto enseñan, no quiero detenerme en dar avisos para esto; lo que te encomiendo y pido por amor de este buen Pastor Jesucristo es que si cada día celebrares ó comulgares, cada día te confieses; porque como en aquel Sacramento de la confesión, aun de pecados veniales hecha, siempre se dé gracia, ésta obrará en tí mayor fervor de amor y devoción, para con mayor gusto gozar de aquel divino manjar. La razón dice esto, y la experiencia lo dirá si tomares este consejo, cumpliéndolo así de hoy adelante.

Acuérdate, alma, que cuando este buen Pastor en la última cena, consagrándose á sí mismo, quiso comulgar á sus amados Apóstoles, primero les pidió los piés, para lavárselos, que les diese este Santo Sacramento. ¡Oh, cosa maravillosa! que como San Pedro ofreciese la cabeza, manos y piés, el Señor del mundo dijo: *El que todo está limpio no há menester sino que le lave los piés* (1), pues si todo limpio estuviere tu corazón, no sabiendo de tí pecado mortal, mira que no eres más santo que San Pedro ni San Juan, los cuales se lavaron los piés, que significan las culpas veniales, antes que se sentasen á esta purísima mesa. No sin causa mandó Dios que los sacerdotes se lavasen en aquel mar de metal que estaba lleno de agua en el templo y cercado de espejos de mujeres. La confesión es agua puesta en el mar de metal, porque en todo

(1) Joann. XIII.

el mundo sonó como metal de claro sonido por la predicación el agua bendita de la confesión, y no sólo lava los mortales, más aún limpia los veniales, sin los cuales pensar que nadie puede vivir de los pecadores, sería engañarse á sí mismo, según nos enseña el Evangelista San Juan. Los espejos que están en cerco de este mar te enseñan quién eres, porque en la confesión conozcas el pecado que antes no veías. Estos espejos se dicen ser de mujeres, porque allí vas á decir tus flaquezas y culpas, y no en cosa alguna á loarte, diciendo que oras mucho ó ayunas mucho, porque esa no es confesión; ten cuenta con tu Dios en lo bueno, siendo sabia para encubrir tus tesoros; y si en algo quieres consejo, pídelo después de la confesión, ó antes, y ten aviso, si ya estás bien aconsejada, que no des cuenta á cada uno de tus confesores, porque cuando muchas manos andan en una obra, ya hemos visto derribar un maestro lo que el otro había edificado, y aun con tanta razón algunas veces; de manera, que esta pureza espiritual ha de ser una prueba que hagas de tí misma, alma, antes que te llegues á este soberano manjar. Un examen de tus culpas bastante, teniendo respeto al tiempo que há que te confesaste y á la condición y trato de tu vida. Un confesarlas distinta y claramente, pesándote de haber ofendido á tal Señor, y aun satisfaciendo por oración limosna y ayuno, para más dignamente llegarte á este pasto y Pastor. No dijo San Pablo que probases aquel santo

manjar, sino *que te pruebes á tí misma* (1), porque todo es perfecto; no hay que probar, sino que creer por sujeción de fe santa. En tí está el defecto y los pecados; pruébate á tí misma: examínate bien para que te haga buen provecho tal pasto.

La segunda limpieza es corporal, la cual tuvo en tanto este Pastor bueno, Jesucristo, que eligió para madre, no á cualquiera mujer, sino á una purísima Virgen, Reina del cielo y tierra, abogada nuestra, Santa María (2); y aun, según San Jerónimo, el ayo que tomó fué virgen, aquel santo varón José, porque muchas veces le había de llevar en sus brazos, mayormente por aquel camino penoso, cuando el Niño Jesús, nuestro Redentor y Salvador, y su bendita Madre iban desterrados á Egipto; y según nuestro glorioso Padre San Agustín, nuestro Redentor sacó de las bodas de Caná de Galilea á San Juan Evangelista puro y virgen, porque había de ser dado por hijo á la purísima Virgen María. Ni quiero, alma mía, que entiendas esta limpieza corporal solamente de lo que es pecado mortal, mas aún conviene que tu carne esté limpia de lo que aún es culpa venial. Esto digo por los casados, los cuales noten que si San Pablo les dice que para orar á tiempos se aparten, cuánto más para recibir el que es Criador de los ángeles y Señor del universo. Otra cosa es, y muy otra,

(1) 1 Cor. XI.
(2) Luc. I.

hablar con el rey ó recibirle en su casa. Y si tanta pureza pidió San Pablo para lo primero, que es hablar con este buen Pastor, ¿cuánta razón es que pida yo, ó por mejor decir, este buen Pastor, qué limpieza debe desear en el alma, que ha de ser su aposento y templo? Cuando David demandó al sacerdote Achimelech pan para sus caballeros, y él no tuviese sino pan santo de la mesa de la proposición, del cual no podían comer, sino solamente los sacerdotes, primero le preguntó si aquellos mancebos traían esta pureza corporal de que hablamos; y el Santo David respondió: *Tres días há que mis caballeros y yo nos apartamos de nuestras propias mujeres* (1). Entonces el sacerdote les dió aquel pan que habían quitado de la mesa de Dios, para poner otros panes recientes. Pues para dar el sacerdote aquel pan santificado, el cual no era más que puro pan, primero pidió confesión á David, que declarase si él y su gente tenían esta limpieza corporal: ¿qué diré, alma mía, pues no pan santo de la mesa de nuestro inmenso Dios, como aquello, sino Pan angelical, Pan, que es el mismo Dios (2), vas á recibir de mano del ministro suyo y sacerdote? ¡Oh, cuán limpia debe llegar tu carne y cuán apartada de todo deleite, aunque te sea lícito! Miren bien los casados, que para recibir la ley, les mandó Moisés tres días an-

(1) I Reg. XXI.
(2) Joann. VI.

tes lavar sus vestiduras y estar puros y continentes por todos aquellos tres días (1): cuánto mayor cosa sea recibir al Dador de la ley, sé tú el juez, alma mía.

Cuando Oza tocó á la Arca de nuestro sumo Dios con la mano, luego allí arrebatadamente fué castigado y perdida la vida (2); á donde una glosa dice, ser la causa de aquel riguroso castigo no haberse apartado la noche antes de su propia mujer. La verdad de esto solamente Dios la sabe; temerosa es la opinión de los que esto sintieron; basten los ejemplos dados para persuadir esta pureza corporal, á los que con buenas entrañas y buen corazón de fe viva se llegan á este Pan consagrado. Verdad es que muy bien se podría moderar, hablando con este estado matrimonial, que por un día natural antes, que son veinticuatro horas, y otro día después se le hiciese esta reverencia y acatamiento á este bendito y Santo Pastor, ofreciéndole limpieza corporal; y si ha de ser más ó menos, déjolo al mejor y más sabio parecer de cada uno que lo determine. Ni piensen los casados hacer á su buen Pastor pequeño servicio, aparejándose como ovejas santas para las pascuas, fiestas principales y días solemnes gozar de tan excelentes pastos y sacramentos; ó según nuestro Padre San Agustín aconseja, cada domin-

(1) Exod. XIX.
(2) 1 Reg. VI.

go; porque demás de ser obra tan santa y provechosa, en gran ejemplo á los cristianos continentes, los cuales alaban á Dios y con mayor fervor se animan, viéndoles gozar de este Santísimo Sacramento, para cuyo recibimiento siempre presumen llevar esta limpieza corporal que digo: ejemplo tienen en aquel gran varón Urías, el cual, viniendo de la guerra con cartas á David, no quiso ir á visitar su casa y mujer Bersabé, aun mandándoselo el rey, ni por sola una noche. Decía este leal caballero, respondiendo al rey: *¿Cómo, Señor, entraré en mi casa á recibir algún regalo, ni servicio, como esté en el campo en mitad de la guerra el Arca de mi Dios?* (1) ¡Oh, alma mía, cuánto mejor podrían decir los cristianos las palabras que este ilustre caballero dijo para abstenerse y apartarse de cualquier deleite, aunque sea sin pecado, pues ven el Arca del Señor en el campo, no aquella de madera, sino la que hizo el Espíritu Santo por su omnipotente mano, aquella carne benditísima del Cordero sin mancilla Jesucristo, organizada por virtud divina en el vientre virginal, la cual vemos con ojos de clara fe en el campo de un diversorio desabrigada, reclinada en un pesebre! Vémosla en un desierto áspero cuarenta días y cuarenta noches, á donde le sirve de cama la tierra, y su casa es una cueva de una piedra, según los que han visto con sus ojos aquel santo

(1) II Reg. XI.

lugar de la cuarentena afirman. Finalmente, vemos el Arca de Dios en el campo del monte Calvario, en medio del ejército y guerra de sus caballeros y Apóstoles desamparada, enclavados los piés y manos, todo el cuerpo lleno de heridas, la cabeza traspasada con espinas, dando voces al Padre Eterno y pidiendo perdón por los pecadores del mundo.

Oígan, pues, ya todos los cristianos las voces de aquel generoso caballero Urías; y, pues, el arca de sola madera fué bastante para que no reposase en su casa (1), baste el Arca de Dios y carne preciosa de Jesucristo, verla como la ven en tormentos de tan áspera cruz, para que no solamente regalos, que la ley de Dios prohibe, mas aún pasatiempos, que son lícitos, á su propia carne nieguen, para con mayor pureza y con doblada limpieza, espiritual y corporal, llegarse á este pasto y manjar divino.

Ya, pues, tienes, alma mía, entendido, si bien lo has querido considerar, tres grandezas de este santo y buen Pastor: viste cuán solícito fué en buscarte, que eras oveja perdida: entendiste cuán fuerte fué en sacarte de la boca del leon Satanás, cuando te convirtió, porque te halló un oído fuera, con el cual holgabas oir de Dios, tomando consejos saludables; y, finalmente, consideraste qué pastos dejó este buen Pastor para tu substen-

(1) II Reg. XI.

tación, dándote doblado manjar para tu doblado sér: para el cuerpo te dió esto visible y para el alma te dejó á sí mismo en manjar, cuando se consagró para que tú le recibieses en aquel inefable Sacramento del Altar. Has, pues, de considerar todo este día, presentando en tu memoria á este buen Pastor Jesucristo; y las palabras que has de decirle como oveja, que antes andaba perdida, son aquellas de David: *Señor, oveja perdida soy: suplico á vuestra Majestad busquéis á este vuestro siervo* (1); buscadle con ojos de misericordia; no os olvidéis de vuestra criatura, pues aunque mala, siempre es vuestra. Vos, Señor, la criásteis y con vuestra sangre la redimísteis: no tengo otras fuerzas, no otras armas, sino el balido, que por vuestra gran misericordia me dejásteis, para que pidiendo perdón de mis pecados, llamase gimiendo á Vos, mi dulce Pastor; por tanto, gimiendo, diré así:

ORACION

¡Oh, mi buen Pastor! ¡oh, dulce Jesús Esposo mío! Gracias os hago infinitas, que tan apartada de vuestras ovejas, tan perdida por el desierto de mis culpas, me vinísteis, Señor, á buscar del cielo á la tierra. Bendito seáis, gloria mía, que hallándome

(1) Psalm. 118.

Vos entre los dientes del lobo robador infernal, quebrantándoselos con el cayado de la cruz, me librásteis de su poder, no menos que á costa de vuestra preciosa vida. Alabanzas os doy, esperanza mía, y todas vuestras criaturas os las den por mí, que siendo yo una oveja enferma tan indigna, me dejásteis tales y tan excelentes pastos. Todo este mundo me sirve, porque se lo mandáis Vos, Señor. Los Santos Sacramentos sustentan mi vida espiritual, que de vuestra mano me dejásteis, benigno Pastor. *Regidme Vos, mi Dios:* vuestras pisadas deseo seguir, porque ose decir con David, *que ya no me faltará nada*. Pastor mío sóis, apacentadme, pues no os olvidásteis de Elías en el desierto (1), ni de Daniel en el lago de los leones (2). Concededme ese maná celestial; mirad, Señor mío, que soy caminante, como aquel pueblo de Israel; id, suave Pastor, delante de mí; llevadme, Señor, tras Vos, para que nada quiera, nada ame, toda criatura me sea amarga; sólo Vos, mi Pastor y pasto, me seáis dulce. A Vos, mi buen Jesús, gusten mis deseos por verdadera fe. A Vos ame mi voluntad con inflamada caridad. A Vos represente mi memoria por contínuos actos de amor. A Vos glorifiquen y alaben, como á su Criador y buen Pastor, todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amen.

---

(1) III Reg. XVII.
(2) Daniel. VI.

CAPÍTULO XIV

CÓMO EL ALMA HA DE TRAER PRESENTE Á CRISTO EL VIERNES, CONTEMPLÁNDOLE COMO A SU REY

El viernes, alma mía, has de contemplar á tu dulce amado Cristo Jesús, presentándole en tu memoria muchas veces así como á rey, cuyo trono es tu corazón. Mas, pues este santo día de toda la cristiandad es estimado, y en él los cristianos, por ayunos y abstinencia, se afligen, contemplando aquel último día de la vida de este Soberano Rey, que por nosotros en la cruz murió (1), y aun en él las personas espirituales y muy siervas de Dios con disciplinas, y silicios, y contínuas oraciones, particularmente afligen su propia carne, apartán-

(1) Matth. XXVII.

dose y recogiéndose para este día no tomar ningún placer, en el cual el Hijo de Dios, llorando y con extraños dolores, dió el espíritu á su Padre desde la cruz: será bien que en este capítulo satisfagamos en algo á los deseos de muchas personas, que con importunación han pedido algunos avisos, para contemplar en la Pasión de este Soberano Rey y Señor; dejando lo que aquí faltare para la tercera parte de este libro, en la cual con señas este Redentor crucificado despierta nuestro corazón á su santo amor.

Bien pudiéramos comenzar á contemplar este nuestro Rey Soberano desde su Natividad, cuando la gentilidad, aquellos Reyes Magos, dieron el pregón en mitad de Jerusalén, preguntando: ¿A dónde está el rey, que es nacido de los judíos? (1) Dos cosas afirman y una preguntan, alumbrados sus entendimientos de la claridad de nuestra soberana fe. Dicen ser nacido, afirman ser Rey y preguntan á dónde está. Bien dicen que es nacido Rey, porque sólo Jesucristo tu Rey, alma mía, trae el título escrito en el muslo y en la vestidura, el cual dice: *Este es el Rey de los reyes y Señor de los que tienen señorío* (2). Los otros nacen para ser reyes; mas no lo son, porque San Pablo dice, *que en tanto que el heredero es niño, es igual al siervo* (3), caso que después ha de ser Señor de

(1) Matth. II.
(2) Apoc. X.
(3) Galat. IV.

todo; mas á tu buen Rey, alma mía, dásele, que nacido, nazca Rey.

Él es mayorazgo del Padre Eterno, el cual posee todas las perfecciones de su Padre. Así lo dijo San Juan: *Todo lo que mi Padre tiene, yo lo poseo* (1). El ser infinito, el saber y poder, todo es mío y no se puede quitar una jota, porque Yo y mi Padre una cosa somos, una Esencia y un solo Dios. Pues si de parte de la herencia de su bendita Madre lo quieres considerar, bien verás que nace Rey, porque se le entrega la posesión de todos sus bienes; ó por mejor decir, males de pena que este tu bendito Rey en su tierna edad por tus culpas padece. Quiero aquí partir la herencia, que de su Santa Madre heredó, en breve: contémplalo tú, alma mía, más despacio y más en particular. La primera heredad fué tomar de ella carne mortal; la segunda su pobreza, y la tercera hambre, sed, cansancio, lágrimas y gemidos.

¡Oh, mi dulce Jesús! ¡oh, mi Redentor y Rey, cuán aposesionado os veo en la herencia tan penosa, que os cupo de vuestra Santa Madre! Rey y Capitán de trabajos os contemplo, caudillo de dolores. Muy bien dicho está, que sóis nacido y nacido Rey, pues de parte de la una herencia, en cuanto Dios, os traéis vuestro reino con Vos, heredando todos los bienes de vuestro Padre Eterno; y de parte de la herencia de la Madre, también se

(1) Joann. VII.

os da la posesión de todos vuestros bienes, que son trabajos y dolores.

Pues si quieres, alma mía, comenzar á contemplar este tan Santo Rey y Esposo Jesucristo, considérale desde la cuna y pesebre, pues por Rey es pregonado en la gran ciudad de Jerusalén por aquellos sabios Magos, inspirados de Dios (1); y aun por Rey es temido del tirano rey Herodes, y toda la ciudad se turba oyendo nombrar nuevo Rey, porque ya parece el fuerte Sansón estar como durmiendo, y los Filisteos, miserables pecadores, temen que, depertándoles, quite su mando y señorío, y los sujete y cautive en el yugo suave de la santa fe (2). Mas como este imperio sea tan de otra arte que los otros, este buen Príncipe, alma mía, te dice Isaías, *que trae su principado sobre los hombros* (3); al revés de los otros reyes, cuyo estado y señorío se sustenta sobre hombros ajenos, recibiendo de sus vasallos tributos y servicios para la gobernación de sus reinos. Mas este Soberano Señor es tan famoso en fuerzas y tan bastante en sí mismo, Dios Omnipotente, que todo su dominio y señorío puede y quiere llevar en sus hombros, porque como el primer Rey de Israel Saúl á todo el pueblo excede de los hombros arriba, San Pablo dice *que la cabeza nuestra es Cristo*

(1) Matth. II.
(2) Judic. 1.
(3) Isai. IX.

y la cabeza de Cristo es Dios (1), declarando el gran exceso que este omnipotente Rey hace á todos los ángeles en el cielo y hombres pequeñitos en la tierra.

¡Oh, soberano Rey, Cristo Jesús! bendito seáis Vos, y todos los querubines os den alabanzas, pues vinísteis á llevar la pesadumbre de mis pecados, tomando en vuestros hombros las penas, tormentos y cruz que yo tenía merecido perpétuamente por ellos. Ves aquí, alma, lo primero que has de contemplar en este santísimo día, considerando á tu Rey y Señor Jesucristo desde el pesebre, donde es conocido y adorado por Rey de los ángeles, pastores y reyes (2). Mira atentamente cómo lleva su imperio y reino en los hombros, recibiendo tan grandes tormentos en su tierna edad, derramando sangre el octavo día en la Circuncisión y siendo desterrado á reino extraño con su Madre benditísima, caminando para Egipto; esto por dar lugar á la ira de Herodes, á quien pudiera bien este Señor destruir no menos que al otro rey Faraón (3), el cual con su ejército quedó hundido en el mar.

Sigue, pues, alma, esta compañía de Madre é Hija: acompáñale en aquellas penosas jornadas, que yo te aseguro que vuelvas bien rica con el salario que este benigno Jesús suele dar á sus ami-

(1) II Cor. XI.
(2) Luc. II.
(3) Exod. XIV.

gos que en este paso tan lastimoso le acompañan. De noche fué la partida, según dice el Evangelista (1), porque esta Reina del cielo lleva la luz verdadera y gloria de los ángeles y bendito Jesús en sus brazos; y aun parte de noche, saliendo del reino de Israel, porque primero es noche y tiniebla de culpa en tu conciencia, que este tan generoso y piadoso Rey Cristo Jesús, nuestro Redentor, se ausente de tí. Así podrás proseguir por toda su edad y vida, como mejor este soberano Rey te diere sus favores, hasta venir al tiempo de aquella Pascua principal donde este tu soberano y humano Rey y Señor de los cielos y tierra se atavió y vistió de ricas vestiduras de Pascua en su sagrada Pasión. Llégate, alma, á Jerusalén en este día santo, y verás cómo entra el humilde Rey Cristo, conforme á lo que de Él estaba profetizado (2), en una asna caballero, acompañado de sus Apóstoles santos, siendo recibido de la ciudad con tan grande majestad, que muchos derribaban sus vestiduras por tierra, lo cual conviene que tú imites, repartiendo de tus vestidos á pobres. Otros cortaban ramos, para que entiendas que ya es tiempo de olvidar esas flores de vanidad, honras y deleites que hasta aquí seguías. Mira que dice Isaías: *Toda la carne es heno, y su gloria como flor de heno* (3).

(1) Matth. II.
(2) Zach. IX.
(3) Isai. XL.

Otros mancebos y niños, en cuya lengua quiso este omnipotente Rey dar perfección á su alabanza, para confusión de los fariseos y sabios de la ley, cantaban con alegría, diciendo: *Sálvanos, Señor, en las alturas: bendito sea este soberano Rey que viene en el nombre del Señor* (1). Fué tan grande el pesar y enojo de aquellos sabios de la ley por oir tales alabanzas, que no pudiéndose sufrir, dijeron á este poderoso y soberano Rey que los mandase callar; mas el clementísimo Señor antes los defendió, declarándoles la autoridad de David, que dice: *De la lengua de los niños perficionó Dios su alabanza* (2); quiere decir, que aquellos inocentes cumplieron la falta de los envejecidos en malicia fariseos, á los cuales como propio oficio convenía recibir y reverenciar á este tan poderoso Señor y Rey nuestro como á verdadero Mesías. Mas el Señor del mundo, como no venía á reinar temporalmente, en mitad de esta gran honra, al tiempo que los hijos de Adán suelen reir, viéndose en dignidades y grandes prelacías, él comenzó á llorar.

¡Oh mi dulce Jesús! ¡oh benignísimo Rey! ¿qué diré de tan grande prodigio? ¿con qué lengua, con qué entendimiento podría yo comenzar á ponderar un paso tan admirable y unas lágrimas de tan profundo secreto, tan sabias, tan santas y tan fuera de pasión forzosa que á ellas moviese? ¡Oh per-

(1) Marc. XI.
(2) Psalm. 8.

las de ese rostro divino colgadas! Si hiriésedes, cayendo en la piedra dura de mi pobre corazón, ¿por qué lloráis, buen Rey, pues que en esta ciudad se os hacen tan grandes servicios, como delante de vuestros ojos véis? Tiempo habrá para llorar, Señor: detened las lágrimas un poquito, dejadlas para el prendimiento del Huerto, cuando aquellos ministros de maldad con tanta crueldad os han de prender. Guardadlas para la columna, cuando de piés á cabeza azotado, nadaréis en vuestra sangre. Finalmente, mi Rey, paréceme á mí que este sollozar y llorar se dilatase hasta ser enclavado en la cruz, á donde con título real en lo alto de ella seréis de todos blasfemado, perseguido y afrentado (1): y con gran sed, quejándoos, faltará agua para lavar y refrescar vuestra boca divina, sangrienta de las puñadas y atormentada de bofetadas que os dieron los crueles sayones, mas no faltará agua para vuestros ojos, pues llorando orásteis, pidiendo perdón de mis pecados á vuestro Eterno Padre (2): y que ahora os pongáis á llorar tan de pensado en esta solemne procesión, paréceme, mi Dios, ser antes de tiempo, y deseo en gran manera saber el por qué. Grandes causas, alma, tuvo este Santo Rey Esposo tuyo para este llanto tan de misterios lleno: no se pueden aquí escribir todas, porque sería menester hacer sóla-

(1) Matth. XXVII.
(2) Luc. XXIII.

mente un libro de ellas; baste que entiendas que este sapientísimo Rey llora: lo primero, porque las honras del mundo se debrían más aborrecer que amar y más llorar que desear: pues cuanto más los hombres suben, de más alto han de caer cuando la muerte, que á nadie perdona, ejecutará su riguroso poder. Llora, pues, alma, si te ves honrada, si tienes vasallos y cargo de almas, porque tu buen Rey, para darte lección de lágrimas, llora en el tiempo que es más honrado. El mismo Señor amenaza á los señores y ricos del mundo, diciendo: *¡Ay de vosotros que ahora reís, porque perpétuamente lloraréis!* (1). Llora también el Señor con grande razón, porque viendo los corazones de aquellos que allí estaban presentes, entendió que de allí á seis días estaban determinados de hacerle deservicios y deshonras en esto que aquí le servían: porque si aquí quitaban sus vestiduras, derribándolas por el suelo y haciéndole servicio en ello (2), en casa de Pilato le habían de desnudar las propias aquellos siervos de maldad, dejando sus delicadas carnes sin mancilla desnudas, temblando del frío, que en aquel tiempo hacía, atándole á la columna, para haberle de quitar la segunda vestidura, más propia del Cordero inocente, desollando con azotes su santísima carne(3).

(1) Luc. VI.
(2) Matth. XXI.
(3) Joan. XIX.

Otros habían de cortar ramos, no de laurel ni de oliva, sino de unas espinas agudísimas y duras como clavos, sentándolas con gran fuerza en su tierna y delicada cabeza. Finalmente, si allí cantaban por las calles de Jerusalén los niños alabanzas á este poderoso Rey, diciéndole *bendito*, por las mismas calles habían de ir dando el pregón, yendo él con su cruz á cuestas por mandado de Pilato, diciendo el pregonero: *Esta es la justicia que manda Cesar hacer á Jesús Nazareno, hijo de María: manda que muera entre dos ladrones crucificado en una cruz* (1). A esto respondían todos á gritos: *Muera, que digno es de tal muerte* (2). Estas palabras respondieron los fariseos y pueblo, demandando á Pilato que fuese este Rey soberano crucificado.

Comienza la pasión de Nuestro Salvador Jesucristo.

Ya, pues, vas entendiendo, alma, la causa porque lloró este bendito Rey en esta gran solemnidad y recibimiento que se le hizo en Jerusalén. de aquí querría que partieses con tu buen Rey y Señor, el cual sale acabada la cena con sus apóstoles de esta ciudad, pasando el arroyo de los Ce-

(1) Luc. XXIII et Joann. XIX.
(2) Luc. XXIII et Joann. XIX.

dros para venir al huerto llamado Getsemaní, á donde, según dice San Juan (1), muchas veces solía venir á orar con sus discípulos, para que entiendas cuánto debes procurar el lugar quieto, cuando oras y hablas con tu Dios. Sigue, pues, acompañando á este Santo Rey David. Mira cómo va los piés descalzos, diciendo con grande angustia las palabras que David decía llorando á su hijo Absalón, por el cual deseaba su Rey y padre morir: *Absalón, Absalón, quién me diese que yo muriese por tí* (2). Judas, Judas, amado apóstol mío, que me tienes vendido, y te partiste de mi mesa para ser capitán del ejército de mis enemigos y entregarme en sus manos: ¡oh, si después de tan grandes pecados confiases de mi misericordia, aprovechándote de mi muerte y llorando tus maldades, cuán gran consuelo sería para mí! Mas sé que, desesperando, con tus manos propias serás el verdugo y homicida de tí mismo, muriendo en una horca antes que yo muera por salvar el género humano en una cruz. Así, pues, alma mía, seguirás por todo aquel camino á tu amado Rey, al cual verás ahora cómo de noche entra en aquel huerto y dichoso verjel.

---

(1) Joan. XVIII.
(2) II Reg. XIX.

La oración del huerto.

En este verjel deseaba ver la Esposa á este Rey y Señor, cuando decía: *Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos* (1). En huerto se perdió el género humano cuando Adán, primer padre nuestro, por comer del árbol vedado perdió su reino y señorío que Dios le había dado sobre las aves del cielo, peces del mar y bestias de la tierra: (2): y de verjel se comienzan los misterios de nuestra redención, en el cual el dulce Jesús va á esperar al traidor de Judas y á su gente, para que desde allí le lleven á la ciudad de Jerusalén y en casa de Pilato le den el trono real, con un cetro de caña en la mano, sea coronado de espinas y de rodillas adorado, así como jurándole por Rey. Contemplarás, pues, alma mía, cómo ya tu Esposo está en el huerto para comer de su fruta y de sus desabridas manzanas, porque así pague la gula de aquellos primeros padres. Aquí, apartado de sus Apóstoles, ora tres veces al Padre, visitando una vez y otra á San Pedro, á San Juan y á Santiago, á los cuales particularmente había llevado en su compañía (3), y como los ha-

(1) Cant. V.
(2) Genes. III.
(3) Marc. XIV.

llase durmiendo, con mansa voz y con dulce palabra los despertó, diciendo: *No pudísteis aun velar una hora conmigo* (1). ¡Oh, alma mía, gran reprensión es esta para tí, que una hora no veles con tu buen Rey y en el tiempo de la más riguro sa batalla! No duerme Judas: toda la noche se desvelan los enemigos y atormentadores del Cordero inocente, y los paniaguados y criados á su mesa, sus amados apóstoles, se caen de sueño en tierra. ¡Oh, mi buen Jesús! ¡qué entrada tan triste de verjel, qué fruta de lágrimas tan amarga veo que coméis, sudando sangre por todo el cuerpo, hasta caer en la tierra, de la fuerte agonía y prolija oración! ¡Oh, Rey de los Angeles, cómo se hacen sordos vuestros criados, que llamando dos veces nadie ha respondido! Aquí entenderás, alma mía, la gran virtud de la oración que persevera, pues á la tercera vez vino un ángel para dar la respuesta de su petición. Qué pláticas pasaron aquí, los Evangelistas no lo dicen, porque te quede lugar á tí de dilatar tu afecto y pensar grandes cosas. Lo que aquí pondera San Lucas es que este ángel confortó al Señor (2): para que entiendas, alma, cuán otra fué esta tribulación, que no la tentación que padeció en el desierto, porque allí no se dice que los ángeles le confortaron, sino que le sirvieron; mas aquí fué tan grande el desmayo que de

(1) Luc. XXII.
(2) Luc. XXII.

aquel sudor de sangre le quedó á este bendito Rey, que le necesitó á ser confortado de su criatura, y por eso dice ser confortado del ángel. Verdad es que otra traducción dice: *Aparecióle un ángel que le glorificaba*, esto es, que le decía el gran fruto de su santa Pasión y la excelente gloria de su Resurrección, por la cual todos los hijos de Adán habían de ser glorificados.

Mira, pues, aquí, alma mía, cómo en el segundo Adán se ejecuta la sentencia contra el primero Adán pronunciada: *En el sudor de tu rostro comerás tu pan* (1). Si quieres ser consolada de los ángeles, si deseas comer del Pan espiritual de la consolación de lágrimas, ha de sudar tu rostro primero sangre, orando muchas veces como tu Rey Cristo. Aquí te enseña que, no levantándote de la mesa, vayas como aquel pueblo de Israel (2), después de bien harto, á jugar y á burlar con palabras vanas y ociosas, y aun plegue á Dios que no sean perniciosas. Apártate con Cristo en oración, porque entonces tienes más necesidad de guardar tu lengua cuando corre más peligro abrir la puerta á las pláticas vanas. Acuérdate que sobre mesa el rey Herodes mandó degollar á San Juan, jurando vanamente á la hija de Herodías de darle la mitad de su reino. Después de comer conviene encerrar esa Herodías; no la dejes libre, que te pe-

(1) Genes. III.
(2) Exod. XXXII.

será después de ello. Sigue á tu buen Rey Jesucristo, que después de cenar luego inmediatamente se fué á orar con sus amados Apóstoles (1). Para esto tuvieron y ahora tienen los amigos de Dios un aviso, y es que con tanta templanza comen y beben, que ni por un momento les sea impedimento el comer para llegarse á la santa oración; y si te pareciere, alma, cosa imposible hacer esto, no sé yo con qué argumento mejor lo pruebe, sino encomendarte que lo sientas por experiencia, pues está tan en tu mano, moderando con gran cuidado la cantidad y tiempos de tus comeres y beberes.

Considera en este paso cómo este Rey soberano deja la plática que tenía con el ángel, y vencido de amor de sus amados Apóstoles, se viene para ellos y les dice: *Levantáos, que ya viene cerca quien me tiene vendido* (2). ¿Con qué turbación piensas, alma, que despertarían aquellos Apóstoles santos, oyendo tan tristes nuevas y viendo de lejos venir las lumbres del ejército con gran ruído de armas? ¿Qué temor, qué espanto y qué rostros tan demudados te parece que tendrían? ¡Oh, mi buen Jesús, Rey y gloria mía! Vos solo, mejor que aquel rey Asuero (3), sóis el que toda esta noche pasáis sin dormir solamente un sueño. ¡A vuestros discípulos mandáis que reposen y duerman, y para

(1) Marc. XIV.
(2) Luc. XXII.
(3) Esth. IV.

vuestra Majestad no tomáis un momento de descanso! Despertó, pues, el Señor aquí á sus Apóstoles para salir al camino á Judas, que venía por capitán de aquel ejército de maldad: para que entiendas, alma mía, la crecida voluntad y la grandeza de amor que aqueste Rey y dulce Esposo te tiene, pues se ofrece en las manos de sus enemigos. Luego llega este traidor de Judas y, conforme al concierto que había hecho con los fariseos cuando vendió la sangre de este benigno Cordero, saludó al Señor, dándole beso de paz, diciendo: *Estéis en buen hora, Maestro* (1). ¡Oh, boca de serpiente, basilisco ponzoñoso! ¿qué palabras son esas de traición y qué atrevimiento tan osado? ¡Que se junten los labios y boca del lobo robador con el rostro del dulce Cordero infinito Rey de gloria! No sé, alma mía, con quién haberlo, pues tienen mi entendimiento espantado estos dos, Maestro y discípulo, criatura y Criador. Espántame la malicia del uno y enmudece la humildad y paciencia del otro. Ves aquí á Joab el traidor que, con beso de paz, dió la muerte al caballero ilustre é inocente Amasa, al cual por su grande traición no le valió el templo cuando fué huyendo por su delito, mas fué muerto las manos asidas del altar (2); bien así este traidor de Judas, aunque le pesó de su pecado y echó los dineros que había recibido cuando ven-

(1) Marc. XIV.—Matth. XXVI.
(2) I Reg. XX.

dió á su bendito Maestro en el templo, no le valió la iglesia, porque su delito tan enorme le cegó tanto el entendimiento, que le trajo en desesperación; mas el benigno Maestro tendió el cuello con humildad y recibió la paz, porque su título es, según dice Isaías, llamarse *Príncipe de Paz* (1). ¡Oh, alma mía! ¿quien recibe al traidor de Judas, que viene á entregar al Señor en las manos de sus contrarios, cómo te desechará á tí, viniendo con gemido y contrición confesando tus pecados? Llégate, no temas, que luego serás recibida.

Mas porque el traidor no pensase que aprovechaba algo su engaño, el Redentor del mundo respondió: *Amigo, ¿á qué eres venido? ¿Cómo con beso de paz me quieres entregar á esa gente?* (2). Considera aquí, alma, la voz del manso Cordero y contempla en particular cada una palabra de éstas, pues por no dilatar tanto este capítulo no puedo yo sino ir abreviando en cada paso de los que quedan, en el menor de los cuales sería cosa muy digna se escribiese un libro. Mira cómo no le quita el nombre de amigo, estando en pecado mortal, siendo anatema descomulgado, pues vendió, no el Sacramento, sino al Dador y Hacedor de los Sacramentos; no le quitó la habla, ni tampoco su benigno rostro. Aquí se cumplió lo que dice David, *que la justicia y la paz se besaron* (3). A Cristo

(1) Isai. IX.
(2) Matth. XXVI.
(3) Psalm. 84.

llama San Pablo Paz nuestra que nos apaciguó con Dios. La justicia podremos decir aquí que es Judas, como solemos decir que el ministro ó verdugo hace justicia por mandado de su mayor; pues como el Padre Eterno diese el poder para que su Hijo fuese justiciado, según el mismo Señor lo declaró á Pilato (1), esta justicia pedía, que pues Adán llegó la boca á la fruta del árbol vedado, ofendiendo tan gravemente á su criador, que ahora pagase llegando la boca este traidor de Judas al fruto del árbol de Dios Cristo, Hijo de Santa María Virgen, para que con tal señal fuese preso de sus enemigos y puesto en el árbol de la Cruz. Lloraba el Señor la gran caída de Judas, el cual había venido á tanta ceguedad y miseria, que pensaba ignorar el que es Sabiduría infinita lo que él con traición dejaba concertado. Sentía en gran manera el benigno Pastor la gran pérdida de la oveja y, como preguntando, decía: *Amigo, ¿á qué viniste?* (2). ¡Oh, hermano, si te convirtieses á mí! ¡oh, Judas, Apóstol mío, pues exteriormente manifiestas paz, si quisieses ser mi amigo y recibir en tu corazón mi paz! ¿A qué has venido? ¿Qué ceguedad tan grande es esta? Mira que te hice mi Apóstol, te perdoné tus pecados, te alumbré con mi doctrina, te sentaste esta noche á la mesa conmigo, te dí éste mi Cuerpo santísimo debajo de las especies de

(1) Matth. XXVI.
(2) Marc. XXVI.

aquel santo Pan consagrado, y, finalmente, me arrodillé delante de tí para confundir tu soberbia, y con mis manos divinas te lavé tus polvorientos piés; ¿á qué ignorancia has venido, pues eres hecho tan ingrato? ¿Cómo de nada de eso te acuerdas? Mira que aun hasta ahora te espero, pues te llamo amigo, tu amistad deseo. Querría ya ver tu paz; mira á qué estado has venido, porque así como el peor de los ángeles fué Lucifer, tú serás el peor de los hombres y el mayor en tormentos eternos si mi paz y amistad no quieres. Mira que ahora tienes tiempo para pedirme perdón, que yo no deseo sino que conozcas tu pecado para hacerte yo las mercedes en perdonarte y darte mi gracia, pues *yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (1); ni vine á otra cosa del cielo sino á recibir pecadores que con entero corazón se convirtiesen á mí.

Y como luego el Señor del mundo vió venir las linternas y lumbreras que se acercaban, salió como gigante animoso al camino y, preguntando, les dijo: *¿Cómo salísteis con tantas armas á prenderme como á ladrón, estando cada día entre vosotros predicando en el templo? ¿Por qué allí no me prendísteis?* Decidme: *¿A quién buscáis?* (2). Ves aquí, alma mía, cómo nada valió la cautela de Judas, pues éstos no conocieran al Señor si él

(1) Ezech. XXXIII.
(2) Marc. XIV.

no se les declarara preguntándoles ¿á quién buscáis? (1). Como si dijera: ¡Oh, cuán gran demanda traéis! ¡Oh, si supiésedes quién es este á quien venís á buscar! A este buscaron los Patriarcas con gemidos y con lágrimas; buscáronle los reyes, partiéndose de las partes de Oriente hasta venir á Belén; buscáronle los pastores, viniéndole á adorar al pesebre; y, finalmente, le buscaron los ángeles y le cantaron gloria cuando nació; ellos le sirvieron en el desierto cuando ayunó, y uno de ellos le apareció en el huerto orando y en su aflicción le consoló (2). A quien buscáis para dar la muerte, ese es vuestro hermano y bendito José (3), enviado del Padre Eterno Jacob á este valle de lágrimas para daros la vida, siendo por el pecado perdidos. Entonces ellos respondieron: buscamos *á Jesús Nazareno*. Este soberano Rey les dijo: *Yo soy*. ¡Oh, buen Jesús, Rey mío y Señor mío, que cuando os buscaron para haceros Rey, para daros honra, estando bien contentos de aquel gran convite, entonces dice San Juan *que huísteis y os escondísteis*, y ahora que os quieren prender, atormentar y crucificar, salís al camino á vuestros enemigos, y como convidando á los tormentos, les decís: ¡Vedme aquí, Yo soy! (4). Suplico á vuestra Majestad divina, verdadero Rey de gloria,

(1) Joann. XVIII.
(2) Luc. XXII.
(3) Genes. XXXVII.
(4) Joann. VIII.

que con vuestro favor y gracia mi alma menosprecie toda gloria vana del mundo, huelle las dignidades y dominios, y siguiendo vuestras pisadas, se ofrezca á las afrentas y deshonras con alegre voluntad, padeciendo tormentos y muerte por vuestro servicio, Padre y Señor mío, que á la muerte os ofrecísteis por mí.

Oída la respuesta, como dijesen que á él buscaban y el Señor respondiese: *Yo soy*, fué esta palabra de tan gran virtud, que luego todo el ejército y Judas, que con ellos estaba, según nota San Juan (1), cayeron de espaldas, dando de cerebro en tierra. ¡Oh, nombre de infinita virtud: *Yo soy!* pues en tu fuerza osó parecer Moisés delante del tirano rey Faraón, no temiendo decir la embajada que llevaba de parte de Dios, *que tuviese por bien de dejar el pueblo de Israel con libertad é ir al desierto para ofrecer sacrificio á su Criador* (2). Nombre, en cuya virtud los ríos se volvieron en sangre, y vino gran multitud de granizo que destruyó todos los campos de Egipto, siendo hechas tinieblas para conquistar este tirano. Este mismo nombre derribó, así como desmayados, á estos enemigos en tierra, porque con él dió un bramido el gran leon del tribu de Judá, Cristo Jesús.

¡Oh, alma mía, mira que te dice el Profeta Amós *que el leon brama* (3); ¿por qué no le temes?

(1) Joan. XVIII.
(2) Exod. V.
(3) Amos III.

Nuestro Padre San Agustín dice, admirado de la gran virtud de este soberano Nombre: Si la voz del Cordero, habiendo de ser luego juzgado á la muerte de cruz por Pilato, con tan grande furia derribó aquel ejército en tierra, ¿qué piensas, pecador, que será cuando venga glorioso con gran poder y majestad el día del juicio, y diga: *Id, malditos de mi Padre, á ser abrasados en el fuego eterno?* ¡Oh, mi buen Jesús, que ya tengo entendido el temor y sudor de sangre que un poquito há, orando en este huerto, teníades! Temíades porque yo tuviese esfuerzo; desmayásteis para que yo tuviese ánimo en ese día terrible de mi muerte; Vos el mismo sóis ahora que entonces, Dios y omnipotente Señor; mucho se goza mi alma, Rey mío, de ver tan excelente vencimiento, que de sola una palabra vuestros contrarios caigan como desmayados. Si dijere que sóis otro Sansón, que con una quijada de animal mató más de mil filisteos (1), muy más glorioso triunfo es este, pues con solamente abrir la boca, diciendo: *Yo soy*, con un menear de quijada, habéis dado con estos romanos y hebreos en el suelo. Si Samgar, Príncipe de Israel, con una reja de hierro, por defender su pueblo, mató seiscientos hombres, Vos, Señor, con vuestra palabra, reja que ara los corazones de los hombres, para que dén fruto de bendición, sin poner las manos en estos contrarios, los tenéis caídos á

(1) Judic. XV.

vuestros piés. Mas ¿qué diré, Señor, de vuestra soberana misericordia, que más parece haberlos adormecido, que no haberos querido de ellos vengar? Leo del Profeta Elías, que cuando aquellos dos quincuagenarios fueron de parte del rey á prenderle, cuando estaba en el monte, que mandó descender fuego del cielo, y allí los abrasó (1). Hallo de Datán y Abirón, rebeldes contra Moisés, que la tierra se abrió, y ellos, con sus tiendas, mujeres é hijos, en cuerpo y en alma fueron tragados de ella (2).

Los mancebos que se burlaban de Eliseo, diciéndole: *Anda, viejo*, luego fueron de bestias fieras muertos y hechos pedazos (3); mas Vos, Rey de divina Majestad, pudiendo mejor que Elías con fuego, pues sóis criador de él, castigar estos contrarios, y mandar á la tierra, mejor que Moisés, que se abra, para que vivos desciendan á los infiernos, y aun mejor que Eliseo, mandar venir leones, que aquí luego los hiciesen pedazos, habéis con tanta benignidad derribádolos como adormecidos en tierra, para declarar la verdad que San Juan Bautista de Vos dijo, *que sóis Cordero de Dios, que quitáis los pecados del mundo* (4). Venís á quitar las culpas y no la vida á los pecadores: prendéis á los que os quieren prender, quitándoles las fuer-

(1) IV Reg. I.
(2) Num. XV.
(3) IV Reg. II.
(4) Joann. I.

zas y armas, para que sus corazones queden presos de vuestro divino amor. ¡Oh, piadoso David, que teniendo en tierra á Saúl, su enemigo, como le dijese Abisaí, su caballero: *Señor, daleun golpe, no será menester más:* él respondió *que en ninguna manera se hiciese tal venganza* (1). Abisaí la justicia reclama y dice: Señor, pues este traidor de Judas y su ejército os persigue, queriéndoos prender y quitar la vida, ellos están ya presos, mueran aquí como traidores; mas Vos, yendo á la mano á tan rigurosa petición, mandáis que no muera el pecador, sino que viva, para que se convierta y haga penitencia.

¡Oh, miserable Judas, peor que el falso Profeta Balám, el cual, engañado por el precio que le envió el rey de los Mohabitas Balac, iba á perseguir el pueblo de Dios! (2) Tú, miserable, por un precio tan vil, que has recibido de los fariseos, persigues á tu Redentor y Maestro Jesucristo y á tus hermanos los Apóstoles. Mira esa espada que el ángel del gran consejo Cristo te ha puesto á los pechos en el camino: siente esa palabra que dijo: *Yo soy*, que es nombre de su divinidad, el cual, como espada en su vaina, está en la Sagrada Escritura, á cuyo sonido tú y los tuyos habéis caído en tierra. Abre los ojos y dí: *Peccavi*, como lo dijo aquel Profeta (3): llama de todo corazón á la misericor-

(1) I Reg. XXVI.
(2) Num. XXII.
(3) Psalm. 50.

dia divina, que el que te dejó la vida del cuerpo, derribándote como adormecido aquí, por eso no te mató, porque te desea dar la vida del alma; mas la caída fué de cerebro, no de rostro, como la de los Apóstoles en el monte Tabor cayeron(1), como pecadores endurecidos en malicia, y no como caen los Santos por flaqueza, conociendo luego su culpa. Estos, ciegos, no conociendo su maldad, perseveraron en su mal deseo y porfiada traición, á los cuales nuestro benigno Redentor, así como despertándolos, les dá nuevas fuerzas, preguntando otra vez: *Decidme, ¿á quién buscáis?* Ellos respondieron como primero: *Queremos á Jesús Nazareno.* Ya, dice el Señor, *os dije, que Yo soy; pues á mí me buscáis, no toquéis á estos mis Apóstoles: esta es vuestra hora y poder de tinieblas* (2).

Prisión de nuestro Redentor.

¡Oh, Soberano Rey, que siendo Vos la cabeza, Dios y Señor, os ofrecéis á la muerte, porque vuestros miembros los cristianos queden con la vida! ¡Qué bien hablaban Moisés y Elías en el monte Tabor, tratando de este grande exceso y caridad

(1) Matth. XVII.
(2) Luc. XXII

vuestra! (1)Mandáis que á Vos prendan y que vuestros Apóstoles vayan libres. Ahora entiendo lo que dice nuestro Padre San Agustín, *que más amásteis, Señor, á vuestro cuerpo místico, que son todos los predestinados, que no á vuestro cuerpo natural, pues para que él sea libre, os entregásteis Vos á la prisión y muerte:* mas ya desea mi alma saber, Señor, por qué llamásteis aquí *hora* á vuestra bendita Pasión. San Juan dice *que Vos sabíades vuestra hora, en la cual habíades de pasar de este mundo al Padre* (2). Pues si hora vuestra es, ¿cómo de vuestros enemigos? Y si tantas horas son de pasión, ¿cómo la llama ya una? ¡Oh, alma mía, mira cuán bien dice el Señor, que esta hora es de sus enemigos, porque ellos son los ejecutores de la justicia divina, aunque para su condenación, por ser su deseo tan maligno! Es también hora del Señor ésta, porque su grande amor y voluntad de padecer por tí, si fueran doce años, como fueron doce horas, siendo preso á la media noche y muerto al medio día, se le hicieran doce momentos. Esta parece la reprensión que dió á San Pedro en el Huerto, cuando le dijo: *¿Cómo no pudiste velar una hora conmigo?* (3) Como si dijera: velo Yo, padeciendo por tu salvación con gran caridad, que me parece todo este tiempo una

(1) Matth. XVII.
(2) Joann. XV.
(3) Matth. XVI.

hora, ¿y tú, tan descuidado, te parece tiempo tan prolijo, que de cansado te estás durmiendo? ¡Oh, alma mía, pues así es, que á tu amado Rey todo el tiempo de su Pasión le parece una breve hora, no te canses tú de noche y de día en pensarla, leyendo, hablando y escribiendo con gran fervor de ella. Dando, pues, el Señor licencia para ser preso, y como estos enemigos se fuesen allegando, *San Pedro, echando mano á un cuchillo, hirió á un siervo del Pontífice, llamado Malco, y cortóle la oreja derecha;* porque, según dice San Bernardo, quiso San Pedro curar la enfermedad del pueblo de Israel, cuyo mal estaba en el oído, pues no habían querido creer la doctrina del Redentor; mas el Señor del mundo, enojándose contra San Pedro, le mandó volver el cuchillo á su vaina, diciendo *que le dejase beber el cáliz, el cual su Padre le había dado.* ¡Oh, mi Redentor y Señor! ¿Por qué le llamáis cáliz? Mejor le llamaríades mar, pues tan grande y tan terrible es esta vuestra Pasión. Así la llamó David, cuando dijo: *En el mar está vuestro camino, y vuestras sendas son en las aguas muchas, y vuestras pisadas no serán conocidas* (1). Mar Oceano en los muchos tormentos que habéis de padecer, andando en las muchas aguas de lágrimas y arroyos de sangre, que de los azotes terribles correrán por vuestro sagrado cuerpo. Y porque esto conocerán pocos, convirtiéndose á

(1) Psalm. 67.

Vos por amor, dijo el Profeta que *vuestras pisadas no serán conocidas* (1). Llamó aquí cáliz el Señor su Pasión bendita; lo primero, porque le fué dada de la mano de su bendito Padre; lo segundo, porque aunque sea gran mar de tormentos, sin comparación, era mayor su voluntad, queriendo más y más padecer por las almas; lo cual pareció en querer después de muerto abrir su sagrado corazón, porque si le dieran la lanzada en vida, con darle antes la muerte, le quitaran parte del tiempo para más padecer.

Mas este Rey piadoso, no queriendo que en su defensa se derramase sangre, ni que fuese nadie por Él atormentado, tomó la oreja de este ministro y milagrosamente se la asentó en su lugar, dando confianza á este pueblo traidor, que si él quisiese oir la doctrina apostólica no le faltaría oído derecho para con rectitud sujetarse á la fe, si él quisiese sanar. ¡Oh, gran bondad del Señor, que en una cosa tan pequeña no permitiese ser ofendido el enemigo! Bien parece en este milagro que su sagrada muerte y pasión habían de ser medicina para que el mundo, enfermo de oídos y sordo, fuese sano por la predicación, pues San Pablo dice *que la fe nace del oído* (2), esto es, de la santa doctrina y evangélica predicación oída con humildad.

---

(1) Psalm. 94.
(2) Rom. IV.

Quiso también el Señor dar confianza en este milagro al pueblo de Israel que no sería para siempre siervo si en el año del Jubileo, que es la ley de gracia, quisiese gozar de la libertad de la cristiandad; porque mandado estaba que el gran sacerdote señalase en la oreja al siervo que no quisiese ser libre en el tiempo que se daban las libertades (1); pues como esa noche fuese ordenado sacerdote San Pedro, así como Pontífice, señaló á este pueblo, enemigo de la libertad, porque menospreciaba al Redentor del mundo que le venía á libertar. Queda, pues, remediada la señal, porque no pierda la esperanza de ser libre; y aun también el Señor del mundo añadió un milagro á otro, para que pues por temor no se convertían, habiéndolos derribado en tierra, por amor se convirtiesen, conociendo su gran benignidad, pues sanaba la herida al enemigo que le venía á prender y á quitar la vida.

No tenía necesidad el Señor de las armas y defensión de San Pedro (2), porque la Iglesia, á quien llama paloma el Espíritu Santo en los Cantares, no debe derramar sangre; su espada es espiritual, que con obediencia y censuras hiere y mata las almas rebeldes. El oficio de los Emperadores es usar de la espada contra los herejes y delincuentes para defensión y aumento de la cristiandad.

(1) Exod. XXI.
(2) Luc. XXII.

Esto quiso significar la respuesta de los Apóstoles cuando en la Cena dijeron á Cristo: *Señor, dos cuchillos tenemos aquí*, uno del poder espiritual, que pertenece al estado eclesiástico, y otro material, que conviene al estado secular; de manera, que San Pedro fué aquí digno de reprensión usando de espada y derramando sangre y usurpando oficio ajeno. Nuestro Padre San Agustín contra Fausto nota que haber preguntado nuestro Redentor por armas en la mesa aquella noche, fué significar que teniendo poder y armas la Iglesia para herir y matar á sus enemigos, conozcan que no usa de ellas, derramando sangre ajena, sino ofreciendo su sangre propia, como lo hicieron los mártires peleando por la fe.

Dijo también aquí el Señor *que no tenía necesidad de la defensa de San Pedro, porque Él podía pedir á su Padre favor, el cual le enviaría doce legiones de ángeles contra los doce tribus de Israel* (1), los cuales bastáran, no sólo contra este ejército, pues doce legiones son casi ochenta mil ángeles, mas aún para destruir todo el mundo; porque si un ángel, sólo en una noche, para defender al pueblo de Dios mató ciento y ochenta mil hombres de los asirios (2), ¿cuánto más tantos millares de ángeles bastáran para destruir estos contrarios? Pues como ya el bendito Jonás diese sen-

(1) Matth. XXVI.
(2) IV Reg. XIX.

tencia contra sí, diciendo *que él quería ser echado en el mar de esta pasión amorosísima;* como dijese este Rey del mundo y Pastor bueno que se ofrecía á la muerte para librar sus ovejas: Véisme aquí, prendedme á vuestra voluntad; luego, alma mía, verás, como lobos hambrientos, arremeter aquellos enemigos, para atormentar al dulcísimo Jesús, inocente Cordero. Así lo dijo Jeremías cuando en espíritu vió esta prisión: *Bramaron los leones sobre él, y dieron una gran voz* (1). Y qué voz fuese esta, el mismo Profeta lo dijo: *Pongamos el madero en su pan, quitemos su vida de sobre la tierra, y de su nombre no haya memoria* (2). ¡Oh, crueles leones! ¿qué bramidos son esos? ¿Por qué levantáis tal gritería, atormentando este bendito Cordero? El madero de la cruz, dicen que pongan en su pan; esto es, que el cuerpo benditísino sea enclavado; pan que recrea los ángeles y dá gran suavidad á los hombres; pan que en las entrañas de la Virgen Santísima fué sazonado, cuando el Verbo fué hecho hombre; y porque su intento es matarle, por eso dicen *que no viva más sobre la tierra;* y porque la muerte era la más vituperable, muerte de maldición, muerte infame, muriendo en cruz, por eso añadieron luego: *Quede tan infame su nombre, que no haya memoria de él en la tierra.*

Considera aquí, alma mía, á tu Esposo y sobe-

(1) Jerem. II.
(2) Jerem. XI.

rano Rey, al fuerte Sansón, preso en manos de los filisteos y atado porque dió el consejo á Dalida (1), á quien tanto amaba y quería, cómo sus contrarios le pudiesen prender. Este Rey piadoso les dijo: *Véisme aquí á mí, dejad libres mis Apóstoles* (2). Aquí el rey Sedechías es preso de los babilonios, al cual todos sus caballeros desampararon, *porque preso el Pastor bendito, todas sus ovejas, sus amados Apóstoles, cada uno por su parte huyeron*. ¡Oh, alma mía, si contemplases atentamente con qué ímpetu estos crueles enemigos arremeten con el santo Cordero! Unos trabándole de los cabellos, los cuales le arrancaban á manojos; otros le daban puñadas en el rostro; otros con gran crueldad mesaban su barba; otros con las lanzas le daban grandes golpes en la cabeza, de los cuales dice el mismo Señor por David: *Con sus lanzas me lastimaron* (3); otros le atan las manos y le echan cadenas á su garganta preciosa, significadas por las prisiones de Jeremías cuando fué encadenado en Babilonia (4). ¡Oh, alma mía, si tanto sintieses estas prisiones que dijeses ya con San Pablo: *Estoy atado con esta cadena por la esperanza de Israel!* (5). Esperanza de Israel y tuya es Cristo Jesús, por cuyo amor debes padecer, sufriendo esa

(1) Judic. XVI.
(2) Joann. XVIII.
(3) Psalm. 119.
(4) Jerem. XL.
(5) Actor. XXIII.

cadena pesada de tantos eslabones, hambre, sed, pobreza y deshonra, y todo lo que más se ofreciere. Eslabones son pesados todos los días que vives en tanta miseria; conviene que la vida lleves con paciencia y que tengas siempre la muerte en deseo, como lo hacen los temerosos de Dios. ¡Oh, alma mía! pues ves ya el arca del Señor en manos de los filisteos, robada y tan maltratada, ¿qué resta sino, como aquel sacerdote Elí (1), que caigas desmayada de su silla, y de la caída mueras á esas honras vanas del mundo, olvidando tus placeres vanos, viviendo vida espiritual, pues ves que tu Rey de gloria va de camino á la muerte por tí? Aquí dice San Juan que se cumplió la profecía de Zacarías: *Herid al pastor y luego huirán las ovejas* (2). Estén en aviso los mortales y miren bien los Reyes y los Prelados cristianos cómo aquí á todo este ejército no se les dió mucho de ir tras los Apóstoles y prender alguno de ellos; mas solamente se contentaron con prender al Rey y bendito Pastor Jesucristo. Poco se le da á Satanás que el vasallo ó súbdito sea bueno ó malo, porque al fin uno es y casi nadie mira por él; mas donde pone todas sus fuerzas y á donde guía todo su ejército, es para que el Rey, ó Señor, ó Prelado sea malo y preso de sus pecados, porque por su mal ejemplo no sólo los malos perseveren en su malicia, mas

(1) I Reg. V.
(2) Zach. XIII.

aun los buenos con flaqueza imiten las maldades que ven en sus cabezas. Herido el pastor y cautivo, las ovejas han de quedar desmandadas y perdidas.

¡Oh, Rey celestial, qué de amigos tenéis de mesa y cuán poquitos os acompañan en vuestra tribulación! Esta noche teníades en la cena tantos que decían que morirían con Vos, siguiéndoos hasta la cárcel y cruz, y al primer reencuentro en este vuestro prendimiento, hallo á mi benigno Rey y Señor solo, sin haber un solo conocido de vuestra casa que, á lo menos con los ojos, viendo vuestro maltratamiento os consuele, compadeciéndose con Vos. *Miraba el Señor*, como dice David, *á la mano derecha y no había quien le conociese: busqué quien me consolase y ninguno hallé* (1). Bien decís, mi buen Jesús, que á la mano derecha nadie hay, porque á la siniestra bien acompañado estáis de soldados y verdugos, que con dos mil siniestros os derriban en tierra á puñadas y, levantándoos de los cabellos, os dan desigual dolor. A la siniestra están vuestros amados Apóstoles, pues con tanta deslealtad os han dejado, huyendo de la vida por temor de la muerte, desamparando la luz y siguiendo las tinieblas. Buscar consolador el que es consuelo de los ángeles, no es otra cosa, alma mía, sino pedirte memoria de su bendita Pasión, en la cual te desea consolar el que tanto desconsuelo

(1) Psalm. 141.

por tu redención padeció. Llégate, pues, entre aquella multitud y levanta las cadenas de hierro que, según la crueldad de aquella gente, se puede bien presumir haber echado á la garganta de este Señor benigno. Mira que le hacen ir acorvado con el gran peso; y aun por la gran delicadez lleva su garganta bañada en sangre y desollada de los eslabones. Este pequeño servicio querría, alma mía, que hicieses á este Rey soberano por todo este camino, después que fué preso, hasta llegar á Jerusalén; y aun después por todas aquellas calles, hasta llegar al monte Calvario, te sería cosa muy suave irte al lado de tu buen Rey y Señor: así suelen los religiosos acompañar á los sentenciados á muerte. Toma, hermano, en tus brazos los ramales de aquella pesada cadena, para que tanto no atormenten al inocente Cordero Jesús.

También querría, alma mía, que considerases este misterio y conocieses cuán bien pagaron aquí los Apóstoles la negligencia y sueño que tuvieron en el tiempo de la oración, á donde el Señor les dijo: *Orad y velad porque no entréis en tentación*(1). Como si dijera: No dejéis las armas de vuestra mano, porque ahora es tiempo de batalla, en la cual sin tales armas seréis como cobardes vencidos. Mira, alma, que todas tus fuerzas y virtudes te dice aquí tu amado Esposo que están en la oración; pues no dice que ores para no ser tenta-

(1) Marc. XIV.

do, sino que veles y hagas oración para en la tentación no ser vencida. Treinta mil carros y seis mil de á caballo y gente de á pié, así como arena del mar, asentaron real contra el pueblo de Israel; y como enviasen mensajero á Saúl, luego fueron favorecidos y libres de sus contrarios (1). Cada día eres cercada de mil millares de pueblos, como se queja el Santo David que así cercado se veía (2); y quieras ó no, toda tu vida es una batalla sobre la tierra; sólo un remedio tienes, que aquí le valió al pueblo de Israel, y es enviar mensajeros pidiendo favor al Rey soberano para salir con victoria de tus enemigos; de manera, que si victoria quieres ganar de tu propia carne, si vencimiento quieres haber de las vanidades del mundo, y si quieres derribar á tus piés el dragón infernal, conviene velar y orar como aquí te dice el Señor. La oración libró á los niños del fuego encendido de Babilonia, que ni solo un cabello de la cabeza se les quemó (3); y la oración te ha de hacer fuerte contra tus malos deseos y torpes pensamientos de esa babilónica carne. La oración sacó á Jonás vivo del vientre de la ballena (4); y con tal arma ha de reventar la bestia fiera de este mundo y tú salir con la vida á la ribera del cielo. Finalmente, porque oró y veló el profeta Daniel cuando estaba en me-

(1) I Reg. XII.
(2) Psalm. 117.
(3) Dan. III.
(4) Jon. II.

dio de los leones, no le mataron ni hirieron, mas antes allí el ángel le proveyó de comer (1); bien así, alma mía, si quieres que el leon satánico, cuyo oficio es con su ejército de leones cercar la tierra, no te espante ni te hiera, conviene que no duermas, sino que siempre veles en oración. No dijo el Señor solamente que orasen, sino que velasen é hiciesen oración, porque la oración para ser acabada, lo uno y lo otro ha de tener (2). En decir que velen, manda que la oración sea atenta; porque dado que el orar no requiera actual atención para ser meritorio, como se ha de decir del que da la limosna que no es menester que entonces se acuerde actualmente de Cristo, por cuyo amor la da, hace mucho al caso en las grandes necesidades, para alcanzar el favor divino, que el que ora, vele, teniendo atención actual; y porque aquí los Apóstoles ni oraron ni velaron, así como gente cobarde y sin armas que sale á la batalla, permite Dios que sean vencidos y que todos vayan huyendo, dejando su Rey y Señor; ni pienses que dado que no huyeran, prendieran ni mataran los contrarios alguno de ellos, porque aquella palabra de omnipotencia que el Señor dijo: *Dejad ir estos mis Apóstoles* (3), fué de tanta virtud, que nadie en cosa alguna les pudiera perjudicar. Esto parece ser así,

(1) Dan. IX.
(2) S. Tho. 2-2, q. LXXXIII, a. 3.
(3) Joann. XIX.

porque San Juan y San Pedro volvieron y entraron en casa del Pontífice y nadie les ofendió; y si San Pedro confesara ser discípulo de Cristo, ningún daño le viniera; como no le vino á San Juan ni á su Madre bendita de Jesús por estar junto á la cruz cuando le crucificaron en el monte Calvario (1).

Así, pues, entran en Jerusalén. Considera tú, alma mía, qué trabajos y aflicciones padeció tu amado Esposo en el camino, y aun cuán otra es esta entrada que no la de seis días há, cuando aquella grande y solemne procesión se hizo de la fiesta de Ramos. ¡Oh, mi buen Jesús, Rey mansuetísimo, Dios y Señor mío! allí os ví entrar caballero en una asna, acompañado de vuestros Apóstoles, recibido con cantares de alabanzas y ramos, echando por tierra sus vestiduras; ahora, dulcísimo Redentor mío, os veo entrar en esta misma ciudad, los piés descalzos, desollados y sangrientos de esta penosa jornada del huerto hasta aquí; las rodillas llagadas de las caídas; las manos hinchadas de los cordeles que os aprietan, arrastrando, no vestiduras ajenas, sino las vuestras, y vuestro sagrado rostro desollado por la gran priesa que os dan, llevándoos arrastrando por el suelo. Allí con ramos verdes que cortaban de los árboles, solemnizaban vuestra venida á esta ciudad; y aquí, mi Rey y Señor, os veo cercado de lanzas y armas,

(1) Joann. XIX.

y preso como malhechor. Finalmente, en la otra procesión cantaban los niños inocentes sin mancilla grandes alabanzas de vuestra majestad; y en esta prisión, mi dulce Jesús, oigo una gritería y voces de unos viejos en pecado envejecidos, de tan grandes blasfemias y deshonras, que lastiman con dolor no pequeño mis entrañas y tienen como amortecido mi corazón.

De la presentación de Nuestro Señor en casa de Anás.

Entrados, pues, ya en la ciudad, dice el bienaventurado San Juan (1) que este Señor del mundo fué presentado á Anás, el cual era suegro de Caifás, Pontífice que presidía en aquel año: y aunque Anás entonces no era Pontífice, quisieron darle los judíos esta honra, por ser más anciano, y aun porque lo había de ser el año después. Viendo Anás al Rey de gloria, dice el texto que le preguntó de sus discípulos y de su doctrina (2). Como si dijese: ¿Qué es de esta gente, que hasta ahora te acompañaba en el templo cuando predicabas y hacías milagros, y por los caminos, cuando ibas de ciudad en ciudad? ¿Comían á tu mesa y siempre andaban á tu lado, desamparando á sus pa-

(1) Joann. XVIII.
(2) Matth. XXVI.

dres, parientes, riquezas y bienes temporales? Tú los defendías cuando eran acusados y ahora te han desamparado: ¿cómo no te han defendido? De uno te podré yo decir, que llaman Judas, el cual te vino á vender y esta noche le dimos nuestros criados y esos quinientos hombres por parte de los Romanos; querría saber si son todos tales como ese Judas. Querría que me dijeses si eres tú el que lo has merecido, ó son ellos culpados, porque es fuerza que lo uno ó lo otro se concluya. Tenías doce Apóstoles, queriéndote igualar con el Patriarca Jacob, que tenía doce hijos (1); y ahora te veo solo, desamparado y aun afligido: ¿qué novedad es esta? También querría saber tu doctrina nueva que predicas, pues teníamos acá ley y cinco libros que nos dejó Moisés: da cuenta á dónde fundas las cosas que de nuevo enseñas al pueblo. ¿Qué son de los muertos que resucitaste? Aquel Lázaro de cuatro días sepultado, los ciegos que alumbraste y endemoniados que curaste, llámalos, vengan aquí (2).

Ya querría, alma mía, que contemplases á tu Rey y Señor, Juez que ha de juzgar á todo el universo, cómo está delante del juez mortal, que aun por entonces no tenía la autoridad. Considera en este paso y en todos los demás tres cosas, para que muevas tu afecto, las cuales son voluntad,

(1) Genes. XXXV.
(2) Joann. XII.

obra y manera. La voluntad has de considerar en cada paso de su pasión bendita, mirando con qué inflamado amor este benigno nuestro Rey por tí padece. Lo segundo, considera la obra: esto es, contemplar como si allí presente estuvieses, qué es lo que actualmente entonces padece por tí. Lo tercero, has de considerar la manera en la paciencia y en la humildad, en la postura de rostro, los ojos inclinados en tierra, con semblante triste, mostrando gran angustia y dolor (1), pues según esto, mira atentamente qué afrenta le fué al Rey soberano traerle á la memoria la culpa de sus Apóstoles, la soledad que ellos padecían en el campo, por donde fueron huyendo, los gemidos que daban y lágrimas que derramaban, viéndose como ovejas desmandadas sin su amado y dulce Pastor. Mas á esta pregunta de sus discípulos el Señor del mundo respondió callando: porque entiendas, alma mía, que los pecados y faltas ajenas de tus prójimos, no solamente las has de callar y disimular, no dando parte á quien no las sabe, mas aun siendo preguntado debes poner silencio á tu boca, dejando al Juez del universo el juicio de lo que en los otros no te parece ser bueno: y aun aquí conocerás tu imperfección y flaqueza, que apenas muchas veces aun soñaste las culpas de tus hermanos cuando ya das noticia de ellas á los otros. Mira que es peligroso oficio hablar mal

(1) Joann. XVIII.

de tus hermanos: es espada que de un golpe hace tres heridas, pues destruye la fama del ausente, mata el alma del que oye de voluntad y también la del que dice, si es con notable daño del prójimo, y aun muchas veces es obligada la tal persona á restitución de fama; lo cual debe juzgar el prudente confesor, conforme á las reglas de restitución, porque la fama no es menos bien temporal que el dinero; pues si de todos estos peligros quieres ser libre, alma mía, imita á tu buen Rey y Señor Jesucristo (1). Mira que preguntando de dos cosas, no responde á más de la una, porque nada podía responder de sus Apóstoles, que no fuese en perjuicio de ellos. Pudiera decir el Señor del mundo y con gran justicia: esa gente de quien me preguntas, Anás, verdad es que me han desamparado: mis criados son, Yo los llamé del piélago profundo del siglo, perdonéles sus pecados, enseñéles mis secretos, y díles poder de curar enfermos y sanar endemoniados (2). Anoche les serví á la mesa, lavándoles los piés y díles á mí mismo en manjar; díles poder bastante para ser sacerdotes y ordenar otros ministros y sacerdotes en mi Iglesia. Aviséles de esta mi Pasión y amonestéles que velasen y orasen; mas al fin, como hombres flacos, me han desconocido en mi trabajo y con temor de la muerte han desamparado al que es perfecta

(1) Sco. IV, d. XV, q. IV, et S. Tho. 2-2, q. XXIV.
(2) Matth. VIII.

vida. Estas y muchas cosas pudiera el benigno Cordero decir; mas como sea tan verdadero amigo, aun á los pecadores que le son enemigos, disimulando con esta cuestión, pasó á la segunda, en la cual le preguntaba de su doctrina y dijo: *Yo siempre prediqué en público al mundo; enseñé en el templo y Sinagoga, á donde todo el pueblo se allegaba. ¿Para qué me preguntas á mí qué doctrina es la mía? Pregúntalo á éstos, que me han oído; ellos saben lo que Yo he predicado, y ellos serán buenos testigos* (1). Tres cosas grandes, alma mía, pudieras notar de estas palabras, si el tiempo diera más lugar y el intento principal fuera escribir todo este libro de la Pasión de nuestro Redentor Jesucristo; baste irlas señalando como quien abre ventana, para que tú tiendas la vista de tus deseos y afición por tan excelentes florestas y campos de misterios tan soberanos. Lo primero que aquí da á entender el Señor del mundo, es la excelencia de nuestra ley evangélica, tan clara, tan dulce y tan para todos, que diga David *que es ley sin mácula, la cual convierte las almas á sí misma y da testimonio muy fiel á los pequeñitos y humildes* (2). Es luz verdadera que alumbra todo hombre que viene á este mundo, según dice San Juan (3), porque la luz verdadera, Dios y Hombre

(1) Joann XVIII.
(2) Psalm. 18.
(3) Joann. 1.

Jesucristo, la vino á manifestar al mundo. Pues quiere decir aquí el Señor: mira, Anás, que si Moisés hablaba con el velo tendido delante del rostro, tenía razón, porque su doctrina era como sombra y figura de lo que en este tiempo se había de cumplir; significaba la imperfección de aquella ley que á nadie pudo llevar al cielo; mas ya otra cosa es: Moisés ya cesó, el velo es ya rasgado y la luz verdadera es ya venida; manifiestamente he hablado, reprendiendo vuestros pecados, avaricias y soberbias (1); en descubierto he enseñado el camino del cielo (2), la humildad, la mansedumbre, la caridad y todas las otras virtudes; no es doctrina de rincones; en pública plaza la enseñé; ves aquí los testigos; infórmate de ellos. Lo segundo da aquí el Señor á entender su gran inocencia, pues su causa confía, no de testigos amigos, sino de sus contrarios enemigos, diciendo que ellos depongan de él y que no se tome su propio dicho, á donde parece notar de simple á Anás, pues pedía ser testigo al Redentor del mundo, que era la parte que había de ser juzgada. Lo último es, que aquí nuestro Redentor da documento á los predicadores, que su doctrina sea tan santa y tan clara, que los pequeñitos la puedan gustar y dar testimonio de ella, lo cual fácilmente harían, si diesen doblado tiempo á la oración y contemplación más que al

(1) Exod. XXXIV.
(2) Joann. XVIII.

estudio y lección; porque ésta, según dice nuestro Padre San Agustín, es la llave que abre y manifiesta lo que en la lección el Espíritu Santo quiso decir. No querría enseñar al menor de los cuales no merezco Yo tener por Maestro; mas si mi pobre consejo los tales quisiesen oir, debrían imitar al gran predicador y vaso de elección San Pablo, el cual traía siempre por tema en sus sermones, y decía: *Predicamos á Jesucristo crucificado en la cruz* (1). Verdad es, como nota nuestro Padre San Agustín, que el pueblo no entendía todo lo que el Redentor predicaba, porque aquella parábola del sembrador, á solas el buen Maestro la declaró á sus Apóstoles (2). Ni es inconveniente que los predicadores algunas veces traten cosas altas; y como San Pablo dice *que predicaba la Sabiduría entre los perfectos* (3); mas ha de ser con tal condición, que esto sea como grano de sal que dé sabor al manjar, pues la razón pide que á los más se dé lo más, y á los menos lo menos. Quiero decir, que pues los de vivo entendimiento comúnmente en los sermones son los menos, y los menos entendidos son los más, se cumpla en breve con los primeros, y se dé el mayor tiempo, bajando el estímulo del decir á los segundos.

Mas á esta tan justa respuesta, dice ahora San

(1) I Cor. I.
(2) Matth. V.
(3) I Cor. II.

Juan, *que un ministro del Pontífice dió una bofetada en el rostro de este benigno Redentor* diciendo: *¿Cómo, así respondes al Pontífice?* (1) ¡Oh, cielos! ¡oh, tierra! ¡oh, ángeles! ¿qué sufrimiento es este? ¿Cómo celáis la honra de vuestro Rey y Criador, á quien este traidor ha herido en el rostro? ¡Oh, benigno y mansuetísimo Cordero, cuán cumplida veo la profecía de Jeremías, el cual dijo: *Dará al atormentador su mejilla y después se hartará de injurias!* (2) Vos sóis el mismo Profeta, que por decir la verdad, el maldito de Sedecías os ha lastimado con terrible bofetada en el rostro (3). Veo, mi buen Jesús, que los ángeles desean mirar vuestro rostro; y ahora veo, que los hombres con menosprecio os atormentan en él. ¡Oh, alma mía, mira que no sin misterio aquí hizo tanto caudal el Evangelista de una bofetada, porque, según algunos dicen, este ministro fué Malco, al que cortó la oreja San Pedro en la prisión, y á quien sanó este omnipotente Rey, el cual, así como venía armada la mano, queriendo vengar la injuria que le había hecho el discípulo, levantó la mano con gran fuerza, deseando la venganza del Maestro. Detente aquí, pues, un poquito; y aun si te hieres á tí mismo el rostro, harás bien. Considera cómo de los hierros que llevaba en la mano, queda de-

(1) Joann. XVIII.
(2) Thren. III.
(3) III Reg. XXII.

sollado y corriendo sangre aquel rostro precioso, hinchada aquella mejilla, la boca bañada en sangre y toda la dentadura atormentada de aquel terrible golpe.

¡Oh, mi dulce Jesús, que ya tenéis cumplido lo que habéis de dejar mandado en vuestro Santo Evangelio, *que á quien dieren una bofetada en un carrillo, tienda el rostro y ponga el otro, para ser lastimado en él* (1). Recibísteis la primera bofetada en el carrillo de vuestra divinidad en el Paraíso Terrenal, cuando el primer hombre Adán, excusándose de su pecado, os dió en rostro, diciendo: *La mujer que me diste, me dió la fruta del árbol vedado que comí* (2). Ahora ponéis el rostro de vuestra humanidad, así como carrillo izquierdo, para que este siervo de maldad á su voluntad os atormente en él.

Figura fué esta de los cristianos pecadores que en el rostro hieren al benigno Jesús, porque los infieles y paganos, como no le conozcan por Dios, oféndenle, como hiriéndole de espaldas; mas el cristiano que, alumbrado por la santa fe, peca contra su Redentor y Señor, en el rostro le hiere, sabiendo á quién ofende, con menosprecio desventurado. Admírate, pues, alma mía, de la grandeza de tu pecado, cesa ya de herir el rostro de tu Rey y Señor, espántate de ver la mano terrible que es-

(1) Matth. V.
(2) Genes. III.

cribe en la pared las cifras breves, que son suma de tu breve vida, así como admiraron al tirano Rey Baltasar, cuando estaba muy contento en el convite (1). Si comes, si bebes, si duermes ó te hallas en algún pasatiempo de esta vida, levanta los ojos de tu memoria y mira la mano de este ministro, que con pluma de hierro escribe en el pergamino virgen y rostro delicado de Jesús. Suma aquí la vanidad de tu hermosura, reprendiendo el desatino de tus deleites y poniendo en peso y medida tu desmedida vida. Cifras son aquellas gotas de sangre y rostro desollado, á tí se intitulan, léelas atentamente, que el benigno Redentor te dirá lo que quieren decir.

A esta afrenta, tan sin justicia dada, responde el mansuetísimo Cordero, hablando con este ministro: *Si mal hablé, da testimonio del mal que dije, y si bien, ¿por qué me has atormentado así?* (2). Como si dijera: No era, hermano mío, tu oficio, sino del juez, delante de quien se determináre haber Yo hablado mal, y después de ser mandado habías de hacer este castigo; mas como Yo no dijese injuria á nadie antes señalé los testigos para que mejor se diese crédito de mí, sin sospecha, confiando mi causa, de mis enemigos, ¿por qué, veamos, me hieres sin razón y sin autoridad de juez? ¿Qué cosa más verdadera y de mayor man-

(1) Dan. V.
(2) Joann. XVIII.

sedumbre podía ser que esta respuesta, dice nuestro Padre San Agustín? De donde tienes, alma mía, documento que alguna vez podrás responder al enemigo que te injuria con dos condiciones, que esta respuesta te enseña; la primera, que hables declarando la verdad; la segunda, respondiendo con mansedumbre. Esto quiso decir el Sabio Salomón. *Responde al loco, conforme á su desatino, porque no parezca á sí mismo ser sabio* (1); mas si no pudieres acabar contigo de hablar mansa y pacíficamente, en tal caso te sería mejor callar, porque de palabra en palabra suele encenderse la ira, la cual más fácilmente se vence al principio dando el callar por respuesta.

Es aquí de considerar, según nuestro Padre San Agustín, que el Señor del mundo no dijo hiéreme en este otro carrillo, mas reprendió con benignidad al perseguidor, declarando en esto lo que quería decir el Santo Evangelio, que siendo heridos en un carrillo, volvamos el otro; esto es, que el corazón esté aparejado para padecer por nuestro Dios más y más afrentas si nos las dieren, como lo hizo este benigno Rey, cuando su cuerpo dió á los azotes en la columna y á los clavos en la cruz. Pudiera bien este Señor secar la mano de este atrevido ministro cuando la levantó en alto para herirle, pues lo merecía mejor que Jeroboán (2), el

(1) Prov. XXVI.
(2) III Reg. XIII.

cual, haciendo de señas para que prendiesen al varón de Dios y profeta que estaba asido del altar, se le secó la mano; mas no quiso, por excitarte, alma mía, á paciencia y dar lugar á los atormentadores, á los cuales si allí diera el castigo tan milagroso, ó no osaran poner en él las manos de allí adelante, ó le atormentaran menos á causa del gran temor.

De la presentación del Señor en casa de Caifás.

De aquí, dice San Juan, que envió Anás al Redentor del mundo, preso y atado, á Caifás, el cual era Pontífice aquel año. Ata, pues, alma mía, tus pensamientos y deseos con la cadena fortísima de la memoria de la Pasión de este bendito Redentor; vete junto á él, según primero dijimos, levantando los ramales de aquella pesada cadena que lleva atada á su preciosa garganta; y mira que este es el buen Sansón que trae la rueda de los tormentos, para que deshaga y aniquile la dureza de tus pecados (1). Fué la primera vuelta de esta rueda penosa cuando vino desde el Huerto preso hasta la casa de Anás, cuya distancia es más de dos mil pasos, según dice un cosmógrafo que con sus piés los midió. Ahora da la segunda vuelta la rueda, yendo de Anás á Caifás, y la distancia es doscien-

(1) Judic. XVI.

tos y cuarenta y ocho pasos, los cuales el Señor del mundo anduvo, no sin gran pena y trabajo, á causa de la noche obscura y de la gran priesa que le daban.

Llegados, pues, á casa de Caifás, dice San Mateo (1) que se juntaron todos los Príncipes de los sacerdotes, buscando algunos testigos falsos para poner acusación al inocente y benigno Jesús. La razón de esto era porque no hallando testimonio verdadero, á lo menos con malicia le acusasen falsamente. Todos quedan en sí mismos confusos, así como los viejos que acusaron falsamente á Santa Susana; y aun como quedó confusa aquella egipciana que al santo y casto José acusó con falso testimonio; mas al fin se levantaron dos testigos falsos que dijeron: *Nosotros le oímos decir: Yo puedo destruir este templo de Dios, hecho con las manos, y después de tres días edificaré otro, no hecho con manos de hombres* (2). Estos malignos trocaron las palabras, porque el Señor del mundo no dijo sino *vosotros destruid este templo de Dios, que es mi Cuerpo, y Yo le resucitaré después de tres días*. Muy otra cosa es decir: Vosotros le derribad y Yo le resucitaré; vosotros me quitaréis la vida, y Yo con omnipotencia tornaré á tomar mi Cuerpo; ó decir como estos testigos malos dijeron: Yo le destruiré y le reedificaré. Mayormente,

(1) Matth. XXVI.
(2) Ibid.

que aunque el Señor del mundo hubiera dicho lo que ellos decían y no lo pudiera hacer, fuera digno de ser juzgado por hombre liviano, mas no por digno de muerte; y por eso dice el Evangelista que no valían nada las acusaciones que le ponían. Por tanto, Caifás dice al Señor del mundo *que cómo no responde á la demanda que le es hecha* (1). A todo callaba, para enseñarnos á callar el que tuvo lengua para causa ajena. Defendió á la Magdalena del fariseo, de Judas y de su hermana, que de ella murmuraban, y defendió muchas veces á sus Apóstoles de la acusación que los fariseos hacían; y no quiere usar de lengua en causa propia, para que sepamos vencer callando, porque escrito está: *La muerte y la vida están en manos de la lengua* (2). Con ella ganamos la vida cuando, como con espada, con la confesión matamos nuestros pecados y en la oración damos alabanzas á Dios. También está en ella la muerte cuando se emplea en maldiciones, murmuraciones y blasfemias; de manera, que mucho sabe el que calla, aun cuando es acusado. También calló, porque como era Dios, sabía que no le preguntaban para recibir satisfacción, sino para de su respuesta levantar nuevas calumnias. La experiencia de esto había sentido este piadoso Señor cuando en casa de Anás, por tan justa

(1) Matth. XXVI.
(2) Prov. XVIII.

y santa respuesta, le fué dada una muy gran bofetada en galardón.

Determinó, pues, Caifás, viendo que nada quería responder nuestro Señor Jesucristo, de hacerle otra pregunta, diciendo así: *Yo te adjuro por Dios vivo que nos digas si eres tú Cristo Hijo de Dios bendito;* no tenía aquí autoridad este juez para tomar juramento al Redentor, pues no era su súbdito, mas antes era Criador de ese mismo Caifás; mas por la reverencia del nombre de Dios que oyó nombrar, respondió, refiriéndose á la pregunta, y dijo: *Tú has dicho que Yo soy*. Escondió la verdad, afirmando con lengua ajena, porque el juez calumniador no tuviese ocasión para blasfemar. El más sutil arte de responder al contrario es hacer de su pregunta respuesta, como lo hizo aquí el Señor; mas como siempre esta verdadera luz, en cualquier tiempo y lugar hacía su oficio, enviando rayos de luz para darse á conocer á las almas, añadió luego diciendo: *Dígoos más, que me veréis venir en las nubes del cielo, sentado á la diestra de la virtud de Dios* (1). Como si dijera: A este que véis preso, abatido y tan humillado, veréis algún día venir en majestad de Dios, para que entendáis la virtud divina que en mí está escondida, y que el oficio de Dios es hacer jueces á los que son juzgados y ensalzar á los que con verdad son humildes. Bien sabía el Señor á cuánto peligro se ponía de

(1) Matth. XXVI.

padecer grandes tormentos, según luego se dirá, cuando dijo esta verdad; mas quísote enseñar, alma mía, que pospongas toda pérdida temporal, aunque sea la vida, por manifestar la verdad y para que Dios sea conocido, y entonces serás bienaventurada, según el mismo Redentor te dice, cuando por la justicia recibieres persecuciones, como aquí el Señor las padeció por predicarles la verdad.

Entonces el príncipe de los sacerdotes, Caifás, rasgó sus vestiduras y á grandes voces dijo: *Blasfemado há, ¿qué necesidad tenemos de testigos?* Todos habéis oído la blasfemia, ¿qué os parece que se debe hacer? y todos respondieron á una voz: *Digno es de muerte* (1). Considera ya, pues, alma, cómo este Pontífice hace la pregunta que el demonio hizo en el desierto á Cristo; mas muy en diversa manera, porque el demonio, temiendo, quería saber el secreto para huir; y este mal sacerdote, habiendo muchas veces oído predicar á Cristo esta verdad, no la creyendo, pregunta ahora de nuevo, no para saber, ni para retraerse como el demonio, sino para peor que Satanás, dar nuevos tormentos al inocente Cordero; mas como el malo sea verdugo de sí mismo, dice ahora San Mateo, que este sacerdote rasgó sus vestiduras, así como mostrando celo de la honra de Dios y haciendo sentimiento de las palabras que el Señor del mundo había dicho. Esta era una manera muy usada en

(1) Matth. XXVI.

aquellos tiempos, cuando llegaba alguna nueva de alguna gran pérdida; así como se lee de Job (1), cuando oyó decir de la muerte de todos sus hijos, rasgó sus vestiduras, y de David, cuando oyó la triste nueva de Saúl y Jonatás; mas en la ley prohibido estaba que el sacerdote rasgase sus vestiduras.

¡Oh, desventurado Caifás! ¿no sabes que dice el Profeta Joel que debes rasgar tu corazón y no tus vestiduras?(2). Debrías dolerte de tus pecados y pedir perdón á tu Señor, que delante de tí tienes, pues es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Tú eres el blasfemo y tu boca es peor que víbora maldiciente. Bien has hecho, sin saber lo que hiciste, rasgando las vestiduras, pues te has hecho indigno de la silla Pontifical. Una vez profetizaste por palabra, diciendo que convenía que muriese este Redentor para que todo el pueblo se salvase; mas no sabías lo que decías, según dice San Juan (3). Ahora profetizas por señas, sin entender el secreto, rasgando tus vestiduras, porque el sacerdocio antiguo vestidura vieja es de pedazos, cosida de la legal y ceremonial; fácil es de rasgarse y partirse, porque solamente es sombra y figura; mas el sacerdocio verdadero que este gran sacerdote eterno dejará ordenado en su Igle-

(1) Job I.
(2) Joel. II.
(3) Joann. XI.

sia, jamás será dividido mientras el mundo fuere mundo, ni perecerá; por lo cual su santísima vestidura, sin costura, no fué dividida de los ministros al pié de la cruz. Ya el Arca del Señor está en manos de los filisteos; razón es que el sacerdote Elí caiga de la silla y luego muera. Ya ha cesado el cetro real en el pueblo de Israel, perezca la silla sacerdotal de la Sinagoga. David rasgó la vestidura del rey Saúl, dándole á entender que muy presto le había de quitar el reino. Tú, miserable, por tus manos te has dado el castigo; muy presto perderás el Pontificado, pues tú, como digno de tal castigo, te has depuesto á tí mismo del oficio pontifical (1).

A lo que decís que ahora oímos todos la blasfemia, así es verdad, porque tú has impuesto al Hijo de Dios lo que no le conviene, diciendo que ofende á Dios afirmando él ser su Hijo. Acuérdate que cuando San Miguel altercaba con el demonio sobre el cuerpo de Moisés (2), aunque merecía el porfiado ser maldito del Santo Angel, no le dió maldición por no decir mal de su naturaleza, la cual siempre es buena, en cuanto criatura de Dios. ¿Pues cuánto más serás tú digno de castigo que no á criatura estragada por culpa, como lo es el demonio, mas al Criador de los ángeles has blasfemado? Tú merecías la muerte conforme á la ley;

(1) S. Tho. 2-2, q. XIII.
(2) Ep. Judae. I.

á tí se habían de dar las piedras, por tan grande atrevimiento; mas ya pluguiese á la Bondad divina que en tí se acabase y sepultase este vicio maldito de blasfemia, y que no tuvieses imitadores hoy día entre nuestros cristianos, de los cuales se queja el mismo Señor por Isaías *que de noche y de día blasfeman su santo Nombre* (1). ¡Oh, vicio abominable, lenguaje del infierno, arma de Satanás, que matas las almas! ¡Oh, lenguas, que merecíades ser hechas polvo, pues en juramentos, blasfemias y maldiciones os ejercitáis de noche y de día! Piensa, alma mía, que si hoy día estos tales no son destruídos, como lo fueron Datán y Abirón, que descendieron vivos en cuerpo y en alma á los infiernos, es por la paciencia que el benigno Cordero tuvo en sufrir á este Caifás blasfemo; porque San Juan dice *que ahora el mismo Señor nos es Abogado delante de su Padre* (2), para que no en un punto nos destruya, más nos llame y espere á penitencia. Ten aviso, alma mía, en este vicio tan abominable de la blasfemia y maldición, que por ser tan sin interés de deleite á la sensualidad, de ahí nace ser el crimen muy mayor. Si te enojas, no es maravilla, porque eres inclinada á ira; si comes de más y con demasiado deleite, la necesidad del hambre te inclina á ello; mas si blasfemas ó maldices, mejor diría que es inclinación de de-

(1) Isai. LII.
(2) 1 Joann. II.

monio infernal que de hombre racional que vive en esta vida. Acuérdate que San Juan dice que la pena de estos blasfemos, es con sus propios dientes cortarse las lenguas en el infierno, á causa del excesivo dolor, porque las lenguas que acá la justicia de los reyes y prelados no castigó, para el escarmiento de otros, castiga allí la justicia divina en tormentos.

Determinado ya Caifás que el Señor del mundo Cristo Jesús había blasfemado, dice ahora el Evangelista *que todos los que estaban allí le cercaron y le escarnecieron.* Aquí notan los Evangelistas, que el Redentor fué en cuatro cosas atormentado: primero siendo escupido su glorioso rostro, porque se cumpliese lo que el Señor dice por Isaías: *No volví mi rostro á los que me reprendían y me escupían en él* (1). Esta costumbre les quedó á los judíos de cuando moraban en Egipto, los cuales eran en tan poco tenidos de los egipcianos, que por cosa abatida los escupían en el rostro; mas ahora es vuelto al revés, que siendo ellos los egipcianos engañadores de sí mismos, escupen sin vergüenza los desventurados en el claro sol de justicia y espejo de los ángeles y Hacedor del universo. Si el padre, escupiendo á su hijo en el rostro, le dejaba afrentado por siete días, según la ley (2), ¿qué afrenta piensas, alma mía, que le sería al buen

(1) Isai. L.
(2) Num. XII.

Jesús, siendo escupido de sus esclavos y enemigos? ¡Oh, mi dulce Jesús, que como blasfemo sóis escupido, siendo inocente Cordero! Decidme, Señor, ¿qué misterio es este? que pues nada hay en la tierra hecho sin causa, según dice el Santo Job (1), en Vos, tierra bendita, tierra santa, no debe haber cosa sin misterio. Veo vuestra cara más resplandeciente que el sol en el monte Tabor; y ahora cubierta de nube, con salivas, no de uno, sino de muchos, que os están vituperando. ¡Oh, alma, responde este benigno Rey con aquella profecía de David, *por tí sufrí menosprecio, y la confusión de las salivas cubrió mi rostro! á mis hermanos soy hecho extraño, y peregrino á los hijos de mi Madre* (2) Mandado estaba en la ley que si el hermano del difunto no quisiese recibir por mujer á la viuda que quedaba sin hijos, que en tal caso ella le escupiese en el rostro, diciendo: *Así se ha de tratar el que no edifica la casa de su hermano* (3). Esta viuda estéril era la Sinagoga, que por muchas veces fué desleal á su Dios, adorando ídolos; y por ser de tan mala condición y tan fea por avaricias, determinaba el Señor del mundo de tomar otra Esposa, que es la Iglesia, desechando aquella viuda desgraciada, y quiere ser antes escupido en el rostro, que no tomarla por esposa con tantas

(1) Job V.
(2) Psalm. 68.
(3) Deut. XXV.

tachas; de manera, que dice el Señor: *Por tí he sufrido este vituperio:* será decir, ¡oh, Iglesia mía, que por agradarme tanto de la hermosura de tus virtudes y recibirte por mi Esposa, tuve por bien padecer las salivas y oprobio que me dió aquella desechada Sinagoga!

El segundo vituperio que al Señor dieron en casa de Anás, fué cubrirle el rostro con un velo. La causa de esto quieren decir algunos, que era porque de aquel rostro divino salían ciertos rayos de claridad que les impedía para más atormentarle; porque David dice *que este Señor mira la tierra y la hace temblar* (1): como en esta misma casa de Caifás, mirando á San Pedro, le hizo temblar y llorar su pecado; mas lo que más conforme á la letra parece, es haberle cubierto el rostro, porque ellos mismos tenían vergüenza de ver cuál le habían puesto; y para venir al tercer tormento, que era darle de bofetadas, parecíales ser más limpieza dárselas tendido un velo. ¡Oh, benigno Redentor, qué vituperio tan grande es este, que menosprecien estos enemigos tocar con su mano vuestro rostro angelical, al cual no tuvieron vergüenza de escupir con su maldita boca! Vos mandásteis, Señor, que vuestra arca se cubriese con pieles, y ahora lo veo aquí cumplido, pues veo vuestro rostro cubierto con salivas y sobre todo un paño vil para quitaros la vista. Mira, alma

(1) Psalm. 96.

mía, no pongas velo á los ojos de Dios, queriendo encubrir tu pecado; manifiéstale en la confesión; gime doliente de él, no seas como estos ciegos maliciosos que ponían velo delante de los ojos del Señor, cuya vista es tan viva, que diga San Pablo, *que todo le es manifiesto y claro á este Redentor* con quien hablamos (1). Vanidad es muy grande quererte esconder de la vista del que ve, y conoce tus pecados y pensamientos. No, pues, alma, imites á estos atormentadores, cubriendo con velo de culpa la imagen de Dios, ni presumas de tí misma, cegándote los ojos con el velo de la soberbia, pues ves que Lucifer, por tanto, perdió la vista de Dios para siempre (2). Mira que estos traidores á sí mismos se sentenciaron, porque no queriendo ser vistos del Señor, dieron á entender que son de aquellos de quien este Soberano dirá: *En verdad os digo que no os conozco: apartaos de mí, obreros de maldad* (3). Compadécete de tu Esposo Jesús, contemplándole con el velo delante de los ojos, á quien debes imitar, siguiendo honestidad, postrándote en tierra en la oración, tomando lugares recogidos, quitando los ojos de vanidades, y finalmente, retrayéndote de toda alegría y contentamiento vano.

La tercera manera de afrenta que en esta casa

(1) Galat. III.
(2) Isai. XIV.
(3) Luc. XIII.

de Anás se le dió á nuestro Redentor, fué darle bofetadas y pescozones; de manera, que su rostro y garganta era con grandes golpes herida. ¡Oh, cuello sacratísimo, arcaduz por donde desciende á nosotros la abundancia de todos los tesoros de gracia! ¡Cómo os quieren quebrantar estos enemigos, si pudiesen quitar la corriente de ese río que nace en el paraíso de Dios! ¡Cuánto mejor que San Pablo podríades Vos decir: *Dádome es el aguijón de mi carne y ángel de Satanás, que me dé de bofetadas* (1). Vuestra carne y sangre es este pueblo, pues de él por singular privilegio quisísteis nacer. A él os prometísteis, á él vinísteis y en su provecho trabajásteis treinta y tres años. Ahora os dan el pago, mi Redentor, por industria de Satanás movidos, dándoos heridas y bofetadas, atormentando vuestra santísima carne, siendo ellos los merecedores de tormentos graves, pues su carne es tierra maldita, según parece en el fruto que de tal heredad cogeréis, á donde no hallaréis sino espinas, clavos, terrible lanza y áspera cruz. Finalmente, vituperaron de este benigno Señor estos sacerdotes, diciéndole cuando le herían con las manos: *Profetiza y dinos, Cristo, quién es el que te hirió.* ¡Oh, mi Redentor, otras palabras son éstas que no aquellas que decía el pueblo después de bien contento, cuando les dísteis de comer en el desierto. *Gran Profeta se ha*

(1) II Cor. XII.

levantado en nosotros, decían aquellos convidados, *y Dios ha visitado su pueblo* (1); mas ahora, burlando de vuestra sabiduría, milagros y predicación, sóis llamado Profeta por burla y pasatiempo, siendo preguntado que digáis quién es el atormentador. A Moisés, para encubrir el resplandor de su rostro, cuando descendió del monte, se le da por remedio que, puesto un velo delante, profetice al pueblo los misterios y grandezas de Dios (2); á Vos, Criador del mundo, para que profeticéis en otra manera que Moisés, os ponen velo doblado, porque sóis juntamente Dios y Hombre, el uno de salivas y el otro de un paño vil, y la profecía que piden es demandar lo que ellos ignoran. Profetizad, mi Redentor, pues allí no quisísteis hablar; decid quién os lastima, declarándome mis pecados; no pido otras revelaciones, ni demando otras visiones en esta vida; deseo y pido lo que mi Padre San Agustín os demandaba, una clara vista de todas mis culpas, para que de ellas me duela; suplícoos, mi buen Jesús, que me profeticéis, enseñándome tres cosas, que os pedía el Profeta David: *bondad, disciplina y ciencia* (3). No quiero otro Maestro; Vos me hablad y enseñad; ni pido saber sin bondad, pues San Pablo dice *que la ciencia hincha*, ensoberbeciendo el alma, *y la caridad*

(1) Luc. XVII.
(2) Exod. XIV.
(3) Psalm. 118.

aprovecha y edifica (1). No decimos como aquel pueblo de Israel que nos hable Moisés, ni otro alguno de los Profetas, y no Dios, porque con su habla no muriese (2); morir queremos, buen Redentor y Señor, á nuestros deseos malos y vidas mundanas; de voluntad tendemos la garganta para que el cuchillo de entrambas partes agudo de vuestra palabra y profecía santa, luego nos quite esta mala vida; finalmente, suplicamos, no por manera de escarnio, como estos atormentadores, sino con humildad pedimos con el Profeta Samuel, el cual decía: *Hablad, Señor, que vuestro siervo oye* (3).

Deben aquí considerar los ministros de la Santa Iglesia que los sacerdotes eran los perseguidores que, con sus propias manos, herían á este benigno Redentor, y examinando sus conciencias con gran aviso, mirar cómo se llegan al altar; porque no es otra cosa tratar con sus manos cualquiera Sacramento con mala conciencia y remordimiento de pecado mortal, sino dar bofetadas y pescozones al Señor del mundo. No sin causa mandaba Dios que ningún defecto tuviese en el rostro el sacerdote de aquel tiempo que ofreciese á Dios sacrificio de aquellos animales. El rostro, que á todos se manifiesta y por él somos conocidos, es cada una de nuestras vidas, la cual debe ser sin

(1) I Col. VIII.
(2) Exod. XXXIV.
(3) I Reg. III.

mácula, pues San Pablo dice *que Dios, los ángeles y los hombres, de todas partes nos están mirando* (1). Aquellos espejos que nuestro Dios mandó poner en el templo (2), los ministros de la Iglesia son, mayormente los sacerdotes, en los cuales, como en el espejo, todos los otros estados han de venir á mirarse para corregir sus defectuosas vidas y lavar con lágrimas sus manchas; mas si el espejo está quebrado, turbado y cubierto de polvo, no es mucho que el pueblo persevere en sus pecados, y diga con David: *Ya no tenemos Profeta ni vemos nuestras señales* (3). Profeta es cada un ministro de Cristo que menosprecia todo interés mundano, vive castamente, haciendo vida angelical, y desea y busca las cosas eternas del cielo. Estas son señales milagrosas, cuya falta lloraba allí el Profeta en voz del pueblo; plegue á Dios que en nuestros tiempos no tengan los cristianos causa para llorar lo mismo. Nuestro Padre San Agustín dice que los que dan estas bofetadas á Cristo son los ambiciosos y deseosos de honras, posponiendo la honra de Dios. Humíllate, pues, alma, porque no seas peor que estos sacerdotes; pon debajo de los piés toda estima y honra; préciate de ser maltratada y en poco estimada. Sufre esas bofetadas que te da el mundo, y pensamien-

(1) I Cor. IV.
(2) Exod. XXXVIII.
(3) Psalm. 73.

tos malos que te pone el demonio; ten paciencia en las molestias que tu propia sensualidad te da; imita á tu buen Rey Jesucristo, si eres del número de su ejército. Mira cuán humillado y cuán sufrido le ves para que tú sufras y te humilles cuando estos contrarios que dije te dieren de bofetadas. Dejo aquí de decir una palabra que pondera San Lucas: *Otras muchas blasfemias decían al bendito Jesús* (1). En sola esta sentencia, alma, te abrió puerta el Espíritu Santo, para que con devoción contemples todo lo que una gente tan cruel, con una hambre rabiosa para más atormentar é injuriar á tu dulce Esposo Jesucristo en esta casa de Caifás, por toda la noche ejercitaron. Nota aquí tres grados de paciencia, que el Señor del mundo te enseña. El primero es disimular las injurias, dado que las puedas vengar, como leemos de Saúl en el principio que comenzó á reinar, que oyendo sus murmuradores, ni se enojó ni vengó de ellos (2). De este grado de paciencia dice el Señor: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* (3). No dijo las manos, ni tampoco la lengua, sino el alma, porque está bien que las manos estén quedas á la venganza y la lengua calle, no respondiendo injuria, y que en el corazón quede escondido el rencor, y esta no es paciencia verdadera. Tuvo el Señor este pri-

(1) Luc. XXII.
(2) I Reg. XI.
(3) Luc. XXI.

mer grado de paciencia, sufriendo las injurias con quieto ánimo, sin en nada querer venganza de sus enemigos. El segundo grado de paciencia es no tan solamente de voluntad padecer las injurias presentes, mas aún estar aparejado para todo lo que pudiere suceder, como la tuvo el bendito José cuando fué vendido de sus hermanos y dado á los ismaelitas. De este grado tan perfecto dijo el Señor *que siendo heridos en un carrillo, ofrezcamos el otro* (1); lo cual entiende nuestro Padre San Agustín y todos los Doctores del aparejo y voluntad que el cristiano ha de tener, para en cualquier injuria tener sufrimiento para más, si el Señor lo permitiere. Este grado de paciencia cumplió el Señor cuando se dejó prender de sus contrarios, á donde viendo todo lo que había de suceder adelante, determinó de padecerlo por nuestras almas, como quien pone el otro carrillo. El último grado de paciencia y el más heróico en las injurias y persecuciones, es trabajar con palabras benignas y obras de convertir al enemigo, el cual ejercitó altísimamente este clementísimo Rey y Señor nuestro cuando, caídos en tierra todos aquellos quinientos hombres, que es una corte, y los ministros de los príncipes de los fariseos, con suave y benigna voz el dulce Cordero Jesús los mandó levantar, haciéndoles merced de la vida, para que derribados á sus piés por humildad, le pidieran per-

(1) Matth. V.

dón de su culpa. Por esto sanó la oreja al ministro del Pontífice que le iba á prender, á quien San Pedro había herido. También en casa de Anás quiso convertir á quien le dió la bofetada, con aquella respuesta tan dulce y benigna que tú, alma mía, querría que trajeses escrita en tu corazón, para cuando fueses injuriada decir con tu benigno Esposo: *Si mal he hablado, da testimonio del mal, y si bien hablé, ¿por qué me atormentas?* (1). ¡Oh, alma, ves aquí la imagen viva y dechado á quien has de mirar, tres grados de paciencia que te enseña tu buen Redentor! El más perfecto cumplió aquí en casa de Anás, declarándose ser Hijo de Dios, para que con tan gran doctrina convirtiese estos sacerdotes al conocimiento de la verdad, y para hacerlos de enemigos muy amigos de Dios. Mas, ¡ay!, que esta excelente virtud de la paciencia en pocas palabras va aquí escrita, y en muchos años, por ser nosotros quien somos, no llegamos aún al primer grado, como sea imposible salvarse ningún cristiano, si no se halla en algún grado de aquestos: bien es que muchas veces leas estos renglones, porque entiendas las mercedes de Dios y veas con sus favores á qué grado de estas tres perfecciones de paciencia te ha subido.

No es de pasar en silencio, como esta estación de casa de Caifás sea una de las cosas principales, la negación de San Pedro, la cual San Juan dice

(1) Joann. XVIII.

haber comenzado de casa de Anás. *Dos Apóstoles seguían algo de lejos al Redentor del mundo después de preso, San Juan y San Pedro* (1); pues como San Pedro oyese en casa de Anás, á donde por ruego de San Juan le abrieron la puerta, con qué soberbia le preguntaba aquel juez de sus discípulos y de su doctrina, y aun entendiese la respuesta que el dulcísimo Jesús daba, y con atención mirase la gran bofetada que le dió aquel gran ministro de maldad; lastimado su corazón de ver así injuriado su buen Maestro, presúmese que, aunque anciano, comenzó luego con grande dolor á llorar, en lo cual pudo bien conocer aquella criada del Pontífice que era discípulo de aquel bendito Señor, pues las señas del amor que le tenía le salían al rostro, así como conocieron los fariseos el gran amor que tenía Cristo á San Lázaro, difunto, cuando le vieron llorar delante de sus hermanas Marta y María; y, admirados, decían unos á otros: *¿No véis cómo le amaba?* (2). Aquí, preguntado San Pedro de una flaca mujer si era discípulo de aquel Señor, respondió *que no*, por temor que allí no fuese luego preso y atormentado con el bendito Jesús. Mira ya, alma, cómo en San Pedro batallan el amor y el temor, pues el amor le hizo dar la vuelta, habiendo una vez huído en la prisión, y el temor le hace negar la verdad y desconocer á su

(1) Joann. XVIII.
(2) Joann. XI.

Redentor. El amor le hizo entrar en casa de Anás, y el temor le desecha y destierra de la casa de Dios, negando conocer al Señor, cuyo pan comía. Considera también cómo de una arma usa el demonio, enemigo del género humano, derribando por Eva en el Paraíso Terrenal á nuestra cabeza Adán; y aquí en casa de Anás por esta sierva hizo pecar á San Pedro, negando que era cabeza de la Iglesia, puesta de mano de Cristo, diciendo *que no conocía á su buen Redentor*. Mas como siempre el amor porfiase en ese Santo Apóstol para pasar adelante, acompañando disimuladamente al Redentor, llegando en casa de Caifás, juntóse en compañía de alguna gente que estaba al fuego, á causa del frío que hacía en el mes de Marzo, que aún es invierno en aquella tierra. Aquí fué conocido en el lenguaje hebráico, y preguntado si era discípulo de este Señor, él dijo *que no le conocía*. Entonces un pariente de Malco, reconociéndole, dijo: *Anda, que yo te ví esta noche con Él en el Huerto*. Finalmente, San Pedro *con juramento afirmó que no conocía tal hombre*.

¡Oh, alma mía, no hay quien pueda pasar adelante! Bien será que comiences á considerar, con muy entera afición, cómo la gran presunción de este Apóstol de Cristo, que confió de sí sobre mesa en la cena, prometiendo grandes cosas, fué causa de esta gran caída. Mira también cuánto haga al caso para el servicio de Dios la compañía de los santos varones, pues estando con los Apóstoles

sus hermanos, confesó ser Cristo, Hijo de Dios vivo; y aquí entre estos ministros de maldad dijo no conocerle, aun si era hombre. De aquí podrás decir con David: *Entre los santos serás santo, y entre los perversos pervertido* (1): de bueno hecho malo y de malo peor. También debes considerar, que estando al fuego San Pedro en casa de Anás y Caifás, notan los Evangelistas que dos veces negó á Cristo. Apártate, alma, de ese fuego del mundo; no quieras sus honras y favores, porque si los quisieres buscar, es forzoso que por muchas veces, como San Pedro, niegues á Cristo. También significa este fuego las ocasiones de los pecados, que son llamas que al alma abrasan y la apartan de Jesucristo. Luego te dirá tu conciencia cuál es la compañía que te trae en peligro. Sus palabras y conversación te darán seña si es fuego del infierno ó si es fuego del Espíritu Santo el que te enseña. Ten ánimo y apártate en breve con gran fortaleza, si no quieres verte apartada eternalmente de la gloria del cielo.

Mas, ¡oh, bienaventurado San Pedro, con vos quiero hablar un poco! ¿Qué es esto, santo varón? ¿Cómo decís que no conocéis á vuestro dulce Maestro Jesús, afirmándolo con juramento? ¿Por ventura no es este mismo á quien delante de testigos dijísteis: *Vos, Señor, sóis Cristo, Hijo de Dios*

(1) Psalm. 18.

vivo? (1) ¿No os acordáis cuando en el monte Tabor le vísteis con aquel resplandor de gloria, acompañado de Elías y Moisés, hablando y tratando de esta dolorosa Pasión? Allí pedíades asiento y morada con este benigno Señor, con aquel contento que teníades, ¿y ahora decís no haberle conocido? Venid acá, bendito Apóstol, si de tantos días no os acordáis, ¿cómo estáis tan olvidado de lo que pasó en esta misma noche? ¿Vos no sabéis que estuvísteis á una mesa comiendo de un cordero con este benigno Redentor? Volved en vos, Apóstol Santo, que estáis muy olvidado, y acordaos que este Señor á quien negáis, tuvísteis en esta noche arrodillado á vuestros piés. Con sus manos os lavó casi por fuerza; os ordenó sacerdote con vuestros hermanos los Apóstoles; os dió á sí mismo en manjar, dándoos á beber su benditísima sangre. Finalmente, es á quien poco há queríades defender en la prisión, y echando mano, cortásteis la oreja á un criado del Pontífice. Tened, pues, memoria de tales y tan excelentes beneficios como de este benigno Rey habéis recibido; y si no le conocéis, ¿cómo le seguís? Si no le amáis, ¿cómo lloráis su Pasión? No sé qué os diga, Apóstol Santo, sino que las tres veces que anoche dormísteis en la oración, habéis bien pagado cerrando los ojos del alma y negando tres veces al que en el Huerto tres veces os amonestó y exhortó.

(1) Marc. XVII.

Mas como el benigno Redentor jamás desamparó á sus amigos en sus mayores tribulaciones, dice ahora el Evangelista *que miró el Señor á San Pedro, y él, volviendo los ojos y mirando á Jesús, como ya hubiese cantado el gallo, luego se acordó de la palabra que el Redentor del mundo le había dicho en la mesa, viendo su presunción en prometer cosas grandes: Yo te digo en verdad que antes que el gallo cante me negarás tres veces; luego, saliendo fuera, lloró este Apóstol Santo amargamente sus pecados* (1). Muchas cosas tienes que notar en esta conversión de San Pedro; la primera es que su caída tuvo principio en casa de Anás, de la persuasión de una esclava, y la segunda vez que negó en casa de Caifás, fué por ocasión de otra sierva; la tercera y última negación fué siendo la causa aquel pariente de Malco que vió á San Pedro en el Huerto, y con él, dice el Evangelista que se juntaron otros muchos.

La primera sierva significa la avaricia; y bien dice que era portera de Anás, porque en los palacios y cortes de los reyes, y señores del mundo, y prelados, suele este vicio miserable tener carga de la puerta; de manera, que no abre ni da entrada sino á los lisonjeros y que traen interés de honra ó provecho á los señores. Los pobres y sin favor son desechados por quien el pobre Cristo Jesús vino á morir en este mundo. Miren, pues, los pre-

(1) Luc. XXII.

lados y grandes señores que el Rey del cielo Cristo Jesús, yendo de camino, se detuvo para oir á un ciego cerca de Jericó (1); y aun no menospreció oir la petición de la Cananea, firmándola luego la merced que pedía (2). Finalmente, dió oído á un ladrón en la cruz; y, lo que es muy digno de ponderar, que antes que hablase con su Madre bendita, tan necesitada de consuelo al pié de la cruz, habló primero con el ladrón y le prometió en aquel día mismo de darle el Paraíso (3). Aquel, diría yo, rey católico y pastor que imita al buen Pastor Cristo Jesús, dando el primer tiempo para despachar y consolar á los pobres huérfanos y viudas, no consintiendo en sus audiencias dilación, mas con graves penas mandando que los pobres no sean agraviados; porque Santiago dice *que esta es la verdadera Religión, agradable á nuestro Dios, Señor y Padre* (4). Muera, pues, ya la portera de Anás; cese ya la avaricia en las casas de los pontífices y reyes, porque no haga negar á San Pedro que es cada un cristiano y diga no conocer á Cristo.

La segunda sierva de casa de Caifás significa el mal deseo de la carne. Esta hace negar á Jesucristo cuando por malos deseos y por vida brutal

(1) Joann. IV.
(2) Marc. X.
(3) Luc. XXIII.
(4) Jac. I.

el cristiano da consentimiento. Este es un vicio aborrecible á Dios y á sus ángeles, en el cual los hombres descienden del sér natural, haciéndose semejantes á brutos. Es sierva que guarda una puerta principal de Babilonia; ó por mejor decir, abre las puertas de par en par para que el hombre, criado de Dios para ser ciudadano del cielo, sea morador en la ciudad del infierno. Llámase bien sierva, porque los buenos cristianos y los verdaderos siervos de Dios la huellan con sus piés, tratando como sierva á su carne, según lo hacía el bienaventurado San Pablo, el cual *castigaba su cuerpo hasta ponerle en servicio del espíritu* (1). Esta esclava, siendo señora, hace negar á Cristo, porque ciega el entendimiento y con su cuchillo de deleite mata la fe.

Sola una cosa querría que notasen los que son siervos de esta sierva maldita, y es, que aquellos demonios que San Marcos dice pedir por merced á nuestro Redentor Jesucristo, que no los enviase al infierno, pues les mandaba salir de aquel pobre hombre: el aposento que pidieron fué *que les dejase en una manada de puercos* (2). No sin misterio pidieron morada en tan viles animales, cuyo oficio y pasatiempo es bañarse en los lodos, revolver muladares, tratando con las manos y boca en tremadales de cieno y cosas viles. Estos tales son

(1) II Cor. VI.
(2) Luc. VIII.

los puercos, que dice nuestro Redentor que huellan y menosprecian las perlas preciosas y margaritas. Margarita es el bautismo, pues vale no menos que el cielo. Piedra preciosa es cada sacramento, á los cuales menosprecia el mísero hombre por un desventurado deleite, haciéndose sujeto á esta Dalila engañosa (1), así como lo hizo Sansón, el cual fué atado y preso de esta desventurada sierva. ¡Oh, si supiesen los tales gozar del Paraíso celestial en la tierra, gustando de la limpieza y castidad, cuyos pensamientos y deseos son como azucenas muy graciosas, á cuyo olor los querubines y ángeles de noche y de día descienden al alma, como abejas á naranjal florido! ¡Qué música, qué suavidad de armonía, qué dulcedumbre tan alta gozan los oídos del alma, que estando en la carne, no saben qué cosa es carne; mas como si fuese su cuerpo un pedazo de cielo, ya casi por resurrección glorificado, le trae el espíritu tan á su voluntad, que casi en nada le halla contrario! Pues si quieres, alma mía, no verte en peligro, como se vió San Pedro, no te detengas en pláticas con esta esclava. Egipciana es que molesta é importuna al casto José; déjala, como hizo él, la capa en las manos; huye, desnudándote de peligrosas conversaciones, porque si San Pedro no respondiera, no pecara, negando; de manera, que el peligro está en detenerte en palabras.

(1) Judic. XVI.

La última negación fué por ocasión de un hombre, á quien se llegaron otros muchos en compañía. Por este hombre es significado el pecado de la soberbia, porque es vicio varonil que á todos estados y condición de gente acomete. La avaricia mala es, la lujuria es aborrecible, mas al fin son mujeres, siervas se llaman, porque con el favor divino fácilmente se vencen. Muchos hay pobres de espíritu, muchos castos y por votos de castidad obligados; mas á los unos y á los otros les queda tercer combate con el gran gigante, que es la presunción y soberbia. Este vicio, dice nuestro Padre San Agustín que está en celada para destruir las buenas obras. Gusano y carcoma es, que en la mejor madera se engendra. Polilla es escondida, que en la más fina grana se cría. Quiero decir, que es tan atrevido este vicio, que ni deja ninguna iglesia, ni altar, ni púlpito, ni, finalmente, lugar, ni tiempo, á donde presumiendo, no acometa. En el cielo Empíreo derribó los ángeles malos; en el Paraíso Terrenal venció á los hombres, y todo lo piensa llevar en sus uñas, si el humilde Cristo Jesús no la hubiese derribado y tan animosamente vencido. Y con razón dice el Evangelista que á este hombre se acompañaron otros, cuando la tercera vez San Pedro negó, porque escrito está, que el principio de todo pecado es soberbia (1). Compañía trae de muchos pecados, no se puede hallar

(1) Eccli. X.

sólo, porque es el mayor de las culpas; y por causa de la mayor aversión, que es apartamiento de Dios, tiene menos de conversión á la criatura, de donde resulta ser culpa más criminal; y así, como á mayor vicio, leemos *nuestro Dios resistir á los soberbios* (1).

Podríamos decir, que por estas tres negaciones de San Pedro se entiende la sugestión, delectación y consentimiento, que son como tres grados, por donde sube el pecado mortal. La sugestión es una amonestación primera para la culpa, la cual bien se declara en la sierva, portera de Anás, porque á darle con la puerta en los ojos, no tan solamente no es pecado, mas aún merecimiento. Puerta primera es á donde, si no le ponen recaudo, los enemigos van ganando tierra. La segunda sierva, portera de Caifás, es la delectación, la cual jamás es sin culpa cuando el consentimiento de lo que el alma piensa es ilícito. Y cuando esta culpa sea venial ó mortal, halo de juzgar el prudente confesor, baste al presente que diga el Santo David *ser bienaventurado el que quebranta la cabeza á los muchachos chiquitos, dando con ellos en la piedra* (2), que dice San Pablo ser Jesucristo. El remedio para vencer esta esclava, que es cualquiera delectación, ha de ser tener el alma presente luego al Señor del mundo atado á una columna, rodeado de sa-

(1) Jac. IV.
(2) Psalm. 136.

yones, de piés á cabeza llagado, nadando en su propia sangre, con terribles dolores, para medicina de nuestros vanos pasatiempos.

Avísote, alma, que *caces las raposillas pequeñas, que destruyen las viñas para que no fructifiquen* (1), como te lo manda tu Esposo en los Cantares. Mira que los ladroncillos, leemos haber robado la hija de Israel (2); avísote, no se hagan ladrones grandes; vence y resiste al principio tus tentaciones. El hombre que hizo negar á San Pedro la tercera vez, significa el consentimiento en el pecado; y llámase varón porque ya con mayor dificultad se ha de vencer. A este hombre se llega compañía, porque tras el consentimiento, luego sucede el ejercicio en las malas obras, y esta es la ejecución del pecado, la cual dice Santiago *que engendra muerte* (3).

Penitencia de San Pedro

Mas pues oíste, alma mía, los pecados y caída de este Príncipe de la Iglesia, San Pedro, oye ahora la penitencia y la manera de su conversión. En acabando la última negación, luego cantó el gallo, y San Pedro se acordó de la palabra que le había

(1) Cant. II.
(2) IV Reg. XIII.
(3) Jac. I.

dicho Cristo. El Señor miró á San Pedro, y entonces él se convirtió y, saliendo fuera, lloró (1). Dos avisos puedes sacar de aquí, alma: el primero es que de San Pedro se dijo *que su habla le manifestaba ser de los discípulos de Cristo*. Por tanto, aunque más pecadora seas, no dejes el lenguaje y habla que antes tenías con el Señor. No ceses de dar limosna, no levantes la mano del ayuno, no te olvides de tus devociones y tiempo de oración, viendo misa cada día, porque cesando de estos ejercicios, dejas el lenguaje de Dios y das armas á tus enemigos. El segundo aviso es que jamás pierdas sermón, pudiéndolo gozar, porque el predicador, como gallo que da voces en mitad de las tinieblas de las culpas, una vez ú otra te despertará, con el favor divino, para que te acuerdes de las benignas palabras que Cristo Jesús te habló, como aquí, cantando el gallo, luego despertó este Santo Apóstol.

Espantábase el Santo Job, y con admiración preguntaba: *¿Quién enseñó ciencia al gallo?* (2). Gran sabiduría ha de ser la del predicador, pues tan grande y tan alto es su oficio. Por Maestro ha de tener al Espíritu Santo, pues con su cantar ha de despertar las almas. No debe dormir, orando y contemplando, no solamente el día, mas aún la mayor parte de la noche, suplicando á Dios le en-

(1) Marc. XIV.
(2) Job XXVIII.

señe á reprender los vicios y á persuadir las virtudes. Mire que cuando canta el gallo, primero se hiere á sí mismo con las alas y se sacude los piés. Debe primero por obra cumplir la doctrina que predica, amando á Dios de todo su corazón y voluntad, teniendo gran fe y celo de la salud de las almas; de manera, que amor de Dios y del prójimo son dos alas, con las cuales el predicador, para que su predicación fructifique, debe muchas veces volar, siendo su conversación en los cielos. O digamos que estas alas son la penitencia y aspereza con que hiere su carne, como hacía San Pablo (1), para no ser como campana que retiñe llamando á los otros á la iglesia y ella se queda fuera. Así les acaeció á los que decían: *Señor, ¿por ventura en vuestro Nombre no profetizamos? Señor, ¿no hicimos milagros?* (2). A los cuales el Juez soberano dirá: *En verdad, no sé quién sóis.* Como si dijese: Campanas habéis sido, á los otros aprovechásteis, quedando vosotros sin provecho; no tuvísteis más del sonido, os contentásteis con solamente la lengua; id fuera de mi casa y palacio real.

El sacudir los piés es dar de mano á toda presunción y vanagloria, no poniendo los ojos en grandes y famosos auditorios, sino considerando al Redentor del mundo que á una Samaritana, mujer pobre, que con sus brazos llevaba el agua, se

(1) Philip. III.
(2) Matth. XXV.

asentó con gran reposo á predicar en un campo, junto á una fuente, diciéndola las mayores grandezas, que ninguno de los principales de los fariseos mereció oir en el templo (1). Esto quiso significar, mandar el Señor á sus Apóstoles que á la salida de los pueblos donde predicasen, sacudiesen el polvo de sus piés. Como si dijese: después de muy altamente haber predicado, cuando todos dijeren á una voz: nunca así habló otro hombre, dad de todo la gloria á Dios, no se os pegue algún polvo á los piés de vuestros pensamientos. Oye, pues, alma, la palabra de Dios, y no pienses que es sin provecho, aunque luego no veas el fruto. Mira que San Pedro primero oyó la palabra divina, y después, en cantando el gallo, hizo fruto de penitencia, acordándose de ella.

El mirar Cristo á San Pedro, según nuestro Padre San Agustín, fué un ponerle delante de sus ojos sus pecados, para que los conociese y se doliese de ellos. Considera aquí, alma, la gran misericordia de Dios, la cual primero puso sus ojos en San Pedro, que él se convirtiese, conociendo su culpa. Cuán bien decía David *que la misericordia de Dios le había salido al camino* (2). Suplica, pues, á este Señor con este Profeta Santo, y dile muchas veces: *Miradme, Señor, y habed misericordia de mí.* Como si dijese: miradme, Señor,

(1) Joann. IV.
(2) Psal. 58.

para que os mire y habed misericordia de mí, para que conociendo mi culpa, de ella me duela; de manera, que como el que mira al espejo, si no levantare los ojos, tampoco los levanta la imagen que en el espejo parece, bien así si Dios no levantare los ojos, mirándonos con su misericordia, como miró á San Pedro, tampoco nosotros los levantaremos, conociendo nuestras culpas y pidiendo perdón á su Majestad de ellas, y esto es lo que ahora se sigue, diciendo el Evangelista *que San Pedro salió fuera y lloró amargamente* (1). ¡Oh, alma mía, cuán fuera sale de sí mismo el pecador cuando hace penitencia! ¡cuánto se destierra de sí mismo, pesándole lo que antes le placía, llorando de lo que antes se reía, y siéndole amargo como la hiel lo que antes era tan agradable! Salió fuera, porque la contrición, si verdadera es, no puede ser sin el amor de Dios sobre todas las cosas; pues como nuestro Padre San Agustín diga que cuando de Dios nos acordamos con caridad y amor, no moramos en este mundo; fuera de sí mismo sale el hombre, que por haber ofendido á Dios llora y gime. Salió fuera para llorar, porque la compañía de los malos no es lugar decente para la penitencia. También salió fuera de casa del Pontífice, porque entiendas, alma, que la mayor parte de la penitencia es la enmienda en las culpas que adelante podrías cometer, por lo cual San Pedro salió de la

(1) Luc. XXII.

compañía de los que le hicieron pecar; y aun enseñónos el gran peligro que traen los Religiosos fuera de su monasterio, residiendo en las cortes pontificales y palacios reales, salvo si la obediencia de sus Prelados á esto les compele; porque de ella está escrito *que el varón obediente recontará las victorias* (1). Como si dijese: cualquiera batalla que delante se le pusiere, la virtud valerosa de la obediencia se la dará vencida. No sin gran misterio los Magos, cuando llegaron á la corte del Rey Herodes, perdieron de vista la estrella; ni tampoco sin gran secreto, aquí este gran religioso San Pedro en la corte pontifical de Caifás perdió la fe, negando aun con juramento la suma verdad, Cristo Jesús, para dar á entender el peligro de que vamos hablando (2).

Aquí querría, hermana en Jesucristo, hablar un poco con Vos, pues este *Memorial de Amor Santo*, dado que con todos hable, es particularmente vuestro. Mirad que vuestro monasterio es nido, el cual vuestra alma, llamada por vuestro dulce Esposo Jesucristo, eligió, como tórtola casta, para en soledad y retraimiento mejor reposar, y con santos ejercicios y fervientes deseos más altamente volar para Dios. De aquí, como de nido encerrada, habéis de llamar con gemido, meditando como paloma cada momento aquella ciudad de

(1) Prov. XXI.
(2) Matth. II.

Jerusalén y aposento de los bienaventurados. No queráis por ocasión alguna, aunque sea extrema enfermedad, volver ni por un día al siglo, porque ya podría ser (lo que Dios no permita) queriendo sanar el cuerpo, que tan presto ha de morir, enfermase de herida mortal el alma, que para siempre ha de vivir. No fué pequeño pecado á los hijos de Israel, ya después de haber salido de Egipto volverse, aun por sola memoria, acordándose y deseando los manjares viles de los egipcianos, pues por esto no merecieron entrar en la tierra de promisión(1). Aquella hija de Jacob llamada Dina, todo su daño le vino por salir de casa de su padre (2): ella mató su alma y fué causa de muchas muertes en la ciudad de Sichen. Si solamente un volver de cabeza á mirar la destrucción de aquella ciudad infame, así se castigó en la mujer de Loth (3), la cual luego fué convertida en estátua de sal desabrida y estéril, ¿por qué no temerá la persona religiosa la salida de su monasterio, al cual casi nunca vuelve el alma tan quieta y pacífica como primero salió? San Bernardo dice, que como es imposible los peces vivir mucho tiempo fuera del agua, así es dificultoso el religioso conservarse sin pecado mucho tiempo fuera del monasterio. Digamos, pues, hermana en Cristo, con el Santo

(1) Exod. XVI.
(2) Genes. XXXIV.
(3) Genes. XIX.

Job: *En mi nidillo moriré* (1). A morir venimos á la religión; no nos debe espantar la clausura; por eso se llama nido el monasterio, porque en él todo ha de ser estrecho y penoso, usando de pobre celda, pobre vestido y pobres manjares; de manera, que todo os sea una medalla ó imagen que represente en vuestra memoria á vuestro dulcísimo Esposo Jesucristo pobre, nacido en un pesebre y pobre muerto con desnudez en la cama estrecha y dura de la santa cruz; pues si ya salistes fuera de los trajes vanos del siglo, seguid las pisadas de este Santo Apóstol y llorad en la soledad de la religión vuestras culpas y pecados, porque á su tiempo oiréis aquella palabra dulcísima del Esposo Cristo: *Venid, Esposa mía, venid, paloma mía, y recibid la corona del reino celestial, en premio de vuestros trabajos* (2). ¡Oh, hermana y amada en Jesucristo, qué breve momento nos parecerá en aquel día los veinte y treinta años de religión! las vigilias trabajosas, los penosos ayunos y las duras disciplinas, ¡cuán abundosamente serán allí pagadas! Estad muy cierta, que si como renombre es Bautista, lo fuese también vuestra vida, que os parecería pequeña centella toda la penitencia hecha con el tesoro inefable que se os dará en galardón, mas mirad que no dice el Evangelista que San Pedro lloró como quiera su pecado, sino que lloró

(1) Job XXIX.
(2) Cant. IV.

amargamente (1). No es cualquiera pérdida Dios, á quien perdemos por el pecado, sino muy grande, pues perdemos bien infinito; por tanto, el dolor y gemido ha de ser con amargura tan grande, que toda la vida dure.

Cosa es muy de considerar que nos diga el Evangelista las lágrimas de San Pedro y no nos diga las palabras que decía. No es de pensar que calló lo segundo para enseñarnos á callar nuestros pecados, sino para que entendamos ser la lengua más primorosa y elegante para negociar con nuestro Dios los gemidos y las lágrimas. El Señor del mundo dijo *que si no nos hiciéremos niños, que no entraremos en el reino de los cielos* (2) ¿Qué quiere ser esto, Señor? ¿Qué, me tengo de hacer niño, siendo hombre, y que siendo anciano, me vuelva á la niñez? *El reino del cielo no le conquistan sino los animosos que con violencia le arrebatan*, según, Señor, Vos mismo afirmáis (3); pues si fuere gigante, ¿cómo flaco niño? y si esta batalla se ha de vencer, ¿con qué armas hemos de pelear? ¡Oh, alma, si bien has considerado, las armas de los niños lágrimas son; con ellas importunan á sus madres para que les den leche; y con ellas vencen á sus padres para ser de ellos más amados y regalados. Ves aquí un viejo niño que á

(1) Luc. XXII.
(2) Matth. XVIII.
(3) Matth. XI.

fuerza de armas ganó el cielo, viejo en la edad y niño en las armas, llorando para enseñarte á pelear y salir con la victoria. Mira cómo dice San Leon Papa que en la cabeza de la Iglesia San Pedro, depositó nuestro Redentor la confianza de nuestra penitencia, porque si negando pecó, llorando quitó las manchas de sus culpas. Con estas armas venció la Magdalena al invencible Dios, á la cual dijo: *Mujer, vete en paz* (1). Como si la dijera: has peleado tan varonilmente con saetas tan agudas de abundantes lágrimas, que ya tengo por bien de rendirme á tí; yo te perdono todos tus pecados; cese ya la guerra pasada; pregónense luego paces; vete, mujer santa, en paz. ¿Quién podría, alma mía, declarar este lenguaje y plática que San Pedro con Cristo tenía, cuando dió lugar á las lágrimas, que así como fuente iban por su rostro? ¡Oh, mi buen Jesús, decía este Apóstol Santo, confianza mía, cuán otras han sido mis obras que mis palabras! (2). Anoche entre mis hermanos me mostré el más esforzado, diciendo que moriría por Vos, y ahora me he manifestado el más flaco, pues no tan solamente huyendo, cuando ellos tan recio huyeron, os desamparé, mas aún tres veces he negado ser discípulo de vuestra Majestad. ¡Oh, cuánta verdad me decíades Vos, Señor, aunque allí no lo entendí; y ahora reconozco mi flaqueza y me

(1) Joann. VIII.
(2) Luc. XXII.

pesa gravemente de mi culpa. Tendré piedad de mis hermanos cuando pecaren; usaré con temor de las llaves que me dejáis encargadas de la Iglesia, y desconfiando de mí, esperaré en vuestra misericordia. A Vos vengo, recibidme, buen Pastor. No negásteis el nombre de amigo á Judas, ni apartásteis vuestro rostro, negándole la paz, siendo él capitán de guerra infernal y caudillo de vuestros enemigos (1); no me quitéis, Señor, vuestra amistad; criad en mí nuevo corazón; dadme vida nueva y espíritu nuevo para que, llorando mis pecados, goce de vuestras grandes misericordias, y sea ejemplo de pecadores para que se conviertan á Vos. Amén.

Considera, pues, ya, alma, cómo después de cansados estos fariseos y sacerdotes de injuriar y atormentar á tu dulce Esposo Jesús, se fueron á reposar, dejándole á buen recaudo en una cárcel honda, á manera de cueva, que estaba en casa de Caifás, atado á una columna de piedra, cercado de aquellos ministros, los cuales no le dejaban reposar en toda la noche. Desciende, pues, alma mía; no dejes de tus manos la cadena que al principio de su prisión comenzaste á llevar; llégate con amor grande y dí así: ¡Oh, mi dulce Jesús, Cordero inocente de Dios, mis culpas os tienen atado y puesto en esta cárcel obscura; reposad esa cabeza preciosa siquiera en mi hombro; y pues no os pue-

(1) Joann. XVIII.

do desatar estas sogas y cadenas, recibid mi pequeño servicio, pues más no puedo; váyanse á descansar vuestros atormentadores, que yo no quiero otro descanso, sino á Vos. Os acompañaré en esta cárcel, descanso mío y gloria mía, á donde morar me es más dulce que á Adán el verjel del Paraíso terrenal. Aquí se cumplió la profecía de David, el cual en nombre de este benigno Rey se quejaba y decía: *Pusiéronme en una cueva profunda y en lugar de tinieblas* (1).

De la presentación del Señor ante Pilato

Venida la mañana, dice ahora el texto, *juntáronse todos los príncipes de los sacerdotes y llevan al Cordero Jesús para presentarle á Pilato* (2), no entrando dentro en el pretorio, ó lugar del juicio, el cual estaba dentro de casa de Pilato; porque como Pilato fuese gentil, sopena de irregularidad, no podían entrar dentro; á esta causa él salió fuera y les dijo: *¿Qué acusación traéis contra este hombre?* Ellos respondieron: *Si no fuese malhechor no te lo habríamos traído.* Quisieron aquí dar á entender su gran crédito y estima de santidad, cuyo celo se manifiesta en perseguir al que, según su malicia de ellos, merecía ser acu-

(1) Psalm. 78.
(2) Luc. XXIII.

sado. Hacían conciencia de la irregularidad, no queriendo entrar en casa de Pilato; y no hacían caso de pedir que muriese el inocente, porque se cumpliese lo que el Redentor les había dicho, que se tragaban el camello y no pasaban un pequeño mosquito (1); bien así esta gente ciega hacía caudal de la irregularidad, que es pena, y tenía en poco el homicidio, que es culpa. Vengan, dice nuestro Padre San Agustín, los testigos verdaderos y digan en qué este benigno Redentor es malhechor, según estos perversos enemigos le acusaban. Levántense los que son libres de los demonios que los atormentaban; los ciegos que han sido alumbrados digan su dicho; los muertos que este benigno Redentor ha resucitado declaren los unos y los otros su inocencia, su misericordia y su infinito poder de este Señor; mas ya estaba profetizado por David: *Diéronme males por bienes* (2); lo cual podía decir nuestro Redentor, pues por tan excelente doctrina, por tantos y por tan grandes milagros, es acusado aquí de estos ingratos por malhechor. Mas como Pilato no se satisfaciese de esta respuesta, preguntó más en particular el delito de que le acusaban; y no dándole tan buena razón, así como indignado les dijo: *Tomadle allá vosotros y juzgadle según vuestra ley.* Ellos entonces dijeron: *A nosotros no es lícito matar á na-*

(1) Matth. XXIII.
(2) Psalm. 108.

die (1). San Crisóstomo dice que dijeron los sacerdotes esta palabra, ó porque en aquella Pascua era prohibido justiciar alguno, ó porque el crimen de que le acusaban no convenía á ellos, pues decían que se hacía Rey, ó finalmente, porque ellos no podían darle la muerte que deseaban. Podían apedrear al blasfemo, mas no podían sentenciarle á la cruz, si no fuese juez de mano de los romanos (2); y con esto dice bien ahora el texto, que fué dada esta respuesta porque se cumpliese lo que dijo este bendito Redentor, declarando cómo había de morir muerte de cruz. En poco tenían estos ingratos quitar la vida al Redentor, si no le quitasen juntamente la fama, crucificándole como ladrón. Oyendo, pues, decir Pilato que uno de los males que había hecho era haber alborotado el pueblo, desde Galilea hasta Jerusalén, holgóse mucho por remitirle á Herodes, que gobernaba aquella provincia y estaba entonces en la misma ciudad de Jerusalén.

De la presentación del Señor en casa de Herodes

Mira, pues, alma, cómo no cesa de andar la rueda de tan grandes trabajos, tu amado Esposo Sansón, pues habiendo tan de mañana venido de

(1) Luc. XXIII.
(2) Ibid.

casa de Caifás al pretorio de Pilato, que hay distancia de setecientos y cincuenta y cuatro pasos, ahora da otra vuelta, remitido á Herodes, que es un camino muy penoso de ciento y veinte pasos, una cuesta arriba. Herodes le recibió con mucha alegría, porque había deseado antes ver algunos milagros suyos y oir secretos de su doctrina (1). Esto le demandó él, como dice San Ambrosio, no con deseo verdadero de ser discípulo, sino como hombre vano que estimaba á Cristo por encantador; mas el benigno Redentor á todo callaba sin hablar palabra (2); porque de él había dicho Isaías *que enmudecería, no abriendo su boca, á la manera del cordero cuando está atado delante del esquilador* (3); y aun no quiso hablar palabra, ni hacer milagro alguno, antes quiso sufrir injurias, porque seamos enseñados á querer ser antes de nuestros enemigos injuriados que no lisonjeados; mas si bien consideramos, este sapientísimo Redentor á ningún juez quitó la habla, sino á Herodes, porque en casa de Anás habló, y en casa de Caifás respondió, y á las preguntas de Pilato satisfizo; y aquí, importunado por Herodes, ninguna palabra habló (4). Quiso en esto el Señor del mundo castigar á Herodes porque le había quitado su voz, degollándole al Precursor Bautista, el cual era voz

(1) Matth. XXVII.
(2) Luc. XXII.
(3) Isai. LIII.
(4) Joann. XIII.—Matth. III.

de este Señor que daba voces en el desierto, pues como á descomulgado, que había quitado la cabeza al Santo Bautista, quitóle la habla el Señor, así como denunciándole por anatema; ó digamos que no quiso hablar ni hacer milagro alguno por declarar cuán vana cosa es, mayormente en nuestros tiempos, que algún cristiano desee ver visiones ó revelaciones; porque si al rico avariento que pedía un muerto resucitado que predicase á sus hermanos que vivían acá en el mundo, respondió Abraham *que les bastaba Moisés y los Profetas* (1), que es la doctrina del Testamento viejo; ¡cuánto más nos debe bastar á nosotros la Sagrada Escritura, pues tenemos Testamento viejo y nuevo, para nada querer por revelación ni visión más de aquello que nos enseña la santa fe! Viendo, pues, Herodes que nada respondió nuestro Redentor á las acusaciones que le hacían los adversarios, ni tampoco satisfacía á las dudas que él demandaba, ni quería hacer alguna maravilla delante de él, menospreciólo él mismo y todos los caballeros de su casa, así como á hombre loco, vistiéndole una vestidura blanca, la cual era á manera de un escapulario que llegaba hasta los piés (2); y no sin misterio vestidura blanca le fué dada, según nota San Ambrosio, para significar la inocencia del Cordero sin mancilla, sobre la cual estribaba su santísi-

(1) Luc. XVI.
(2) Luc. XXIII.

ma Pasión, en cuya sangre las vestiduras de todos los Santos mártires, que son sus almas, habían de ser blanqueadas, lavadas y purificadas, según San Juan en el Apocalipsi (1). Significa también esta vestidura la castidad que nos ha de vestir de piés á cabeza, cuya figura fué la claridad que en el monte Tabor resplandeció en las vestiduras de Jesucristo, y cuya blancura dice San Mateo ser así como nieve (2).

¡Oh, mi buen Jesús, sacerdote eterno, según la Orden de Melchisedech (3), que ya no os falta sino la casulla para que celebréis la misa en este tan solemne día de Pascua, en remisión de todas mis culpas y pecados y las de todo el mundo, y en sufragio de todas las almas que os están esperando en el Limbo! El amito os pusieron sobre la cabeza en casa de Caifás, cubriéndoos vuestro glorioso rostro, para significar y dar á entender la esperanza que mi alma ha de tener de las cosas perdurables y eternas, la cual llamó San Pablo armadura de la cabeza: *Capacete de salud* (4). Aquí se os da en casa de Herodes el alba blanca, para declarar la pureza que vuestros sacerdotes y cristianos han de guardar y tener. El manípulo y cinta se os dió en el prendimiento, para significar cuán atado y sujeto debe estar todo cristiano á

(1) Apoc. III.
(2) Matth. XVII.
(3) Psalm. 109.
(4) Ephes. VI.

vuestros mandamientos y consejos. La estola se os dará cuando vuestra preciosa garganta ataren á la columna, para que entienda yo cuán suave es el yugo de vuestra santa ley. La casulla os vestirán cuando os dieren una púrpura, vestida á manera de rey, porque entiendan los hijos de Adán que les venís á merecer el reino eterno. Ni faltará una mitra de crueles espinas, ni báculo pastoral de la cruz á donde seréis crucificado. Los ministros serán los ladrones, el uno de los cuales os dará voces, para que en el memento os acordéis singularmente de él delante del Padre, para que sea consolado en aquellos tormentos.

Considera, pues, ahora, alma mía, la gran aflicción de tu Esposo Jesús: menosprecia estos trajes vanos y vestiduras profanas, y si se burlaren de tí los mundanos, escarneciendo tu traje honesto, mira que el Hijo de Dios quiso ser escarnecido y tomó de muy buena gana este hábito blanco; y siendo sabiduría suma es estimado por loco, porque con amor suyo te precies de ser vituperada, negando la vanidad del mundo. Considera también cómo Herodes, no hallando causa de muerte en tu dulce amado Jesús, le vuelve á remitir á Pilato así de blanco vestido. Mira cómo con la gran priesa que le dan aquellos crueles ministros en el camino, viniendo cuesta abajo, muchas veces cae, tropezando con los piés descalzos, corriendo sangre; y en las caidas da con el rostro en tierra, porque como llevaba las manos atadas atrás, no se

aprovechaba de ellas, para cayendo dar de manos. ¡Oh, mi buen Jesús, con cuánta razón podéis decir las palabras de David: *Gusano soy yo y no hombre, vituperio de los hombres y menosprecio del pueblo!* (1). Los hombres andan con los piés el camino, y Vos, gusano, en las entrañas de vuestra benditísima Madre, engendrado por obra del Espíritu Santo, no de piés, sino de rostro, dando de piedra en piedra, como gusano pequeño andáis por mi salvación este camino. Mas pues que gusano sóis, bendito Redentor, ofrézcoos mi corazón, que aunque de madera corruptible y podrida, morándole Vos será muy fuerte y animoso para considerar, y considerando imitar vuestra Sagrada Pasión.

Como viese Pilato al Redentor del mundo, al cual Herodes le tornaba á enviar, dice San Lucas *que luego fueron amigos, como antes fuesen grandes enemigos* (2), porque ya la piedra de la esquina comenzaba con el betún de su preciosa sangre á juntar las dos paredes tan apartadas, como eran gentiles y hebreos, porque, como San Pablo dice, este clementísimo Señor es *nuestra paz, el cual hizo de dos pueblos uno* (3). Aquí se cumplió lo que dice Divid: *Con los que aborrecieron la paz fuí pacífico.* A estos jueces, tan enemi-

(1) Psalm. 21.
(2) Luc. XXIII.
(3) Ephes. II.

gos de paz, puse en concordia, como antes no la tuviesen. Pues si tienes, alma, alguna enemistad con tu prójimo, y por amor de este Redentor y Rey tuyo, ya en la cruz muerto, tú no perdonas, clara cosa es que eres peor que Pilato y más malaventurado que Herodes, los cuales se hicieron amigos, siendo el tercero de estas paces el que es verdadera paz, Jesucristo, no muerto sino vivo. Miren aquí los cristianos qué pisadas tan santas imitan cuando entienden en paces, pues la demanda más alta que trajo el Hijo de Dios al mundo, fué poner paces, lo cual se prueba, pues deja hermanos á estos dos enemigos Herodes y Pilato; y aun consideren cuán estrecha será la cuenta el día del juicio contra los cristianos, que sin dar sangre como Cristo la dió, y sin ofrecer su vida como este Rey Soberano la ofreció, mas aun con sola una palabra, pudiendo poner paces, no las ponen, vendiendo muy caro hacer un ruego, á donde solamente se dan palabras, como Cristo haya tenido en tan poco su sangre y vida, solamente por el bien de la paz.

Considera, pues, alma, la gran inocencia de tu benditísimo Rey Jesucristo, cómo no hay juez que le condene, ni testigo que con verdad le acuse. Anás le envió á Caifás y Caifás le presentó á Pilato. Pilato, como preguntase al Señor del mundo qué había hecho, y conociese ser sin culpa, le remitió á Herodes. Herodes, con vestidura blanca, le tornó á enviar á Pilato, así como declarando su

santa inocencia con la blancura de la vestidura que le daba. ¡Oh, mi buen Jesús, cuán gran verdad dice Pilato, que en Vos no halla causa de muerte (1), porque en mí, pecador miserable, está la culpa, y en Vos, inocente Cordero, se hace la ejecución de la pena! Yo el condenado á pena eterna, y Vos el que morís muerte de cruz por mí. A mí, según dice David, se me halla el hurto en las manos, y Vos sóis el que recibe los azotes, los clavos y lanza en la cruz (2). Tres remedios hallarás, alma, que eligió aquí Pilato para librar al inocente Cristo. El primero fué remitirle á Herodes, presumiendo que, como á hombre galileo y de propia tierra, se habría piadosamente con él. El segundo remedio fué remitirle á los mismos fariseos y sacerdotes, mayormente cuando le pusieron por acusación que se hacía Hijo de Dios, nota San Juan, que Pilato temió, y con mayor solicitud trabajaba de allí adelante por libertarle (3). ¿Cuánto mayor razón será, alma mía, que tú temas al que crees ser Hijo verdadero de Dios, pues este idólatra sin fe, oyendo la acusación, en la cual se nombraba Hijo de Dios, le temblaban las carnes en haber de juzgar al verdadero Rey Jesucristo? El tercer remedio fué cuando dijo que pues tenían costumbre en la Pascua de libertar uno de los presos, en me-

(1) Joann. XVIII.
(2) Psalm. 68.
(3) Joann. XIX.

moria de la libertad que les había Dios dado saliendo de Egipto, tuviesen por bien de dejar al inocente Cristo, y que Barrabás, revoltoso homicida, se quedase encarcelado, pues lo tenía merecido; á lo cual ellos respondieron: *No nos des á Cristo Nazareno, sino á Barrabás* (1).

Ves aquí, alma mía, al Rey Acab, que deja ir libre al que merecía la muerte, por el cual el Profeta le dice de parte de Dios, que morirá él y su pueblo (2). Considera, cómo el cabrón se envía al desierto, el cual lleva los pecados sobre su cabeza (3). Barrabás, cabrón reprobado, se deja ir libre, y el Cordero inocente, Jesús, queda preso para ser condenado. ¡Oh, mi buen Jesús! ¡oh, humildad admirable, que sóis puesto en suerte con un homicida alborotador! Más quiero, mi buen Jesús, ser atado á vuestros santísimos mandamientos y ley, y también reatado con vuestros consejos, voto de castidad, pobreza y obediencia, que no ser libre con los prescitos pecadores, que, como Barrabás, andan perdidos por el desierto de este mundo. Ves aquí, alma, te pone Pilato delante de los ojos la vida y la muerte; mira lo que quieres, extiende la mano. La vida es Cristo Jesús; la muerte es Barrabás. Mira si quieres ser libre con la muerte, para siempre morir, ó si quieres ser preso y atado

(1) Marc. XV.
(2) I Reg. XX.
(3) Lev. XVI.

con Cristo, el cual es verdadera vida, y á Él servir es reinar. Las ataduras del bendito Jesús, Sabiduría infinita, son dichas en la Escritura Santa ataduras de salud, y las de Barrabás son cadenas de pecados con que el pecador es atado. Barrabás es este hombre viejo y cuerpo mortal, el cual es dejado libre, obrando contra la ley de Dios; y el inocente Jesús, figura de nuestro espíritu, es el atado, y el aherrojado contra toda justicia. Bien podría decir aquí el Señor de aqueste pueblo tan cruel lo que dijo David: *Abrieron sobre mí su boca, así como leon robador que brama* (1). Leon que roba la fama y vida del Redentor del mundo, se puede llamar aqueste pueblo sin piedad; el bramido es espantable, que sea libre el homicida Barrabás y muera el inocente Cristo (2). Es aquí de considerar que en el tiempo de su Pasión benditísima á dos hombres libró de la muerte nuestro Redentor Jesucristo: á Barrabás salvó la vida del cuerpo, pues por quedar él preso, dejaron al homicida libre, y al ladrón salvó de la muerte del alma (3), para que entendamos que por los méritos de la Pasión de este benditísimo Cordero son los buenos cristianos libres, viviendo doblada vida de cuerpo y alma, resucitando gloriosos el día del juicio.

El último remedio que Pilato acordó para li-

(1) Psalm. 21.
(2) Joann. XVIII.
(3) Joann. XIX.

bertar á nuestro Salvador Jesucristo, fué decir: *Yo le quiero castigar, y con tanto le dejaré.* ¡Oh, cruelísimo remedio! ¡Oh, cosa digna de admiración, que el inocente sea castigado y enmendado el que nunca hizo delito! ¡Oh, miserable juez! enmienda tu injusticia, corrige tu desatino, que de este Soberano Rey está escrito *que es justo y recto Señor* (1). Mira, pues, alma, cómo Pilato primero azota en la fama á tu buen Jesús, que no en la persona, pues primero dice *le corregiré*, dando á entender que era digno de algún castigo, como antes hubiese dicho de él á voces: *No hallo en él delito alguno*. En dos maneras suele ser enmendado el vicio en algún libro, ó quitando letra de más ó poniendo la que había de menos. Pues como Cristo sea llamado libro de la vida (2), escrito de dentro y de fuera, no tenía que enmendar, pues nada había vicioso; mas estos sacerdotes y fariseos ignorantes, como no sabían leer en este libro, el cual les dijo, según afirma San Juan, *leed las escrituras, que ellas dan testimonio de mí* (3), pensaron ser letra demasiada y parte supérflua llamarse Hijo de Dios; tienen por bien que por manos de sayones sea el libro de la vida corregido, quitándole lo que les parecía demasiado, que es la honra, y añadiendo lo que les parecía haber de menos, que es

(1) Psalm. 7.
(2) Apoc. V.
(3) Joan. V.

afrenta é ignominia. Ahora, alma, está muy atenta á ver enmendar este verdadero libro de la vida; mira cómo en mitad del pretorio, lugar público, es desnudado, lo cual fué al honestísimo Redentor terrible afrenta; átanle luego á la columna, vienen muy presto los correctores, unos sayones de grandes fuerzas, con escorpiones de hierro en las manos, que venían atados al fin de los cordeles en los azotes; comienzan á herir las carnes del benditísimo Cordero, á quien bañaban en sangre de piés á cabeza, abriendo sus carnes con llagas hasta descubrirle las costillas (1); pudiera decir entonces el Señor: *Fuí azotado todo el día y castigáronme á la mañana* (2). *Aparejado estoy para los azotes y mi dolor está delante de mis ojos* (3). *Enmudecí y no abrí mi boca por lo que tú hiciste, quita de mí estas tus llagas* (4). Palabras muy lastimosas son éstas, alma mía, que dice tu dulce Esposo Jesús por el Profeta David; contémplalas tú, deteniéndote un poco en ellas, y hallarás no pequeña dulzura y suavidad; mira que padece por tí; considera cómo volviendo el rostro algunas veces, con los azotes le lastimaban en él aquellos crueles verdugos; mira que te dice que le quites tus llagas, porque si son suyas por la pena, tuyas son por el merecimiento de culpa. Puédesle quitar estos azotes

(1) Joann. XIX.
(2) Psalm. 72.
(3) Psalm. 37.
(4) Psalm. 38.

dejando ya de pecar, y ungirle las heridas con ungüento de contrición por tus pecados, y con aceite de devoción contemplando estos misterios. Mira que se queja por Isaías que los cardenales, ronchas y llagas de su benditísimo cuerpo, *ni son curadas con algún ungüento ni atadas con alguna venda ó paño* (1), porque muy poquitos son los que ejercitan el camino espiritual, recibiendo muchas veces los Sacramentos; y de mil uno, con atención y lágrimas, cada día se ejercita en contemplar un paso tan principal de la Pasión del Redentor del mundo, lo cual es su acatamiento.

Ves aquí, pues, alma mía, cómo es enmendado este original y libro, en quien están escritos todos los predestinados y las causas de su predestinación. Este es el libro que vió el Profeta, en el cual leyó tres cosas: *Lamentaciones*, *cántico* y *ay* (2). Hallarás que lamentar, viendo sus terribles dolores, que comenzaron desde el Huerto hasta fenecer en la cruz. Puédeste ir lamentando cada día, comenzando desde el Huerto hasta casa de Anás, y de Anás hasta Caifás, siguiendo todas las estaciones hasta ponerle en el sepulcro. Hallarás también cantar con que te alegres de tu salvación, porque no solamente para dolerte, mas aún para alegrarte de tan gran tesoro, dicen los Santos que puedes contemplar la Pasión de tu dulce Esposo Jesús;

(1) Isai. I.

(2) Ezech. II.

para declaración de lo cual, cuando Jesucristo lloraba en el pesebre, cantaban los ángeles gloria en las alturas, pregonando paz en la tierra á los hombres de buena voluntad y deseo. Finalmente, en este precioso libro hallarás escrito *ay*, que es en la Sagrada Escritura amenaza de muerte, porque muriendo el Hijo de Dios, mató la muerte de nuestra culpa, y su cruz fué vencimiento contra el príncipe de las tinieblas el demonio; y aun este *ay* es amenaza contra los ingratos y olvidados de tan grandes mercedes, porque digno es de muerte eterna, quien se olvida de tan santa Pasión, no queriendo gozar sus frutos, para vivir vida eterna.

Ecce Homo

Así, pues, alma, todo sangriento y llagado, tu amado Esposo Jesucristo es puesto á una ventana grande en alto, á donde le muestra Pilato al pueblo, diciendo á grandes voces: *Véis aquí al Hombre* (1). Como si dijera: no penséis que es algún leproso; no os parezca algún Lázaro llagado; conocedle, que no es monstruo, el Nazareno que me dísteis es; miradle que es hombre: ¿cómo le acusáis que se hace Dios? De hombre es ser azotado, y como á hombre le ha corrido la sangre. Abrid los ojos, consideradle, que es hombre; y si sóis

(1) Joann. XIX.

hombres y no bestias fieras, compadeceos del hombre; lastímense vuestros corazones, no seáis más duros que piedras; baste el castigo pasado, él se enmendará, vaya enhorabuena; mas ellos, como lobos hambrientos, dijeron á voces: *Quítale, quítale, senténciale á muerte de cruz*. Finalmente, Pilato, porfiándoles, respondió: *¿Cómo queréis que á vuestro Rey crucifique?* (1) Mira cómo en el corazón tenía escrito Pilato, según dice nuestro Padre San Agustín, este título de Rey, con el cual nombró muchas veces á nuestro Salvador Jesucristo, cuando respondió al pueblo; por tanto, no se le podía quitar nadie de la boca. ¿Qué mucho, alma, que este nombre dulce Jesús, Rey soberano, traigas escrito siempre en tus entrañas, amándole, y deseándole, y pronunciándole con tu lengua? Finalmente, ellos, negando su verdadero Rey Jesucristo, dijeron *ser su Rey y Señor el Emperador César, y que si le dejaba ir libre á este clementísimo Señor Cristo, que perdería el favor y amistad del César* (2), delante de quien le acusarían, porque no había castigado el crimen *lesæ majestatis*, pues Cristo se hacía Rey. No podían decir con verdad estas palabras, porque el Redentor del mundo, queriendo ellos hacerle Rey, huyó y se escondió, como dice San Juan (3); y aun pregun-

(1) Joann. XIX.
(2) Ibid.
(3) Ibid. VI.

tado de Pilato si era Rey, respondió este benigno Señor, *que su reino no era de este mundo* (1), porque *no vino á ser servido, sino á servir* (2); ni vino á reinar temporalmente, sino á sujetar los corazones á la fe y reinar espiritualmente en las almas. No contradecía al dominio y señorío de César, cuyo reino era mandar solamente sus vasallos, sujetando los cuerpos, ni tampoco quitaba el tributo á César, como estos enemigos fingían; mas antes á esta opinión les respondió: *Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios* (3).

Mas como la ambición sea pecado de tan grandes fuerzas, que sola ella bastó á poner el cuchillo á tantos millares de inocentes, por mandado de Herodes, y aun fué poderosa para que en un día muriesen tantos sacerdotes por mano de aquel desventurado Idumeo Doec, mandándolo el rey Saúl (4), pudo tanto con Pilato, que le hizo torcer su juicio y determinarse á sentenciar á quien, según la probanza hecha, pronunciaba por inocente y por tanto le debía soltar. ¡Oh, pecado abominable! ¡oh, cruel leona la ambición, que ni dejaste con tus uñas de matar á los niños, ni perdonaste á los sacerdotes de Dios! y lo que es peor, que tú sola eres atrevida para condenar á muerte de cruz

(1) Joann. XVIII.
(2) Matth. XX.
(3) Luc. XX.
(4) I Reg. XV.

al que es verdadero Hijo de Dios. Temeroso, pues, Pilato de perder el favor de César, determina condenar al inocente Cordero; y sentado en la silla judicial, condenó á muerte de cruz á nuestro benigno Redentor, mandando poner á cada lado un infame ladrón (1).

De este párrafo querría, alma, que notases cómo, según San Juan, dos veces Pilato mostró con diversos títulos á nuestro Redentor: una vez le llamó hombre, diciendo: *Ecce Homo*; otra vez le llamó Rey (2). Por lo primero parecía dar á entender la humanidad benditísima de este Redentor, del cual, si fueran hombres y no bestias rabiosas, se debrían compadecer. Por el segundo título de Rey le manifiesta ser Dios, al cual llama David *Rey grande en toda la tierra* (3).

Mas pues que el intento porque comenzamos á tratar en este capítulo la Pasión de nuestro benditísimo Redentor, fué considerarle el viernes así como á Rey, si te pareciere algo prolijo este capítulo para leer cada viernes, quiero más en breve tratar estas palabras con que Pilato te enseña á tu dulce Esposo y Redentor, diciéndote: *Ves aquí tu Rey*.

---

(1) Joann. XIX.
(2) Ibid.
(3) Psalm. 46.

CAPÍTULO XV

CÓMO EL VIERNES HA DE TRAER EL ALMA PRESENTE Á CRISTO, CONTEMPLÁNDOLE COMO Á SU REY.

El viernes, alma, has de contemplar á tu dulce Redentor Jesucristo, presentándole en tu memoria así como á Rey, pues te le muestra Pilato dando voces, diciéndote: *Ves aquí tu Rey* (1). No te canses, alma, de leer y ejercitar en esta sacratísima pasión del Hijo de Dios, pues él no se cansó de padecer por tan largo tiempo tantos y tan terribles dolores por tí. Si cada viernes te pareciere ser gran capítulo este pasado, aunque con toda la brevedad que pude resumí la Pasión del Señor, de-

(1) Joann. XIX.

jando lo que resta para la tercera parte, podrás, como hacen algunas personas devotas, leer cada día á lo menos una estación, comenzando el lunes del Huerto, á donde fué preso el Redentor; el martes en casa de Anás; el miércoles en casa de Caifás; el jueves la presentación que se hizo á Pilato; el viernes este capítulo presente, donde le contemplas por Rey; el sábado el crucificamiento del monte Calvario; el domingo la quietud y reposo del santo sepulcro.

Viniendo, pues, al ejercicio que este día santo has de tener, debes considerar que pues te enseñan á tu mansuetísimo Rey y Señor, que no debe ser sino para que te sujetes á él, pues eres su reino. Cuando le preguntó Pilato si era Rey, con gran sabiduría respondió: *Tú lo dices;* y declarando la condición de este reino, dijo luego: *Mi reino no es de este mundo* (1). ¡Oh, alma, que si reino eres de este soberano Rey, no has de ser de este mundo! Él te crió para sí; mira que eres peregrina, para lo cual declararte, dice la Santa Escritura *que Adán fué llevado al paraíso terrenal* (2), siendo formado su cuerpo primero, y criada su alma y unida á él fuera del paraíso; de manera, que aun estando en aquel verjel de Dios y no siendo en él criado, se reconociese el hombre ser peregrino y reino de Dios, el cual no era de este

(1) Joann. XVIII.
(2) Genes. VIII.

mundo. Cuán bien consideraba San Pablo las excelencias de este reino, cuando dijo: *Hermanos míos, ya no sóis huéspedes, ni advenedizos extranjeros, mas sóis ciudadanos del cielo, compañeros de los Santos y súbditos de Dios* (1). Pues si tu conversación, alma, fuere en las cosas eternas, si olvidares lo visible y si en nada estuvieres aficionada á estas criaturas, reino de Dios eres, cuyo señorío y principado dice que no es de este mundo. No dijo, según pondera nuestro Padre San Agustín, no es mi reino en este mundo, porque el Señor en todo reina, en el cielo, en la tierra y abismos, mas dijo no es de este mundo, porque no venía á reinar sino en las almas, lo cual solamente es propio de Dios y no de ángeles ni de hombres.

Será, pues, la respuesta, alma, á estas palabras de Pilato cuando te dice mira tu Rey (2), con gran fervor de amor orar con David, diciendo: *Tú eres mi Rey, Dios mío y Señor mío* (3); Rey, porque me redimiste, siendo burlado con las insignias de rey, y Dios, porque de nada me criaste, dándome el primer sér y haciéndome reino y heredad tuya. Estas han de ser palabras que has de tratar en tu memoria en este santo día, presentando en tu oración este soberano Rey y diciendo muchas veces con gran amor y deseo: *Tú eres, Señor, Rey mío*

(1) Ephes. II.
(2) Joann. XIX.
(3) Psalm. 8.

y Dios mío. ¡Oh, alma, si bien considerases este tu Rey omnipotente, Esposo Jesucristo, cómo es adorado en casa de Pilato, vestido de púrpura (1), para que tú fueses vestida y hecha graciosa en los ojos de Dios con su benditísima sangre, verásle sentado en un trono, para que tú tuvieses por silla el cielo; su cetro una caña en la mano, figura de tus liviandades y declaración de tu corazón vano de toda verdad y gracia que, como caña, á cada viento se mueve; la corona es, no de oro, sino de unas lastimosas espinas, las cuales la sinagoga, tierra maldita, ha ofrecido en lugar de fruto; porque de ella se dijo *que como heredad maldita daría espinas y abrojos á nuestro padre Adán* (2), lo cual se ejecutó en el segundo Adán, Cristo, cuando esta corona de espinas en su delicado cerebro asentaron.

¡Oh, mi buen Jesús, oh, gloria mía, pues sóis mi Rey, en Vos quiero poner mis ojos para ver estas insignias reales y atavíos de Emperador! Espera, espera un poquito, Pilato, no te den priesa esas voces, ó por mejor decir, bramidos de leones, los cuales dicen: quítalo, quítalo, dale la cruz; pues dices que es mi Rey, déjamele contemplar; y pues por mí padece, déjame compadecerme de él. ¡Oh, mi dulce Jesús! ¿qué pregón es este que de Vos se da, diciendo que sóis Rey? Pues si de piés á cabeza

(1) Joann. XIX.
(2) Genes. III.

atentamente os considerare, no hallo señales que con esta verdad concierten; mas antes en todo os han hecho tratamiento, siendo Vos inocente, así como á malhechor. Veo vuestros piés, no tan solamente descalzos, mas aún sangrientos, las plantas desolladas, rasgados los nervios de los dedos de la triste y penosa jornada que desde el huerto de Gethsemaní, siendo preso, habéis andado hasta llegar á esta casa de Pilato; y aún lo que más lastima mi corazón es lo que os queda de andar de aquí al monte Calvario, que son mil ochocientos y dos pasos, llevando una cruz pesada en vuestros hombros (1). Considero vuestras rodillas y espinillas atormentadas de las caídas; miro vuestro estómago delicado y atormentado de hambre, pues ya es cerca de medio día y estáis en ayunas, aunque no ayuno de tormentos, bofetadas y azotes, porque en ayunas se ha de tomar el jarabe amargo que de hiel y vinagre, para que yo sane, habéis de beber en la cruz. Contemplo, Rey mío, ese cetro de vuestras manos, y hallo ser una caña bien rodeada con unos cordeles, que hasta los huesos de las muñecas tienen cortados, de media noche acá que os prendieron, como no hacían sino tirar de ellos los sayones para levantaros de la tierra, aunque también se favorecían de vuestros cabellos preciosos, mejores que los muy hermosos de Absalón, de los cuales, sin acatamiento alguno, mu-

(1) Joann. XIX.

chas veces os levantaban (1). También veo ese divino rostro lleno de cardenales de las bofetadas, afeado con salivas, la boca toda sangrienta porque se pague mi gula, y el cuerpo todo llagado, porque mi carne maligna comience ya á dar fruto, viendo que Vos, inocente cordero, sóis así con azotes atormentado (2). La corona de esas espinas tampoco os manifiesta Rey, sino el más afligido de los hombres que en este mundo padecieron. Solamente me dice que sóis Rey la voz que oigo tan suave á mis oídos: *Mira, ves aquí tu Rey* (3). ¡Oh, alma mía! ¿qué haces? ¿en qué entiendes? ¿cómo no te olvidas del mundo, y aun cómo no te olvidas de tí misma para luego parecerte en algo á este soberano Rey y Señor? ¿cómo te recibirá por esposa si no te viere semejante á Él? Mas ¿en qué, por ventura, le pareces, como tan puesta en las cosas mundanas en todo seas tan desemejante? En una cosa quiero que sepas que le pareces mucho, y es que siempre traes la caña en la mano, porque si á este soberano Rey se la dieron de burla, tú menos sabiamente la tomas, preciándote de ella de veras. Por cayado traes las vanidades: de ellas tratas: en ellas tu corazón asientas, y plegue á su bendita Majestad que no hayas dicho lo que aquel pueblo desatinado afirmó: *Ya no tenemos otro rey sino á*

(1) I Reg. XIV.
(2) Joan. XIX.
(3) Joann. XIX.

César (1), de quien eres hecha tributaria por tu voluntad, siendo él un tirano, y dejando á tu verdadero Rey y Señor Jesucristo y no imitando sus pisadas. Ese mundo rey tirano es, de quien dice el Santo Job *que tiene su imperio sobre los hijos de la soberbia* (2). Pues si el Prelado olvida la cuenta estrecha que tiene de dar de sus ovejas y anda continuamente en las cortes, ¿qué otra cosa hace sino decir con la vida, aunque no lo diga con la lengua, no tenemos otro rey sino á Cesar? Viven en esto engañados, pues no sólo al Rey del cielo sino á los reyes de la tierra más sirven, y más agradan, y mejor con su ejemplo se edifican, cuanto más los ven residir en sus obispados, no saliendo sino con gran necesidad de entre sus ovejas, delante de los cuales dice nuestro Redentor buen Pastor, que ha de ir el que es Prelado, pues el religioso que en negocios seculares se entremete y huelga de dejar su observancia por residir en las casas de los señores y príncipes, ¿qué otra cosa dice á voces sino lo que aquel pueblo decía: *No tenemos otro rey sino á César?* Deja, pues, alma, ese vasallaje miserable: sal de ese dominio de Faraón, rey tirano: ven á ver tu Rey y Señor Jesucristo, que quiere reinar en tí, si te humillares y te escondieres, menospreciando este profano mundo. Mira que te convida la Esposa en los Cantares á esta vista sua-

(1) Joann. XIX.
(2) Job XLI.

ve, diciendo así: *Salid y ved al Rey en su diadema con la cual su madre le ha coronado en el día de la solemnidad y alegría* (1). Grandes cosas, alma, te ha dicho el Espíritu Santo en estas palabras, acerca de la consideración de este día de Pascua, viernes, para que contemples á tu Rey Jesucristo. Grande mensajero es éste; oye ahora atentamente su embajada. Mira lo primero, que dicen que has de salir, porque sin partirte de Egipto no puedes ver y contemplar la tierra de promisión Cristo. No pudo la reina Sabá venir á Jerusalén á ver y hablar con el Rey Salomón, según ella deseaba, sin dejar el reino de Etiopía y Egipto, de los cuales era Señora, según dice Josefo (2): pues si quieres ver á Jesús Nazareno, más excelente que Salomón, la primera jornada es salir del mundo, la segunda salir de tí misma por una manera de admiración, viendo así tratado este Rey, como Él sea Señor de todo lo criado. Esta salida declaró David cuando dijo *que olvides tu pueblo*, esa Babilonia de tus sentidos, *y la casa de tu padre*, que es la miseria de tu pecado, para que luego este soberano Rey *se agrade de tu hermosura* (3); de manera que si el hijo Salomón te dijo que salieses, su padre David te muestra de dónde has de salir, pues te dice que olvides tu pueblo, apartán-

(1) Cant. V.
(2) III Reg. X.
(3) Psalm. 44.

dote de ese mísero mundo, no como la mujer de Loth, que aunque dejó el pueblo de aquella mala compañía, no le olvidó, pues volvió la cabeza atrás, por lo cual la Divina justicia luego allí le dió el castigo, volviéndola en estatua de sal (1): de manera que el olvido de este pueblo es un perfecto menosprecio de todo lo mundano. También dice este Santo Profeta (2) que olvides la casa de tu padre, que no es sino una renunciación de la herencia primera, que nuestro padre Adan nos dejó señalada en una casa lodosa, que es el pecado original, de quien dice David: *En pecados me concibió mi madre* (3). Dijo muchos aunque no es más de uno, porque de él vienen las inclinaciones y habilidades para muchos y diversos pecados, el cual, aunque se remedie en el bautismo cuanto á la culpa, quedó en el alma su ejecución cuanto á la pena, así para el ejercicio de las virtudes como porque la palabra del Señor se cumpla cuando dijo á Adan: *En cualquiera hora que comieres de aquel árbol vedado, morirás* (4).

Quieres, pues, alma mía, con ojos claros contemplar á tu Rey, limpia tu corazón de toda hez de pecado, porque *bienaventurados son los limpios de corazón, los cuales solos merecen ver á*

(1) Genes. XIX.
(2) Psalm. 44.
(3) Psalm. 50.
(4) Genes. IV.

Dios (1). Sal de estos extremos, imitando á la reina Sabá, de quien leemos haber partido de los fines de la tierra, para ver al pacífico rey Salomón (2). No pequeños misterios están encerrados en aquella historia, pues nuestro Redentor, para nuestra confusión, dice que la reina Sabá nos juzgará en el día espantoso del juicio. Baste al presente entender que ni Abraham vino á poseer las riquezas que Dios le prometió, sin primero salir de su tierra caldea y de la casa de su padre (3), ni Rebeca pudo ver á Isaac su esposo, hasta que salió de su tierra y de la compañía de sus padres (4); ni los Reyes Magos, sin venir de las partes de Oriente, merecieron adorar á este bendito Rey Jesucristo; ni tampoco tú puedes, sin salir del mundo vano y Egipto tenebroso del pecado, ver y considerar este sol de justicia y Rey tuyo, que mora en tu corazón; y por eso te dijo aquí Salomón lo que has de hacer primero, que es salir, para poder lo segundo, que es ver á este Rey Salomón figurado.

Esta manera de ver á Cristo, es un compadecerte de él, pues padece por tí; un imitar su santa vida, porque San Pedro dice, *que en su Pasión nos dejó ejemplo para imitar sus pisadas* (5), las

(1) Matth. V.
(2) III Reg. X.
(3) Genes. XII.
(4) Genes. XIV.
(5) I Petr. II.

cuales hallarás impresas por toda su vida, mayormente en su santa Pasión. Mas ya nos declara David á dónde asentemos los ojos cuando contemplamos á nuestro benditísimo Redentor, pues nos amonesta mirarle á la cara (1). No falta, alma mía, quien mire á Cristo; mas pocos le miran la cara. Unos le miran á las manos, y éstos son los que buscan sus intereses y consolaciones, como leemos haberle buscado aquellos que se hallaron en el convite cuando este Redentor y Señor nuestro con tan pocos panes hartó casi cinco mil hombres, de los cuales dice San Juan, que este soberano Rey se escondió, queriéndole hacer Rey (2), porque como era Sabiduría infinita, conoció que le buscaban por interés, vió que le miraban á las manos y reprendióles por ello. ¡Oh, mi buen Jesús, quiero de hoy más miraros al rostro; no quiero buscar más interés, porque no os escondáis de mí. Veo que no huís la cruz, y huístes de esta gente que os quería alzar por Rey. No menospreciastes ser burlado como Rey, y distes de mano al vasallaje y dignidad de Rey. Vuestra honra quiero, vuestra gloria pido, no mi interés, no mi consuelo propio.

Otros le miran á las palabras, y de éstos dice San Juan que yendo á prender por mandado de los fariseos unos soldados á nuestro Redentor Jesucristo, como le oyesen hablar, volvieron admi-

(1) Psalm. 83.
(2) Joann. VI.

rados, diciendo: *Jamás tales palabras habló algún hombre* (1). Otros le miraban á las obras, así como los enfermos, que por su salud, viendo sus grandes milagros, dice el Evangelista que le seguían. No, pues, tú, alma, por interés le debes mirar á las manos, ni por oir palabras dulces, ni por las grandes señales y milagros. Mira al rostro á tu Redentor Cristo; contémplale cómo en este santo día del viernes le tenían; considera quién es el que padece; piensa bien lo que sufre; mira por quién lo padecía, pues todo lo sufre por tí, tan ingrata y olvidada de tan altos beneficios. Considerar debes la corona de Rey que en este santo día de pascua le ha dado su madre la sinagoga, sacándole á vistas en esta solemnidad, vestido de púrpura, como Rey (2). Llamó también día de alegría esta su Pasión, porque en él sus enemigos se alegraron, tomando venganza del Cordero inocente, conforme á su voluntad (3); por lo cual este clementísimo Señor le llamó *hora de sus contrarios y poder de las tinieblas* (4). También fué día de alegría para este clementísimo Rey, pues en la última cena, hablando con sus Apóstoles, dijo *haber sido día que él mucho deseaba* (5). Siendo, pues, el descanso del amor haber cumplido el de-

(1) Joann XVIII.
(2) Cant. III.
(3) Matth. XXVI.
(4) Joann. XII.
(5) Luc. XXII.

seo en padecer muerte, para darnos perpétua vida, aunque fué día de muy gran tristeza al Señor del mundo, también fué día de grande alegría á su Majestad, pues tantos años había que deseaba ver cumplida la redención del mundo, la cual en este santísimo día se cumplió.

Ya has visto la gran sabiduría de este Rey Salomón, la cual manifestó destruyendo la vana sabiduría del mundo, pues se preció de injurias, amó los tormentos y menospreció las honras; derribó la avaricia con su pobreza, destruyendo los deleites con sus dolores: finalmente, venció á la honra del mundo con la deshonra y muerte de su preciosísima cruz, lo cual no pudiera nadie, si no fuera infinito poder, ni supiera ingeniar tal arte, sino siendo suma sabiduría. ¡Oh, valeroso Rey, que sólo bastáteis á matar la bestia cruel, dando con su cuerpo en el fuego, venciendo á Satanás, rey de los soberbios, y á su cuerpo místico, que son todos los que siguen sus pisadas (1). Tenía el maligno tiranizadas las almas, y acusaba de día y de noche á los pecadores hijos de Adán (2). Vencísteisle ilustremente, como el rey David al gigante Goliat, con cayado y honda, quitando el oprobio del pueblo de Israel (3). La honda que da vueltas para herir al contrario, es vuestro bendi-

(1) Dan. VII.
(2) Job IV.
(3) I Reg. XVII.

tísimo cuerpo, que toda la noche y día anda dando vueltas de Anás á Caifás y de Caifás á Pilato, de Pilato á Herodes, dando otra vez vuelta de Herodes á este mismo Pilato, hasta que, dando el alma en la cruz, saldrá así como piedra con el brazo de omnipotente virtud. No dejando la unión personal del Verbo, derribaréis al soberbio gigante, dando con el príncipe de las tinieblas en tierra. Saldréis con cayado á la batalla, llevando una muy pesada cruz á cuestas, para que esa me substente á mí, siéndome vara y cayado para consolación y remedio mío (1). ¡Oh, alma mía, si dieses muchas veces al día vueltas á esta honda en tus tribulaciones; si contemplases á este tu buen Rey Cristo, cómo andaba de un juez en otro, para ganarte en la batalla, venciendo aquel tirano que te poseía, cuán fuerte, cuán animosa y cuán altamente vencerías, aprovechándote bien de estas armas con que el Hijo de Dios venció! Aquí está tu vencimiento y victoria de todos tus contrarios, si no te olvidares de la Pasión y tormentos que este Rey clementísimo por rescatarte padeció.

Pues ten aviso, alma mía, que si reino eres de este bendito Rey, serás regida con vara de rectitud suavemente, porque David dice *que la vara del reino de Dios es vara recta* (2), igual y sin aspereza. No dijo el ángel á la Reina del cielo que rei-

(1) Psalm. 22.
(2) Psalm. 44.

naría este Santo Rey en la casa de Esaú, sino en la casa de Jacob, por quien son figurados todos los predestinados y amigos de Dios, luchadores fuertes que huellan y vencen todo el mundo; en casa de Esaú, que son los prescitos y malos, no reina por gracia y suavidad de amor, sino con aspereza y como á palos, ejecutando su justicia, de los cuales dice David: *Las regirás, Señor, con vara de hierro* (1). El hierro áspero es con el cual los erradores y duros de su voluntad obstinada, merecen ser atormentados y con vara de hierro regidos. *En esta casa de Jacob,* dice el ángel *que reinará para siempre Cristo* (2), para dar á entender que sólo su reino es eterno. Poderoso rey fué Alejandro en Macedonia; valeroso el rey Ciro entre los Persas; muy estimado César Augusto en los romanos; mas todos pasaron como saeta en el aire y como sombra en la tierra, que no dejan rastro ni señal (3); sólo el reino de Jesucristo, nuestro Dios, es el que persevera, y aun á quien con verdad toda la tierra y cielo, ángeles y hombres pueden á boca llena decir lo que David al principio de este capítulo nos dijo: *Tú, Señor, eres Rey mío y Dios mío* (4).

¡Oh, mi buen Jesús! ¡oh, Majestad infinita, pacífico Rey Salomón, pues tales son vuestras insig-

(1) Psalm. 2.
(2) Luc. II.
(3) Sap. V.
(4) Psalm. 83.

nias de Rey en este santísimo día de vuestra pasión, dadme vuestros favores y gracia para ser de los de vuestro reino, muy conforme á los de vuestra majestad en menospreciar la vana honra del mundo, desear las injurias por vuestro santísimo servicio, abrazando con voluntad vuestra santa cruz. Rey mío, pues me ganásteis en batalla, desde ahora me sujeto á vuestra divina voluntad. Vuestra es mi alma por creación y otra vez vuestra por redención. Regid mis deseos, gobernad mis palabras; den os vasallaje mis obras, sea yo del todo vuestro tributario, imitando á aquellos veinte y cuatro ancianos del cielo que, derribando sus coronas á vuestros piés, decían: *Sea la gloria y honra á Dios que está asentado en su trono y también al Cordero* (1). Alaben os, Rey mío, los ángeles; glorifiquen os, mi Dios, los cielos y tierra; todas las criaturas canten alabanzas siempre sin cesar. Amén.

Lo que falta de la Pasión se trata en la tercera parte de este libro.

(1) Apoc. IV.

CAPÍTULO XVI

DE CÓMO EL ALMA HA DE TRAER PRESENTE Á CRISTO EL SÁBADO, CONTEMPLÁNDOLE COMO Á SU ESPOSO.

El sábado, alma mía, has de considerar trayendo presente en tu memoria al dulcísimo Jesucristo, contemplándole como á tu amado Esposo; y las palabras que le has de decir mental y vocalmente, son aquellas de la Esposa en los Cantares, la cual, con afervorado amor, decía: *Mi amado á mí y yo á él* (1). Son aquestas palabras de tan grande admiración y espíritu y tan obscuras, que si bien son miradas y consideradas, más parecen cifras que no sentencia entera. San Bernardo dice

(1) Cant. V.

que hablaba aquí la Esposa á causa de la gran abundancia que sentía de placer y gozo en su corazón; mas no con palabras abundosas, sino al parecer muy faltas. Verdad es cierta que no pudo callar, mas tampoco pudo hablar ni decir cosa, sino como por señas. ¡Oh, fuerza de divino amor y suavidad soberana, que te dejas sentir, mas no te dejas declarar y decir! Consientes dulcemente gustarte, mas no dispensas con nadie que te declare. ¿Quién, alma, será intérprete de estas palabras de tan suave amor, sino el mismo Espíritu Santo que las dijo, el cual se llama y es amor santo? Paradoja obscura es, no hay quien la acabe de entender. *Mi amado Cristo á mí y yo á él.* Si hablara el entendimiento, él se diera á entender, como dice San Bernardo; mas aquí habla el afecto, lengua es de voluntad amorosa, no es mucho que quede como ignorante nuestro entendimiento. *Esta es la palabra buena* que David dice *haber brotado su corazón* (1); como cuando de haber comido alguna alcorza, ó conserva de azahar, por fuerza ha de ser el aliento muy suave, bien así la Esposa santa, llena de Dios, pronunció esta buena palabra, diciendo: *Mi amado Cristo á mí y yo á él.* Ahora, pues, cúmplase lo que falta, para que mejor estas palabras se entiendan.

Lo primero que se ha de añadir en estas palabras, es decir así: *Mi amado Esposo*, ó Jesucris-

(1) Psalm. 44.

to, *es hermoso y muy bastante para mí; y yo soy su Esposa graciosa y muy conveniible joya para él* (1). Cuánta sea la hermosura de aqueste Soberano Esposo Jesucristo, no hay lengua que declararlo pueda, porque en tres cosas dice Santo Tomás que consiste la hermosura (2): lo primero, en la antigüedad de los miembros; lo segundo, en la proporción y medida razonable de cada uno de ellos; lo tercero, consiste en un agradable color. Cuán altamente todo esto se pruebe de nuestro benditísimo Salvador, la razón lo enseña, pues fué obra de la mano del Espíritu Santo, el cual organizó aquel Sacratísimo Cuerpo; de manera, que así como hasta Cristo no hubo más excelente disposición que la de Adán, porque le formó Dios (3), bien así antes ni después no habrá otra hermosura semejante á la de nuestro Salvador Jesucristo. Así lo dice David, admirado de su disposición y elegancia: *Hermoso sóis, Señor, más que todos los hijos de los hombres, y vuestros labios están llenos de gracia* (4). Solamente quiero, alma, que consideres la hermosura de tu amado Esposo Jesucristo, cuanto á los colores, para que luego más te aficiones á él, los cuales la misma Esposa declaró, diciendo á las guardas de la ciudad que por él preguntaban: *Mi amado Cristo es blanco, y co-*

(1) Cant. V.
(2) S. Th. III p., q. XXXIX, a. 8 et 22, q. CXLV, a. 2.
(3) Genes. II.
(4) Psalm. 44.

lorado, y escogido de entre muchos millares (1). Dijo ser blanco de parte de su divinidad, porque el sabio le llamó *blancura de luz eterna y espejo sin mácula, imagen de la bondad del Padre* (2). No supo á qué blancura le comparase, sino á la de la luz y luz eterna, porque diciendo su hermosura, declarase también su inefable natividad; de manera, que así como el rayo nace del sol, así el Verbo en eternidad nace del Padre, quedando uno en esencia, y distinto en Persona, Padre é Hijo, un solo Dios. Esto declaró el mismo Dios, cuando dijo: *Yo y mi Padre una cosa somos* (3).

Nuestro Padre San Agustín dice que con estas dos palabras derribó dos capitanes que afirmaban dos diversas herejías. Diciendo: *Una cosa somos Yo y mi Padre*, enseñó la unidad en esencia, para convencer á Arrio; y cuando dijo *somos*, significó pluralidad de las divinas personas Padre é Hijo, para convencer á Sabelio; de manera, que la hermosura de este Señor es tan acabada, que se llama *blancura de luz eterna*.

También dijo *que es espejo sin mácula*, por el cual podremos entender su alma benditísima, pues es tan pura, tan sabia y tan representadora de toda pureza. Luego que fué criada, tuvo visión beatífica de Dios y tuvo ciencia de todas las cosas

(1) Cant. III.
(2) Sapient. VII.
(3) Joann. X.

pasadas, presentes y por venir, teniendo noticia de todos sus amigos los predestinados, en los cuales había de tener virtud y efecto su gloriosa Pasión (1); de manera, que muy mejor que aquel Sabio Salomón, podrá decir este espejo perfecto y alumbrado de tan alta sabiduría: *Excedí en saber á todos mis antepasados* (2). Estas son las manzanas y flores que el Niño Jesús pedía, cuando en las entrañas de su benditísima Madre dice *haber enfermado por el amor que tuvo á nuestra redención* (3). Flores son los amigos de Dios predestinados, que como en flor viven, conservando su limpieza y santificación por gracia. También son manzanas graciosas, que dan siempre buen olor de ejemplo, las cuales pasan en sus navecitas, como las vió ir el Santo Job, encerradas en sus cuerpos delicados, caminando para la Jerusalén triunfante (4). También dijo el Sabio, que este Esposo tan agraciado, *es imagen de la bondad de Dios*, lo cual podemos bien decir de su Santísimo Cuerpo. ¡Oh, qué medalla tan hermosísima! ¡Qué imagen tan labrada por mano de la bondad de Dios! Así lo declaró el ángel, cuando preguntado de la Virgen María, respondió: *El Espíritu Santo vendrá en Vos* (5). Como si dijera: el artífice será

(1) S. Tho. III p., q. X, a. 2.
(2) Eccles. I.
(3) Cant. II.
(4) Job IX.
(5) Luc. I.

no otro sino la bondad infinita, la cual se atribuye al Espíritu Santo. Toda la Trinidad entendió en organizar aquel cuerpo sacratísimo de Cristo y en criar su alma santísima; mas dice ser obra del Espíritu Santo, porque esta obra de hacerse Dios hombre, es obra de amor, y el amor es atribuído al Espíritu Santo (1). Conclúyese bien que esta imagen es representadora de la bondad de Dios, pues el Espíritu Santo, que es bondad infinita, declaró el ángel que había de ser Maestro.

Ó si quieres, alma, ver cómo el cuerpo benditísimo de tu Redentor Jesucristo es imagen de la bondad de Dios, de blanco y colorado pintada, pon los ojos en un crucifijo, y verás su preciosa pintura en el madero de la cruz, el rostro blanco de las salivas, las manos y piés y todo su santo cuerpo colorado, de la mucha sangre que de él corría. ¡Oh, imagen perfectísima de paciencia y humildad, pues está orando por quien le crucifica y promete el reino del cielo al ladrón, que un poco antes le blasfemaba! (2) Da sus vestiduras á los ministros que le crucificaron; encomienda la Madre al bendito Apóstol San Juan, amigo suyo (3); reparte á manos abiertas mayores mercedes, cuando ve que se le va acabando la vida. ¡Oh, imagen de bondad infinita, seña de las grandes misericor-

(1) S. Tho. III p., q. XXXII, a. 1.
(2) Luc. XXIII.
(3) Joann. XVI.

dias de Dios, dulce Esposo de las almas! *blanco*, pues que sóis Dios, resplandor de luz eterna; *colorado*, pues sóis hombre en los tormentos de vuestra bendita Pasión con vuestra sangre teñido (1).

Ya viste la blancura y colores tan hermosos en tan dulce Esposo amado, alma mía, como es blanco, siendo Dios, y colorado como un rubí, siendo verdaderamente hombre, en su propia sangre teñido, con la cual tu fealdad se remediase, que estabas denegrida por el pecado, que ni aun los ángeles te podían mirar, estando más fea que el carbón (2). Viste su gran sabiduría, muy mejor que la de Salomón, porque es Omnipotente Dios; más fuerte que Sansón, pues puede todo lo que quiere. Siendo tan acabado este Esposo, tan sabio, tan hermoso, tan sapientísimo y tan fuerte, razón es que des ya el sí para este santo desposorio. Aficionándote á tan dignísimo Esposo, dí con entrañable deseo: *Mi amado Esposo Jesucristo es toda la hermosura agradable á mis ojos, y todo mi tesoro á quien sólo amo* (3), pues él es escogido entre millares de querubines y ángeles, y yo soy quien él desea y á quien principalmente ama entre todas las criaturas de este universo; por tanto, Cristo, mi amado Esposo, á mí me ama y yo á él.

Mas ya parece cosa maravillosa, que un tan acabado Esposo quiera tanto á las almas, que pa-

(1) Cant. II.
(2) Psalm. 50.
(3) Cant. V.

rezca no entender en otra cosa, sino en siempre hacerles mercedes, siendo quien son. No tienes, alma, en tí cosa que ame este Esposo, y tienes mucho que aborrezca en tí, pues tu caudal y dote son millares de pecados; sólo él es bueno por esencia, porque es suma bondad, es fuente de quien manan todos los bienes que en tí son como pintura. *Tu rostro*, dice Jeremías *ser como unos carbones negros* (1), después que te faltó la lumbre y luz de gracia que por el pecado perdiste. Perdido aquel excelente lustre y hermosura, quedas hecha una Etiopisa, fea y negra, á la manera de un carbón. ¡Y que siendo tal, te reciba por Esposa el Moisés bendito Cristo! digo, que con razón María, su hermana, se admira y espanta de ello. ¡Oh, qué espanto y qué admiración es á la naturaleza angélica, los cuales, como sean espíritus, tienen mayor hermandad con Dios, que es Espíritu! Pues viendo que tanto haya amado este Esposo dulcísimo á una Etiopisa y que se haya hecho hombre con tan grande inmenso amor que tenía á los hombres, carbones muertos y feos, y que los haga con su santo amor carbones de fuego encendidos, como los vió Ecequiel en aquella visión de aquellos santos animales, admíranse y quedan espantados y con grande razón. ¡Oh, alma, tan amada y tan sin por qué; tan favorecida del Padre Eterno, que pusiese su corazón cerca de tí, que no poco admiró

(1) Tren. I.

al Santo Job (1), y que tú te retraigas y huyas, no queriendo llegar tu corazón á tu amado Cristo, tanto tiempo olvidada en pecado, tan negligente en obedecer su santísima ley! ¡Oh, ceguedad grande, que teniendo ojos no veas, y teniendo piés no andes, hecha una estátua muerta! Hora es ya que te levantes, y aun más es que hora, llora tus culpas y haz penitencia de tus maldades. Si cometiste traición, vuélvete á tu amado Esposo; por tí dió su sangre; por tí en la cruz ofreció su vida, para darte confianza y convidarte á que te vuelvas á él por santo amor.

Ya conviene, pues, que te atavíes de los colores y traje que tu amado Esposo Jesucristo entendiste vestirse, porque contentes á quien tanto te ama. El sabio Salomón dice *que aquella fortísima mujer se vestía de holanda y púrpura*, que no es otra cosa sino blanco y colorado, colores que al amado Jesucristo ya viste dar gran hermosura; y *el precio* de esta fuerte mujer dijo luego el Sabio *que es tan grande, que no menos que de los últimos extremos ha de venir* (2). Dos extremos muy extremados hallarás en tu Esposo Jesucristo: el uno es ser Dios y el otro es ser hombre. De aquí nace el precio con que eres redimida, alma, porque el que padece es verdadero Dios y hombre. Tú eres la mujer fuerte que, con animosa fortaleza,

(1) Job. VII.
(2) Prov. XXXI.

has de tener todo lo criado debajo de los piés, amando con gran lealtad por memoria contínua á tu único Esposo Jesucristo. Mira que dice nuestro Padre San Agustín que por eso nuestro Señor dió el dominio al primer Adán de todo esto criado, porque de las criaturas usase para su servicio, y del Criador gozase para su descanso y felicidad. Sírvete de todo, nada amando sino á tu Esposo, que si mujer fuerte eres, en esto te has de mostrar animosa, en que nada de todo lo criado ames por afición alguna, que se inquiete tu corazón; porque cuando la afición de la criatura trae desasosiego, ya es señal que pregona guerra, pues se revuelve el agua clara de tus pensamientos reposados. Sed esforzada; pide favor á este fortísimo Esposo; mata luego la centella, porque no se encienda toda la casa; corta luego el cáncer, porque no se pudra el corazón; aparta ocasiones y huye á los brazos de tu amado Esposo Jesucristo en la cruz; y créeme que no tienes otro remedio para salir con la victoria de tan terrible y peligrosa batalla, en cuyo vencimiento se te da por premio Jesucristo, Esposo tuyo, porque triunfo tan excelente no basta á pagarse con cielos ni tierra, ni ángeles ni querubines, sino que á tan fuerte mujer, que lo desamparó y dejó todo, se le dé en galardón el que sólo lo vale todo, ese mismo Criador, por quien todas las cosas tienen sér.

La holanda blanca de que te has de vestir, alma, es la pureza y castidad que has de tener en lo ex-

terior y juntamente interior. La holanda se teje con hilos doblados, para que entiendas que tu castidad ha de ser doblada de fuera, siendo honesta en el hablar y conversar con los prójimos, y de dentro poner guarda en tus pensamientos; de manera, que tu Esposo Cristo purísimo ninguna mancha halle en tí que le enoje, mas antes muy agradado de tu pureza te diga lo que dijo á la Esposa en los Cantares: *Toda sóis graciosa, Esposa mía, y no hay mancha en Vos* (1). Acuérdate, alma, que en el horno y fuego encendido de Babilonia no fueron quemados los niños santos porque eran tres y eran niños. En la niñez se declara la integridad y castidad pura, porque los niños por su inocencia son extraños de toda corrupción. En el número de tres te avisa el Espíritu Santo que en la mayor tribulación que te diere tu propia sensualidad, te has de guardar, para que el fuego no te queme, de tres cosas, las cuales son pensamiento malo, palabra fea y tocamiento ilícito, porque con tal cautela el fuego de pez y resina babilónico, no te enojará ni te afeará para descontentar á tu Esposo Cristo; mas porque no pienses que esto se puede con propias fuerzas, luego dice el Profeta que siendo tres los niños, pareció con ellos otro, que eran ya cuatro, el cual dijo el rey Nabucodonosor ser semejante al Hijo de Dios (2). Manifiesta cosa es, alma,

(1) Cant. IV.
(2) Dan. III.

que este tu Esposo Jesucristo es Dios Eterno, único Verbo del Padre. Mira que no estás sola en las batallas que padeces contra la castidad; tu Esposo Cristo está de tu parte, llámale á voces como llamaban aquellos niños. No dejes las armas invencibles de la oración, mira que ni las vestiduras ni un cabello de su cabeza se quemó en aquel fuego tan encendido; ni tú en nada serás perjudicada, defendiéndote tu amado Esposo, de holanda blanca y pureza de castidad vestida.

Lo colorado con que te has de ataviar, vistiéndote de púrpura, como aquella fuerte mujer, es la pura conciencia, inflamada en amor de éste tu dulce Esposo Jesucristo, deseando ser otro Serafín en amar á tan excelente amador; y aun amando todas las buenas obras que hacen los amigos de Dios, porque pues no puedes amar ni obrar sino por una, vaya tu deseo tan adelante que todas las obras ajenas hagas tuyas. Condición es y primado que se da á la caridad, que á los otros toma sus dones y bienes, no haciendo á nadie agravio ni injuria. Si amas la misericordia que obra tu prójimo, ya eres misericordiosa; si la paciencia, si la humildad, si otra cualquiera virtud, en todo te aposesionas; de manera, que esta púrpura del Rey soberano y esta caridad encendida, es la que todas las cosas hace suyas, sin echar de la posesión á nadie. Es un obrero que de sentado hace más que todos los que sudan, trabajando en la viña de Dios sin amor, porque con solo amor, con dulcedumbre

trabaja con las manos de todos. Comiendo, ayuna con el Bautista en el desierto (1), y durmiendo, vela con su Esposo Cristo toda la noche en oración; holgando, lucha, como otro Jacob (2), teniéndose á brazos con el ángel; y fuertemente con brazos de deseos invencibles, todo lo puede, *todo lo cree y todo lo sufre*, según dice el Apóstol San Pablo (3). Si de colorado andas vestida, alma, conforme á tu Esposo, mira que los hilos delicados de esa púrpura colorados han de ser; quiero decir que estos pensamientos espirituales y santos jamás han de cesar en tu corazón. No vivas engañada como muchos ignorantes que piensan no poder darse á Dios sino en ciertos tiempos y lugares apartados; de cualquier estado y condición que fueres, te podrás vestir de púrpura, y aunque en muchos negocios ocupada, te puedes también ocupar en Dios, según más adelante trataremos. Da parte de sus negocios á Cristo; comunícalos con él; mira que todas tus obras te comunicó, siendo ellas buenas para hacerte á tí buena; comunícale tú tus negocios, porque si podrían ser malos, él los haga buenos. Bien se sufre la compañía de la luz y del aire, porque la luz no ocupa lugar. Luz verdadera es tu Esposo Jesucristo; no pienses que te ocupará ni estorbará tus negocios, gobernación

(1) Matth. III.
(2) Genes. XXXI.
(3) 1 Cor. XIII.

de familia, regimiento de tu hacienda, ni todo lo demás; antes te quiero decir que en estos actos humanos hallarás más hecho en una hora pensando y contemplando á tu Esposo Cristo Jesús en ellos, que hallarías en muchos años obrando con olvido de este dulcísimo Esposo. Acuérdate que la primera criatura que Dios hizo fué la luz (1), para después criar cielos y tierra, porque tú, alma, en el concierto de tu vida lo primero que hagas es encender la candela en tu conciencia, llamando á Jesucristo tu Esposo actualmente en todas tus obras, así como quien lleva la hacha en la mano para no dar de ojos con las tinieblas de la noche en el camino. Si los Magos vinieron á Jerusalén fué porque la estrella les guió hasta venir á adorar á su Criador y Redentor en el pesebre (2). No puedes, alma, ir camino derecho con descuido y con olvido; sigue la estrella que va adelante; no cierres los ojos á la fe que te guía hasta que adores tu Esposo en clara visión de gloria, vestida de blanco y colorado, holanda y púrpura de castidad y amor. Estas son las rosas y azucenas á donde el Esposo amado Jesús se viene á pasear y á comer, según la Esposa en los Cantares lo dice (3). Cada pensamiento y deseo amoroso con que te acuerdas, alma, de tu amado Cristo, rosa y azucena

(1) Genes. I.
(2) Matth. II.
(3) Cant. IV.

olorosa es, entre las cuales el Señor se viene á pasear, dándote muy gran alegría y consolación entrañable con su benditísima presencia. Azucena es la humildad, rosa la mansedumbre, violeta muy graciosa la prudencia, y todas las virtudes plantas son del verjel de Dios, que es el alma. No sin misterio se lee de Ester, que iba muy ataviada y con olorosos ungüentos ungida, cuando fué del rey Asuero recibida por esposa, siendo desechada la presuntuosa é inobediente reina Vasthi (1). Tú eres, alma mía, la Ester tan dispuesta que has de ir vestida de holanda y púrpura de pureza y amor, y no te han de faltar ungüentos que den suave olor, deseos santos, contemplaciones contínuas y ejemplo que edifique á tus hermanos en cualquiera parte que te hallares. La mujer desechada é inobediente fué Lucifer soberbio con sus ángeles; ó si quieres entender por la reina Vasthi la sinagoga, que por su loca soberbia fué reprobada; y la Iglesia humilde fué de Cristo elegida, la cual ahora resplandece en los cristianos y fieles.

¿Mas dónde, alma mía, podremos haber vestiduras tan preciosas y colores tan estimados, holanda y púrpura, para que este Esposo clementísimo te reciba por su esposa? Así como no es cosa del suelo sino del cielo la virginidad y pureza, así el amor y caridad no es vestido que se labra en la tierra; mas no debes desmayar porque la guarda

(1) Esth. V.

de las vírgenes, Egeo, dió los atavíos del rey á la pobre Ester (1); tu amado Esposo Cristo Jesús, guarda de las vírgenes, el Hijo de la Virgen Santa María, él de su mano te da las vestiduras y atavíos para que seas su amada esposa. Ves aquí á Isaac que envía joyas preciosas con Eliecer, su criado, á Rebeca, su esposa, las cuales vistas, luego le dió deseo de irse para su esposo y dejar su padre y madre, tierra propia y hacienda (2). El Espíritu Santo es Eliecer, al cual dijo Cristo que enviaría á sus Apóstoles. Excelentes joyas trae, ¿cómo no sales de tí misma? ¿por qué te agrada tanto esta tierra de miseria de culpa? Recibe las joyas y atavíos que te envía tu amado Esposo. Luego se hace el desposorio con el anillo de la fe, y las palabras son del Profeta Oseas: *Yo te desposé en fe, en justicia, en juicio y en misericordia; yo hago este desposorio para siempre* (3). Ves aquí, alma, los tres bienes que nuestro Padre San Agustín dice que hay en el casamiento: fe, generación y sacramento. El primer bien es la fidelidad que has de tener, amando solamente á este amado Esposo Cristo. Esto se figura en el anillo de la fe, porque el anillo puesto en el dedo no admite ni cabe otro dedo; es decir, que en tu entendimiento no haya error ni en tu voluntad afición que no sea

(1) Esth. V.
(2) Genes. XXIV.
(3) Oseae II.

caritativa y santa, ni en tu memoria se represente sino sólo Jesucristo. La fe toda el alma toma, pues sujeta á sí misma el libre albedrío, y toda la ocupa como anillo que viene á la medida y molde del dedo. Mira que Thamar, por haber guardado el anillo que le dió su suegro, fué libre de la muerte que merecía por su pecado (1). Guarda bien y fielmente este anillo con las vestiduras de gracia que tu Esposo te ha enviado, por que no mueras para siempre en las penas infernales que por tus pecados tenías merecidas. La vestidura de púrpura también te da de su mano este Esposo dulcísimo, de la cual está escrito: *La caridad cubre la multitud de los pecados* (2). A ésta llama David *vestidura de brocado, cercada de diversos colores* (3), porque á todas las otras virtudes encierra la caridad en sí, dándoles vida y virtud para que sean agradables á Dios.

El segundo bien que hay en el matrimonio, dijo nuestro Padre San Agustín que era fruto de bendición. Esto declaró el Profeta en lo que luego dijo que este desposorio espiritual es en justicia. No pienses, alma, que es estéril y sin fruto este santo desposorio; en justicia es, porque todas tus obras y justificaciones son tuyas é hijos de bendición que ofreces á tu Esposo Cristo; de manera, que ya se

(1) Genes. XXXVIII.
(2) Jacob. V.
(3) Psalm. 44.

diga que la estéril tiene muchos hijos, deseos santos, obras pías y ejercicios espirituales. Aquel padre tan misericordioso con el hijo perdido, dice San Lucas (1), que en reconociendo su culpa, como pidiese misericordia, luego mandó *darle un anillo en la mano*, que significaba la fe con obras. El anillo hermosea la mano, y la mano hace compañía al anillo, así la fe da lustre á todas las obras; de manera, *que sin fe es imposible agradar á Dios* (2). La mano acompaña al anillo, porque si obras no tuvieres, la fe cuerpo es sin alma, según dice Santiago (3). No te contentes, pues, alma, con el primer provecho, que es fe; has de tener lo segundo, que es fruto de bendición. El último provecho es, que en este desposorio espiritual hay sacramento, porque el alma y su Esposo Cristo en alguna manera ya no son dos, por la grandeza de unidad de amor, si no puédense decir un espíritu. Esto es lo que dice San Pablo, *que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con Él* (4), porque ya el alma, así unida con Dios, puede con el mismo Apóstol decir: *Vivo yo, mas ya no yo: vive en mí mi Esposo Cristo* (5). ¡Oh, bienaventurada unidad y sacramento escondido, que pueda ya, alma, decirse tu vida, tu dulcísimo Esposo Jesucristo, el

(1) Luc. XXV.
(2) Hebr. XI.
(3) Jacob. II.
(4) I Cor. VI.
(5) Galat. II.

cual diciendo ser él vida, te quiso declarar ser vida tuya. A esta unidad respondió lo que el Profeta Oseas dijo luego: *Yo te recibo en esposa para siempre* (1); porque de tal manera este amado Esposo te recibe, que jamás, no queriendo tú, serás apartada de él; mas hay aquí un secreto en este santo desposorio, y es, que cuando los otros matrimonios se acaban, entonces este matrimonio espiritual se perfecciona; esto es decir que en el día de la muerte se da enteramente la posesión de este bendito Esposo; porque en tanto que vives, desposorio es que con palabras de futuro se ordena, pues en esperanza y fe confías de gozar aquel reino eterno. Esto dijo el ángel á San Juan cuando le enseñó la Esposa y mujer del Cordero (2). Primero dijo *Esposa* y después la llamó *mujer*, dando á entender que toda esta vida es un desposorio, que puede tener peligro y haber apartamiento por consentimiento de culpa, lo cual ya no se sufre, cuando después de la muerte se gozare con clara visión este hermosísimo Esposo Jesucristo. Mas avísote, alma mía, que para venir á este estado, primero has de decir en la cruz las palabras que tu dulcísimo Esposo dijo: *Consummatum est* (3); quiere decir: ya es todo acabado. Has de acabar en tí el mundo; ha de tener primero fin tu sensualidad y sentidos, y finalmente, has de

(1) Oseae II.
(2) Apoc. XXI.
(3) Joann. XIX.

haber dado esta vida presente, ofreciéndola á tu Dios en servicio, para que poseas perpétuamente á Cristo, que es vida eterna.

A vos, hermana, llamada para Esposa de este clementísimo Señor, conviene más este capítulo que á otro algún estado, aunque con todos hable, pues cada un alma esposa es de este dulcísimo Señor. Sed, pues, mujer fuerte, según aquí ha dicho el Sabio, vestida de holanda y púrpura, para que así el Señor se agrade de vos. De holanda os vestísteis cuando en fin del año del noviciado, como otra Estér, pasado el año, os dedicásteis al rey Asuero Jesucristo, por voto de limpieza y castidad (1). Mirad que os avisa este Esposo purísimo, que en todo tiempo guardéis vuestras vestiduras con gran limpieza. La púrpura y vestidura de grana, de la cual también en aquel día os ataviásteis, es la obediencia santa, por la cual hacéis el más alto sacrificio que en este suelo á Dios ofrecerse puede; porque tiene gusto de martirio, se puede así llamar bien púrpura colorada. No seáis en nada vuestra, si queréis, hermana en Cristo, ser toda poseída y del todo consolada en la santa religión. Mirad que pide hoy día nuestro Dios el único hijo y mayorazgo muy amado al Patriarca Abrahám, aunque por nuestra miseria los menos dicen que sí (2). Isaac muy amado es vuestro querer, el cual

(1) Esth. V.
(2) Genes. XXII.

pide Dios que le pongáis al cuchillo cada vez que obedecéis á vuestro Prelado, negando vuestra voluntad; á donde luego el ángel viene á dar mil consuelos al verdadero obediente y dice que no muera Isaac, sino un carnero manso en su lugar. Morirán esos sentidos y cuerpo animal; mas vuestro Isaac, vuestro querer, vivo queda, volviéndose á la fuente Cristo, en el cual vuestra voluntad hallaréis mejorada. Ni tengáis en poco la tercera vestidura como sobre-ropa, la santa pobreza, de la cual hallaréis á vuestro amado Esposo Cristo bien ataviado en pobres paños en el pesebre (1) y portal de Belén y en la cruz. Esta ropa le cubre de piés á cabeza, vestido de desnudez, cubierto de su propia sangre. No penséis, hermana, haberlo todo dejado por haber salido del siglo, pues no hay monasterio tan reformado que no tenga siempre algo en qué limitarse para subir á mayor perfección. Ni hay tampoco persona religiosa tan pobre que no tenga alguna cosa supérflua, la cual de nuevo pueda menospreciar, para con mayor pobreza agradar al más pobre de los pobres, nuestro Salvador Jesucristo. Si de esta preciosa ropa os preciáredes, de la cual el que es riqueza infinita tanto se preció, os quitaréis de muchas molestias con parientes y conocidos, bastándoos en el comer y en el vestir la comunidad, pues con solamente esto era contento el Apóstol San Pablo.

(1) Luc. II.

Quiero concluir con la persuasión á esta gran virtud de la pobreza voluntaria dando un aviso, y es que la Esposa de Jesucristo no solamente es reprensible ser los vestidos y manjares de mucha estima ó precio, mas aún las imágenes muy ricas y libros muy cubiertos de oro. ¿Qué más se me da usar cosas preciosas que tener y usar del precio de ellas? San Buenaventura dice que algunos religiosos dejan oro y plata, menospreciando mucha hacienda en el siglo; y venidos á la religión, se ciegan con el polvo de la afición y curiosidad en las cosas pequeñas. Sea vuestro oratorio devoto y no rico; vuestra vestidura más honesta que preciosa, de tal manera, que en todo despierte en vuestra memoria el amor de la pobreza del bendito pobre Cristo, que por esposa os tomó, siendo amador de pobres.

Ya, pues, alma mía, recibidos los atavíos y joyas de la mano de tal Esposo, será bien que, mirando su hermosura, así como la reina Ester (1), se te acaben las fuerzas con un desmayo admirable, poniendo en olvido todo lo demás; porque luego tu Esposo Cristo, Rey poderoso Asuero, para consolarte y enriquecerte se levantará de la silla, poniendo su corona real en tu cabeza, dándote fuerzas y ánimo para siempre ir muy adelante de virtud en virtud, hasta ver y adorar á este Rey y

(1) Esther. II.

dulcísimo Esposo por clara visión en Sión (1), á donde con más alta perfección podrás decir las palabras que en este santo día dijimos, que han de andar impresas en tu memoria, las cuales son: *mi Esposo amado Cristo es muy gracioso á mí y yo muy agradable á él* (2).

ORACIÓN

¡Oh, benigno Jesús, amor mío y Esposo mío, Vos á mí y yo á Vos amo y deseo más amar! Vos mi hermosura, Vos mi gloria, Vos mi Esposo dulcísimo, escogido entre millares de millares. Vos blanco y colorado, Criador de los ángeles y Redentor de los hombres. Vos más gracioso que Absalón, y más sabio que Salomón, y más fuerte y poderoso que Sansón, limpiadme de mis culpas, pues tenéis el poder; ataviadme de vuestra mano porque sea digna esposa vuestra. Luego ofrezco el dedo de mi entendimiento: dadme, Esposo mío, el anillo de la fe; vestidme de holanda de limpieza y castidad; adornadme de púrpura, vistiéndome del sol, con vuestro divino amor; calzadme de luna, que es perfecta esperanza; y sea la corona de estrellas con sus rayos, dando luz á mis ojos con los Artículos de la Fe, porque así ataviada, como

(1) Psalm. 83.
(2) Cant. II.

aquella mujer celestial que vió San Juan (1), me recibáis por esposa en esta presente vida y por mujer en el día de mi muerte, dándome manifiesta vista y clara visión en vuestra eterna gloria. Amén.

(1) Apoc. XXI.

CAPÍTULO XVII

DE CÓMO EL ALMA HA DE TRAER PRESENTE EL DOMINGO Á JESUCRISTO, CONTEMPLÁNDOLE COMO Á PADRE.

L domingo has de traer presente á tu Redentor Jesucristo, contemplándole en tu corazón en todo este día así como á Padre; y las palabras que mentalmente le has de hablar con grande afición, son las que dijo Eliseo á su amado Maestro el gran Profeta Elías: *Padre mío, carro sóis de Israel y aun guía sóis de él* (1). Estas palabras se dijeron en el tiempo que este discípulo vió subir á

(1) IV Reg. II.

Elías, por manera milagrosa, en aquel carro de fuego, á donde fué recibido.

Es oración tan valerosa, que mediante ella recibió el doblado espíritu que antes pedía; esto es, sabiduría y vida virtuosa, porque nada vale lo primero si no se acompañare de lo segundo, pues decir dos veces Padre, no es otra cosa sino pedir el espíritu doblado, luz y conocimiento para conocer este gran Padre, Cristo Salvador nuestro, y favor de su santísima gracia para servirle y agradarle en nuestra vida y obras. Llamarle *carro* es decir que en sus hombros lleve la pesadumbre de nuestras flaquezas y pecados; porque Isaías dice *haber llevado este benigno Padre y Señor nuestras enfermedades y dolores* (1), lo cual principalmente se cumplió cuando llevaba aquella cruz pesada en sus santos hombros. Llamarle *guía* es significar que en todas nuestras obras y deseos (si hijos somos y Él es Padre nuestro), se ha de cumplir su santísima voluntad, la cual ha de ser norte y guía de todos los que navegan en el mar de este mundo para llegar al puerto seguro del cielo.

Da, pues, voces, alma mía, orando muchas veces dentro de tu corazón; derríbate delante de este benigno Padre Cristo y di así: *Padre mío, Padre mío, carro sóis de Israel* (2). Vos sóis Verbo por quien sustenta el Padre Eterno todo lo criado.

---

(1) Isai. LIII.

(2) IV Reg. II.

Vos sóis mi guía y capitán animoso, y en vuestra virtud se me ha de dar el vencimiento en las manos. Mas para que mejor te aficiones, alma, á tales y tan alegres palabras, has de saber que este nombre *padre*, según el filósofo, no se puede decir sino habiendo perfecta similitud y generación entre el que es llamado hijo y su padre. Por esto no llamamos á un fuego que se enciende de otro, hijo de aquel fuego; ni á un árbol que se planta de otro árbol, ser su hijo, porque no hay tan perfecta generación, como se requiere, para el uno llamarse hijo y el otro padre, la cual hay entre el leon y su hijo, á cuya causa decimos el padre de este leon pequeño al otro leon, de quien es hijo; de manera, que si en todo rigor habláremos, sólo uno es Padre, el cual tiene sér eterno, y éste tiene un solo Hijo, su Verbo, eternalmente engendrado de su substancia, á quien llama San Pablo *resplandor de gloria é imagen de la substancia del Padre* (1). En todo es semejante á él, pues todas sus perfecciones infinitas le comunica, comunicándole su sér. Esto es lo que el mismo Redentor dijo, según dice San Juan: *Todo lo que mi Padre posee mío es* (2).

Puédese dilatar este nombre *padre*, comunicándose á sus hijos por similitud imperfecta, según que entre el Criador y la criatura, entre el hombre y Dios, hallamos en la sagrada Escritura muchas

(1) Heb. I.—Sapient. VII.
(2) Joann. V.

veces usados estos vocablos, Padre é Hijo, porque como Padre se nos comunicó por creación, dándonos el sér natural, y aun por gracia y amor, dándonos nuevo sér sobrenatural; y según esto, hemos de entender por este nombre Padre, la substancia divina y todas las tres Personas, como lo quiso dar á entender nuestro Salvador cuando, enseñándonos á orar, dijo que la primera palabra fuese decir: *Padre nuestro que estás en los cielos* (1). Aquí nos enseñó á llamar Padre á toda la Santísima Trinidad, porque como en estas producciones de las criaturas no haya división entre aquellas divinas Personas que son un Dios, un Poder y un Saber, diciendo *Padre* hablamos con toda la Santísima Trinidad, de quien somos hijos por creación. Esto quiso significar aquel milagro cuando Eliseo resucitó al hijo de la Sunamitis, sobre el cual se midió una vez y otra (2); hasta la tercera no resucitó, para manifestar que no hay criatura en cuya producción no entienda la Santísima Trinidad. Lo mismo se ha de entender en lo que toca á la gobernación y sustentación de todo lo criado; de manera, que siendo nosotros hijos por creación y por redención, dado que sólo uno es el Hijo natural, Jesucristo, tuvo por bien su infinita caridad de tener muchos hijos por gracia y adopción, y que con atrevimiento de hijos pudiésemos llamarle con un

(1) Luc. II.
(2) IV Reg. IV.

vocablo tan dulce como es decir Padre mío, Padre por creación y por redención.

Bien parece ser Padre tuyo, alma, el que dijo: *Hagamos el hombre á la imagen y semejanza nuestra* (1). Dijo *á imagen*, y no hagámosle imagen nuestra, porque Cristo es imagen de Dios viva, según San Pablo, llamándole imagen de la substancia del Padre Eterno. El hombre no es imagen, sino hecho á imagen, esto es, traslado y centella participada por creación de aquel bien infinito, nuestro Dios. Imagen eres, alma mía, de Dios, y el más excelente retablo de todo este universo; entra en tí misma y dirás luego muy admirada lo que dijo David: *Maravillosa es vuestra sabiduría, mi Dios, en mí, no puedo con ella* (2). Nuestro bienaventurado Padre San Agustín dice que este Profeta tenía gran razón, porque según la excelencia y grandeza de un alma, nadie, sin lumbre de fe, basta para entenderse. Esto declaran las opiniones, ó por mejor decir errores, que los filósofos afirmaron acerca del sér del alma. Unos dicen que era música, otros decían que era fuego, otros que era aire, perdiendo del tino á sí mismos por haber dejado á su Criador. Ni es mucho que ignore hasta cuánta altura puede subir el agua el que no conoce la fuente de su nacimiento. Ciegos por su soberbia estos sabios mundanos, dice San Pablo, desvane-

(1) Genes. I.
(2) Psalm. 138.

ciéronse en sus pensamientos, hablando desatinos, ignorando á sí mismos (1). Tú, alma, más sabia que todos ellos por la ciencia de la santa fe, mira que te dice aquí el Espíritu Santo que eres una imagen de tu Criador. En la memoria te pareces al Padre, que de su misericordia fecunda engendra su eterno Hijo. Por el entendimiento te pareces al Hijo, el cual es infinita sabiduría del Padre. Por la voluntad te pareces al Espíritu Santo, el cual es por amor y voluntad espirado del Padre é Hijo. Eres una esencia y Dios uno en Esencia. Allí hay Trinidad de Personas, y en tí trinidad de potencias, memoria, entendimiento y voluntad.

¡Oh, bienaventurada imagen! ¡oh, alta obra de Dios! ¡oh, vivo dechado de tan altas labores! ¿qué diré de tí? Hallo tu Artífice en sí mismo ser inmortal: crióte inmortal; hallo ser libre: crióte libertada. El Eclesiástico dice *que en criando Dios al hombre le dejó en sus manos propias* (2), esto es, en su libertad, en la cual no dejó á las estrellas, ni sol, ni cielos, sino solamente al ángel y al hombre. Finalmente, hallo este omnipotente Padre tuyo como él lo gobierna todo y está presente á todo, y pintó en tí, imagen suya, esta similitud, dándote el señorío de todo este universo, que todo lo mandes, de todo te sirvas, solamente sirviendo tú á este bendito Padre Cristo, Señor tuyo y Criador. Una

(1) Rom. I.
(2) Eccles. XV.

vez se dijo á Adan, y cada día se dice á tí, alma, *que te enseñorees de las aves del cielo, peces del mar y bestias de la tierra* (1); que en nada te sujetes, á nada te aficiones, todo lo tengas debajo de los piés, y sobre tu cabeza á tu Criador. San Pablo dice *que todas las cosas son nuestras y nosotros somos de Cristo* (2).

Mas el mísero hombre pierde este título y posesión, haciendo de los piés cabeza, amando las criaturas y dejando al Criador, siguiendo las vanidades y desamparando la verdad. No siendo nuestra alma de Cristo, las criaturas no son suyas, antes ella es de todas; cada una la lleva su pedazo, la divide y aparta de su Criador; todas la atormentan, y buscando en ellas consuelo, más la afligen; de manera, que el mísero pecador *á sí mismo es molesto y pesado*, según afirma el Santo Job (3).

Considera, pues, alma, á tu bendito Redentor, Padre piadoso que te crió á su imagen. *¿Por ventura*, decía Moisés al pueblo de Israel, *no es Dios tu Padre, que te hizo y te crió?* (4). No lo puedes negar, Padre tuyo es: *sus manos te hicieron y plasmaron, como el Santo Job reconoce* (5). Gran perfección dice de esta imagen aquel plasmar de manos, que significa gran cuidado en esta sutil la-

(1) Genes. I.
(2) I Cor. III.
(3) Job VII.
(4) Deut. X.
(5) Job X.

bor, porque ni de cielos ni de tierra no se dice haberlos Dios plasmado, y afírmase haberlos Dios criado. En decir más adelante este Padre clementísimo: *Hagamos el hombre á nuestra similitud* (1), demás de parecer llamar á consejo en esta obra, porque el hombre había de ser criado capaz de consejo, y razón, y hábil para la bienaventuranza eterna, quiso aquí declararse Padre nuestro por gracia y adopción, la cual fué como un vivo matíz que se dió para ilustrar los dotes naturales, los cuales valieran muy poco sin esta gracia y amistad delante de su Criador. Mas ya esta gracia perdida por la culpa, nuestro Redentor benditísimo nos trajo poder para volver á la amistad primera, siendo nuevamente hijos reengendrados por nueva adopción á Dios. Así dice San Juan *que se nos dió poder para ser hijos de Dios, creyendo en el dulcísimo nombre de Jesucristo* (2).

¡Oh, poder admirable, si luego alma, le ejecutases, volviéndote á tu Padre y Redentor, buscando á él, empleando tu vida en su servicio, dando á todo de mano, y á él sólo amando, en él sólo pensando de todo tu corazón! Por el poder se toma posesión del reino; mira el sello de este gran poder, el cual dijo San Juan ser fe; ten aviso, alma, no vaya cancelado ó rasgado al tiempo de tomar la posesión, venida la hora de la muerte; quiero

(1) Genes. I.
(2) Joann. I.

decir, que á tu fe acompañe la vida y obras; sea viva y no muerta. El agua viva siempre corre y va adelante, y cuando se detiene, entonces muere, da mal olor y cría gusanos, así como agua muerta; bien así la fe ha de llevar su corriente en la vida virtuosa y obras santas, la cual, siendo muerta, da mal olor á los ángeles en el cielo y cría gusanos de remordimiento, porque *la mala conciencia mar es y cueva de penosos y pestilenciales gusanos* (1); lo cual figuró aquel castigo que nuestro Dios hizo en el tirano Herodes, á quien vivo comían, dando grande tormento en sus entrañas los gusanos (2). Si quieres, alma, ser hija de tal Padre, tan piadoso y tan benigno como es Cristo, ten fe perfecta, usa del poder, teniendo fe viva, que por ella eres hija de Dios; por ella te conoce Dios y le agradas: *Y si eres hija*, San Pablo dice *que tuya es la herencia de aquel reino soberano* (3).

Mas ten un aviso, alma, que siendo hija de Dios, has de echar de tu casa al hijo bastardo Ismael nacido de la sierva Agar, que lo manda así este tu bendito Padre Cristo. Isaac ha de ser el heredero á quien llama San Pablo hijo de espíritu. El amor santo es Isaac, hijo de noble Padre, porque de Dios nos viene. El hijo bastardo que nace de la

(1) Isai. LIX.
(2) Actor. XII.
(3) Rom. VIII.

sierva es el temor servil. Este anda en pleito con Isaac, porque sabe que le ha de llevar la herencia, como hijo natural de bendición, de madre libre, que es la voluntad. Dale un corezuelo de agua que lleve á cuestas, como hizo Abraham con este hijo de la sierva Ismael. Con lágrimas y gemidos has de echar de casa ese temor; mira que te lo manda en obediencia tu Padre bendito Cristo, *porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la Señora*, que es libre (1). Hijo eres de esta Esposa Iglesia de Cristo, á quien libertó su Esposo bendito de la servidumbre y yugo de temor, á quien estaba sujeta la sinagoga. No temas, alma mía, ama con libertad á este benigno Padre, porque San Juan dice *que la perfecta caridad destierra muy lejos al temor* (2). Mas este Padre piadoso Cristo Jesús se queja de tí, alma, y te pone demanda y dice: *Si yo soy Padre tuyo, ¿qué es de mi honra? Y si yo soy tu Señor, ¿qué es de mi temor?* (2) Gran justicia pide aquí el Señor, el cual mandó honrar á los padres que solamente dan este cuerpo, que es lo menos y lo más vil del hombre, según parece en el día de nuestra muerte. Lo principal, que es el alma, Dios la cría y no tienen parte los padres en ella; pues luego con gran razón, como sea nuestro verdadero Dios y Padre,

(1) Galat. IV.
(2) I Joann. IV.
(3) Malach. I.

nos pide el dulce tributo del amor y honra que le debemos. A esta honra llamaron los sabios premio de la virtud, porque es un testigo que manifiesta ser virtuoso el que es honrado; pues como sea virtud infinita Jesucristo, y de él te vengan todos los favores y fuerzas, con doblado título, por ser Él bondad infinita en sí mismo y por serte Padre y bienhechor, le eres deudora de honra y servicio. Si eres hija leal, ¿á dónde está, alma mía, la honra de este buen Padre? Si buscas honras vanas del mundo y gloria propia, si eres soberbia, si blasfema y pecadora, temor tengo grande, no diga de tí este Padre celestial Jesucristo, lo que dijo á los fariseos malignos un día: *Vosotros hijos sóis del demonio, y su voluntad queréis cumplir* (1). Según esto, de aquel es hijo cada uno, cuya voluntad quiere cumplir. ¡Oh, alma, si con verdad eres grata, vive á la voluntad de tu Padre celestial, cumpliendo sus santos mandamientos, si quieres ser hija y que él te sea dulce Padre.

Ni debes desconfiar si á este piadoso Padre dejaste, alejándote de él por el pecado, gastando mal la herencia, á manera de aquel hijo mancebo que se fué á lejas tierras, empleando mal su hacienda (2): el Señor con quien moraba le hizo pastor de puercos, sujeto á deleites bestiales, significados por esos animales viles, y sobre todo moría de

(1) Joann. VIII.
(2) Luc. XV.

hambre y deseaba hartarse de las bellotas que aquellos animales comían. ¡Oh, alma mía, no hay hartura ni contento en el punto que te apartares de Dios! luego pierdes la dignidad de ser hija de Dios y compañera de los santos. Lo que te puede dar ese mísero mundo y padre de engaños vanos el demonio, es hacerte pastora de esos sentidos, que no es sino una manada de brutos, á los cuales apacientas en hierbas vedadas y campos prohibidos por la ley divina, con avaricias, envidias, soberbias y otras muchas maldades. Mas como el pecado sea un desacato que á Dios se hace y un ir contra la razón, siempre el alma queda hambrienta en la culpa, faltándole su mantenimiento y pan, que es la gracia; pues es tan gran trabajo obrar mal, que el Santo David lo llama *carga muy pesada* (1): en otra parte es escrito *que el pecado es yugo de hierro* (2). Ya sería razón, alma, que te cansase el pecar y te acordases verdaderamente de la paz, dulzura y contentamiento, que en casa de este buen Padre antes tenías. Dí las palabras que dijo aquel hijo perdido, el cual en su corazón decía: *Iré á mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra vos: recibidme como á un jornalero de vuestra casa* (3). No solamente á Dios hacéis traición, mas aún todo el mundo

(1) Psalm. 37.
(2) Jerem. XXVIII.
(3) Luc. XV.

desconcertaste en alguna manera, estando en pecado, porque tú eres, alma, medio por donde todas las cosas criadas vuelven á su Dios.

Nuestro Padre San Agustín dice que Dios crió estas criaturas visibles por el cuerpo, y el cuerpo por el alma, y el alma para que amase y se llegase á su Dios, como último eslabón que toda la cadena lleva tras sí; de manera, que pues todo fué criado por el hombre, por ese mismo hombre todo tornase á su principio y Criador. Esto quiso decir Salomón cuando afirma ser todas las cosas debajo del cielo vanidad (1), no porque los árboles ni ríos dejen de ser perfectos, según la perfección que Dios les dió, ni los elementos tengan culpa, sino porque el hombre vano, usando vanamente de las criaturas, les da nombre nuevo de vanidad, como se dice toda la armonía de un reloj inútil y sin provecho, cuando no responde á sus horas, haciendo concertadamente señal. Estos elementos y cielos tan concertados, y por tan sutil orden, ruedas son de este reloj y mundo tan ordenado por la mano del Omnipotente Dios: quien ha de dar alabanzas con lengua viva á su Criador por tal y tan excelente obra, es el hombre, por lo cual decía David: *Siete veces al día os dí, mi Dios, alabanzas* (2); y en otro salmo dice: *Siempre la alabanza de Dios estará en mi boca* (3). Pues como

(1) Eccl. I.
(2) Psalm. 118.
(3) Psalm. 33.

por el pecado enmudezca el hombre y cesen estas alabanzas divinas en su lengua, que en lugar de todas las criaturas es obligado á dar á Dios, bien parece que de su parte desconcierta este universo, y por eso dijo: *Pequé contra el cielo*, porque entiendas también todo lo encerrado en el cielo, á quien hace agravio el hombre cuando ofende al Criador de todo.

Vuélvete, alma, con entera confianza, que Padre tuyo es este benigno Redentor. Humíllate delante de él, porque si perdiste el un título de hija, perdiendo la gracia, el otro título te queda, que es ser hija de Dios por creación. Ahí se queda lo natural; criatura suya eres, y como no pudiste hacer á tí misma, no te puedes aniquilar: á un mismo poder infinito conviene criar de nuevo y aniquilar lo ya criado. *No aborrece el Señor nada de lo que hizo* (1); mas antes todo lo ama, según dice el Sabio. La razón es, porque todo lo que Dios hizo es bueno, y lo que es bueno debe ser amado; aborrece en tí Dios lo que tú hiciste, que es la culpa, y ama lo que él hizo, que es tu naturaleza. ¡Oh, gran bondad de nuestro Dios! Gracias os den, Señor, todas vuestras criaturas, que con tan alta sabiduría tuvísteis por bien de dejar joya y prenda de vuestra mano en mí, la cual os moviese á misericordia, y yo pudiese poner demanda con justicia, diciendo: *No menosprecies, Señor, las obras*

(1) Sapient. XI.

de vuestras manos; hechura vuestra soy; Vos de nada me criásteis; habed, Padre, piedad de mí (1). De aquí entenderás un secreto, alma, y es, que cuando nuestro Redentor convirtió á San Mateo, dice el Evangelio *que vió á un hombre*; y cuando convirtió á San Pedro en casa de Caifás, dice el texto, *miró Jesús á Pedro;* no dice que miró sus pecados, sino que miró á ellos. Miró que eran obras de sus manos, porque este nombre, hombre, significa naturaleza. Vió Cristo su obra, vió lo que él crió, y no miró lo que aborrecía, que es la culpa de Mateo ni de Pedro. *Padre es de misericordias y Dios de toda consolación,* según dice San Pablo (2). Por eso te llama, alma, aunque traidora, para perdonarte tus pecados. La ley te condena á ser apedreada como aquella mujer adúltera, á quien este benigno Padre dió por libre, siendo acusada de los fariseos (3). Ámate, para que de mala seas hecha buena. Quiere, pues eres su criatura, que no tan solamente seas, mas aún tengas sér bienaventurado. Ven sin temor, que no menos que aquel padre piadoso sale los brazos abiertos á recibirte al camino (4), porque de otra manera, ni acertarías, ni osarías volverte á este dulcísimo Padre.

¡Oh, cuántas veces, alma, este dulcísimo Jesús

(1) Psalm. 137.
(2) II Cor. I.
(3) Joann. VIII.
(4) Luc. XV.

Nazareno te sale al camino, como á otro San Pablo, en medio del fervor de tus maldades y pecados, dándote aldabadas al corazón, amenazándote con el infierno, si no te enmendares, y prometiéndote el cielo, si luego dejas tu culpa! Esto figuraba la salida del ángel contra Balán, cuando iba á maldecir el pueblo de Dios, al cual con palabras y con espada amenazó y convirtió en el camino (1). Derríbate en tierra cuando te quita la hacienda, ó te envía enfermedad, ó te es quitada la fama; no te endurezcas, ni seas pertinaz. Responde ya con San Pablo, y dí: *Señor, ¿qué mandáis que haga?* (2) Ya dejo mi voluntad mala; ya reconozco mi culpa; pídoos, Señor, misericordia. Luego con gran placer te mandará este Padre piadoso dar la vestidura primera, que es su gracia, de la cual su amistad te vestía, y aun parece aquí ser con mejoría, porque si se te da la primera gracia que perdiste, y por nuevo acto meritorio de contrición ya se te debe mayor gracia, y por tanto, á más alto grado de gracia resucitas. También te dará el anillo en la mano, porque dándote su amor, resucita la fe con virtud, para obrar frutos dignos de penitencia. También mandará matar el ternero grueso para aquella tan maravillosa y solemne fiesta y convite (3), que habiéndote dolido de tus culpas y

(1) Num. XXII.
(2) Act. IX.
(3) Luc. XV.

confesádote de ellas, no resta sino venir al santísimo altar y comer el Ternero Cristo, muerto en la cruz por tus culpas, á cuyo convite vienes cada vez que comulgas, donde con admirable armonía los ángeles cantan gloria y alabanzas á este gran Padre tuyo y su Dios. Conforme á esto, dice la parábola que comenzamos del hijo perdido, que como el padre le recibió, mandó á todos los de su casa que se gozasen y solemnizasen la fiesta con aquel suntuoso convite, pues el hijo muerto era ya resucitado, y siendo perdido, era ya hallado. ¡Oh, alma mía, cuán muerta estabas en el tiempo del pecado y condenada á morir en las penas infernales, y cuán perdida, obedeciendo á aquel maligno padre Satanás, de quien podremos decir lo que el profeta Jeremías dice de la perdiz que cría los hijos que no parió (1).

Perdiz traidora es el demonio, que anda á hurtar hijos ajenos, de quien el Apóstol San Pedro dice *que siempre busca á quien trague* (2). En el cielo derribó ángeles, en el Paraíso los hombres, y jamás cesa de engañar las almas para que se aparten de su dulcísimo Padre Jesucristo; mas los perdigoncitos, naturalmente conociendo la voz de su Padre, el cual dice: *Todos los que trabajáis y estáis cargados, venios á mí, que yo os daré descanso* (3), luego vuelan, respondiendo á este lla-

(1) Jerem. XVII.
(2) I Petr. V.
(3) Matth. XI.

mamiento, como lo hicieron los Santos Apóstoles y San Pablo y nuestro Padre San Agustín; y dejando afrentado al mal padre, y en el tratamiento padrastro Satanás, siguieron á Cristo, la cruz á cuestas, adorándole por Padre y por Dios, y diciéndole á voces: *Padre mío, Padre mío, Vos sóis carro de Israel y su guía* (1).

ORACION

¡Oh, dulcísimo Padre y Señor Jesucristo, pues á vuestra imagen me criásteis, dándome entendimiento, voluntad y memoria, para que os entendiese y amase, y en mi memoria contínuamente siempre os representase; yo por el pecado afeé esta preciosa imagen, la cual, Vos padeciendo, con vuestra preciosísima sangre reparásteis! Obra soy de vuestras manos (2); no me desamparéis; precio soy de vuestra sangre; recibidme con misericordia. Hijo perdido he sido, apartándome de Vos por la culpa; reconozco mi ignorancia; ábranseme vuestras entrañas de Padre, para olvidar mi gran crimen y delito. Padre mío sóis, pues de nada me criásteis. Padre mío otra vez, pues con tantos dolores y muerte me redimísteis. ¡Oh, carro de Israel! ¡Oh, Verbo Dios! que todo lo go-

(1) IV Reg. IV.
(2) Psalm. 89.

bernáis y substentáis. Vos sóis de quien dice Isaías *que vuestro principado lleváis en los hombros* (1). Sufrid la pesadumbre de mis pecados, haciendo perdón general de ellos. Al sonido de vuestra piadosa voz, como Padre, vengo olvidado del mundo, desconociendo á quien antes obedecía, y haciendo mi propia voluntad. A Vos amo, benigno Redentor; á Vos deseo más y más amar, dulcísimo Padre; de Vos sea yo recibido, Dios mío; de vuestro santo amor sea mi alma inflamada, para que á Vos conozca por Padre, alabe siempre como á Criador, dé gloria y alabanzas de noche y de día, como á su Redentor y Salvador dulcísimo, por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Isai. VI.

CAPÍTULO XVIII

Á DONDE SE TRATA DEL TEMOR QUE DEBEMOS OFRECER Á NUESTRO DIOS ASÍ COMO Á SEÑOR

Si *yo soy tu Señor, ¿á dónde está mi temor?* (1) Estas palabras, si bien has mirado, alma, son parte segunda de la autoridad de Malaquías, que en el capítulo pasado tratamos, á donde el Señor te dijo primero: *Si yo soy Padre, ¿qué es de mi honra?* Y añadió luego: *Y si yo soy Señor, ¿á dónde está mi temor?* Ya vimos en el ejercicio del domingo, á dónde has de contemplar á tu dulcísimo Redentor así como á Padre, cuál sea la honra y amor que él te pide y tú le debes: resta ahora en este capítulo tratar cuál sea el temor que te

(1) Malach. I.

demanda, porque así como no es pequeña sabiduría saber amar á Dios como á Padre, bien así es cosa de gran viveza saberle temer como á Señor; pues por no dilatar tanto el capítulo antes de este, que fué para ejercicio del domingo, quise en estos dos capítulos siguientes, con el favor de Jesucristo, hablar con las personas temerosas de Dios, las cuales de escrúpulos demasiadamente muchas veces son atormentadas. *Si yo soy Señor*, dice el Redentor del mundo, *¿á dónde está mi temor?* Amenaza es que hace á los hijos de Adán y quiere decir: venid acá, pecadores, si no me amáis como á Padre, ¿por qué no me teméis como á Juez? Gran bien es, alma, que si una vez perdiste el amor de Dios, el cual dijimos ser la honra que te pedía este buen Padre, que á lo menos te quede el temor, pues el mismo Señor ha de ser tu Juez. Camino es, aunque penoso, el temor, para venir á Jerusalén, que es el santo amor; puerta falsa es para entrar muchas veces á esta ciudad. ¡Oh, alma, si considerases cuánto debes temer á este Omnipotente Señor, á quien ofendiste! San Pablo te dice *que es cosa terrible caer en las manos de Dios* (1). No dijo ser cosa espantosa ofrecerse en las manos de Dios, porque benignas y piadosas son al que huyendo del mundo y escondiéndose de sí mismo, se retrae y ofrece á las manos de tan benigno Señor. Escrito está que los reyes de Israel son cle-

(1) Hebr. X.

mentísimos y piadosos (1); cuanto más el Rey de los reyes Jesucristo nuestro Dios, será un mar de clemencia y un oceano de misericordia, si en sus manos te ofrecieres (2). Más quiso el Santo David ofrecerse en estas piadosas manos, que no elegir ninguno de los otros dos medios, que en castigo de su grave delito el ángel le dijo de parte de Dios que tomase; por mejor tuvo recibir el azote de tan benignas manos, que no ser perseguido de sus enemigos; porque al fin los hombres son hombres, sin misericordia rigurosos y crueles; y Dios es Dios, Padre de piedad y dador de toda consolación, á los que á sus manos con humildad se retraen; mas á los que caen, á los que viven porfiadamente en pecados, á los que por fuerza, como malos, vienen á las manos rigurosas de su justicia, á estos es terrible, según dijo San Pablo (3), y sobremanera espantoso.

Yo querría, alma mía, que pues ya no quieres dejar las culpas por amor de este benigno Padre, que á lo menos de tal manera le temieses como á Señor y Juez, y que de espantada, considerando sus terribles castigos, perdieses el tino, para de hoy más saber pecar. Mira bien aquel primer castigo por la culpa primera, cómo Adán y Eva no mataron hombre alguno, ni tampoco robaron oro, ni pie-

(1) III Reg. XX.
(2) II Reg. XXIV.
(3) Hebr. X.

dras preciosas; solamente por comer fruta ajena del árbol de Dios (1), fué tan rigurosa la sentencia de este Señor Omnipotente, y luego allí ejecutada; perdida la justicia original, mayorazgo del género humano, nuestros padres quedaron afrentados, desnudos y desterrados de aquel verjel de Dios, puesto un querubín con una espada de fuego por guarda á la puerta; salen llorando y gimiendo, hechos peregrinos en este valle de miserias, vestidos de villanía como labradores, para con el sudor de su rostro ganar su mantenimiento en esta tierra maldita, la cual le diese por frutos cardos penosos, abrojos y lastimosas espinas (2); y sobre todo en amenaza la muerte, de la cual sin remedio alguno habían de ser vencidos, y hechos pedazos, y apartada el alma del cuerpo. ¡Oh, míseros obstinados pobres hijos de Adán! ¡oh, tristes herederos de tan miserable herencia! Poco fuera todo lo ya dicho, si este delito no se castigara en los descendientes que vinieren hasta el día del juicio. ¡Oh, alma mía! ¿para qué diré más de estas manos tan rigurosas de Dios, pues por un solo pecado que aquellos primeros padres cometieron, fuimos todos sus hijos juntamente condenados á muerte doblada, muriendo una vez cuanto al cuerpo, para después siempre morir el alma en las penas eternas del infierno? Pues si los ojos levan-

(1) Genes. III.
(2) Ibid.

tamos al cielo, ¿qué cosa más espantosa que ver á Lucifer con tantos millares y con tantas legiones de ángeles en un momento derribados en los abismos? Si aquel diluvio considerares, alma, á donde no tan solamente los hombres mueren, mas aún los animales y aves en aquel castigo, sin tener ellos culpa, pierden la vida (1). Mucho espanta tan gran rigor, que solamente en ocho personas quedase así agotado el género humano. A los egipcianos destruye en las aguas del mar Rubro este Señor poderoso (2). A gran multitud de los hijos de Israel con serpientes destruyó en el desierto. Las cinco ciudades de Sodoma y Gomorra abrasó con el fuego. A Datán y Abirón destruyó abriendo la tierra, para que sus tiendas, mujeres é hijos, los unos y los otros en cuerpo y en alma vivos, por su rebeldía porfiada descendiesen á los infiernos (3); de manera, que con gran razón dijo San Pablo ser cosa espantosa caer en manos de aqueste Señor y Juez tan riguroso (4).

Pues *si yo soy Señor, ¿por qué no me teméis?* ¿Por qué no me miráis á las manos, considerando la justicia que he hecho en tantos castigos? Rendíos ya, pecadores, pues véis tener la lanza á los pechos. Y si aquella sentencia que dijo Salomón espantó á todo el pueblo de Israel, mandando di-

(1) Genes. VI.
(2) Exod. XIV.
(3) Deut. XI.
(4) Hebr. X.

vidir el niño con un cuchillo, y dar cada parte á las dos mujeres que le pedían, diciendo cada una ser su madre (1), ¿por qué no temeréis al más Sabio, al más fuerte Rey poderoso que Salomón? El cual mandó en el cielo dividir los malos ángeles de los buenos, y en la tierra mandó á los pecadores apartarse del Paraíso terrenal; y manda cada día hacer otra justicia muy mayor que la que allí mandó el Rey Salomón; porque si él mandó allí dividir el niño, esta sentencia no se ejecutó; mas la que este Rey poderoso una vez pronunció, cada día se ejecuta.

¡Oh, alma mía, si quieres temer este gran Señor y luego dejar tu mala vida, ruégote yo, por su santo amor, que cada día, cuando ves ó sabes que muere alguno, contemples y mires que allí el Rey Salomón Jesucristo manda partir el niño, á donde luego se divide el hombre en dos partes: la una mitad se da á la una madre, que es la tierra, y la otra según sus merecimientos, si son buenos se da á la gloria del cielo, y si son malos entrega á la pena perpétua del infierno. Ves aquí, alma, á quién debes temer, no á los tiranos del mundo, que no pueden más de matar el cuerpo, sino á este Señor, cuyo poder es infinito y todo lo que quiere puede, dando muerte al cuerpo y al alma para que siempre mueran por sus pecados (2).

(1) III Reg. III.
(2) Matth. X.

Mas porque ya en el capítulo del lunes viste, alma, un poco del juicio temeroso universal, á donde todos para siempre seremos juzgados; y porque naturalmente el temor es de menos fruto, como pareció en los Ninivitas y en Balán, profeta, los cuales se convirtieron por temor, mas luego se volvieron á sus pecados; y aun porque mi intento, según el título de este libro, que se dice *Memorial de Amor Santo*, fué haberlo con personas que ya aman á Dios y desean más amarle, dejemos el temor ya dicho y tratemos de otro mejor, que nace de amor. Tres maneras, dice Santo Tomás, que hay de temor (1). Uno es temor mundano y del todo muy perverso, y éste tienen los pecadores, cuando por temor de perder la hacienda ó vida, mortalmente ofenden á Dios (2), como lo hizo el Apóstol San Pedro, cuando la noche de la Pasión de nuestro Redentor, temiendo la muerte, negó la vida, diciendo *no conocer á su Maestro y nuestro Salvador* (3). Hay otro temor servil, el cual basta para que el pecador no ponga por obra el pecado; mas éste nada vale para la salvación, porque no deja de pecar, sino por temor de la pena y no por Dios. Verdad es que este temor disminuye mucho del tormento al alma que fuese condenada, y es muy mejor que el primero, porque los sabios le llaman principio ó guía para el amor de Dios.

(1) S. Tho., 2-2, q. XIX, a. 2.
(2) S. Th. ib., a. 3.
(3) Matth. XXVI.

Símil tenemos de la aguja áspera de acero que lleva tras sí el hilo blando de seda, por la cual es significado el amor de Dios, así como por la aspereza de la aguja se significa el temor. No haces mal en temer y, temiendo, dejarte de pecar, porque lo que dejas por temor de la pena, dejarás algún día de hacer por amor, no queriendo ofender á tu Dios. Esto es lo que dice San Juan en su Canónica, *que venida la caridad perfecta, alanza fuera el temor* (1). Y nuestro Padre San Agustín dice *que como el sol desbarata las tinieblas, así la caridad y amor de Dios hacen desvanecer el temor servil*. Finalmente, hay otro temor que se llama casto ó filial, el cual no es sino una reverencia y acatamiento que nace de verdadero amor del padre en su hijo ó del esposo en su esposa; y de este temor dice David: *El temor santo persevera siempre en este siglo y en el otro*. Y en otro salmo dice: *Venid, hijos, y oidme, os enseñaré el temor del Señor* (2). Hijos dice que vamos, y no siervos; amorosos de tal Padre, y no temerosos, para oir la lección á donde se nos ha de enseñar este temor santo y filial.

Bueno es, alma, este temor santo; mas como en esta vida el amor de quien él nace sea imperfecto, también el temor santo lo es, porque á un peso en nivel andan el amor santo y este temor.

(1) I Joann. IV.
(2) Psalm. 33.

Tanto temo ofender á mi amado Redentor Jesucristo cuanto le amo; y porque le amo poco, le ofendo por poco; si mucho le amase, mucho temería de enojarle. Mas mira que así como el amor santo es pacífico y dulce, así este temor santo y filial, como río que nace de fuente tan dulce, es temor reposado y quieto, teme sabiamente con maravillosa fortaleza; mas el leon envidioso satánico, cuyo oficio es, según dice San Pedro, *dar bramidos para tragar las almas* (1), piensa con amenazas inquietar las conciencias, turbando el agua clara; porque sabe él muy bien que el corazón apaciguado y quieto es trono del pacífico Salomón Cristo; y aun el Sabio dice *que el Espíritu Santo no reposa sino sobre el corazón humilde y quieto y temeroso de las palabras de Dios* (2).

¡Oh, alma, si mirases cuántas conciencias hemos visto haber llegado á punto de perderse! otras que en muchos años han aprovechado poco en el camino de la perfección, por temor demasiado, teniendo escrúpulos sin fundamento. Dicen temer no ofendan á Dios y temiendo sin sabiduría, muchas más veces le ofenden, haciendo de la paja viga, y en cada venial, pecado mortal. De éstos dice el Santo David: *temieron donde no había que temer* (3). Son pequeñitos y principiantes; por tanto se espantan de poco y se admiran de cada musaraña.

(1) I Petr. V.
(2) Sapient. IX.
(3) Psalm. 13.

No digo de los que temen con razón, porque esto no se llama escrúpulo, sino dictamen y aldabada de recta y buena conciencia. Este temor santo es el que dijimos nacer de amor; mas ya será bien, alma, que sigamos el consejo de Isaías, el cual dice: *No quiebres la caña hendida, y el lino que está dando humo no le mates* (1). Aquí llamó caña hendida y flaca á los escrupulosos por el gran peligro que tienen de ser del todo quebrantados; y aun porque cada viento de tentación, como caña flaca hendida, los mueve, y piensan haber ya consentido, no sabiendo distinguir entre la tentación que padecen y el consentimiento que ha de haber en ella para ser pecado, como haya más distancia de ser tentado á ser vencido, que hay del cielo á la tierra. Causa esta ignorancia la tiniebla obscura de su temor demasiado, y acaéceles á los escrupulosos como al muy temeroso que está en alta ventana sentado y vé algún bravo toro andar corriendo en el suelo. Muy lejos está de peligro, mas no está lejos de temer, porque su flaqueza y cobardía le hace entender que aun allí no está seguro. Otras veces son como el que, durmiendo, sueña que cae de una muy alta torre, como con verdad esté sin peligro en su cama, según parece cuando despierta. Pues caña es hendida, peligro tiene de flaqueza; bien dijo Isaías que no la quebrantemos con demasiado rigor.

(1) Isai. IV.

También llamó este Profeta á los escrupulosos lino que está dando humo, porque ni bien está encendido para que todo esté hecho brasa, ni tampoco está muerto, pues tiene alguna lumbre. Dice bien que están dando humo los que demasiadamente son escrupulosos, pues siempre andan tristes, desconsolados, llorando y aun dando desconsuelo á los otros. Toda una casa entristece un triste, y toda una compañía aflige un escrupuloso desconsolado. De esto se goza mucho el demonio, porque á lo menos, gastando el tiempo en tristeza, si no les hiciere pecar por consentimiento en lo que él quiere, les haga gastar el tiempo andando pensativos, como podrían en ejercicios espirituales aprovechar mucho yendo por el camino de la virtud cada día muy adelante. Quiérenos este adversario herir con espada de dos filos, deseando con el filo que pequemos contra Dios, para que nuestra alma muera; y si esto no puede, vuelve el otro corte para disminuir nuestro mérito, que como espantados por temor, nos impida el paso para subir al homenaje de la perfección, lo cual no es pequeño daño en los escrupulosos.

Mas ya será bien, alma, buscar la raíz de esta mala zarza y la fuente ponzoñosa de tan malos ríos, como son los escrúpulos, dejada una causa, que conviene á los médicos remediar con sus medicinas, la cual llama Avicena enfermedad *manía*, que según ellos, es una corrupción de cierta parte de la cabeza, á donde se disminuye la imagina-

ción muchas veces, á causa de las muchas vigilias y abstinencias demasiadas (1). Así hemos visto en nuestros tiempos con medicinas corporales haberse remediado personas que padecían grande aflicción en escrúpulos, y cobrando nueva salud, cesan los temores que antes tenían y juntamente las imaginaciones, en lo cual se manifiesta haber sido la causa abundancia de melancolía, naciendo los escrúpulos y temores de enfermedad natural. Demás de la causa ya dicha, de la cual nacen los escrúpulos, se podrían resumir las otras particularmente á dos. La primera es presunción escondida ó manifiesta en el temeroso ó escrupuloso. Pruébase aquesta verdad por aquel hecho de Raquel, cuando escondió los ídolos de su padre Labán y se asentó sobre ellos, á cuya causa luego se movió guerra en la casa de Jacob, porque Labán buscaba con gran enojo sus ídolos (2). ¡Oh, alma mía, que si guerra traes con tus pensamientos, como siendo esposa de Jacob Jesucristo, debrías tener gran quietud y paz, bien merecido lo tienes, pues debajo de esas vestiduras y hábito de religión, aún están los ídolos de Labán escondidos. Digo esos pensamientos presuntuosos, hijos de Lucifer, Rey de los hijos de soberbia. Deseas aún ser tenida y estimada por virtuosa: no has dejado aún tu voluntad en mano de tus Prelados:

(1) Arch. p. I., tit. III, c. V.
(2) Genes. XXX.

tienes aún deseo de tener con abundancia los bienes que una vez menospreciaste por Jesucristo: no te humillas á tus iguales é inferiores, haciéndote menor que todas, á donde está la verdadera paz. De aquí es que tengas temores demasiados y pensamientos escrupulosos: y que por tu presunción, no tan solamente en las obras dudosas, más aún en las que conocidamente son buenas, seas combatida de vanagloria y temor como flaca y principiante. Una de las excelencias que el esposo Cristo dice á la Esposa en los Cantares, para significar su gran perfección es *que tiene las manos llenas de jacintos* (1). Por las manos son significadas las obras: y por el jacinto, que es de color de cielo, se denota la intención pura y amor de Dios. Si humilde fueres, alma, tus obras santas serán llenas de jacintos y piedras preciosas, todas ocupadas de la gracia divina: y así como redoma llena de bálsamo, no podrás recibir otro licor, ni polvo de gloria mundana: no serás combatida de temores, ni turbada de escrúpulos, que así como espinas nacen de tan mala raíz, como es la presunción, que, como ídolo escondido, te hace contínua guerra; mas si te humillares, sentirás luego grande favor de Dios, y paz: porque está escrito que nuestro Dios Omnipotente resiste los soberbios, permitiendo que sean molestados; y á los humildes da sus favores y gracia.

(1) Cant. V.

La segunda fuente, de donde manan los escrúpulos, es malicia grande del demonio, el cual, como en tiempo que á nuestros padres guerreó, siempre combate las almas por el arte y manera que entonces salió vencedor. Está avisada, alma, y mira que por cuestión comenzó allí el combate, diciendo el serpentino engañador á Eva: *¿Por qué os mandó Dios que no comiésedes de aquel árbol?* (1) La respuesta había de ser, si ella en responder bien lo mirara: *Mandónoslo porque quiso: su voluntad es regla muy recta de lo que manda: por tanto es justo lo que mandó: y porque lo quiso mandar, es santísimamente mandado.* Con tal respuesta se cerraba puerta al ladrón robador, que á todo el género humano salteó. San Pablo dice: *Gran temor tengo, hermanos, no os engañe la serpiente así como engañó á Eva, apartándoos del amor de Jesucristo* (2). Quiere decir: ten aviso, cristiano, á las pláticas de Satanás, que todo es un mar de cuestiones, ofreciéndote mil dudas en la fe, preguntando cómo será aquello, cómo te puedes salvar, siendo tan pecador; mira que Dios es justiciero, que ni perdonó á los ángeles en el cielo, ni á los hombres en el Paraíso terrenal; hizo gran estrago en el diluvio (3); cada día arrebatadamente lleva á los hombres con muertes súbita-

(1) Genes. II.
(2) II Cor. XI.
(3) II Petr. II.

mente; todo es rigor, todo justicia, según manifiesta en sus grandes castigos.

¡Oh, adversario cauteloso, cazador astuto, que llama David! (1), espantoso es tu lazo; mas no para los que están avisados en la verdad. A los malos dices ser Dios todo misericordia porque, confiando de su bondad, se descuiden en sus pecados, no enmendando su vida, y á los buenos y siervos de Dios das bramidos, pregonando justicia, para hacerlos desconfiar de sus misericordias. Júntalo todo, padre de división y de discordia; mira que si Dios es justo infinitamente, no menos es infinita su misericordia. Déjate de cuestiones, malaventurado, que de pechos andas por la tierra, así como vencido, en pago de tu malicia. El alma santa te quebrará la cabeza, haciéndose sorda á tus pláticas emponzoñadas. No fuiste digno de misericordia por tu gran presunción y pertinacia; para tí sea la justicia y rigor, siendo encarcelado perpétuamente en el infierno; deja las almas al Padre de misericordia, Jesucristo; él las crió para sí; por ellas vino del cielo á la tierra á hacerse hombre; por su amor trabajó treinta y tres años en la tierra; por ellas, y no por tí, se ofreció en manos de sayones, derramando su benditísima sangre, siendo enclavado y muerto en el árbol de la cruz. No tiene el alma que á Dios ama por qué tener guerra, á quien tú quieres inquietar con tus temero-

(1) Psalm. 141.

sos escrúpulos, porque ya se dió el pregón de paces cuando nació este Rey pacífico y Redentor nuestro: no para tí, ciudadano infernal, sino para nosotros, peregrinos, que vivimos en la tierra. *Gloria á Dios en las alturas*, dijo el ángel, *y á los hombres de buena voluntad sea paz en la tierra.*

Considera, alma, estas palabras suaves; mira cómo la gloria de Dios y la paz de tu conciencia andan á una. Quiero decir que el mayor servicio que puedes hacer á tu Redentor Jesucristo es apaciguar tu corazón: lo primero, humillándote, porque quites la causa primera de los escrúpulos, que es presunción; lo segundo, haciéndote sorda á estos bramidos del leon satánico, lengua de Babilonia confusa; ha de decirte dos mil blasfemias; moverá muchas cuestiones supérfluas; dí á todo con David: *Hecho soy así como hombre sordo y como el que no tiene lengua para responder* (1).

(1) Psalm. 37.

CAPÍTULO XIX

DE SIETE REMEDIOS CONTRA LOS ESCRÚPULOS

Ya has visto, alma, algunas causas, de donde nacen los temores y escrúpulos, en el capítulo pasado: será ahora bien que veas con brevedad siete documentos para tu consolación, dejados otros muchos que los doctores antiguos y modernos acerca de esta materia escriben. El primer documento es, que como enferma (pues lo eres), busques médico tal, que sepa dar remedio á tu enfermedad, el cual sería acabado, si tuviese tres circunstancias, bondad, sabiduría y edad. Gran cosa es un hombre santo, pues es templo de Dios, y para la salud de las almas le comunica el Señor grandes secretos; mas si sobre esta bondad asientan letras y sabiduría, muy mayor cosa es, porque el Sabio dice: *Los letrados y sabios son sani-*

dad de toda la tierra (1). No dijo médicos, sino sanidad ó salud, que es mayor cosa, porque con sus palabras sabias enseñan el camino de la virtud, y con su vida y ejemplo son medicina y salud de los enfermos pecadores; pues si de más de bondad y sabiduría hubiere ancianidad, á este tal no le falta cosa. Verdad es que Salomón dice *que es digna de reverencia la senectud*, no la que viene por muchos años, sino la que nace de la vida, sin mácula y perfecta; por tanto, luego dijo *que las canas del hombre son los sentidos honestos y mortificados*. Ni quiero decir que andes rodeando muchas tierras para buscar este sabio y santo médico, haciéndote ídolo de alguno que sea, pareciéndote no haber otro en la tierra, porque esta presunción es ya muchas veces ocasión de caída. Bastar te debe el consejo del Sabio, pues te dice *que todos te sean pacíficos y uno de mil el consejero* (2). Quiero decir, que á todos los padres espirituales estimes en mucho, dado que uno sea particular médico de tu conciencia; porque si de muchos quisieres tomar consejo, á las veces menos aprovecharás, como haya diversas opiniones y pareceres las más veces entre los muy sabios. No cesó el castigo que Dios mandó hacer en los que edificaban la torre de Babel, á donde el Señor confundió su lenguaje (3),

(1) Sapient. VI.
(2) Eccl. VI.
(3) Genes. XI.

como antes no hubiese más de una lengua y una manera de hablar; de manera, que en diversas lenguas son diversos pareceres y opiniones, las cuales más confunden la conciencia, inquietándola y apartándola de la paz; y por esto dijo el Sabio y te enseña este primer documento, que sea tu médico uno, elegido de mil. Y si quieres ver cuánto aprovecha al discípulo tener buen maestro (dejadas las historias de filósofos, á donde la grandeza del ingenio de Platón leemos haber sido causa de la excelencia y famosa sabiduría de su discípulo Aristóteles) en la Sagrada Escritura sabemos que Josué, criado de Moisés, de cuyo documento y doctrina le vino gran perfección, en tanto que le sucediese en la gobernación del pueblo de Israel (1); y Eliseo, discípulo de Elías, heredó el doblado espíritu de profecía y santidad, en señal de lo cual en el día de su partida le dejó su propio manto (2); Timoteo y San Dionisio fueron discípulos de San Pablo, los cuales por la excelencia del maestro en sus doctrinas y vidas, claramente enseñan cuánto les hubiese aprovechado tan buen padre: finalmente, el buen maestro dulce Jesús de esto se preció en esta vida, llamando Apóstoles y discípulos á la escuela de su sabiduría infinita; y aun lo que es más de notar, que á los discípulos de San Juan Bautista dió lección, enseñándoles

(1) Deut. II.
(2) IV Reg. II.

por palabras y obras milagrosas ser el Mesías prometido en la ley. Todo esto enseña ser muy grande aviso y documento principal, que el alma afligida de escrúpulos y temores, debe buscar tal médico, el cual, hallado, has de ser, alma, como otro Pablo, que en la ciudad de Damasco, puesto por manos ajenas, se sujetó, bajando la cabeza para que el Profeta Ananías, enviado de la mano de Dios, le pusiese las manos en la cabeza y orase por él (1).

No menos que otro Saulo has recibido, alma, luz clara y fe viva, que de todas las partes te cerca, en cuyos rayos conozcas tus caminos perversos, por donde antes andabas pecando. Aquí oyes la reprensión que á San Pablo el Redentor del mundo dijo: *Yo soy Jesús Nazareno, á quien persigues* (2). ¡Oh, nombre suave el nombre de Jesús! *Nombre santo y nombre espantoso*, como dice David (3), pues llevas tras tí la voluntad y corazón, y con tu espanto derribas mi soberbia en tierra. *¿Qué queréis que haga, mi buen Jesús*, dice San Pablo, ofreciendo ya lo mejor que tenía, que era su voluntad? Mándale nuestro Señor que entre en la ciudad de Damasco, y que allí le dirán lo que ha de hacer. Tres días dice San Lucas que no comió ni bebió este Apóstol santo; y abiertos los

(1) Act. IX.
(2) Act. IX.
(3) Psalm. 110.

ojos, no veía cosa, y así los escrupulosos pierden el comer y el dormir, no comiendo cosa que bien les sepa, ni teniendo apenas un momento de paz. Abiertos los ojos no ven, porque su principal daño es mal de ojos; dudan donde no hay razón de dudar; temen donde no hay que temer, de los cuales dice David: *Temblaron de temor, sin haber de qué temer* (1).

¡Oh, alma, si quieres sanar de tan grandes males, sigue este primer documento! humíllate, obedeciendo á tu padre espiritual, dándole entero crédito, así como otro Profeta Ananías, que te es enviado de Dios. Acuérdate que Dios mandó que fuese desechado y tenido por no limpio el vaso que no estuviese atado. Ata esa voluntad, vaso de Dios, sujetándola al parecer de tu espiritual padre, si no quieres ser vaso reprobado del templo del Señor. Todo el mal que le vino á Agar para ser desterrada de la casa de Abrahám, su Señor, llevando su hijo Ismael un corezuelo de agua por el desierto á cuestas, fué por no ser obediente á su Señora Sara (2). Si has caminado, alma, por el desierto de tu propia voluntad, á donde Dios desampara á los soberbios, no te faltará corezuelo de agua, lágrimas y gemidos, turbaciones y escrúpulos, que te fatiguen en gran manera. Dígote lo que dijo el ángel á Agar: *Vuélvete á tu casa y*

(1) Psalm. 13.
(2) Genes. XVI.

humíllate, viviendo debajo de la mano ajena de tu Señora, que es la voluntad de tu espiritual padre. No andes vagueando de confesor en confesor, preguntando dos mil cuestiones, que la Universidad de Salamanca ni París no bastan para averiguar. Tu mal está en la cabeza, que es lo más alto de la razón en tu alma; ten sufrimiento, que Ananías ponga sus manos, consejos santos y amonestaciones que tu confesor te da; te se caerán de los ojos unas escamas, como cayeron de San Pablo (1), y verás luego la paz y serenidad del cielo, que por las nubes y tempestad de tus escrúpulos antes no veías. ¡Oh, escamas malignas! ¡oh, cataratas terribles, reliquias del pecado original, que así cegáis nuestro entendimiento! Vosotras turbáis nuestra vida, inquietando nuestro corazón; mas las manos del bendito Ananías Jesucristo, sus doctrinas sagradas y la oración que dejó ordenada en sus santos sacramentos, administrados por sus sacerdotes, nos aclaran la vista y nos dan fuerzas y habilidad para que aquí comencemos á gozar la paz perpétua que esperamos. Luego comió San Pablo, y bebió, y fué confortado, como le puso el Profeta Ananías las manos en la cabeza y oró (2); porque jamás tiene apetito y hambre saludable nuestra alma de llegarse á la mesa de Dios á recibir el Santo Sacramento del Altar, si primero en la con-

(1) Act. IX.
(2) Ibid.

fesión y consejos santos, no caen estas escamas de temores y escrúpulos, para ver la luz verdadera, según aquí leemos de San Pablo; de manera, que este documento primero está en dos cosas: la primera, que has de elegir médico y padre espiritual conforme á la peligrosa enfermedad que padeces, que sea varón perfecto y temeroso de Dios. La segunda condición es, que del todo te ofrezcas en sus manos, con entera confianza de la misericordia de Dios, la cual será guía y lumbre que á él enseñará cómo has de ser remediada, y á tí entero consuelo, para que de tan enojosa enfermedad brevemente sanes.

El segundo documento es, que el confesor sea paciente y con caridad sufra la importunación del alma, que con escrúpulos y temores es afligida, porque á la verdad es muy grande el tormento que los escrupulosos muchas veces padecen, y así como al enfermo no es razón darle aflicción cuando padece dolores en el cuerpo, no menos al que está afligido en el alma conviene darle consuelo, pues la enfermedad es más peligrosa y más penosa. Débele persuadir á que entienda la gran misericordia de Dios, y á que ponga en olvido, si fuese posible, su justicia. Así lo mandó Dios por Isaías, cuando dice: *Sed fuertes, y consolaos, pusilánimes y no temáis* (1); y aun aquel samaritano, para curar aquel herido de ladrones, aceite dice nues-

(1) Isai. XXXV.

tro Redentor que echó y vino en las heridas de aquel hombre enfermo (1). Primero dice aceite, que es suave y blando, y después dijo vino, que es áspero y penoso á las heridas. San Bernardo dice que ha de ser la medicina del alma de tal manera confeccionada, que lo más sea aceite y lo menos vino, porque la misericordia de Dios, según dice David, llena toda la tierra. Consolada, pues, así el alma por ejemplos y doctrina que, como aceite, ablanda la dureza del temor y alumbra los ojos, que con las tinieblas de escrúpulos estaban cerrados, no entendiendo las grandes misericordias de Dios, luego mezcle el vino, mandando rigurosamente al tal penitente que en los pecados pasados, aunque muy enormes y grandes, se ponga perpétuo silencio, porque de allí suele el demonio inquietar mucho las almas; mayormente le debe mandar esto si ha hecho alguna ó algunas confesiones generales; y si no bastare esto para aquietar la conciencia, no sería inconveniente que hiciese una confesión general de nuevo, la cual acabada, le diga lo que el ángel mandó á Loth: *En ninguna manera, de aquí adelante, vuelvas, hermano mío, tu cabeza atrás* (2). Todo el mal de la mujer de este varón santo le vino de volver los ojos, mirando la justicia divina cuando se quemaban aquellas

(1) Luc. X.
(2) Genes. XIX.

cinco ciudades de Gomorra. Aquí, dice José (1), no una vez, sino muchas volvió la cabeza antes que Dios le diese el castigo, convirtiéndola en estatua de sal, la cual con sus ojos este historiador dice haber visto. Manifiesta figura es esta de los escrupulosos, inobedientes á su Padre espiritual, el cual les tiene mandado que no vuelvan los ojos, considerando su mala vida pasada y la justicia que por ella merecían. Sepan que tienen merecido, si no obedecieren, lo que esta inobediente mujer mereció, y como estátuas de sal estéril desabrida (2) se quedarán en el camino, sin subir al monte de la perfección y paz, á donde el obediente Loth subió. Consideren estos tales la prenda que tienen recibida de Dios, el cual dió su palabra, *que en dando el pecador un gemido, él por su misericordia se olvidaría de todos sus pecados*; y haciéndole merced de la vida, dijo luego: *Vivirá vida y no morirá* (3). Muy bien dijo vivirá vida, porque muriendo, vive el escrupuloso guerreado de temores cada momento, pensando que Dios no le ha perdonado sus pecados. Gran ejemplo tenemos en el bienaventurado David, el cual en diciendo *peccavi*, oyó del profeta Natán la respuesta de Dios *que ya era perdonado su adulterio y homicidio* (4). Si quisiere tener dolor de sus culpas ya

(1) Josehp. de Antiq.
(2) Genes. XIX.
(3) Ezech. XXXIII.
(4) II Reg. XII.

confesadas, sea en universal, diciendo con el publicano: *Habed misericordia de mí, pecador, Señor y Dios mío* (1); mas en particular no escudriñe sus culpas, y si á la memoria se le representaren, no haga caso de ellas.

El tercer documento es, que el escrupuloso confiese y comulgue, si al confesor le pareciere, á lo menos una vez cada semana. No haga largo tratado de sus pensamientos; no se enrede en más escrúpulos cuando se apareja á la confesión, porque las más veces aún no son pecado venial, antes hay gran merecimiento por la pelea y trabajo que en ellos padece el alma. Este consejo dió aquel gran Médico y Profeta Eliseo á Naamán Siro, para que sanase de la lepra, cuando le dijo: *Lávate siete veces en el río Jordan* (2). No una vez le mandó lavar, sino muchas, porque no has de pensar, hermano, que esa lepra emponzoñada, la cual te ha poseído de piés á cabeza por temor, es enfermedad pequeña, sino grande. No sana de una vez, sino de muchas: toma la medicina, que es fácil: lávate en el agua dulce del Jordán, que es la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, de donde nacen siete ríos caudalosos, que son siete Sacramentos: lávate una vez y otra, sé obediente para la salud de tu alma. Sigue consejo tan saludable, para que sane tu espíritu, pues aquel idólatra obedeció, y se lavó

(1) Luc. XVIII.
(2) IV Reg. IV.

muchas veces, para alcanzar la salud del cuerpo: ó si quieres, estas siete veces que te has de lavar, sea acordándote cada día de siete veces que tu Esposo dulcísimo Jesucristo por tu salud sangre derramó. La primera, en su Circuncisión. La segunda, en el Huerto, cuando con agonía oraba. La tercera, cuando en casa de Pilato fué azotado. La cuarta, cuando fué coronado de aquellas dolorosas espinas. La quinta, cuando en el Monte Calvario le desnudaron la túnica, pegada á sus sacratísimas carnes y llagas. La sexta, cuando fué enclavado en la Cruz con clavos de hierro que traspasaban sus benditos piés y manos (1). La séptima y última, cuando con una lanza fué abierto su divino corazón. Ten por muy cierto, alma, que si en tales pensamientos tu corazón ocupares, que tus temores y escrúpulos cesarán, porque este benigno Esposo tuyo peleará por tí, dándote el vencimiento en las manos.

El cuarto documento para remedio de los escrúpulos, es, que en ninguna manera el penitente, así atemorizado de escrúpulos, deje sus ejercicios espirituales, como enojado y triste de tales pensamientos y tan penosos; antes para ganar victoria cuando es más combatido, se ha de disponer como cuando tocan al arma en la guerra, tomando mayor ánimo contra el adversario Satanás. Este remedio enseñó nuestro Redentor Jesucristo á sus

(1) Joann. XIX.

Apóstoles la noche de su mayor turbación, cuando el bendito Redentor había de ser preso; y porque entendiesen que el escándalo que sobre mesa había dado Judas y el gran temor que ellos tenían, era seña para echar mano á las armas, les dijo así: *Velad y orad porque no seáis vencidos en la tentación y batalla* (1): de donde parece ser la oración espada de dos filos, que con la lengua se manda, según San Juan lo vió en el Apocalipsi (2), porque contra invisibles y visibles enemigos no se puede arma más fortísima hallar: y aun es espada de dos filos que tiene dos cortes, porque en las prosperidades la oración defiende para que no nos engañen, y contra las adversidades nos fortalece, para que miserablemente no nos derriben: y aun muchas veces nuestro piadoso Señor permite estos combates de escrúpulos enojosos, porque sin ellos luego nos dormimos y emperezamos, siendo vencidos en el sábado de la holganza y prosperidad, como se lee del pueblo de Israel, á quien los enemigos vencieron en el sábado de su Pascua. Cuánto mejor estuviera David con su ejército en el campo peleando, que no en su casa paseándose, nadie lo ignora, pues en la batalla aventuraba solamente perder la vida del cuerpo, y en el descanso y paz de su casa perdió la vida del alma, siendo adúltero y homicida (3): y por tanto dijo

(1) Matth. XXVI.
(2) Apoc. I.
(3) II Reg. XI.

el mismo Profeta, *que no deja Dios de herir con la vara á los justos, porque no extiendan su mano para obrar maldad* (1). ¿Qué es sino vara de justicia los azotes que la conciencia padece de noche y de día con tormentos de escrúpulos?

Querría, alma, que te acordases que la razón que aquí dió el Santo Profeta, diciendo que te aflige nuestro Dios, es porque si tuvieses paz, fácilmente extenderías las manos para ser gran pecadora. Él tiene la vara en la mano, que es carretero de Israel, llamado así por el Profeta Eliseo (2). Él despierta los bueyes con aguijón, según dice el Eclesiástico, porque no sean perezosos en la labor de su viña. Ve, pues, alma, adelante, aprovechándote de esas heridas y remordimientos de conciencia; y no como turbada y enojada dejes las armas de la mano cuando más son menester. No te duermas, cuando más debes velar contra el adversario. Lee, contempla, haz limosna y prosigue tus ayunos santos, que todos son saetas y lanzas para vencer y gloriosamente triunfar de tus temores y escrúpulos.

El quinto documento es que considere el escrupuloso cómo nuestro inmenso Dios, Padre de misericordias, conociendo nuestra flaqueza y enfermedad, no da tan gran mal cual es el infierno, sino por gran culpa, ni priva de tan grandes bienes

(1) Psalm. 91.
(2) IV Reg. IV.

como son gracia y gloria, sino por grave delito. Quiso tanto el Hijo de Dios asegurar nuestras confianzas en este caso, que determinó antes ser su alma bendita apartada de su cuerpo, cuando murió en la cruz, que no que nuestras almas fuesen apartadas de su Divina Majestad. Es de tan gran fruto esta consideración, que nuestro Padre San Agustín, hablando con el Señor, dice: *Ya, mi Dios, no osaré desconfiar, ni temer vuestro riguroso juicio, pues veo hecha la paga de todas mis maldades, casi sin número, en el Cordero inocente, que quita los pecados del mundo, mi Redentor Jesucristo, Hijo vuestro* (1). No, pues, por cada una culpa debe temer el cristiano perder á Dios, pues lo que es bien infinito, razón demanda que no se nos quite por cada nonada.

Miren los escrupulosos lo que San Pablo dice á los Corintios, *que al fin se salvarán los que en Cristo, fundamento nuestro, asientan heno, astillas y leña. Pasará á lo menos*, dice el Apóstol, *por el tormento del fuego que llamamos purgatorio* (2). Heno son las palabras ociosas, astillas ó pajas son los pensamientos que vuelan en el corazón, no sin turbación de la vista del alma. Leña son las culpas veniales, que son en daño del prójimo, las cuales se tardarán más en quemar, porque aunque no sean mortales, son veniales, más

(1) Joann., cap. 1.
(2) I Cor. III.

graves que las primeras y segundas, significadas por el heno y astillas que más presto se queman. La culpa mortal, quintal de plomo es pesado, sobre la cual vió sentada á la maldad el Profeta Zacarías por consentimiento determinado (1). Esto quiso declarar el Espíritu Santo, cuando hablando de los egipcianos que perseguían al pueblo de Israel, dice *que se hundieron en el agua del mar así como plomo* (2), de esta pesadumbre y gravedad de culpas. Por su grande clemencia nuestro Dios hace libres á las almas temerosas de ofender á su majestad; por tanto, las culpas leves no deben dar tan gran fatiga, como si fuesen pecados graves.

El sexto documento es, que entienda el tal escrupuloso, cómo una cosa es ser tentado de malos pensamientos y escrúpulos, y muy otra consentir en ellos, porque dos voluntades ó leyes muy contrarias halló dentro de sí San Pablo: una de la carne, que por sus malas inclinaciones despierta semejantes pensamientos, y esta es sin pecado, ahora se mueva por sí ó por industria del demonio; otra es la ley de la razón, que resiste á la ley de la sensualidad y es libre y conforme á lo que quiere el espíritu (3); pues como casi de contínuo estos pensamientos y escrúpulos sean un tormento muy desabrido, que el alma no querría, claro está,

(1) Zachar. V.
(2) Exod. XX.
(3) Galat. V.—Rom. VII.

que pues al escrupuloso le pesa de los pensamientos de blasfemia y de los pecados ya pasados, que de nuevo se le ofrecen, que mereció en esta batalla, como vencedor, favorecido de la gracia divina, porque la voluntad jamás consintió. Por tanto, añadió San Pablo y dijo *que él no pecaba en aquellos pensamientos é inclinaciones malas, porque no era obra suya, ni le daba consentimiento*. Esto se manifiesta, porque si entonces el alma escrupulosa fuese preguntada de otro, si haría ó querría los males que se le ofrecen al pensamiento, con verdad diría que no; de donde se concluye ser guerreada y tentada, aunque, como turbada, le parezca ser vencida, porque el homenaje de la voluntad queda libre y sin perjuicio.

El último documento es, que el escrupuloso, por ser así atribulado, no piense ser olvidado de Dios, mas antes piense ser más hijo suyo, porque este gran Padre y Señor tiene tal condición, según San Pablo dice, *que corrige á los que ama y azota á cualquier hijo que recibe* (1). Nuestro Padre San Agustín dice sobre estas palabras: *Mira, hermano, que si te quieres retraer del número de los afligidos y tentados, también te exentas del número de los hijos de Dios; y por el mismo caso, si no eres hijo, renuncias la herencia del cielo*, porque con tal condición eres recibido, según dijo San Pablo, de este benigno Padre; de manera, que

(1) Hebr. XII.

no sólo por palabras y reprensiones de tus mayores y castigo exterior has de ser atribulado, mas aún de dentro de tí mismo, con ramales y crueles azotes de tus propios pensamientos, has de ser por la Divina Justicia afligido; mas al fin, hay diferencia grande entre los hijos de Dios que son castigados y los enemigos, porque á los enemigos parece castigar Dios á dos manos, pues los atormenta en esta vida y en la otra, como leemos de Datán y Abirón, Heródes y el rey Antioco. A los hijos muy de otra manera parece castigar, hiriéndolos con una mano y regalándolos con otra. Así lo dice el mismo Señor: *Yo hice las llagas y yo las sanaré: yo maté, yo daré la vida* (1). ¡Oh, alma, no sé si los llame azotes esos tus pensamientos y escrúpulos, ó si los diga grandes regalos, pues para eso te permite ser afligida este amantísimo Padre, porque más consuelo te sea dado del favor de su gracia, teniendo tú más sufrimiento en esa prueba de amor y azote, como de mano de Padre. Claro parece ser esto, pues también se pagaron las lágrimas y aflicción de la Magdalena, que buscaba á Cristo muerto, al cual, para su consuelo, mereció adorar vivo y resucitado (2). Si tres días la Virgen Santísima y el bendito José con gran angustia, por la ausencia del Niño Jesús, le anduvieron á buscar, bien les fué pagado, pues con

(1) Deut. XXI.
(2) Joan. XX.

tanta honra le hallaron en el templo, cercado de doctores disputando cosas altas, en tanto que dice San Lucas: *A todos los tenía admirados, viendo que en edad tan tierna de doce años resplandeció tan gran sabiduría, que á los viejos y sabios de la ley hacía parecer ignorantes* (1). Qué honra, qué alegría de esta milagrosa disputa se le siguiese á su bendita y Santa Madre, no hay lengua que lo pueda decir. Y lo que más es, que para pagar mejor este Señor el desconsuelo de su gloriosa Madre, luego puso silencio en la obra del Padre en que estaba ocupado y se fué con San José y la Bienaventurada Virgen á Nazareth, á donde les era el Rey de la gloria súbdito muy obediente.

Quiero dar conclusión á este último remedio contra los escrúpulos con aquella sentencia de David que dice: *Según la multitud de mis aflic ciones y dolores en mi corazón, vuestras consolaciones, Señor, alegraron mi alma* (2). Si como cinco tinajas de agua se llenaron en las bodas de Caná de Galilea, fueran cincuenta mil, todas las volviera el Omnipotente Dios en vino (3); de manera, alma, que has de tener entendido de hoy más, que á más agua más vino; á más lágrimas y aflicciones, más alegrías espirituales y consuelos; y á menos penas, menos alegría de gracia y me

(1) Luc. II.
(2) Psalm. 93.
(3) Joann. II.

nos descanso de gloria. Así lo afirma San Pablo, diciendo: *Así como crecen las tribulaciones de Cristo en nosotros, así por Cristo se nos dan los consuelos* (1).

Ves, aquí, hermano, siete documentos como siete cadenas ó sogas nuevas, con que fué atado el fuerte Sansón (2): bien deben bastar para que vos seáis atado á la obediencia de vuestro Padre espiritual, el cual debe ser carro para sufrir las importunidades de los escrupulosos y guía que enseñe el camino para llegar á la tierra de promisión. Y si siguiendo estos remedios y los que él, como más sabio, te dará, no sintieres del todo ser remediados, ten sufrimiento, conociendo que Dios te quiere llevar por ese camino, en el cual aprovechas más en un día, siendo así afligido, que sin tales aflicciones aprovecharías en un año. Bien parece tener nuestro Dios de su mano á las personas que así son guerreadas con escrúpulos, pues en tantos tiempos y años no las deja ser vencidas de desesperación. Yo vi una persona temerosa de Dios, cuya vida fué casi un martirio por término de veinte años, á quien muchas veces los temores y escrúpulos hacían caer en tierra casi sin sentido; mas por la bondad de nuestro Dios, aprovechándole la guerra pasada, vino á tan gran paz y reposo, que ya cantaba con David, haciendo gra-

(1) II Cor. I.
(2) Judic. XV.

cias al Señor y decía: *Quebrantásteis, mi Dios, las cadenas y prisiones mías, á Vos ofreceré sacrificio de alabanzas* (1). Reposa, pues, alma, tu conciencia, y si te gozas de lo que es virtud y bueno, y aborreces el mundo y sus vanidades y todo lo que es malo, y no sientes remordimiento de pecado mortal en tí, indicios son, según Santo Tomás, para que confíes en la misericordia de Dios, que estás en estado de gracia. Da voces en tus aflicciones y ora diciendo así:

ORACIÓN

¡Oh, mi buen Jesús, pues así consoláis á quien afligís, hacedme, Señor, llorar, porque con vuestra mano me limpiéis las lágrimas! (2). Heridme, porque Vos, médico de mi salud, me visitéis y curéis, según lo tenéis prometido por Isaías. Obra soy de vuestras manos, en los brazos de vuestra misericordia me habéis de sufrir. Vos, Señor, así como adormecido en la navecilla de mi corazón, permitís que se levanten las olas del mar amargo de mis propios pensamientos, temores y escrúpulos (3). Despertad, mi buen Jesús, que poco menos ya perezco; mandad á los vientos, como lo hicís-

(1) Palm. 115.
(2) Hebr. XII.
(3) Joann. VI.

teis entonces en presencia de vuestros Apóstoles, que cesen, y luego se reposará mi alma, quebrantadas las olas de mis temores, en Vos, piedra viva y preciosa, Redentor mío. Mandad pregonar paz, pues sóis descanso de las almas y paz de corazones, vida y descanso de gloria. Amén.

CAPÍTULO XX

DE DIVERSAS MANERAS PARA TRAER Á NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO PRESENTE

Estas siete maneras de traer á tu amado Esposo Cristo presente por amor, alma, conforme á los siete días de la semana, llevan tan gran fundamento, que si bien lo considerares, las hallarás en las siete peticiones que nuestro Salvador Jesucristo en la oración dominical ordenó.

LUNES

Según que le contemplas el lunes Juez poderoso, le pides en el *Pater noster* diciendo la última petición: Señor, líbranos de mal (1). Y como el ma-

(1) Matth. VI.

yor mal de todos sea el apartamiento de Dios para siempre, que es pena de daño, por la cual más penan las almas condenadas que por la pena de los sentidos, que es fuego, visión de demonios, aullidos y blasfemias de miseria y perpétuo tormento, con razón suplicas al Juez soberano Jesucristo que te libre de tan gran mal, porque no oigas aquella sentencia que contra los malos será pronunciada, según el mismo Señor afirma que les dirá: *Id, malditos, al fuego eterno, el cual fué ordenado para tormento del demonio y sus ángeles* (1). ¡Oh, alma, que según estas palabras, no para el hombre, sino para el demonio fué hecho el infierno, porque como él no tuviese lugar de penitencia, su pecado y muerte eterna juntamente fué uno; mas el hombre, queriendo dar vuelta, por la misericordia de Dios tiene remedio, pesándole de su culpa y enmendando su vida, salvo si no fuere de los ángeles malos de Satanás, imitando su obstinación y soberbia porfiada, muriendo en pecado mortal, para del cual ser libre en este día, le contemplas Juez, diciendo con humildad: Señor, líbrame del malo, hazme libre de mí mismo, de mis siniestros, pues soy el peor de los malos para mí. Líbrame de la culpa porque sea libre del mal de la pena (2).

(1) Matth. XXV.
(2) Matth. VI.

MARTES

El martes pediste, alma, á Cristo, como á propio médico, el remedio de tu salud, lo cual te manda pedir este dulcísimo Esposo cuando te dijo que pidieses no ser vencido en la tentación y guerra. Mira que no te dijo que pidas no ser tentada, porque si fuera bueno pasar toda la vida sin tribulación, ni David suplicara al Señor que le probara y tentara, abrasando sus lomos y corazón (1), ni el mismo Señor en el desierto fuera tres veces tentado. Dos provechos dijo aquí David que, entre otros muchos, nos trae la tribulación: el uno es poner fuego al corazón, para que, como vaso de Dios escogido para el templo, pase por el fuego de los pensamientos que interiormente le guerrean, á donde venciendo con fortaleza, deje todo el moho de imperfección, porque así mandaba Dios purificar los vasos del templo, aunque fuesen de oro fino. El segundo fruto es que la tribulación es cauterio de fuego para la sensualidad, y por eso dijo: *Tentadme, Señor, y quemad mis lomos*. Fuego es la enfermedad, dolores y persecuciones de los enemigos, con que los malos deseos cesan y los malos apetitos se vencen. Esto vemos bien claro, pues en el Arca de Noé entraron ocho personas, cuatro maridos con sus mujeres; y con haber estado ence-

(1) Psalm. 25.

rrados un año, según se saca del texto, solamente salieron los ocho que entraron (1); de donde parece manifiesto que la tribulación no tan solamente nos aparta de lo que es ofensa de Dios y obra ilícita, mas aún pone en olvido el pasatiempo que sin pecado se podría ejercitar. Y aun lo que es más de ponderar aquí, ni un cordero, ni leon, ni ave en todo aquel tiempo nació en el Arca; para que entiendas el gran fruto de la adversidad, en la cual aun los apetitos sensuales, que están lejos de la razón, se retraen naturalmente y se hacen domésticos. Gran sentencia es aquella de nuestro Padre San Agustín *que no hay mayor tentación al cristiano que no ser tentado*, porque de buena razón, toda la vida tentación es y batalla muy encendida. Así lo dijo el Santo Job y en sí mismo lo experimentó (2). Pide, pues, alma mía á tu sabio médico y Esposo Jesucristo, no lo que tú quieres, sino lo que te dice que pidas; no demandes no ser tentada, sino pide en la tentación no ser vencida.

MIÉRCOLES

El miércoles considérale, alma, como prestador, de quien tanto has recibido, que demás de haberte dado este universo para que te sirva, te dió á tí misma dos veces, una cuando te crió, ha-

(1) Gen. VII y VIII.
(2) Job IV.

ciéndote libre, y otra cuando te redimió por su preciosísima sangre. Mucho le debes, pues te dió á tí misma, dejándote en tu libre albedrío; mas muy más deudora eres por lo segundo, pues se dió á sí mismo en precio de tu redención. Dime, yo te ruego alma mía, si toda te debes á este benigno Señor, porque te crió y aún no queda hecha la paga, ¿qué le darás por lo segundo, que te redimió con su preciosísima sangre y vida? Pues para remediar tu pobreza, viendo que no tienes caudal para la paga, mándate este piadoso Esposo que le supliques, diciendo: *Dimitte nobis debita nostra* (1). emprestador misericordioso, pues no tenemos de qué pagaros tan grandes mercedes recibidas, perdonadnos nuestras deudas. No dijimos deudas, sino nuestras, porque obligado eres, cristiano, á rogar por los prójimos, aunque sean tus enemigos, deseando que se salven y se les dé los medios para su salvación, como son fe verdadera, esperanza y caridad. Y ten por averiguado que no hay oración más meritoria, ni á Dios más aceptable, que pedir perdón de pecados, no sólo nuestros, mas aún de nuestros enemigos. Esto enseña la oración que nuestro Redentor hizo en la cruz, cuando dijo: *Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen* (2); la cual fué de gran virtud, pues allí el pueblo, hiriéndose en los pechos, pedía perdón de sus peca-

(1) Matth. VI.
(2) Luc. XXIII.

dos, y el Centurión le confesó por Hijo de Dios; y aun el ladrón, que aun en el palo estaba blasfemando primero, según dice San Marcos, dió la obediencia al Salvador, reconociéndole por su Rey y Señor (1). San Lucas dice *que cuando San Esteban hizo oración por los que le apedreaban, los cielos se abrieron y nuestro Redentor Jesucristo fué visto á la diestra de Dios* (2); de manera, que la oración hecha por los enemigos no llama á la puerta del cielo, mas hállala de par en par, pues aquí los cielos á San Esteban se abrieron, porque más libremente negocies con el Rey soberano nuestro Dios. Ó dice deudas y nuestras, porque nuestros pecados son como pestilencia, que con su mal ejemplo matan á los prójimos; ó porque, como eslabones de cadena, cada pecado es causa de otras muchas culpas; mas mira, alma, la condición con que pides perdón de tus deudas, y es que debes primero perdonar las deudas de tu prójimo, á cuya causa se dice luego en esta oración dominical: así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Nuestro Padre San Agustín dice que dos alas de la oración son limosna y ayuno. Si ala es la limosna temporal, con que la oración vuela, ¿cuánto más lo será la limosna espiritual, perdonando la injuria á quien te injurió? La limosna corporal se saca del arca, y la espiritual, perdonando las injurias, sale

(1) Marc. XV.
(2) Act. VII.

de las entrañas y corazón, y por tanto es más preciosa delante de Dios. La limosna corporal, si tú no la dieres, proveerá Dios otro que la dé al pobre; mas el perdón de la injuria nadie lo puede dar sino tú que eres el injuriado. ¡Oh, pecador, mira que si no perdonares, á tí mismo condenas, pronunciando sentencia contra tí cuando dices: *Perdónanos, Señor, como nosotros perdonamos á nuestros prójimos* (1). Pues si no perdonaste, ya suplicas no ser perdonado de Dios. *No se ponga el sol sobre tu ira*, dice San Pablo (2). Avísote, hermano, que ni un día te dure el rencor, porque no sabes si le tienes de vida. Mira no te quite el sol de justicia, Cristo, su gracia, indignado contigo; tu emprestador es, preséntate delante de él y suplícale que te perdone tus deudas, alegándole el perdón que hiciste primero perdonando á tus deudores.

JUEVES

El jueves, alma, le consideraste como á tu Pastor, que te sustenta, y da pasto, y aun te defiende de los lobos robadores los demonios. Este es buen Pastor, que no sólo conoce á sus ovejas, mas aún va delante de ellas, para asegurarles el camino y remediar sus necesidades y hambre (3). Verdad

(1) Matth. VI.
(2) Ephes. IV.
(3) Joann. X.

es que sin merecerlo nosotros remedia nuestras faltas y nos sustenta; mas también quiere este buen Pastor que nos dispongamos para recibir estas mercedes, pidiendo humildemente con la oración palabras que el mismo Señor ordenó. Buen Pastor, *dadnos pasto y pan sustancial cada un día* (1). Aquí (según nuestro Padre San Agustín) pedimos toda la sustentación corporal, porque en la Sagrada Escritura por el pan se entiende todo manjar. Así José, cuando convidó á sus hermanos en Egipto, dijo: *Hoy comerán conmigo mis hermanos pan* (2). En esta petición hacemos homenaje á nuestro Dios, así como reconociendo que sómos sus ovejas, á quien damos gracias por las mercedes que de su divina mano recibimos, en todos los frutos de la tierra, plantas y animales. El Santo Job decía, hablando con Dios, *que no comía los frutos de sus tierras, sin pagar la renta de ellos* (3). Suyas eran, y dice pagar censo, no otro sino reconocimiento de gracias á nuestro Omnipotente Dios que se las dió; ó digamos que pedir pan á este buen Pastor Cristo, es suplicarle que no nos falte la palabra de Dios, á la cual llamó pan el mismo Redentor, cuando dijo *que el hombre no sólo vive de este pan material, mas aún tiene necesidad de manjar espiritual,*

(1) Matth. VI.
(2) Genes. XLIII.
(3) Job XXXI.

que es la palabra de Dios. Este pan bendito nos parte con sus manos, como á los discípulos en el castillo de Emaus, cuando se nos da á gustar y á conocer en la santa lección de la Escritura divina (1), ó por la palabra viva gozamos de algún sermón. Finalmente, contemplar este día á nuestro Redentor como á nuestro Pastor, se funda en esta petición del *Pater noster*, que dice: Danos, Señor, nuestro pan de cada día; porque como afirma nuestro Padre San Agustín, tal debría ser nuestra vida, que cada día pudiésemos recibir aquel Pan sacratísimo del Santo Altar. Así dice la Sagrada Escritura que aquella Iglesia primitiva lo hacía, oyendo cada día sermón y comiendo aquel santo Cordero y angélico Pan. No sin misterio cada día mandaba Dios á su pueblo que saliese á coger el maná (2); para dar á entender que este pan de vida es cuotidiano, que cada día se ha de pedir con inflamado deseo y amor, y aun cada día se debe comer y con fe viva gustar. No es de menos estima el alma que el cuerpo, sino antes de muy mayor, pues si al cuerpo tantas veces se pone mesa, ¿qué razón sufre que al alma se le quite su manjar, á lo menos una vez al día, porque de hambre no muera por flaqueza, cayendo en algún pecado?

(1) Luc. XXIV.
(2) Exod XVI.

VIERNES

Pues el viernes le contemplaste, alma, así como á Rey, escarnecido y vituperado, vestido de púrpura, bañado en su purísima sangre, coronado de espinas, con un cetro de caña en la mano y llamado Rey así como de burlas (1), para hacerte reinar en el cielo de veras; por tanto, enseña este Rey soberano que pidas por singular merced ser hecha su santa voluntad en la tierra de tu corazón, así como se cumple por los ángeles en el cielo (2). Esta voluntad es su santa ley y mandamientos, por los cuales enseñó, según dice San Pablo, *ser su voluntad nuestra justificación* (3). Verdad es que si hablamos de la voluntad absoluta de Dios, no hay que pedir, ni orar, porque forzosamente todo lo que quisiere se ha de hacer, de la cual decía David: *Todo lo que Dios quiso hizo en el cielo, en la tierra y en el infierno* (4). Lo que aquí suplicamos es que su santa ley sea de nosotros obedecida, pues es Señor nuestro, y como á vasallos nos debe favor para contra su enemigo y nuestro el demonio, el cual nos va á la mano en todo, para que la voluntad de Dios no cumplamos; mas si Dios no lo

(1) Joann. XIX.
(2) Matth. VI.
(3) Rom. IV.
(4) Psalm. 103.

permite no nos puede enojar, pues ni pudo tocar á una oveja del Santo Job sin primero pedir á Dios licencia; ó podremos decir con nuestro Padre San Agustín que el cielo á donde se cumple la voluntad de Dios es nuestro espíritu, á donde hay sol, que es la fe; luna y estrellas, que son caridad y esperanza, con otras virtudes morales. Este cielo se deleita con la ley de Dios, según lo sintió San Pablo (1); mas la tierra, nuestra carne, con su pesadumbre, anda en contradicción contra el espíritu, entre los cuales solamente basta poner paz la mañana alegre de la gracia, que leemos haber dado fin á la guerra tan trabada entre Jacob y el ángel (2); pues como esta gracia nos ha de dar Dios de su mano, suplicámosle que sean paces, y pues es nuestro Rey, favorezca á nuestro espíritu, porque vencida la carne y conquistada tan perversa é inobediente tierra, se cumple la voluntad de Dios sin contradicción en todo el hombre, espíritu y carne, hecha ya celestial la que antes solía ser toda terrena.

SÁBADO

El sábado le consideraremos como Esposo hermosísimo; *blanco*, porque es luz verdadera y eterno Dios, y *colorado*, porque es hombre en su pa-

(1) Galat. V.
(2) Genes. XXXII.

sión y sangre teñida su vestidura, según le vió el profeta Isaías en espíritu (1). Viste, pues, alma, en el ejercicio de este día qué joyas tan preciosas te dió, para ser digna Esposa suya, figuradas por las manillas y zarcillos de oro que el santo Isaac dió á su esposa Rebeca (2); por esto te enseña este dulcísimo Esposo que pidas merced, diciendo: *Adveniat Regnum tuum.* Venga ya, Señor, ese reino á donde las bodas espirituales serán celebradas, y Vos, bendito Redentor nuestro, diréis á vuestras esposas: *Venid, benditas de mi Padre, y recibid el reino que os está aparejado antes del principio del mundo* (3). ¡Oh, alma, qué palabras tan dulcísimas son éstas que has oído! Ves aquí sobre qué prendas los mártires pusieron á riesgo sus vidas y los confesores y vírgenes padecieron tanta hambre, sed y aspereza, pareciéndoles todo muy poco, aunque viviera cada uno los nuevecientos y treinta años de Adán, por solamente oir palabras de tan grande favor como éstas: *Venid, benditos de mi Padre y tomad la posesión del reino tan deseado, tan pacífico, tan cercado de muros de paz y tan lejos de toda conquista y guerra.* Ved ya con los ojos abiertos á quien con gran fe amásteis y servísteis. ¡Oh, Rey eterno, de toda gloria cumplido, muy más glorioso que el del rey Salomón y de

(1) Isai. LXIII.
(2) Genes. XXIV.
(3) Matth. XXV.

mayor estima que el del rey Asuero, Señor de ciento y veinte y cinco provincias (1). Dadnos, pues, Señor, ese reino; dése fin á este destierro; pronúnciese la sentencia en nuestro favor, porque ya deseamos oir estas palabras: *Venid, benditos de mi Padre;* de manera, que cada vez que dices esta oración dominical, demandas el día del juicio ó el día de la muerte; bien sería, llegando á estas palabras, que volvieses los ojos sobre tu vida y aparejases luego la cuenta. Este reino, que es el día de la muerte ó del juicio, para todos ha de venir; mas no todos han de reinar, sino solamente los buenos, que con corazón humilde, fe verdadera y esperanza firme, sirvieron á Jesucristo, su verdadero Rey y Señor; y á los malos se les dará aquel fuego perdurable y Babilonia infernal, á los cuales dirá este benigno Rey Cristo: *Id malditos de mi Padre al fuego eterno con los demonios, á quien seguísteis y con vuestras malas vidas imitásteis* (2). Digamos, pues, con humildad á este clementísimo Rey y Esposo de las almas, Jesucristo: *Señor, venga á nosotros este reino celestial; y pues nos distes el anillo del desposorio, que es la fe, celébrense las espirituales bodas en este reino celestial por gloria.*

(1) Esth. I.
(2) Matth. XXV.

DOMINGO

Finalmente, alma, el domingo le contemplaste como á Padre, el cual te crió y redimió, y te pide honra, que es amor y temor filial, para que le reverencies como á Padre dentro de tu corazón, para lo cual te enseña que ores y pidas, diciendo: *Sanctificetur nomen tuum* (1). Padre celestial, sea santificado vuestro nombre. Santo es el nombre de Dios en sí mismo, porque el nombre y sér en nuestro Dios todo es uno, según el mismo Dios á Moisés, que le pedía el nombre, dijo: *Dí á Faraón que el que es te envía* (2). Aquí se declaró ser todo uno su nombre y su sér, de donde se sigue, que pues es su sér infinitamente santo, no menos su nombre lo sea; de manera, que lo que aquí pedimos, es que su nombre sea en nosotros santo, haciéndonos santos á los que somos engendrados y nacidos en culpa, para que por esta santidad nos parezcamos como hijos á su padre, el cual dice: *Sed santos, porque Yo santo soy* (3). Este nombre dice San Cipriano que fué en nosotros santificado en el bautismo, cuando nos hizo santos y puros, la cual pureza, ya perdida por la culpa actual, le pedimos nos vuelva, y si por ven-

(1) Math. VI.
(2) Exod. VII.
(3) Luc. XX.

tura no se perdió, le suplicamos la aumente y la conserve (1). Es tan gran petición ésta, que no hay otra mayor, porque pedimos la gloria de Dios, suplicando sea en nosotros su nombre santificado y engrandecido, así como sumamente es santo y bueno, digno de ser por sí mismo amado y glorificado; y en pedir el alma esto, merece más que en todo lo que ha pedido, porque menos mira á su interés y más desea la gloria de Dios.

Véis aquí, hermano, la suma de todos los ejercicios de los días de la semana, como se fundan en las siete peticiones del *Pater noster:* si por ventura la obediencia, que es más agradable servicio á Dios que todo lo demás, no os diere lugar para cada día ver más por extenso cada capítulo que está ordenado, á lo menos ved esta breve suma, porque no será sin gran provecho de vuestra alma.

(1) S. Tho. 2-2, q. LXXXV, a. 9.

CAPÍTULO XXI

Á DONDE SE RESUME EL EJERCICIO DE CADA SEMANA EN LO QUE SE HA DE HACER CADA DÍA

Dos cosas, alma, deseo que consideres en este ejercicio que has visto, para en cada un día de la semana traer presente á tu Esposo amantísimo Jesucristo, puesto en tu corazón, produciendo nuevos actos de amor contínuamente. La primera, que tanto más perfecto es el ejercicio espiritual, cuanto más bien fundado está en la Sagrada Escritura, por la cual, así como por regla divina, es justo que midas y niveles tus deseos, palabras y obras, pues tal nivel nos dió nuestro Señor y tan perfecto, que en nada puede faltar. De aquí es que aunque haya muchos ejercicios buenos, no carecen de sospecha cuando no llevan por cimiento esta piedra fortísi-

ma, la Sagrada Escritura, á quien no pudieron los herejes minar ni perjudicar en cosa alguna. Sobre siete columnas está fundada esta casa y ejercicio que viste, porque así la Sabiduría leemos haber edificado el palacio real que hizo para sí (1). No temas en ejercitarte, alma, desde luego, recogiéndote cada día de la semana á leer el capítulo que para él está ordenado; ó si quieres, según hacen otros varones espirituales que ya pasaron esa jornada en algún tiempo, podrás siete veces al día presentarte por memoria á este benigno Redentor por la orden ya dicha de la semana.

CONSIDERACIÓN PARA LA NOCHE

En la noche le contemplarás como juez, porque San Pablo dice *que el día del Señor, que es el juicio, vendrá, á manera de ladrón, de noche* (2). Bien dijo como ladrón, el cual no lleva las arcas, ni roba las mesas, ni las puertas de la casa, mas echa mano de las joyas más ricas y preciosas, mayormente si es ladrón de casa. ¡Oh, día terrible y temeroso el día del Señor! ¡Oh, muerte, ladrón de casa, y de los menos conocida, que vas minando las paredes y derribando la muralla de este cuerpo, como la polilla en la ropa sin hacer ruido y como el gusano en la madera, que dentro de ella está escondi-

(1) Prov. IX.
(2) 1 Thes. II.

do!; salteador, que andas en celada para acometernos á traición cada día que vivimos, pues todo lo pasado ya murió, aunque sean muchos años. Bien pareces ladrón de casa, muerte tan atrevida, pues de lo mejor echas mano, porque más que á todo amamos la vida. Es tu poder tan grande, que ni rey, ni emperador bastan para prenderte; ni hay Sumo Pontífice que te pueda descomulgar. El grande y el pequeño, todos son iguales venidos á tus manos; y nadie hay de los mortales que al fin á tus uñas no haya de venir. Mira, alma, que te dice San Pablo *que este juez soberano, Cristo, de noche ha de venir* (1), porque no te descuides en el sueño de la culpa y te halle como á Isboseth en mitad del sueño durmiendo (2). Vela, pues, alma, y ora, diciendo con David: *No entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo porque no será justificado en vuestro acatamiento ninguno de los que viven* (3). Considerando esta verdad Isaías, dijo *ser nuestras justicias á manera de paño amancillado* (4), el cual, si en una parte está limpio, en muchas está feo; bien así nuestras obras buenas, si lo son, van tan tibias y defectuosas por otra parte, que si algo tienen de bueno, tienen mucho más de malo. Luego está bien dicho que si con rigor nos juzgare este poderoso juez, nadie de los que

(1) I Thes. V.
(2) II Reg. IV.
(3) Psalm. 142.
(4) Isai. LXIV.

viven podrá ser justificado; y que esto se contemple en la noche, lleva mucha razón, porque opinión es de algunos sabios que el juicio universal ha de ser á media noche. Fúndase este parecer en el Santo Evangelio, que dice *que á la media noche fué oída una gran voz* que decía: *Levantáos, véis aquí viene el Esposo* (1) Cristo, juez de vivos y muertos. También favorece á esta razón el advenimiento primero en carne haber sido á media noche cuando nació en el mundo; luego el segundo advenimiento, que será á juicio, razón pide que sea á la misma hora. También le has de considerar como á juez en la noche, porque cada día has de hacer juicio de tí mismo, según nuestro Padre San Agustín aconseja y muchas personas acostumbran: para lo cual mejor hacer, se pone un documento en el libro que se intitula: *Regla de vida cristiana.*

HORA DE PRIMA

A la hora de prima has de contemplar á tu Esposo amado Cristo como sapientísimo médico, de quien dice el profeta David *que te libró de la muerte y te sana de todas tus enfermedades* (2). Débesle informar de todas tus enfermedades, supli-

(1) Matth. XXV.
(2) Psalm. 102.

cándole te remedie; y la información será decir con David: *Habed misericordia de mí, Señor, y sanadme, que están turbados y atormentados todos mis huesos* (1). Huesos son las virtudes, en cuya firmeza se había de sustentar la flaqueza de alma, las cuales todas se turban por la enfermedad del pecado. El remedio es confesarte enfermo, y con entera confianza pedir salud á quien luego dirá el médico soberano lo que dijo á aquella pobrecita enferma: *Confía, hija, que tu fe te ha hecho salva* (2). Con mucha conveniencia se sigue á la hora de prima esta consideración, después de haber hecho juicio en la noche de tí misma, porque lo primero, después de haber juzgado, ha de ser conocerte por enferma, confesando tus pecados y pidiendo á Dios misericordia.

HORA DE TERCIA

A la hora de Tercia debemos representar á Cristo en nuestro corazón, así como á emprestador, de quien todos los bienes recibimos emprestados, para negociar con ellos y ganar el cielo, pues á cada uno de nosotros se dicen aquellas palabras del Evangelio: *Negociad, en tanto que vengo* (3). Como si dijese: No sóis poseedores de esos

(1) Psalm. 6.
(2) Matt. IX.
(3) Luc. XIX.

bienes, emprestados los tenéis: sed buenos tratantes, que yo daré la vuelta, y pediré cuenta cuando venga al juicio. En esta hora trataremos en nuestro corazón aquellas palabras, que dice San Pablo: *¿Qué es lo que tienes, alma, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te ensalzas y presumes?* (1). Si eres sabio, si fuerte, si muy virtuoso, todas son vestiduras ajenas, y de la mano de Dios las recibiste. Mira que se han de volver á su dueño: humíllate, considerando la cuenta que debes y dirás con razón las palabras de San Pablo: *Sé que en mí no mora cosa buena.* Muy bien está esta consideración á la hora de tercia, porque á tal hora la Santa Iglesia hace gracias al Señor, reconociendo el beneficio tan inefable que recibió de su mano, cuando vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en el Cenáculo de Syón, con cuya venida la Santa Iglesia quedó tan rica, siendo tan hábiles tratantes aquellos Santos Apóstoles, que cada día á millares ganaban almas para el servicio de Dios (2).

HORA DE SEXTA

A la hora de sexta se ha de considerar este dulcísimo Señor Jesucristo así como pastor, el

(1) I Cor. IV.
(2) Actor. II.

cual vino á dar pasto á las almas de tan lejos, pues descendió del cielo, buscando con diligencia la oveja perdida, poniéndola sobre sus hombros, y con gran trabajo y sudor de sangre, juntándola con la manada de Angeles en el cielo. En esta hora debemos dar voces con el Profeta David, y decir: *Señor mío, como simplecilla oveja me perdí pecando, buscad vuestro siervo*, pues sóis benigno Pastor (1). O digamos lo que en otro salmo dijo el Santo Profeta: *El Señor será mi guía, no me faltará cosa, en el lugar de buen pasto me aposentó* (2). Lugar de buen pasto es la Sagrada Escritura, á donde todas las yerbas son dulcísimas y saludables al alma. También es prado celestial el Santísimo Sacramento, pan de vida, el cual tiene dulzura de todos los manjares, muy mejor que el maná, que era figura. Gran conformidad tiene esta consideración á la hora de sexta, porque al medio día pedía la Esposa á este buen Pastor Jesucristo le enseñase á dónde apacentaba su ganado, que son las almas (3). Y en el medio día, dice San Juan (4), que en el monte Calvario el buen Jesús, Pastor nuestro, subió al árbol de la cruz para cortar ramos de misericordia, que son sus palabras dulcísimas y sangre; de quien hasta ahora los animales santos, que hienden la uña de dis-

(1) Psalm. 118.
(2) Psalm. 22.
(3) Cant. I.
(4) Joann. XIX.

creción por fe, rumian, contemplando estos misterios, hallando gran suavidad en la hiel amarga que este nuestro bendito Pastor por nuestra redención á esta hora bebió (1).

HORA DE NONA

A la hora de nona hemos de presentar delante de los ojos de nuestra alma á este benigno Redentor, contemplándole como á Rey, pues así le enseñó Pilato al pueblo, diciendo: *Véis aquí vuestro Rey* (2). Debe responder entonces nuestra alma con grandísimo amor y deseo: *Vos sóis mi Rey y mi Dios* (3). Sóis mi Dios, porque de nada me criásteis, y mi Rey, que en la batalla de vuestra pasión me ganásteis, para que yo fuese reino vuestro, y Vos mi Señor y mi Rey. No reine en mí más el pecado; no tenga señorío la gula ni soberbia; Vos sed mi Rey, pues que sóis mi Criador. Mas ¡ay de los pecadores mortales! ¡ay otra vez de la ceguedad humana! pues los más responden con aquel pueblo blasfemo: *No tenemos otro rey sino César* (4). A este mundo vano servimos, á este César de este cuerpo agradamos, desconociendo al verdadero Rey Jesucristo en nuestras vidas profa-

(1) Joann. XIX.
(2) Ibidem.
(3) Psalm. 83.
(4) Joann. XIX.

nas; mas los amigos de Dios responden con viva fe y amor, muchas veces platicando estas palabras: *Vos, mi buen Jesús, sóis mi Rey y mi Dios* (1). Está bien esta consideración á la hora de nona, porque en ella se dió fin á la batalla, saliendo vencedor este Rey de gloria, y matando con su muerte nuestra muerte, destruyendo el infierno con admirable triunfo.

HORA DE VÍSPERAS

A la hora de vísperas le has de contemplar, alma, como en el sábado está dicho, mirándole atentamente con deseo aficionado, así como á Esposo, el cual te dotó, dándote su propia vida, y te hermoseó con su bendita sangre. A esta hora le has de decir con la Esposa en los Cantares: *Mi Esposo Jesucristo á mí y yo á Él* (2). Todo se empleó en mi redención; por tanto, yo toda me ocuparé en su servicio; yo soy á quien él mira con tanto cuidado en este universo; yo con nadie tendré cuenta, sino con su Majestad; mi amado Esposo Cristo á mí y yo á él; mi memoria, mi deseo, mis entrañas, inflamadas en su santo amor, á mi Esposo Cristo amarán, á él buscarán, diciendo con David: *¿Qué tengo yo que estimar en el cielo y*

(1) Psalm. 83 et 5.
(2) Cant. II.

más que á Vos, mi buen Jesús, á quien amé sobre la tierra? (1) Bien responde á esta hora de vísperas este ejercicio, porque en ella fué quitado tu amado esposo del tálamo de la cruz y entregado á la Esposa y bendita Madre suya, la cual le recibió por tí en sus brazos difunto, todo llagado, estando al pie de la cruz.

HORA DE COMPLETAS

A la hora de completas considérale, alma, así como á Padre piadoso, el cual te pide amor de hija y temor reverencial, según se debe á Padre y Señor. La respuesta ha de ser aquella que dijo Eliseo al Profeta Elías: *Padre mío, Padre mío, carro sóis de Israel y guía de él* (2). Padre una vez y otra, porque te crió y te redimió. Padre, porque nos da su gracia, y Padre, porque por ella se nos obliga á dar la gloria. Este Redentor se dice carro, porque él solo es bastante á sufrir la carga pesada de nuestras culpas. Llámase carretero, porque nos guía camino del cielo, y aun hiere con aguijón de tribulaciones nuestra negligencia y sueño porque no seamos perezosos en andar este camino y peregrinación, aunque gimiendo y llorando. Concierta esta contemplación con la hora de

(1) Psalm. 8.
(2) IV Reg. II.

completas, porque en ella nuestro buen Padre Cristo se ausentó de sus amados hijos cuando dentro en el sepulcro fué reclinado, puesta una grande piedra sobre la sepultura. Todos le lloran como á Padre, los Apóstoles y mujeres santas; sola su Madre Santísima le lloraba como á hijo nacido de sus entrañas. Los que este ejercicio tienen cada día, imitan al rey David, el cual dice que siete veces cada día daba alabanzas á su Rey y Criador(1). También la Santa Iglesia en número de siete horas canónicas, cada día alaba á su Dios. Y finalmente, los que siete horas del día se presentan á Jesucristo en estas siete maneras que habemos dicho, son los siete mil varones animosos que Dios tiene escondidos en celada, dado que el profeta Elías no los conozca (2). No seas, alma, negligente en ejercicio tan saludable, porque si dejares estas siete consideraciones, temo que te acaezca como á Sansón, á quien faltando siete cabellos, luego le faltaron las fuerzas. No quiero decir solamente estas siete maneras de presentar á Cristo en tu corazón, sino aun otras setenta mil que Dios te enseñará, debes tener en mucho y no desmayar en tan alto ejercicio (3).

(1) Psalm. 118.
(2) III Reg. XIX.
(3) Judic. XVI.

CAPÍTULO XXII

QUE TRATA DE DOS VIDAS, ACTIVA Y CONTEMPLATIVA

o segundo que has de considerar, alma, en el ejercicio que viste, para cada día presentar siete veces en tu memoria á tu dulcísimo Esposo Jesucristo, según siete consideraciones ya dichas, es la orden de proceder en esta arte, imitando á naturaleza, la cual en todo procede, pasando de lo menos perfecto á lo más perfecto. Primero el grano de trigo se pudre en la tierra y después nace como hierba en su tiempo y produce sus granos y espiga. Luego el madero, puesto en el fuego, da humo y después resplandece su llama y se hace brasa. De esta manera, si bien has considerado, hemos llevado este concierto en este ejercicio, enseñando

á subir de la vida activa á la contemplativa; porque considerar primero á este dulcísimo Señor como á juez y médico tuyo y después contemprarle como á Esposo y Padre, es como quien pasa de la vida activa, que es menos perfecta, á la contemplativa, que es la más excelente (1). Primero nació Esaú que Jacob (2), y algunos años antes se le dió en Esposa á Lía, de los ojos enferma, y después su hermana Raquel, por quien sirvió este patriarca catorce años, padeciendo gran calor y frío en el campo guardando ganado: bien así cada un cristiano se debe ejercitar en la vida activa primero, gimiendo con los enfermos que gimen y llorando con los que lloran, según lo hacía San Pablo (3), y después se les dará Raquel la deseada, que es la vida contemplativa; y que haya de ser primero la activa, parece ser así, pues Santa Marta salió al camino para recibir á nuestro Redentor Jesucristo estando en Betania, y el mismo Señor la envió á que llamase á su hermana Magdalena (4); de donde parece ser la vida activa un cierto camino y guía para la contemplativa. Por tanto, dicen los Doctores Santos, que el que desea ser contemplativo, debe primero ejercitarse en el campo de la vida activa.

No hay duda sino que la vida contemplativa

(1) S. Tho. 2-2, d. CLXXXII.
(2) Genes. XXIX.
(3) Rom. II.
(4) Luc. X.

excede en grandes quilates. Da la razón Santo Tomás, porque la vida contemplativa consiste en una holganza y reposo, según lo mejor del alma, que es el entendimiento; y al contrario, la activa es un mar turbado (1), como parece en Santa Marta, á quien dijo el Señor estar turbada en muchas cosas, á cuya causa su hermana había elegido la mejor parte (2), porque no entendía en más de oir sermones; mas con todo eso es menester pasar por la aspereza de la vida activa, visitando al enfermo y al encarcelado, y dando de comer al hambriento y de vestir al pobre; de manera, que haber fundado estas siete consideraciones en la oración del *Pater noster* (3), procediendo de la última petición hasta la primera, fué ir subiendo de lo menos perfecto á lo más perfecto, como dijimos que procede naturaleza en sus obras. Y si preguntas, alma, por qué nuestro Redentor comenzó desde lo más perfecto, diciéndonos que pidamos el reino de la gloria, á esto podremos decir que el Señor del mundo quiso ponernos el premio delante de los ojos primero, porque con tal cebo, de buena voluntad tomásemos el medio para alcanzarle, que es pedir perdón de nuestros pecados.

Débese aquí considerar que no siempre es más meritoria la vida contemplativa, aunque es más

(1) S. Tho. CLXXXII, a. 1.
(2) Luc. X.
(3) Matth. VI.

perfecta que la activa (1). La razón de esto es, porque el mérito mídese por la medida de la caridad con que alguna obra hacemos; pues como puede alguno con amor de Dios hacer alguna obra activa, que no otro que está orando ó contemplando con tibieza y amor menos perfecto de Dios, claro está, que en este caso la vida activa es más meritoria que la contemplativa. De aquí es que San Pablo dijese á los romanos *tener gran deseo de ser apartado de la suavidad de la contemplación por el provecho de sus hermanos* (2), con los cuales lo más del día estaba predicando y enseñando el camino del cielo, que es ejercicio de vida activa y gran obra de misericordia espiritual, y tan agradable á nuestro Dios, por ser ejercicio de ganar almas (3), que el mismo Señor diga en los Cánticos: *El que moras en los huertos, háceme oir tu voz* (4). Como si dijese: tú que contemplas la Sagrada Escritura y entiendes en la vida contemplativa, habla, que te deseo oir; aconseja al descaminado y consuela al desconsolado. Cosa admirable parece que diga este piadoso Señor *haberle la Esposa llagado el corazón con un cabello de su garganta* (5). El cabello sutil y muy delicado, es el deseo de ganar almas, ofreciéndolas al

(1) S. Thom. ubi supra.
(2) Rom. X.
(3) Gregor.
(4) Cant. VIII.
(5) Cant. IV.

que las crió y redimió; lo cual significa ser cabello de la garganta, porque ella junta el cuerpo con la cabeza; pues cuando en la vida activa nos ejercitamos, uniéndonos con nuestra cabeza Cristo por consejo y doctrina, limosna ó Escritura Santa, entonces herimos al corazón de Cristo con un cabello, que es deseo amoroso de agradarle en cualquiera obra pequeña de vida activa; el cual, para enseñar que se nos da por vencido de amor, dijo que le heríamos en su santo y amoroso corazón. ¡Oh, mi buen Jesús, salud de mi alma, suplico á vuestra Majestad que con el trabajo pequeñuelo que en esta pobre Escritura yo padecí, gane á lo menos una alma para vuestro servicio, porque cumpla yo vuestro mandamiento, pues nos mandáis no ir con las manos vacías delante de vuestra real presencia!

Estas dos vidas y la manera que se ha de tener en ellas, enseña San Isidoro (1), declarando aquella visión de Ecequiel, donde aquellos santos animales, dice que iban muy apriesa sin volver atrás: *Y después dijo que iban y volvían á manera de rayo apresurado* (2). Ir primero y no volver estos animales, significa la vida activa, en la cual ha de haber siempre perseverancia; de donde entenderás cuánta prudencia debes tener, tasando tus ejercicios y tiempos conforme á tus

(1) Isidor. *De Summo*, cap. III.
(2) Ezech. I.

fuerzas y estado, y dando tiempos determinados para poder perseverar. Nuestro Salvador Jesucristo dijo *ser cosa muy buena la sal* (1), porque quien ha de dar sabor á tu vida, es la prudencia en todas tus obras. Esa es la mayor virtud de todas, según Aristóteles, á quien llamaron los filósofos morales, madre de virtudes, porque ni hay fortaleza sin prudencia, ni templanza sin justicia.

No sin misterio mandaba Dios que en todo sacrificio le ofreciesen sal (2); ni quería que se le ofreciese animal, si no hendiese la uña, para dar á entender que sobre todo le agrada la prudencia y discreción; por lo cual San Pablo aconseja, diciendo, *que sea conforme á razón cualquiera sacrificio que á Dios ofreciéremos* (3). Pues el que quisiere perseverar, imitando á estos santos animales, ha de tener la planta del pié como ternero, según ellos la tenían, porque todo ha de ir cimentado, mayormente la vida activa, sobre prudencia y discreción. Ir aquellos santos animales andando y volver á manera de rayo apresurado, dice San Isidoro que enseña la vida contemplativa, en la cual, por la flaqueza nuestra, no podemos largo tiempo perseverar. *Nuestro cuerpo*, dice el Sabio, *por ser corruptible, da pesadumbre al alma; y la mísera morada que tenemos en este suelo, desva-*

(1) Matth. V.
(2) Lev. II.
(3) Rom. XII.

rata nuestros pensamientos para pensar muchas cosas (1). Cuán bien sentía esta pesadumbre San Pablo, cuando á voces decía: *¡Oh, miserable de mí! ¿quién me librará del cuerpo de aquesta muerte?* (2). Bien dijo cuerpo de muerte, pues cada día se muere y corrompe y al fin es tributario á la muerte, el cual nos va á la mano, cuando querríamos largo tiempo contemplar en nuestro Dios. Esto declaró nuestro Señor á San Juan, cuando le enseñó el cielo abierto *y fué hecho silencio por media hora* (3). No dijo hora entera, porque la contemplación, que en esta vida gustamos, es imperfecta y muy partida, bien como mitad de hora, que aquí se comienza y en el cielo se ha de perficionar.

Mas debes considerar, alma, que aunque todo lo dicho sea así, no tienes excusa para siempre no contemplar á tu amado Jesucristo en la vida activa y contemplativa; y para entender esto, nota una doctrina de nuestro Padre San Agustín (4), la cual es tan sutil, que solamente quien la experimenta basta á entenderla. Dice, pues, este Santo Doctor que tres actos tiene la vida racional que vivimos: el primero es vida contemplativa; el segundo es de vida activa, y el tercero es compuesto de estas dos vidas; de manera, que en la vida activa puede haber siempre mixtura de la contem-

(1) Sap. IX.
(2) Rom. VII.
(3) Apoc. VIII.
(4) Aug., lib. XIX *De Civ.*

plativa, teniendo presente á Jesucristo, nuestro Salvador, no con pequeño gusto del alma, porque el fervor de amor con que das limosna, ó sirves á los pobres, ó entiendes en tu sustentación propia, comiendo ó durmiendo, pues todo pertenece á la vida activa, gran parte es de la vida contemplativa.

Hermanas muy amadas son Marta y María; en una casa moran y á la mesa están con Cristo (1); no sé quién les levanta testimonio diciendo que son enemigas, como anden tan unidas en el amor que nunca se apartan una de otra. ¡Oh, alma mía, no apartes de tu memoria á tu amado dulcísimo Jesús en todas tus obras! De él hable tu lengua y piense tu corazón, porque todo te será dulce y suave, si en todo presentares primero á Cristo, dándole parte de tus trabajos. Da vuelta con los santos animales, dándote solamente á la contemplación algunos tiempos; mas mira que esta vuelta es como rayo, porque de fuerza el águila, aunque más alto vuela, ha de bajarse á pisar la tierra, dando de comer á sus hijuelos; quiero decir que no por ser contemplativa te descuides de los pobres y de tu propia familia y casa, pues en estas obras puedes mezclar la contemplación con memoria amorosa de Cristo; y aun muchas veces la vida activa es leña, para que el alma con mayor fervor guste de Dios cuando le contemple; otras veces por falta

(1) Luc. X.

de esta leña se le da su merecido, saliendo tan seca como entró, que no suele ser pequeño martirio. Bendito sea tal Señor que tan grandes fuerzas dió al alma, que no sólo en la vida contemplativa le gustase, mas en las turbaciones y desabrimientos de la vida activa le pudiese actualmente amar, presentándole delante de tus ojos y recibiendo grande consuelo, á manera de ángel que siempre vé el rostro de aquel Padre celestial, nuestro Criador y sumo bien, inmenso Dios (1).

(1) Matth. XVIII.

CAPÍTULO XXIII

DE LA UNIDAD DE LAS DOS VIDAS, ACTIVA Y CONTEMPLATIVA

Para que mejor podamos entender la unidad de estas dos vidas, activa y contemplativa, es de considerar que tres maneras hay de contemplación: la primera es cuando el alma siente una ligereza y anchura de corazón en todas las obras de Dios y vida activa. Esta habilidad y prontitud sentía el profeta David, cuando decía: *Corrí, Señor, por el camino de vuestros mandamientos cuando dilatásteis mi corazón* (1). Bien parece ser obra de la mano de Dios esta dilatación y no obra

(1) Psalm. 118.

nuestra, pues aquí dijo el Profeta que este piadoso Señor había en él obrado tan admirable obra; y queriendo declarar que este acto de vida contemplativa andaba juntamente con la activa, dijo que corría por el camino de los mandamientos de Dios; y en otra parte dice: *Piés ha hecho ligeros para correr, así como de ciervos, y sobre cosas muy altas me ha puesto el Señor* (1). ¡Oh! gran fuerza del amor soberano, el cual es bastante cuando se aposesiona de un alma, que de un pequeñito animal y perezoso, de espinas cercado, que es como un erizo, cuya casa, según dijo este Santo Profeta, es el resquicio de alguna piedra, se haya hecho ligero ciervo, que corre por las anchuras de los campos y frescuras de los valles; y aun presume con el favor que le da este santo amor de subir á los altos montes por perfección de grandes virtudes, levantándose sobre sus fuerzas propias. Un ciervo de estos decía y con muy grande razón: *Los mandamientos de Dios no son pesados sino muy fáciles* (2). Esto dijo el amado de Jesús San Juan, porque en todo lo que él obraba, contemplaba el grande amor del Señor que se lo mandaba; y como de esta consideración al alma se le siga tan grande alegría, olvida el trabajo de la vida activa por el gran gusto que siente de Dios con esta anchura de corazón y ligereza de piés, que son los deseos santos.

(1) Psalm. 17.
(2) 1 Joann. V.

¡Oh, alma mía, si quieres correr por la vida activa y casi no sentir sus molestias y trabajos, dí con la Esposa en los Cantares: *Dulcísimo Señor, salud mía Jesucristo, llevadnos tras Vos y correremos al olor de vuestros santos ungüentos de misericordia!* (1).

La segunda manera de contemplación es una subida del alma á la consideración de cosas grandes de Dios y de sus criaturas. Aquí el alma bien se ve á sí, porque no sube entonces de sí misma, aunque bien conoce ser elevada por manera divina y ser ilustrada de rayos suavísimos de aquella luz soberana, dado que siempre se está en el uso de los sentidos que antes tenía. En este homenaje estaba el Santo Profeta David, cuando decía: *Yo afirmé en mi exceso, que todo hombre es mentiroso* (2). Llamó exceso á la subida en tan alto vuelo, porque como el águila mira el sol en su rueda, su alma contemplaba aquella verdad suma, que es Dios; y volviendo los ojos á las criaturas, ofrecióse le la mejor de ellas, que es el hombre, el cual entendió ser como cosa fingida en respecto de su Criador. ¿Qué piensas, hombre, que serán los bienes temporales, honras y deleites, y todo lo demás, pues lo mejor, que es el hombre, es como si no fuese? Salomón en el Eclesiastés, conforme á este secreto, dijo: *Vi todas las cosas que eran de-*

(1) Cant. I.
(2) Psalm. 115.

bajo del sol, y todo es vanidad y aflicción de espíritu (1). Ves aquí, alma, cómo David y Salomón en este acto de contemplación usaban de sentidos, pues miraban á las criaturas y consideraban sus condiciones. Nuestro Padre San Agustín dice *que cuando consideramos la verdad suma, nuestro Dios, así como Criador y Principio, de quien todas las cosas tuvieron principio, que no estamos en este mundo;* pues luego bien se sigue que el alma, aun considerando las obras de Dios, cuando usa de estos sentidos para este fin, entonces está en contemplación.

Hay otra manera última de contemplación, la cual es más perfecta, que dicen rapto ó arrobamiento de sentidos. En esta manera se puede ver la Esencia Divina, según afirma nuestro Padre San Agustín, que la vieron Moisés y San Pablo; el uno por haber sido tan principal Profeta en el Testamento Viejo, y el otro por vaso de elección y Apóstol en el Testamento Nuevo. De aquí es que escribe á los de Corinto *no saber si estaba en el cuerpo ó fuera de él, cuando fué robado hasta el tercer cielo y vió cosas tan soberanas, que lengua humana no puede decir* (2); mas no dijo que no haya corazón que baste á gustarlas y pensar. Todo esto, alma, he dicho para consolarte, sabiendo que toda tu vida puedes, si quieres, vivirla en contínua con-

(1) Eccl. III.
(2) II Cor. XII.

templación; porque aunque en las dos maneras últimas no se sufre juntamente la vida activa con la contemplativa, es muy posible en la primera manera traer siempre á tu Redentor y Señor, el cual se hizo hombre, para que en todas tus cosas le presentes delante de tus ojos: que si comes, él comió, y si duermes, él durmió, y si trabajas con los enfermos y pobres, á este dulcísimo Señor en todo hallarás, que trabajó. Dichosa el alma que en todas sus obras corporales primero llama á este Redentor, presentándole en su memoria para en todas tenerle compañía, en las cuales el mismo Señor se ejercitó. Esto quiso decir el Espíritu Santo, cuando en el Génesis leemos, *que el Espíritu del Señor andaba sobre las aguas* (1). No dice que estaba quedo, sino que andaba, porque el amor de Dios no pierde un momento de tiempo. Andaba sobre las aguas, porque la memoria y contemplación de nuestro Redentor puede andar con la vida activa, que es como hondadas de diluvio, que turbaban á Santa Marta (2); mas al fin todo lo puede el amor santo, pues con el regimiento de vasallos y gobernación de familias, con el servicio de pobres y cuidado de propia persona, no se ahoga; mas sobre todo nada y vuela, amando soberanamente á su Criador y Señor.

¡Oh, alma, si considerases la fuerza que tiene

(1) Genes. I.
(2) Luc. X.

el amor de las riquezas terrenas y en cuánto cuidado pone á los amadores de ellas, pues comiendo no comen y durmiendo casi no duermen con el cuidado que tienen de substentarlas y aumentarlas, luego verías cuánta razón tiene el Redentor del mundo en quejarse, diciendo: *Más prudentes son los hijos de este siglo, que los hijos de la luz en su generación!* (1) Como si dijese que los mundanos exceden en solicitud, teniendo mil maneras sutiles para enriquecerse de riquezas vanas y hacen ventaja á los hijos de la luz, que son los varones espirituales, pues de ellos dice David: *Durmiéronse los que iban á caballo* (2). A pié van todos los mortales, que buscan con gran agonía y sudor, como la experiencia enseña, las cosas temporales; los hijos de la luz van á caballo y andan la jornada en piés ajenos, considerando el favor que tienen de la Gracia Divina: es el daño y no pequeño que se duermen, no considerando en todo tiempo presente á su dulcísimo Redentor.

Dime, alma, yo te ruego, pues los hijos de tinieblas en todas las cosas tienen presente el interés que buscan: ¿por qué tú, siendo hija de luz, no acompañas en la vida activa que ejercitas, á tu dulce Esposo Cristo Jesús? Acuérdate que en aquella visión de Ecequiel (3) sobre las tres figuras del

(1) Luc. XI.
(2) Psalm. 75.
(3) Ezech. I.

leon, buey y hombre, que tenían aquellos santos animales, dice el Profeta que estaba la figura del águila. Todos juntos estos santos animales llevaban las ruedas del carro por tierra, y cuando volaban, las levantaban en alto. ¡Oh, alma, que tú lo eres todo, teniendo figura de hombre y siendo en tus hechos varonil, has de hender la uña como el buey, y rigiendo con discreción la virtud concupiscible, también has de ser leon, usando para bien de la virtud irascible; y finalmente, el águila, que es la vida contemplativa, ha de ser muy hermana de la vida activa. Primero has de trabajar, llevando las ruedas del carro, tocando en la tierra á manera de rueda en un punto, porque ruedas son estos sentidos, en quien se va rodeando el cuerpo; y entonces con más ligereza van por el camino de Dios, cuando más sabiamente, dando de mano á lo supérfluo, toman con necesidad en el comer y vestir lo que basta para el camino. De aquí es que dice luego este Santo Profeta, que estos santos animales, siendo guiados con gran ímpetu del Espíritu Santo, volaban en alto, llevando tras sí el carro.(1) Cosa es imposible que el águila no tienda las alas, pues nace con ellas en algunos tiempos del día; quiero decir, que si la vida contemplativa acompañare á la activa, muchas veces casi sin mirar en ello, en mitad del ejercicio de la vida activa, se arrebata el alma con un deseo de Dios y amor

(1) Ezech. I.

afervorado, de manera que pueda decir con David: *Mi corazón y mi carne se han gozado en mi Dios* (1). Aquí parece que ya el carro era subido muy alto del águila, que es la vida contemplativa, pues no solamente el espíritu que aquí llamó corazón, mas aún el cuerpo juntamente gustaban de Dios.

Bien veo yo, alma, que tú por tí misma no puedes cosa tan grande como hemos dicho; mas mira que en la figura que oíste, aquellos santos animales se dice tener alas y manos, como de hombre debajo de las alas (2). Bien claro parece ser muy unas estas dos vidas, y que nuestra tibieza las ha dividido y apartado, pues ni la mano estaba sin el ala, ni el ala sin la mano. A una trabajaba la mano, que es la vida activa, con el ala, que es la contemplativa; y aun volaba el ala con la mano, para que tengas entendido, que si pusieres la mano, que es la obra, en la vida activa, luego Dios te dará alas y de águila, para que juntamente obrando, contemples á tu dulcísimo Redentor Jesucristo, sin jamás perderle de vista, por tener ojos de águila ilustrada con los rayos de la fe. ¡Oh, cosa maravillosa y de grandes misterios llena, que viese el Profeta tener alas al hombre, al leon y al buey! Bien estaba tener alas el águila, pues naturalmente le conviene; mas que tenga alas también el buey y

(1) Psalm. 83.
(2) Ezech. I.

que el hombre pueda volar, esto es cosa muy nueva y espantosa; mas pues el Profeta lo vió, no es cosa monstruosa ni fingida; don es sobrenatural lo que estas alas significan por la fe y por el amor divino; la virtud racional significada por el hombre, la iracible declarada por el leon y la concupiscible por el buey, todas vuelan como águila, penetrando los cielos con deseos y pensamientos grandes de Dios, en tanto que se atreven á decir con San Pablo: *Nuestra conversación es en el cielo* (1).

Bien será, alma, que pues el amor todo lo puede, que tu ejercicio sea en presencia de tu amado Esposo Jesucristo siempre emplearte en amar al que en todo tiempo y ejercicio con tan grande amor te buscó. *La caridad*, dice San Pablo *que es benigna y es paciente, la cual todo lo cree y todo lo espera* (2). Todas estas excelencias del amor son como ramos de este árbol tan precioso del Paraíso; porque si la caridad es benigna, la benignidad amor es, y si es paciente, la paciencia el mismo amor es, y pues la caridad todo lo cree y espera, la fe y esperanza en manera alguna es amor, el cual enseña á esperar las cosas eternas y da vida á la fe, para que sea meritoria ante Dios. Esta caridad, dice San Pablo *que no se ensoberbece*, porque ella es la humildad; *no envidiosa*, porque des-

(1) Philip. III.
(2) 1. Cor. XIII.

tierra de sí toda la envidia; y finalmente, este Santo Apóstol la llamó *cadena de toda perfección*, porque todo lo quiere llevar tras sí, así como eslabón de cadena; de manera, que la prudencia, templanza, fortaleza y justicia, son virtudes cardinales y morales; la fe y esperanza, que son teologales, todas son eslabones de esta cadena suave de amor santo, sin pesadumbre ni algún rigor. *¡Oh, grandeza de amor divino*, dice nuestro Padre San Agustín, *inflama todo mi corazón para que todo se emplee en tí, no hallando en mi lugar otro adúltero amor! ¡Oh, fuego que siempre ardes y no te disminuyes, enciende mis entrañas con tu amor divino! Paraíso de deleites de Dios y templo de la paz de nuestra alma, recíbenos fugitivos y peregrinos en este valle de miserias.* Este es el árbol espantoso que admiró al rey de Babilonia Nabucodonosor (1), cuya altura llegaba al cielo y sus ramos llegaban hasta el fin de la tierra de nuestro terreno corazón. En sus ramos hacían nidos las aves, que son querubines y serafines; y á su sombra se retraían los animales, gusanitos hijos de Adán, á donde dice la Esposa *que se sentaba, gustando de su fruto dulcísimo* (2), el cual, como comiese San Pablo, dijo que tenía sabor de paz y de contínua alegría. ¡Oh, alma, ves aquí lo mucho que puedes si amares contínua-

(1) Dan. IV.
(2) Cant. II.

mente á tu Redentor! Preséntale tu corazón en todo ejercicio y obra; él será tu fortaleza y te pondrá cerco de fuego de amor, como al otro Paraíso terrenal cercó (1). No te turbe esa vida activa, porque todos esos trabajos gotas de agua bendita son, con que más se enciende la fragua del amor santo, para más con fervor amar á Jesucristo, sabio amador.

(1) Genes. III.

CAPÍTULO XXIV

DE LAS TRES VÍAS, QUE SON PURGATIVA, ILUMINATIVA Y UNITIVA

RES operaciones tienen los espíritus celestiales, según dice San Dionisio, cuando comunican unos á otros las revelaciones y misterios que les declara aquella suma bondad nuestro clementísimo Dios: lo primero es purgar, lo segundo alumbrar y lo tercero perfeccionar. Estos tres efectos vemos cada día, cuando sale el sol primero purga el aire, apartando las tinieblas, y luego alumbra, y finalmente, cuando va subiendo á lo alto, le perfecciona, dando más clara luz.

Ves aquí, alma, la escala de toda tu perfección, compuesta de estos tres grados ó vías: purgativa, que es llorar y gemir tus pecados primero; ilumi-

nativa, que es cuando ya la misericordia de Dios esclarece al alma, enseñándola cuánto se ha de aborrecer la vanidad del mundo y cuánto deba ser amada la suma verdad, que es nuestro Salvador Jesucristo, el cual se puso este nombre, cuando dijo: *Yo soy camino, verdad y vida* (1). Sobre este paso, dice nuestro Padre San Agustín: *Cristo es camino que nos guía y lleva al cielo, sin el cual todos vamos descaminados*. Es verdad que alumbra nuestro entendimiento entenebrecido y lleno de errores. Finalmente, es vida que solamente bastó para matar nuestra muerte; de manera, que á los que andan en la vida purgativa y hacen penitencia de sus culpas, este benigno Redentor es *camino;* y á los que se ejercitan en la vía iluminativa, entendiendo con clara luz el poco valor de las criaturas y el gran precio del Criador, este Señor es *verdad;* mas á los que han llegado á la vía unitiva, que es la más alta y perfecta, haciéndose unos en amor santo con este benigno Redentor, á éstos es *vida*: uno de los cuales era San Pablo (2), cuando afirma no vivir él, sino Cristo en su alma, así como propia vida. A estos tales son los gemidos y lágrimas, palabras y sentencias muy vivas; el desmayo les es fuerza de gran virtud y la enfermedad de amor santo es un mensaje muy cierto de la salud perdurable y vida eterna. De

(1) Joann. XIV.
(2) Galat. II.

estas tres vías, dice el Profeta Isaías, que los que confían en el Señor, caminan en tres maneras, porque unos andan, otros corren y otros vuelan con alas de águila (1). Los primeros que andan, son los de la vía purgativa; los segundos que corren, van por la vía iluminativa; los terceros vuelan con suave vuelo de santo amor afervorado. Queriendo ahora aplicar estas tres vías y ejercicios á nuestro propósito, diremos que á la primera, que es purgativa, conviene el ejercicio que hemos dado para cada día de la semana. La segunda vía, que es iluminativa, podremos referir al segundo ejercicio que hemos dado, para que esté cada día siete veces el alma presente á nuestro Señor Jesucristo delante de sí, por la orden de las siete horas canónicas. A la tercera vía, que es unitiva, resta ahora dar otra arte más perfecta, á donde el alma, después de haber andado y corrido las dos vías primeras, conviene que vuele con mayor apresuramiento, para hacerse más una con su Esposo Cristo, por contínua memoria de amor de este dulcísimo amado.

No hay cosa, alma, que más el corazón despierte en amor de su Criador, y saque al hombre del profundo piélago del olvido, según sentencia de nuestro Padre San Agustín, que tener siempre presente á tu amado Esposo Jesucristo, puesto por tu salvación en la Cruz. Pues si quieres en breve

(1) Isai. XL.

tiempo ser muy aprovechada, sigue este documento, que muchas personas de espíritu han ejercitado, hallando gran utilidad para su alma en él. Tu corazón has de considerar que es aquel monte Calvario, en cuyo medio y hueco, así como abertura de la piedra, has de asentar el pié de aquella santísima Cruz, que para esto pienso yo que la concavidad del corazón quedó á la parte del cielo, para que árbol tan santo se plantase y contemplase en él. En esta cruz has de considerar al Cordero inocente Jesucristo con los clavos en sus manos y piés, de donde cae la sangre como rayos, y así como brasas de fuego de encendido amor, las cuales tú recibes en tus entrañas como joyas propias, sin que una gota caiga en tierra; y créeme, que aunque más dura sea que piedras una vez ú otra, en esta contemplación será imposible no ablandarse y regalarse más que la cera en el fuego. Ni debes quitar á su benditísima Madre la Santísima Virgen María, dándole el lado derecho en la cruz con el amado Evangelista San Juan que la acompañe, porque sin los favores de tan valerosa Madre, nadie priva con su precioso Hijo (1). Este retablo, alma, has de asentar con tanto aviso en tu corazón por contínua memoria, que nada pienses, ni hables, ni obres, sin que primero te presentes delante de tu amado Cristo crucificado, puesto en tu corazón: de manera, que aun mirándote al lado

(1) Joann. XIX.

izquierdo, te parezca que aun con los ojos corporales ves tan gozosa vista y rostro celestial, en el cual dice San Pedro *que desean los ángeles contemplar* (1), porque gozando de aquella beatífica visión, no reciben cansancio ni fastidio, mas antes con admirable suavidad siempre les parece nuevo el gozo que reciben de ver aquella admirable hermosura.

Es tan grande virtud entender en este santo ejercicio, que de este tal y tan solícito amador de Cristo, se podría decir muy bien aquella sentencia de Isaías: *Levantó la señal entre las naciones y recogerá los fugitivos de Israel* (2). La diversidad de pensamientos que tienes, alma, no son sino diferencia de naciones diversas, unos de nación celestial y otros de nación terrenal. ¿Quieres, pues, un remedio único para recoger esos pensamientos fugitivos y vagabundos que tienes en tu corazón? Levanta la bandera de amor, asentada en tus entrañas: planta la cruz de Cristo en tu corazón, árbol de vida que tiene al fruto dulcísimo Jesús Nazareno con clavos, de piés y manos colgado, el cual á voces dice: *Si fuere levantado de la tierra, yo levantaré conmigo y traeré á mi mano todas las cosas* (3). Tierra es tu corazón pesado, feo y estéril de todo bien: tierra maldita por la culpa, que no sabe dar sino espinas y abrojos,

(1) I Petr. I.
(2) Isai. V.
(3) Joann. XII.

en la cual no menosprecia este benigno Redentor estar asentado; mas antes promete gran premio, pues dice que todas las cosas llevará tras sí, dándote entero señorío de todos tus enemigos, que antes te enseñoreaban. Y porque entiendas con gran fundamento este ejercicio de amor y no pienses ser de mi pobre entendimiento inventado, mira que San Pablo así dice que lo hacía, cuando escribiendo á los Corintios, dijo *no saber otra cosa sino á Cristo crucificado* (1). Como si dijese: Todo lo que hay que saber estudio en la escuela de sabiduría divina y contemplo en mi corazón á mi Redentor crucificado, á donde la sabiduría y ciencia de Dios, tesoros de infinito precio están encerrados. Y otra vez dijo este Santo Apóstol: *Con mi Redentor Jesucristo estoy enclavado en la cruz.* Luego bien se sigue, pues la cruz era una y los crucificados eran dos, Señor y siervo, Maestro y discípulo, que estaban mano con mano, y pié con pié, y corazón con corazón fijados en la cruz.

¡Oh escuela de sabiduría infinita, buen Jesús! dulzura de nuestras almas, piélago de aquellos secretos eternos y abismo de Sacramentos inefables: suplícote humildemente me concedas que nada mi alma sepa, sino á tí, sabiduría del Padre: nada le sea suave, sino Vos, maná escondido, dulzura de los ángeles. Todo me sea penoso, todo tenga sabor de hiel, todas las cosas me sean como luto

(1) I Cor. II.

de tristeza; solamente me dé contento y alegría presentaros en mi corazón puesto en la cruz, por mi salvación y rescate en ella muerto y enclavado, imitando á este vaso de elección San Pablo, cuya ciencia y alegría era contemplaros en la cruz. De muchas cosas pudiera echar mano el Apóstol, las cuales Dios le había enseñado por admirable manera. Pudiera muy bien decir: Sé á mi Redentor Jesucristo, que con ser Dios eterno se hizo hombre, encerrándose en las entrañas de la Virgen Santísima su Madre, á donde siendo la persona una, Verbo Dios, juntamente es hombre perfecto, y sin confusión de alguna naturaleza, humana ó divina, son en unidad personal Dios y hombre. También pudiera decir: Sé á Cristo, niño de un día nacido en un portal de Belén, cercado de animales, servido de ángeles y adorado de pastores y reyes (1); mas tampoco dijo esto. Finalmente, estuviera bien dicho: Conozco á mi Redentor Jesucristo resucitado y glorioso, el cual subió con admirable triunfo al cielo, y está asentado á la diestra de Dios padre: de manera que haber puesto á todo silencio, y decir mi ciencia es Cristo crucificado, no carece de alto misterio, pues quiso tomar el agua en la fuente y coger el río en su mar. La fuerza del amor allí hizo mayor presa, cuando este benigno Redentor, no sólo dió agua de lágrimas como en el pesebre, ni sangre limitada, como en

(1) Luc. II.

la sacratísima Circuncisión, mas en la cruz dió todo el caudal que tenía para del todo vencer nuestros corazones y llevarnos nuestras entrañas tras sí. ¡Oh arte de pelea divina! pues recibes los clavos y lanzas en tus manos delicadas y tierno corazón, para que viéndote herido, tú amor santo me llague y hiera, y viéndote difunto, con tu muerte mates mi muerte, siendo ya vencida mi alma, para á nadie servir ni amar, sino á Vos, mi buen Jesús, salvador nuestro, sabio y santísimo amador.

Esta manera que has oído, alma, de traer presente á tu Esposo crucificado por amor, te demanda este clementísimo Señor, cuando en los Cantares dice: *Ponedme, alma, así como sello, sobre vuestro corazón; asentadme, así como sello, sobre vuestro brazo* (1). El sello que ha de sellar en alguna cera, dos cosas demanda para ser impreso: lo primero es, que toda la cera se encierre en él; lo segundo, que esté tierna y blanda, para que las letras, armas é imagen, salgan mejor entalladas. ¡Oh! alma, el Sello Real, que es Cristo Jesús en la cruz, quiere en tu corazón imprimirse, y pide que todo se ocupe en su Majestad, y por eso declara, que quiere ser amado de todo corazón, entendimiento y memoria (2). No le des parte, sino todo, porque como el sello es tan grande, cual-

(1) Cant. VIII.
(2) Matth. XXII.

quiera corazón es pequeño, para servicio de tan grande Señor. No te derrames, amando diversas cosas, pues todas son moscas que vuelan en el aire: deja el amor de toda criatura, y empléate en el amor del Criador. Ablándese tu corazón, como cera al fuego, cuando sus misterios oyeres y sus palabras santísimas sonaren en tu oído. No te debes endurecer por tibieza y descuido, sino antes despertarte á tí misma, pues todas las criaturas te despiertan, para que te llegues al fuego del santo amor. Mira que en el cielo no se reciben cartas, gemidos, lágrimas, y oraciones, y todo lo demás, si no van refrendadas y autorizadas con el Sello Real, Jesucristo crucificado. Ni ninguna alma tiene entrada en aquel palacio de Dios, si con tal sello no fuere sellada. Conforme á esto, vió San Juan en el Apocalipsi *tener todos los ciudadanos del cielo el nombre dulcísimo del Cordero Jesús escrito en las frentes* (1). De donde parece, que ni los ángeles, ni el Esposo Cristo Jesús, nuestro Salvador, no reconocen alguna alma por esposa, si de tan excelente señal careciere.

Y, pues, tus entrañas han de ser la cera, para mejor ablandarse, será bien, que así asentada la cruz en tu corazón, recibas aquella sangre que de sus manos, piés y divino corazón cae, para que, como fuego de alquitrán, derritan tu corazón y des voces con el Profeta David, diciendo: *Hecho*

(1) Apoc. VII.

soy como la cera blanda al fuego, imprímase la imagen del crucificado Jesús en mi alma: *Su fuego*, dice Isaías, *está en Sión, y su horno encendido en Jerusalén* (1). Como si dijese: Si contemplares, alma, á tu amado Esposo, concebido y encerrado en su bendita Madre, fuego de amor es. Si en el portal de Belén le mirares llorando, si en la circuncisión, milagros, ayunos y trabajos le contemplares, todo es fuego de Sión: mas si pasares á Jerusalén, allí hallarás el fuego de amor divino encendido, porque allí padeció muerte y pasión, cuyas llamas encendidas fueron bastantes á derretir un hielo tan helado, como San Pedro, á quien mirando aquellos ojos de misericordia, aunque tres veces le había negado, luego se derritió su corazón y salió llorando amargamente sus pecados, así como nieve que se deshace con la fuerza del calor del fuego. También dice este Señor que le asientes, así como sello sobre tu brazo; esto es decir que en todas las obras de la vida activa tengas presente á Jesús crucificado por memoria contínua de amor, el cual hará muy suave todo trabajo y llevará la mayor parte del yugo, que por su gran misericordia le hizo propio siendo ajeno. Ni pienses ser pesado este yugo del Señor, pues la Esposa le llama *hacecillo de mirra pequeño, el cual ella afirma traer entre sus pechos* (2).

(1) Isai. XIII.
(2) Cant. I.

De mirra es este hacecillo, porque toda fué amarga su preciosa Pasión y Cruz; mas muy poquito pesa si se pusiere en su lugar, el cual señaló ser el corazón, porque el corazón está en el pecho, y aún dijo ser éste el lugar de Cristo crucificado, porque siempre esté delante de los ojos, y así lo debe estar siempre en nuestra memoria este Señor y Redentor nuestro. No temas, pues, alma mía: imita al Apóstol San Pablo en este santo ejercicio, sigue también á la Esposa, que con grande aviso en esto entendía: yugo suave es, con el cual llevarás la carga de los trabajos dulcemente: sello real es, con el cual has de sellar tus pensamientos, palabras y obras. Levanta la bandera de amor santo, que es Cristo crucificado puesto en medio de tu corazón, porque él será fortaleza y defensa tuya, para ganar el triunfo glorioso de todos tus trabajos.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XXV

CÓMO EN LA MEMORIA DE CRISTO CRUCIFICADO ESTÁ LA FORTALEZA DEL ALMA

Es tan útil y tan provechosa esta memoria de tu amado Cristo crucificado y asentado sobre tu corazón, según en el capítulo pasado has visto, que sería cosa imposible poder escribir cosas tan admirables y virtudes tan maravillosas como en esta memoria del amor santo se alcanzan. Tomemos, pues, de muchas ganancias solamente dos bien principales: la primera es que el alma en Je-

sucristo crucificado halla fortaleza: la segunda es que en él halla todo su consuelo. Gran cosa es lo primero, mas no menos lo segundo, pues tener el alma alegría en Cristo es un principio de la bienaventuranza del cielo. De lo primero dice Isaías así: *La ciudad de nuestra fortaleza es Sión, el Salvador se pondrá en ella y él será muro y muralla* (1). Bien se llama la santa cruz Sión, porque es alcázar de la famosa ciudad de Jerusalén, la cual conquistó y poseyó el animoso David, porque los hijos de Israel, por más de quinientos años, habiendo poseído la tierra de promisión, no habían podido ganar esta ciudad, según dice Josefo (2). Este santo rey reedificó á Sión y en ella moraba y desde allí gobernaba todo el reino.

Todos son misterios, alma, estos que aquí has oído: tú eres Jerusalén, visión de paz, en quien el Rey Soberano mora por gracia. Fuerte eres, porque muy libre y nadie por fuerza te podía ganar: no faltaron combates de temores y amenazas de la Justicia Divina por muchos Santos Profetas: Samuel, Isaías, Jeremías y otros muchos que conquistaron esta Jerusalén, dado que no la poseían por ser inexpugnable en libertad; mas el gran guerrero David, Cristo Jesús, supo bien el arte, entendió bien el secreto, usó de un primor muy bueno, asentando millares de bocas de fuego contra tí,

(1) Isai. XVI.

(2) Josep. de Antiq.

como quien entra en la batalla á fuego y á sangre, de piés á cabeza ensangrentado, todo su precioso cuerpo llagado. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡oh animoso batallador, cuán nuevo ardid de pelea habéis usado! Con bocas de fuego de amor dáis guerra á mi alma, para sujetarla á Vos con sujeción santa de amor libre. No sé cómo ya no te rindes, alma, á tan grande y fuerte guerra. Mira que Isaías te lo enseña, pues que está por tu amor lastimado, el cual dice *que no vino sino á poner fuego en la tierra* de tu corazón (1), para que arda en amor de su dulcísimo esposo, que por salud de las almas en la Cruz murió (2). Todo lo dicho vemos figurado en Santo Tomás, á quien todos los Apóstoles diciendo grandezas de Cristo resucitado, no bastaron á vencer; mas como el buen Pastor viniese á buscar la oveja perdida, apareciéndosele algunos días después, luego que le comenzó á hacer guerra con sus sacratísimas llagas de piés, manos y costado, el Santo Apóstol se dió por vencido, ofreciéndose á partido con la fe y luego dió el homenaje, diciendo: *Señor mío y Dios mío*. ¡Oh qué fuego de amor sintió en su corazón este amigo de Dios, pues tales dos centellas y llamas de fuego le salieron á la boca: *¡Señor mío y Dios mío!* Señor que me criásteis y Dios verdadero, que hecho hombre me redimísteis. Señor mío y Dios mío,

(1) Isai. I.
(2) Luc. XXIII.

que con vuestra omnipotencia me habéis vencido y con vuestra gran misericordia me habéis esperado. Palabras son éstas, alma, muy dignas de pensar y sentir, de las cuales muy poquito se puede decir.

En esta Sión, alma, que es la Santa Cruz, mostró este poderoso Rey su fortaleza y en ella la has de hallar tú (1). Considera ahora subido en el carro al Rey de Israel, el cual, mudado el hábito, entró en una batalla contra los asirios, á donde murió de la herida de una saeta. Su sangre tiñó el carro y fué llevado á la piscina de Samaria, para lavarle, á donde se lee haber venido los perros, los cuales lamían la sangre del Rey; luego se dió pregón de paces y fué mandado que cada uno volviese á su casa y ciudad. Rey es tu amado esposo, alma, pues la escritura que trae en el muslo y en la vestidura de su humanidad, dice San Juan ser esta. *Rey de reyes y Señor de los señores* (2). Mudó este clementísimo Rey el hábito, cuando San Pablo dice *que fué el Verbo Dios visto en forma humana de hombre* (3). De aquí es que nuestro Padre San Agustín dice ser Cristo hombre manifiesto y Dios escondido, lo cual convenía así, porque si fuera conocido, ni los demonios procuraran su muerte, ni los ministros de

(1) IV Reg. III.
(2) Apoc. II.
(5) Philip. II.

maldad se atrevieran á dársela. Así, pues, disfrazado peleó treinta y tres años en esta vida contra los asirios, ingratos pecadores, predicando, ayunando, padeciendo pobreza é injurias con admirable paciencia; mas al tiempo del combate, se subió nuestro Clementísimo Rey en un carro de madera, que es la Santa Cruz, la cual ya tienes, alma, asentada en tu corazón, á donde el título Real dice: *Jesús Nazarenus Rex Judæorum* (1). Este es el carro de fuego, que llevó al cielo al profeta Elías (2): dos maderos son, mas nunca se acaban de quemar, porque el fuego suave de amor á nadie perjudica, ni consume. Bienaventurada serás, alma, si como aquella viuda Sareptana, huéspeda de este Santo Profeta (3), salieres al campo, para coger dos leños, que ella dijo que andaba buscando, con que guisase la comida, para morirse luego. Sal de tí misma, entrando en el campo de tu corazón, tan grande y tan ancho, que todo el mundo no le puede contentar, y guisa todo lo que comieres, pensamientos, palabras y obras, con esta bendita leña de la Cruz y crucificado Señor. Nada pienses, ni obres, sin tener delante de los ojos tan excelente dechado, ni morir hasta en comiendo tal manjar, no sintiendo la vanidad del mundo ni molestias de tu carne, siendo ya como

(1) Joann. XIX.
(2) IV Reg. II.
(3) III Reg. XVII.

muerta y abrasada en holocausto sobre este carro de fuego de Elías Cristo Jesús, Profeta y Señor de los Profetas (1).

Ni faltan caballos de fuego á nuestro Elías, cuando es levantado en este carro: mas antes parece todo fuego de amor cuanto hizo, y dijo, un poco antes de la batalla este benigno Señor. ¡Oh, qué deseos tan amorosos tuvo de nuestra salvación, cuando se nos dió en la cena, para ser manjar de las almas! ¡Qué pláticas tan inflamadas dijo á sus Apóstoles en aquel sermón de amor, que les hizo! ¡Qué obra de tan profunda humildad aquel lavar de los piés! Finalmente, ¡qué caridad tan encendida salir al camino á los contrarios, y ofrecerse tan de voluntad á la muerte! (2). Habiendo considerado el carro real, que es la Cruz, y los caballos de fuego que lleva, deseos santos de amor del fuerte animoso Rey Cristo, que sale á la batalla, síguese ahora en la figura comenzada, que este soberano Rey murió de una saeta. No muere nuestro soberano Rey Cristo con lanza, ni espada, sino de herida de una saeta: quiero decir, que ni los tormentos de casa de Caifás, á donde fué abofeteado este Rey de Gloria, ni los azotes, ni corona de casa de Pilato, aunque de tan crueles espinas, fueron bastantes para matar á este delicadísimo Señor: y lo que es más de considerar, que ni el

(1) IV Reg. II.
(2) Joann. XVIII.

descoyuntar sus santísimos miembros al pié de la Cruz, ni recibir los clavos en sus sacratísimos piés y manos, no le bastaron á quitar la vida, mas solamente bastó la saeta de su divino amor, para que este Rey de Gloria muriese, para resucitarnos y darnos vida. Palabras son de este Señor aquéllas que dice á su Esposa en los Cantares: *Has llagado, hermana mía, mi corazón* (1). No se quejó de las heridas de piés y manos, ni de las llagas que le habían hecho las espinas; mas quejóse del dolor del corazón, porque entiendas, que la caridad fué la que le hirió y mató: y si la lanza después de muerto abrió su divino costado, yo pienso que fué declararnos, que toda su enfermedad y causa de muerte había sido la gran fuerza del amor, cuyo blanco y fin es herir el corazón. Todo lo dicho declara la escritura, cuando dice, *que por la grande caridad con que el Padre nos amó, nos envió á su Hijo Unigénito, nacido de la Sacratísima Virgen para nuestro remedio y redención*. Bien se arguye, siendo grande la saeta, que no ha de ser menor la herida, cuando dá el golpe: y pues grande dice aquí San Pablo que fué la caridad de Cristo, viniendo al mundo, no menor había de ser la llaga en su divino corazón, de amor enfermo, sino tan grande, que bastase á matarle: ó podríamos decir, que el Señor del mundo se quejó del corazón, porque el amor santo es un mal

(1) Cant. IV.

bueno de corazón, que en él se fortalece, en él se aposenta y de él nace. ¡Oh, mal tan bueno! ¡quién enfermase luego de tí, siendo el alma tan amadora de Cristo, como otra Magdalena! ¡Quién todo lo olvidase, llorando hasta hallar á tu dulcísimo Redentor! Plegue á la Divina Bondad, alma, que de tí se dijese lo que de Efraín: *Como paloma has sido engañada, que no tiene corazón* (1). Bien sentía esto San Pablo, cuando dijo *no vivir él, sino Cristo en su corazón* (2). Nuestro Padre San Agustín dice en sus confesiones haber pasado como saeta el amor divino, y herido en el corazón: y aun dijo nuestro Redentor, que tu amor había herido su corazón, porque entiendas ser tuya la victoria, y que ya te puedes emplear en los tesoros del campo; por tanto, se sigue en la figura, que muerto el Rey de Israél, luego se pregonaron paces, diciendo, que cada uno se vuelva á su tierra y ciudad. ¡Oh, alma! recibe las paces: vuélvete ya á tu tierra y ciudad, que es el cielo, pues este Rey Celestial por ganártele, murió. De donde entenderás un secreto, y es, que á tiempo y sazón aquel Santo ladrón pidió á Cristo en merced no menos que su reino. Vió herido al Rey del Cielo, conoció ser la batalla casi acabada, entendió ser suya la victoria, y por tanto suplica, diciendo: *Acordaos de mí, Señor, cuando os halláredes en*

(1) Osseae VII.
(2) Galat. II.

vuestro Reino (1). Cumplid, Rey de Gloria, vuestra palabra, pues os veo tan al fin de la vida: mío es el campo: el gran gigante, que es el amor de las almas, os tiene vencido; déseme luego la posesión del imperio, que por vuestra gran misericordia me habéis ganado. ¡Oh, gran bondad de nuestro Dios, que sin dilación luego responde! Hoy se hará todo lo que pides: luego serás bienaventurado y gozarás conmigo en el Reino de la gloria.

Muerto ya este Rey soberano á la hora de Nona, conforme á lo que de aquel Rey de Israél la figura dijo, que murió á la tarde, luego se dió el pregón de paces, que cada uno vuelva á su tierra y ciudad. Ya los Padres del Limbo salgan de prisiones y canten con David: *El lazo es ya quebrantado y somos hechos libres* (2). Todos vuelven á su tierra, que es el cielo, y entraron en aquella soberana Jerusalén el día que subió nuestro Redentor Jesucristo. Ya será bien, alma mía, que el carro ensangrentado, su Cruz benditísima, lleves á la piscina de Samaria, para lavarle con lágrimas de tus ojos. Piscina es, que el Angel Celestial revuelve, cuando presentas á tu memoria la Pasión de tu amado Cristo Jesús. También, como perra, reconociendo el pan, que has recibido de la mano de este Señor, has de lamer la sangre, que por tí fué derramada, dando ladridos en la predicación de

(1) Luc. XXIII.
(2) Psalm. 123.

estos profundos misterios. Ni te debes afrentar de este nombre perra, pues aquella bienaventurada mujer Cananea no en poco estimó que así la llamase Cristo (1): y aun entonces pidió con justicia las migajas de su misericordia, las cuales luego mereció recibir. No sin esta causa el soberano Señor te mandó que orases cada día diciendo: *Señor, dadnos nuestro pan cotidiano,* porque te conozcas animal suyo.

Ya has visto ganada á Jerusalén por mano del animoso David Cristo: no resta sino que edifique Sión, fortaleza de esta ciudad, asentando la Cruz con Jesús crucificado sobre tu corazón, en la cual Isaías te dijo haberse puesto nuestro Redentor, para serte fortaleza y muro, no menos que de altura infinita, pues con verdad dijo: *Yo y mi padre somos una cosa* (2). ¡Oh, alma, cómo te podría decir en breve la gran virtud y fortaleza, que los amigos de Dios hallan en la santa cruz, acompañada del Señor crucificado! Baste ir tocando con brevedad las cosas, que tú debes contemplar despacio.

Esta es el Arca del justo Noé (3), á donde se defendió de las aguas del diluvio, y donde todos los animales estuvieron en paz, lobo y cordero, leon y oveja, así lo dijo Isaías por cosa muy nue-

(1) Matth. XV.
(2) Joann. XIV.
(3) Genes. VII.

va: bien así tú, alma, en la Cruz te defenderás de todos los combates de los enemigos, que como diluvio de aguas te quieren anegar. Aquí tus apetitos de sensualidad y voluntades diversas, que como león y cordero pelean fuera de la Cruz, en ella tendrán entera paz. Avísote no salgas de ella, si no quieres pelea contínua y peligrosa.

Esta imagen del santo crucifijo puesta sobre tu corazón, es la vara, la cual, para hacer grandezas y milagros espantosos, mandaba Dios que siempre estuviese en la mano (1). Con ella se abrió el mar, y los ríos se volvieron en sangre; y con ella la piedra dió fuentes de agua viva; y en fin, fué la bandera, á quien siguió todo el pueblo, hasta entrar en la tierra de promisión. Muy mejor obra todo lo dicho en las almas la santa cruz, siendo amada y deseada; mas si la dejas caer en tierra, menospreciándola, luego la verás serpiente, tragadora de tus serpentinos deseos, para el día del juicio serte vara de rigor. Hónrala, teniéndola en alto; no la dejes de la mano, si quieres vencer á Faraón, rey de Egipto, y hallar camino enjuto por el mar de tus pasiones (2), y destruir á Amalech, satánico infernal; y porque concluya, la imagen de Cristo crucificado es el madero, con que Eliseo hizo dulces las aguas amargas de nuestras adversidades y aflicciones (3). Lanza es del rey Saúl, que

(1) Exod. XVII.
(2) Exod. XIV.
(3) II Reg. XX.

hiere la pared de nuestra humanidad, dándonos vencimiento de nuestra carne, y quedando David, que es el espíritu, sin perjuicio (1). La cruz es llave de David, según dice San Juan, la cual nos abre el cielo (2). Es arco de Esaú, para cazar las almas que andan sin camino por el campo de este mísero mundo (3). Es manil de la segur de hierro, hundida en el agua de nuestras aflicciones, el cual Eliseo, recibiéndole en su mano, hace que nade el hierro sobre el agua, siéndonos cosa fácil lo que antes nos era grave y pesado.

¿Para qué diré más, alma? Toma ya el cayado con que sale David al desafío con el gigante Goliath. No puedes dar mayor enojo á aquel perro infernal en cosa alguna, que en verte armada de Cristo crucificado, siendo fortalecida con el palo de la cruz; porque no sufre aquel gran soberbio señal de tan grande humildad como la cruz; mayormente, que con este bendito palo nuestro bendito Pastor Cristo á este lobo robador quebró los dientes y le sacó de la boca sus ovejas, que son las almas, según lo había profetizado el Santo Job (4).

¡Oh, vara florecida de Aarón, á donde la flor nazarena dió el fruto de nuestra redención! (5). ¡Oh, Arca del Testamento que nos divides el Jor-

(1) I Reg. XXVI.
(2) Apoc. III.
(3) I Reg. XVII.
(4) Job IV.
(5) Num. XVII.

dán para que pasemos á pié enjunto en medio de las ondas tan impetuosas de los vicios que en esta mísera vida nos combaten! Tú, cruz santísima, eres árbol de vida, plantado en medio del paraíso de nuestro corazón. Tú nos representas el precio de nuestra redención, cada vez que te contemplamos. Tú eres navecita bien estrecha, á donde se lee haber dormido el Señor del mundo, cuando aquella gran tempestad del mar grande de su Santísima Pasión se levantó (1). Tus velas son los brazos del bendito Jesús Nazareno, tendidos en tí y enclavados: tu áncora es la esperanza firme que se nos da de gozar del cielo, cuando oímos aquellas palabras dignas de gran misericordia, al ladrón dichas: *Hoy serás conmigo en el paraíso* (2). La carta del marear en tí afijada, es el título real, que en tí leemos, y las siete palabras tan admirables que este dulcísimo Redentor, estando en tí, dijo. Finalmente, eres camita pequeña de Salomón, á quien se lee en los Cantares (3), que cercan sesenta fuertes de Israel; esto es, todos los animosos y varones santos, con sus espadas ceñidas, haciéndose fuertes contigo. Sarmiento eres de la tierra de promisión, de quien está colgado el racimo salutífero Cristo Jesús, para llevarle en sus hombros los dos pueblos hebreo y gentílico,

(1) Marc. IV.
(2) Luc. XXIII.
(3) Cant. III.

teniendo por grande honra lo que antes era afrenta á los mortales.

Eres altar de madera, á donde el holocausto se ofreció al Eterno Padre, siendo abrasado en llamas de amor el Cordero Cristo Jesús, el cual nuestro corazón y entrañas quiere encender en su divino amor, para que también seas altar, á donde todos nuestros deseos, palabras y obras se sacrifiquen á nuestro Dios.

CAPÍTULO XXVI

CÓMO EN CRISTO CRUCIFICADO SE HALLA TODO NUESTRO CONSUELO

Ya has visto en el capítulo pasado, cómo en la memoria de Cristo crucificado está tu fortaleza: ahora has de considerar, cómo en este benditísimo Señor se halló todo nuestro consuelo. Así lo dice el Profeta David (1), cuando viendo en espíritu la gran virtud de la cruz, la llamó vara y cayado, que daban á su alma gran consuelo. Vara es la santísima cruz que nos dió el fruto divino, Cristo, Salvador nuestro, cuyo olor y fragancia Santa Isabel sintió, cuando dijo á su bendita Madre: *Bienaventurada Vos, Virgen Sagrada, y*

(1) Psalm. 22.

bendito sea el fruto que traéis encerrado en vuestro vientre (1): ya manifestaba su virtud antes que naciese en el mundo, porque su natividad de parte, que era Dios, fué eterna. ¡Oh, vara de nuestro consuelo, cruz santa! (2) plantada en nuestro corazón y entrañas, regada con la sangre del inocente Cordero, contigo Jonatás, cada un cristiano alcanza del árbol altísimo, nuestro Dios, panal de miel, para restaurar las fuerzas perdidas, y alcanzar vista y gozar de la luz clara con los ojos (3). Panal suavísimo es Cristo en la cruz enclavado, el cual da dulzura á las almas, cuando reciben la cera y miel en su boca, Humanidad y Divinidad, Dios y Hombre verdadero, manjar de los ángeles en el cielo y de los hombres en el santo altar acá en la tierra. Esto es lo que dice la Esposa en los Cantares: *Comí mi panal con mi miel* (4). Como si dijese: la fuerza del grande amor de mi Esposo Cristo ha podido tanto, que en todo le ha hecho mío, siendo para mí concebido y nacido en el mundo y muerto en la cruz. Este bendito panal se apretó con la viga de la cruz el día de su sacratísima muerte, para que con tal vara Jonatás pueda alcanzar tan suave fruto, el cual gustado, luego se le abren los ojos al alma, conociendo ser bondad de todo lo que hay en el mundo. Sus deleites

(1) Luc. I.
(2) Num. XVII.
(3) I Reg. XIV.
(4) Cant. V.

y sus honras le parecen cosas muy viles, diciendo á voces con San Pablo (1), ser todo un muladar de estiércol, á donde no se halla sino mal olor, fealdad y pesebre de gusanos. Con razón, pues, decía David: *Vuestra vara, Señor, y vuestro cayado son para mí gran consuelo* (2).

Vara es de consolación á las almas la santa cruz puesta en el corazón, con la cual, á manera de aquel profeta Moisés, hiere una vez y otra la piedra de donde manan aguas vivas para consuelo y alegría de todo el pueblo. Sediento está, alma mía, todo el pueblo y ejército de todas tus potencias, entendimiento, memoria y voluntad. Sólo un remedio tienes, y es con la vara, que es la cruz y Cristo crucificado en ella, herir ese pedernal de tu corazón por memoria contínua. Verás luego manar á fuentes lágrimas de tus ojos, las cuales David llama pan suave para el día de la prosperidad y noche de la adversidad (3). *¡Oh, mi buen Jesús!*, dice nuestro Padre San Agustín, *si tan dulce es llorar por Vos, ¡cuán dulcísimo será alegrarme con vuestra divina Majestad en la gloria! Y si gemir en este destierro por Vos me es consuelo, veros en clara visión, alzado el destierro, ¿qué gusto y descanso será?* No, pues, debes dudar, alma mía, como se dice haber dudado Moisés cuan-

(1) Philip. III.
(2) Psalm. 22.
(3) Psalm. 41.

do al primer golpe no sacó agua de la piedra; y si dudaste, hiere una vez y otra, perseverando, que imposible es no sacar consuelo si, orando sin cesar, dijeres con el profeta David: *Sed tiene mi alma de Vos*, buen Jesús, *fuente de agua viva, ¿cuándo me presentaré delante de vuestra Majestad?* (1). ¿Cuándo os encerraré dentro de mis entrañas por perfecta posesión de amor? ¿Cuándo, finalmente, olvidada de mí misma y de todo lo criado, tendré contínua y perfecta memoria de Vos? Llamó el santo David vara y cayado la santa cruz (2), porque con la vara de justicia se suele regir el reino, y con el cayado se suelen sustentar los flacos, y aun con la vara se suelen medir las sedas y brocado. Quiero decir, alma mía, que con tal vara, como es la santa cruz, ha de juzgar el Rey soberano á todo el universo el día del juicio, porque así la llamó David vara de hierro (3), por el rigor de la justicia que allí manifestará; por tanto, debes regir con tal vara todas tus potencias, sujetándote á la ley de Dios.

También ha de ser vara con que midas tus pensamientos, palabras y obras, pues por esto el Redentor del mundo se midió con tal vara cuando fué crucificado. Finalmente, ha de ser cayado para consuelo de tu flaqueza y culpas, pues el Señor del

(1) Psalm. 41.
(2) Psalm. 22.
(3) Psalm. 2.

mundo, teniendo en las manos este cayado, sabes que hizo perdón general de tantos y tan graves delitos como aquel santo ladrón había hecho. ¡Oh, vara del Rey celestial, que mediste al que es verdadera justicia, Cristo nuestro Redentor! Mide y concierta mi desconcertada vida para que en algo imite á mi Dios y Criador. Cayado que nuestras flaquezas remediaste cuando en tí enflaqueció el Rey de la gloria, poder infinito, para librarme del poderío infernal, susténtame que soy flaco; consuélame, pues estoy triste, siéndome, no solamente vara, mas aún cayado de consolación. ¡Cuán bien decía Jacob que con este cayado pasaría el río Jordán! No hay paso para el cielo si cada peregrino de los hijos de Adán no llevare por cayado la santa cruz. ¿Quién, veamos, podrá con las ondas del Jordán, que es la vida presente? ¿Quién tan sabio que pueda huir las rocas peligrosas de tantos peligros de culpas sin ir tentando el vado con el cayado de la cruz? Ó diremos que el Santo David dijo ser vara porque con ella se hizo justicia para ser vencidos los demonios: y es cayado de consuelo para los hijos flacos y enfermos de Adán. No carece de alto misterio haberse librado Thamar de la muerte, cuando enseñó el cayado de Judas, gobernador del pueblo, el cual ella había guardado en prendas (1). ¡Oh, qué seguridad tan grande, alma, tendrás y qué alegría tan maravillosa, cuando fueres

(1) Genes. XXXVIII.

llamada al juicio el día de tu muerte! Allí enseñarán, como Thamar, la prenda preciosa, que es el cayado de la cruz, la cual, viendo tu Esposo Cristo, no sólo te perdonará tus pecados, mas aún te dará premio inestimable en aquel Reino de Gloria.

Y aun si quieres ver cuánta alegría y consuelo es para tí la santa cruz, considera que esta es la señal de Dios, con que sus siervos son señalados y conocidos, para en nada ser ofendidos de aquel leon infernal nuestro enemigo el demonio. Así lo vió San Juan en el Apocalipsi (1), que un ángel subía de oriente, el cual dió una voz á los cuatro ángeles, que querían destruir el mundo, diciendo: *Esperad un poco, hasta que señalemos los siervos de Dios en las frentes.* Este ángel del gran consejo es Cristo nuestro Redentor, y subir de la parte de oriente significa ser purísimo y sin pecado, porque nosotros nacidos de occidente, somos dignos de muerte, porque el santo David dice *ser concebidos en pecado* (2). La señal de Dios vivo, que este santo ángel trae, es la que San Juan dice, cuando llevaba la cruz en sus hombros, para ponerse en ella por nuestras culpas crucificado: con ella son señalados y conocidos los siervos de Dios, porque sin esta señal nadie halla puerta abierta en el cielo. Ser señalados en la frente, declara que el lugar de la cruz y Cristo

(1) Apoc. VII.
(2) Psalm. 50.

crucificado, es nuestro corazón, porque la frente es lo más alto y así lo más noble: y donde está la frente de la vida es nuestro corazón. Finalmente, para que entiendas que en nuestro Redentor crucificado has de hallar tu consuelo, quiero que sepas ser el santo crucifijo, puesto en tu corazón, aquella escala admirable que vió Jacob (1) sentada en la tierra de tus entrañas, cuya altura llegaba hasta el cielo: por ella vió descender y subir ángeles: no creo que para otra cosa sino para consolar á los hombres angélicos, que en este ejercicio de amor santo se emplean, porque tener memoria de Cristo crucificado, siempre representándole en su alma, no es cosa de hombre, sino de ángel y más divina que humana. También se dice en la figura, que el Señor estaba asido á la escala. Bien claro vemos esto, pues no sólo con las manos, mas aun con los piés, quiso el Señor del mundo ser en la cruz enclavado: y aun débese considerar, que no hay vigilia, sino en sueño de contemplación.

Este Santo Patriarca Jacob vió los misterios de esta escala, porque si quieres, alma mía, contemplar estos secretos ha de ser á ojos cerrados, contradiciendo á los sentidos, mirando las cosas eternas y quitando la vista de lo que es temporal. El Santo Job (2) había hecho concierto con sus ojos,

(1) Genes. XXVIII.
(2) Job. XXXI.

para que nada mirase que escandalizase su corazón. Verdad es, que á donde hay gran espíritu, sin perjuicio del alma, se miran las criaturas, en las cuales más resplandece su Hacedor, que ellas mismas. Mas al fin, no hay que fiar, porque viviendo Dalida engañosa, está carne mortal, no está seguro Sansón, aunque más animoso sea. Repósate, pues, alma mía, imitando este Santo Patriarca: duerme con los sentidos, velando con el corazón: llégate á la santa cruz, que es vara y cayado para tu consuelo: pon luego la escala tan admirable en tu corazón, á donde hallarás al Señor para darte la mano y su favor. En ella verás subir y descender ángeles, porque cada deseo santo que tienes, un ángel es que del cielo viene para volver allá. Irás de grado en grado y de virtud en virtud, recibiendo muy grande consuelo en el camino de esta peregrinación hasta entrar en la ciudad celestial de Jerusalén.

CAPÍTULO XXVII

QUE LA SANTA CRUZ ES LA ESCALA DEL ALMA PARA EL CIELO

QUERIENDO, pues, alma, proseguir la figura que dijimos de la escala de Jacob, que es la santa Cruz asentada en tu corazón, has de considerar que cuatro gradas tiene, por las cuales has de subir desde la tierra hasta el cielo: la primera es lección de gran sabiduría; la segunda es meditación; la tercera es oración, y la cuarta grada es contemplación. En la santa Cruz hallarás lección muy sutil, la cual deseaba el santo Job ver escrita cuando dijo *tener gran deseo que sus palabras se escribiesen con pluma de hierro en algún pedernal* (1). Piedra muy firme es la santísima Cruz, en la cual,

(1) Job VII.

si miramos con atención, veremos al Verbo Dios escrito con pluma de hierro, que son los clavos, y fijado en la cruz. Es la sabiduría del Padre y libro de la vida, que dice San Juan, escrito de dentro por inestimable amor y caridad, y escrito también de fuera con llagas, azotes y cardenales.

¡Oh, alma, si letras tan vivas é iluminadas con su preciosísima sangre leyeses muchas veces al día, cuán sabia y cuán docta serías en las cosas de Dios! En dos maderos de la cruz, como en dos tablas, hallarás encuadernado este libro de la vida; en él dice San Pablo *que se escondieron los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios* (1). Entra en la escuela celestial, abre muchas veces este libro si quieres ser más sabia que Salomón en breve tiempo. Cosa fuera muy digna escribir un gran libro de este libro de la vida, nuestro Redentor crucificado; baste con brevedad que leas, alma, tres cosas, las cuales el profeta Ecequiel dijo haber leído en este santo libro. Lo primero es *lamentaciones*, lo segundo *cantar* y lo tercero un *ay*. Lamentación hallarás considerando las lágrimas de este benigno Redentor, el cual, llorando, dice San Pablo que oró por nosotros pecadores (2); y aun si miras su bendita Madre y amigo San Juan, se te han de mover las entrañas á lamentar y llorar con ellos la muerte tan penosa del inocente Cordero

(1) Coloss. II.
(2) Hebr. V.

Jesús. Aquí debes llorar tus pecados y las ofensas que tus prójimos hacen á Dios; y aun has de gemir el destierro en que vives apartada del cielo. También, alma, en este libro de vida leerás un *cantar*, el cual con grande alegría cantaron los Padres del Limbo por ver el lazo quebrantado que dice David y destruída la cárcel donde estaban detenidos por la culpa de nuestro primer padre. Aquí se efectuaron las paces que con tan grande alegría los ángeles cantaban en la Natividad del Redentor, cuando Cristo, paz nuestra, dió la vida para firmar nuestras paces. Lo último, en esta lección hallarás una cifra espantosa, que quiere decir *ay*, considerando la terrible justicia de Dios y sus profundos juicios, porque si á un lado de la cruz se salvó un buen ladrón, al otro lado fué su compañero condenado. Bien es que leas lo uno y lo otro, porque amando temas y temiendo ames; mas mira no se diga de tí lo que de aquel pueblo que ignoraba estas tres cosas ya dichas: *Gente es sin consejo y sin prudencia, ya tuviesen por bien de saber y entendiesen sus daños y remediasen las cosas últimas* (1). Con sabiduría tú, alma, has de leer bien estas lamentaciones, y el entender es considerar la gloria y premio de los Santos, y el proveer las cosas últimas es leyendo en este libro de vida, Cristo, aparejarte para bien morir porque no veas las penas del infierno.

(1) Deut. XXXII.

La segunda grada de esta escala celestial, la cruz, es meditar estos altos misterios, lo cual hacía David con gran cuidado, cuando en espíritu dijo: *Meditaré, Señor, en las obras de vuestras manos*. Considera, pues, alma, quién padece, que es Dios eterno: mira por quién padece, que es el pecador enemigo, de quien este Señor es atormentado: piensa cuán penosa sea su muerte y de cuánta afrenta, pues todos los tormentos de los mártires fueron una jota, en comparación de la bendita pasión, como el mismo Señor lo dice por Jeremías: *Mirad y considerad los que pasáis por el camino, si hay dolor, ni trabajo, que se iguale á mi pasión* (1).

La tercera grada es oración, de la cual tienes sutil dechado en la santa cruz. Pon el oído atentamente, alma, y oirás unas voces, harto mejores y más suaves que las que daba la sangre de Abel contra su hermano Caín, que le mató. Aquellas voces pedían justicia de su hermano malhechor: y esta sangre de nuestro Santo Abel Cristo hace oración, diciendo: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen* (2). No sólo pide perdón de nuestras culpas, mas aún, como solícito abogado, los excusa, diciendo ser ignorantes; á donde no parece entenderse de los Fariseos maliciosos, que por envidia le persiguieron sino de la gente co-

(1) Tren. I.
(2) Luc. XXIII.

mún, que por ignorancia fué engañada de los principales. Esto enseña la eficacia que tuvo esta oración en el Centurión y su gente con el pueblo común, que hiriéndose en los pechos, gemían, conociendo su pecado; mas los Fariseos endurecidos después de Cristo sepultado, pidieron á Pilato que se pusiese cerco al sepulcro, diciendo que como engañador, cuando vivía, prometió de resucitar: de donde parece no ser éstos los que se herían en los pechos, cuando tembló la tierra y se herían las piedras y se convirtieron muchos al Señor. También tienes en la cruz oración, pues este clementísimo Señor dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (1). ¡Oh, alma, si ya te dejases en mano de tu Prelado y ofrecieses tu espíritu de voluntad á la obediencia, oh cuán alto grado de perfección habrías subido! Dí con el Señor del mundo: *Ya es acabado*, acabando finalmente ya esa propia voluntad, dando fin á esa harina que sacaste de Egipto, si quieres recibir maná suave del cielo y hallar dulcedumbre en la voluntad agena, obedeciendo por amor de Jesucristo.

Finalmente, en esta escala de la santa cruz hallarás la última grada, que es la contemplación, la cual dijimos ser una dulzura de Dios, á donde el alma, levantada sobre sí misma, se goza, conociendo las cosas temporales ser insuficientes y de ninguna estima. Otras veces es un arrobamien-

(1) Luc. XXIII.

to, por el cual sale de sus sentidos, solamente gustando á Dios en sí mismo, sin discurrir por cosa criada, transformándose el alma por amor en aquel fuego de caridad infinita nuestro Dios. Estos arrobamientos, alma, no los debes desear con presunción, porque no siempre son seguros. Mira que sola una vez dice San Pablo haber sido arrobado en contemplación, dado que muchas veces podemos presumir haber sido arrobado y enagenado de sí mismo: y aun lo que más es de ponderar que luego juró, porque no des crédito á tí misma livianamente; antes temas no sean visiones de Satanás esas que tú llamas revelaciones.

No creas á todo espíritu como te avisa San Juan (1): mas pruébalo con el toque de la humildad, que luego dice cuál es la plata ó plomo. Haz oración con nuestro Padre San Agustín, diciendo: *No vea yo otra revelación, mi Dios, sino la de mis pecados, para que mejor de ellos me duela y haga penitencia.* No seas como Santo Tomás, el cual, por desear ver por revelación á Cristo nuestro Redentor resucitado, se puso á peligro de muerte eterna: baste ver en tu conciencia faltas y culpas, para pedir de ellas perdón: conténtate con lo que la fe nos dice y revela, la cual te enseña á contemplar la paciencia, humildad y caridad del cordero Jesús en la cruz. Si San Pablo, con ser quien era, tuvo necesidad de aquel dolor de estó-

(1) 1 Joann. IV.

mago que le llamó estímulo de la carne para humillarle, después de haber visto tantos secretos en aquella contemplación: ¿qué piensas de tí, gusanito tan vil, hoja que arrebata el viento y ceniza sin firmeza? ¿Qué pides, pues, alma? ¿Para qué deseas ser tu cuerpo levantado de la tierra cuando contemplas estando no se qué codos levantada en el aire? ¡Plegue á la divina bondad que no sea al fin todo aire de soberbia, que no pienses ser contemplación, si no caes desmayada ó das gritos!

Acuérdate que las aguas de Siloe corren con silencio, como está escrito (1). Si lloras sin ruído, si gimes sin turbación y si el corazón se te abre de dolor por haber á Dios ofendido, aguas son de Siloe, del cielo tienen nacimiento, y los ángeles se gozan con ellas. Nuestro Redentor Jesucristo, no sólo siendo niño lloró en el pesebre, mas aún lloró en la muerte de Lázaro (2) y sobre la pérdida de Jerusalén, y lloró, orando en la cruz, porque más diestros nos dejase en llorar nuestros pecados y el destierro de la vida peligrosa que tenemos. Verdad es que la fuerza del espíritu es grande, pues el Santo Job la compara al vino nuevo, que hace reventar la cuba, de donde parece no siempre poderse disimular lo que el alma de Dios interiormente siente; mas el siervo de Dios, cuando de los otros es sentido, más se confunde que hon-

(1) Isai. VIII.
(2) Joann. XI.

ra, y más se afrenta que se gloría. Esto nace de la humildad, la cual siempre desea esconder sus tesoros y manifestar á los otros sus defectos. Ves aquí, alma, la escala para que muchas veces subas al cielo. En la santa cruz tienes lección, meditación, oración y contemplación. No seas negligente en tan gran ejercicio, pues todo consuelo y descanso, en subir á tan gran perfección consiste. Por esta escala suben y descienden todos los espíritus celestiales, cada uno contemplando á nuestro Salvador Jesucristo puesto en la cruz.

Los serafines se admiran y no pueden comprender la grandeza del amor con que Cristo se puso de piés y de manos en esta escala de la cruz. Los querubines con toda su ciencia se desvelan en contemplar, cómo esta Sabiduría infinita, teniendo tantos medios para salvarnos, ingeniase una manera tan extraña y tan costosa, para con su sangre y vida remediar nuestro pecado. Los tronos en quien reposa este inmenso Dios, con gran aviso miran el trono humildísimo de la cruz, en quien quiso reposar y dormir el último sueño de la muerte este Rey de gloria, Salvador y Redentor nuestro. El coro de las dominaciones contempla sin cesar cuánto se haya abatido su Criador y nuestro, obedeciendo al Padre hasta la muerte de cruz. Las virtudes se admiran de ver tan grandísima virtud y omnipotencia en este tan gran Señor, el cual, subiendo en alto por esta escala, hasta hoy lleva tras sí nuestros corazones. También las po-

testades no poco se admiran, viendo destruído el infierno y desterrado á Satanás del mundo, por el admirable poderío de la cruz. También los principados de la tercera jerarquía, viendo que el Señor del mundo lleva su imperio en los hombros á la salida de Jerusalén una cruz á cuestas, se espantan, no acabando de entender tan gran misterio. Los arcángeles, á quien conviene revelar los más altos misterios, viendo que es rasgado el velo en el templo, y abierto el corazón divino, y declarado el *Sancta Sanctorum*, con demasía se admiran. Finalmente, los ángeles contemplan la grandeza de los misterios de la santa cruz, viendo ya hechos á los hombres ángeles, los cuales con pureza de humildad y castidad suben á porfía por esta bendita escala, hechos fuertes con la fe, caminando de virtud en virtud, así como quien va de grada en grada, hasta gozar de aquel gran Rey de gloria en clara visión de Sión (1).

(1) Psalm. 83.

CAPÍTULO XXVIII

CÓMO LA CRUZ SANTA ES ARPA DE DAVID QUE DESTIERRA Á SATANÁS

De más de estar en la cruz todo nuestro consuelo, hallaremos que es arpa del gran David Cristo, con la cual el demonio se destierra, dejando de atormentar á Saúl, que es cada uno de los pecadores. Aviso fué de los más sabios del reino, cuando Saúl era atormentado del demonio, que David tañese con su arpa, á cuya música dice el texto que descansaba el miserable rey, castigado por su soberbia con tal azote, y el demonio perdía las fuerzas cuando tañía la arpa David (1). No puede decirse, naturalmente, que la música espantase al demonio, pues no tiene oídos para oir el sonido de

(1) I Reg. XVI.

las voces, luego era sobrenatural este misterio; de manera, que Cristo Jesús puesto en la cruz, estirados los brazos y piés muy reciamente con clavijas de gruesos clavos, arpado de piés á cabeza, con azotes y llagas, era lo que figuraba este soberano misterio. ¡Oh, alma! si pusieses los oídos cuando el demonio te molesta con pensamientos malos, gozando de esta dulcísima música, luego sentirías descanso, oyendo el sonido de aquel herir de martillos, cuando crucificaban á tu Redentor Cristo Jesús, no sin terrible dolor, cuando suenan los huesos apartados de sus coyunturas, estirándose los nervios, hasta quebrantarse por medio, sin abrir la boca el inocente Cordero, como lo dice Isaías (1). Yo pienso que no osaba dar un gemido, porque como saeta no pasase el corazón de su angustiada Madre y muriese juntamente la Oveja con el Cordero en un mismo día; lo cual mandaba nuestro sumo Dios, que en ninguna manera se hiciese, no por otro respeto, sino para declarar que Cristo Jesús, nuestro Salvador y su Madre bendita, no habían de morir en un día.

En siete voces ponen toda la perfección de la música todos los que hablaron de ella, las cuales se encierran en una consonancia perfecta, que es llamada *Diapasson*, á donde toda la perfección de la ciencia musical se encierra: bien así esta arpa dulcísima de la cruz hallaremos ser perfectísima

(1) Isai. LIII.

música, si consideramos aquellas siete voces que el Redentor del mundo, así como quien toca siete cuerdas, estando en la cruz, cantó. Oye bien, alma, la melodía admirable que cada una de las siete palabras que el Señor dijo en la cruz, á los corazones da. Suene, amado Cristo, vuestra voz en mis oídos, para que el demonio se espante y mi alma tenga un poquito de reposo. Suene la primera cuerda de la arpa del famoso músico David, el cual, hablando con el Ladrón Santo, dice así: *Hoy serás conmigo en el paraíso* (1). ¡Oh, suave y dulce voz, consuelo de pecadores, que el Rey de gloria á un malhechor promete de darle un reino! Nuestro Padre San Agustín dice *que al que es gran Señor, conviene dar cosas grandes;* pues como el título que en la cruz está escrito por mandado de Pilato, fuese conforme á gran Señor, bien está que siendo Rey, hiciese á su siervo merced de un reino. Bienaventurado Ladrón, que así has sabido robar, por manera tan sutil, no menos que un reino eterno. A la undécima hora fuiste llamado y los Apóstoles á hora de prima: una hora trabajaste en la viña del Señor, y siendo último en el llamamiento, eres primero en la paga, mandándolo así la Justicia divina, que hace lo que quiere y es justo cuanto quisiere hacer.

La segunda cuerda de esta arpa santísima, es la queja que este benigno Señor dió á su Padre,

(1) Luc. XXIII.

cuando dijo: *Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (1) Voces son de la humanidad de Cristo, el cual no se consolaba á sí mismo en aquellos terribles tormentos que padecía en la cruz; de manera, que como el alma, según la porción superior, estaba en suma alegría, gozando del Verbo, ningún consuelo daba á sus sentidos; mas así como si fuera hombre puro, le atormentaban los clavos, llagas y corona de espinas, siendo su alma bendita gloriosa y bienaventurada, desde el instante de su concepción. Gran dulzura es esta, alma, para tí, si en todos tus trabajos y tribulaciones considerares, que más te pareces al Hijo de Dios verdadero, cuanto más fueres atormentada sin algún consuelo; música es, que has menester muchas veces contemplarla muy bien; trátala en tu corazón; voz es del Santo David, para tu remedio y confianza.

La tercera cuerda de esta bendita arpa, fué suplicar al Padre Eterno perdonase á los que le crucificaban, dando razón para esto, que merecían ser perdonados, por ser gente ignorante, que no sabía lo que hacía (2). ¿Quién hay ya que desconfíe oyendo tan suave voz? San Pablo dice *que nuestro Redentor Jesucristo fué oído, cuando oró con lágrimas en la cruz, por su grande autoridad y reverencia* (3); esto es decir que no se le pudo ne-

(1) Matth. XXVII.
(2) Luc. XXIII.
(3) Hebr. V.

gar el perdón que pedía de nuestras culpas, por ser quien era, mayorazgo de Dios, bien infinito, un mismo poder con el Padre; pues como la paga fuese tan suficiente de todas nuestras deudas, muriendo para destruir nuestra muerte, con justicia debe ser oído y firmado el perdón de nuestros pecados, pues ya rasgado el contrato que el maligno de Satanás tenía contra nosotros firmado de la mano de nuestro primer padre Adan, haciendo nuevas paces este benigno Señor entre Dios y el hombre, las cuales firmó por su propia sangre (1).

Es la cuarta cuerda que de la arpa de David suena, aquella plática que el benigno Cordero tuvo, estando en la cruz, con su bendita madre y amigo San Juan: *Ves ahí tu Hijo*, dijo á su santa Madre, enseñándole á San Juan: y al discípulo habló diciendo: *Ves ahí á tu Madre* (2). Cuánta suavidad sintió la madre y el apóstol en ver la memoria que tenía el Señor del mundo de ellos, estando tan cercano á la muerte y tan cercado de dolores, no hay lengua que lo pueda decir, aunque á la verdad algo se puede en el corazón sentir: baste, que cuando le faltaron las manos para obedecer y servir á su sacratísima Madre, con su palabra la consoló, dándole por guarda á su gran amigo, porque no partiese de esta vida sin reconocer la obediencia, que siempre tuvo á su humil-

(1) Colos. II.
(2) Joann. XIX.

dísima Madre. Aquí comenzarás á entender, alma, de cuán altísimo fruto sea el ejercicio que hemos dicho, que has de tener, asentando la cruz santa con Jesucristo crucificado sobre tu corazón, pues el bienaventurado evangelista San Juan por estar presente y tan cerca del Señor crucificado, es aquí mejorado, mejor que José, hijo del Patriarca Jacob (1), no heredero en tercio y quinto, sino poseedor de la más excelente joya, que el Hijo de Dios en el cielo ni en la tierra jamás poseyó. Oirás estas palabras suavísimas que él mereció oir, si de todo tu corazón en el amor de Cristo crucificado te ocupares.

La quinta voz que oímos, que suena en la cruz, es la queja que el Señor del mundo da de una gran sed, que le atormenta: para que entiendas, alma, que como á otra samaritana siempre te pide de beber (2). Desea que le des agua de lágrimas por tus pecados, como se la ofreció la Magdalena, regando sus piés santísimos con agua de sus ojos. Demándate, que llores por el daño de tu prójimo, como ella llora por la muerte de Lázaro (3). Finalmente, tiene sed y quéjase de ella, porque llores tu destierro y ausencia de tal esposo, como esta santa mujer lloró con perseverancia al sepulcro del Señor del mundo: por tanto dice

(1) Genes. XXXVII.
(2) Joann. IV.
(3) Joann. XI.

esta voz lastimosa del Cordero crucificado: *Sed tengo,* porque viéndole padecer sed, con agua tan preciosa le sirvamos. Cuando David estaba en la guerra, tuvo gran deseo de beber de la cisterna de Belén, lo cual entendiendo tres animosos caballeros suyos, pasaron por medio del real de los enemigos y volvieron trayéndole agua, según lo deseaba el rey David: vista el agua no la quiso beber, mas mandola ofrecer al Señor (1). Estos tres esforzados caballeros son la confesión, contrición y satisfacción, tres partes de la penitencia, las cuales vencen á los contrarios y sacan agua del algibe, que es el corazón en la ciudad de Belén, donde Cristo nace para matar la sed al Rey de gloria, que está en la batalla contra la muerte. Milagro es grande ver estos tres caballeros cómo traen agua de lágrimas y gemidos, cuando de rodillas en tierra á un hombre vicario de Cristo confiesan, no sólo sus obras y palabras, mas aun sus muy escondidos pensamientos. De mí te digo, alma, que si viese otro San Lázaro resucitado de cuatro días difunto y si otro bienaventurado San Pedro sanase los enfermos con la sombra, no me admiraría y espantaría tanto, cuanto ver á un hombre penitente verdadero y que me confiesa y gime sus pecados y llora sus culpas por matar la sed de nuestro Redentor, que pide de beber. Ofrece, pues, alma mía, vino de lágrimas por tus

(1) II Reg. XXIII.

culpas para remediar la sed del Señor: dale vino mezclado por compasión del prójimo, porque digas con Salomón: *Mezclé mi vino* (1). Recibidlo, mi Dios, pues manifestáis tener sed de mi pequeñuelo servicio. Puédesle también decir con la Esposa en los Cantares, que le ofrecerás vino adobado, llorando con gran devoción y espíritu por la vista beatífica suya (2).

La sexta voz es aquella palabra tan humildísima: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (3). Cuán sonorosa sea esta cuerda, solamente lo puede gustar quien ya tuviese dado su espíritu, por verdadera humildad y obediencia de su prelado, á Dios. No quieras mayores favores, alma, que volverte á las manos del Señor, así como paloma de Noé, que en nada halla reposo en esta vida. El sabio dice, *que las almas de los justos están en las manos de Dios, las cuales no osará tocar el tormento de la muerte* (4). Tiene Dios en sus manos las almas de sus amigos, como el anillo en la mano del rey, muy honradas y estimadas, porque se humillaron en esta vida y se emplearon en servicio del Señor: por tanto, dice que no las tocará la persecución y tormento de la muerte, que es confusión de pecado.

---

(1) Prov. IX.
(2) Cant. VIII.
(3) Luc. XXIII.
(4) Sapient. III.

La séptima voz y sonido de esta arpa la Cruz, es la última palabra que este benigno Redentor dijo, significando ser ya todo acabado lo que de su terrible pasión estaba escrito: luego bajó su cabeza, dice San Juan, y dió su espíritu. Gran cosa es la perseverancia, pues ella sola gana la victoria. Primero has de decir, alma, *que todo es acabado* (1); y aun primero se ha de acabar la vida mortal, que alcances la paz que deseas, reposando en aquel sueño que el santo David deseaba, que es la holganza de la gloria (2). Toma luego la arpa en tus manos, da vuelta á la ciudad, como lo dice Isaías y canta alabanzas al Señor, presentándole en tu memoria muchas veces y dando por trono á tu Redentor crucificado tus entrañas y corazón. No tengas en poco esta manera y arte, que aquí con breves palabras está dicha, para inflamar tu deseo en amor de Cristo crucificado, pues en tanto este Redentor del mundo tuvo la industria de aquél, que recibió un talento ó marco, y por su buen recaudo aumentó otro con él. Con gran sudor y fuerza de brazos uno, que fuese muy recio, subiría una gran piedra á lo alto de una torre y aun tardaría en subirla mucho tiempo; mas si este tal tomase una maroma y un torno, ganaría tiempo y trabajo, usando de aquel ingenio: bien así los que sin arte quieren ser varones per-

(1) Joann. XIX.
(2) Psalm. 4.

fectos, es por fuerza, que han de trabajar más, deteniéndose en el camino: de manera, que siempre vale mucho, que el alma busque dos mil invenciones para siempre acordarse de su dulcísimo Esposo Jesucristo y para con mayor fervor amarle. De aquí es, que algunos todas las veces que oyen el reloj, contemplan los tormentos que Cristo nuestro Salvador padeció, cuando le crucificaban, pareciéndole aquellos golpes el sonido de los martillos, que herían en los clavos para traspasar los piés y manos de este Cordero inocente. Lo mismo representan, cuando oyen alguna campana, ú otro cualquier golpe: y aun estando á solas, sin dar cuenta á ninguna persona, de presto se derriban de rodillas en tierra, diciendo en breves palabras: *Bendita sea la hora en que mi Redentor Jesucristo fué concebido, nació y murió en la cruz por nuestra redención. Amén.* San Pablo dice, que Cristo mora en tu corazón por fe, en cuya cruz se gloriaba él, más que en la grandeza de los milagros, apostolado ni predicación (1). En esta cruz está tu consuelo, alma; en ésta tu fortaleza; en ella tienes tu descanso, y finalmente, en ella hallarás tu gloria.

(1) Galat. VI.

CAPÍTULO XXIX

CÓMO CRISTO EN LA CRUZ DESPIERTA SU SANTO AMOR EN NOSOTROS POR ESPECIALES BENEFICIOS.

En tres maneras, alma, se suele despertar el amor que está olvidado: la primera es por dones, la segunda por palabras y la tercera por señas. Por estas tres maneras tu Esposo Cristo crucificado, puesto sobre tu corazón, te despertará, para que de él te acuerdes y le ames contínuamente, de las cuales en el fin de esta tercera parte hemos de tratar. Yo te ruego, por amor de este benigno Redentor, que con gran atención quieras leer estos tres remedios de tan gran daño, como es el olvido de Cristo, porque imposible es que todos juntos, ó alguno de ellos, no te hagan diligente para cosa

tan celestial, como es actualmente producir nuevos actos de amor, con memoria afervorada de este tu dulcísimo amado Verbo Dios. Lo primero, que desde la cruz este soberano Rey hace, para amonestarte á su memoria, es enviarte joyas preciosas, las cuales San Pablo dice principalmente ser tres: vida, sér y movimiento (1). En este bien soberano nuestras almas tienen sér, viven y se mueven. De este mismo poder infinito recibimos el primero sér de naturaleza y cada día le tornamos á recibir, pues por su gran misericordia nos conserva, que no nos volvamos en nada de lo cual sin nosotros merecerlo, fuimos criados.

Entenderemos esto claramente, si consideramos los rayos del sol, los cuales no solamente de él proceden, mas aun con su presencia los conserva: por tanto, cuando se ausenta cada noche de nosotros, vemos que cesan sus rayos: bien así este omnipotente Criador nuestro, si alzase la mano, no conservándonos, seríamos en el momento nada, pues de tal manera fuimos criados. Esto consideraba el rey David, conociendo tener sér participado de este inmenso Dios y haciendo gracias, decía: *Vos, mi Dios, me formásteis y pusísteis sobre mí vuestra mano* (2). Como si dijese: Yo os doy infinitas gracias, mi Dios, y por mí os alabe toda criatura, pues no sólo me criásteis, dándome pri-

(1) Act. XVII.
(2) Psalm. 17.

mero sér, mas aun con vuestra divina mano cada momento me despertáis á amaros, conservándome por vuestra misericordia. Nuestro redentor Jesucristo, siendo reprendido de los Fariseos, porque curaba los enfermos en el día del sábado, quiso dar á entender este secreto, cuando les dijo: *Mi Padre hasta ahora obra, y yo entiendo en la misma obra que hace* (1). Quiero decir: vosotros no entendéis quien soy yo ni conocéis cuán noble y generoso Padre tengo. Ahora, pues, sabed que aunque en el Génesis se diga que obró Dios en seis días, criando este universo y que holgó el sábado, no habéis de entender que dejase Dios de obrar, porque si alzó la mano de criar criaturas de nuevo, no la alzó de obrar, para conservar lo ya criado: hasta ahora las conserva mi Padre y también yo, que soy su Hijo, igual en Esencia; y por tanto, es mi día el sábado y en él quiero manifestar mis milagros y maravillas, mayormente enseñar al hombre, á quien crié semejante á mí. ¡Oh, alma, cuán justo es que levantes los ojos de tu entendimiento, para conocer cuán deudora seas á este liberal Señor! porque si darte el sér, que tienes por un día, te obligaba á siempre amar y acordarte de tan benigno Señor, ¿cuánto más te obligará haberte hecho inmortal, conservarte cada hora y momento, para que no dejes de ser? Despierta, no estés dormida: paga la deuda tan gran-

(1) Joann. V.

de que debes, teniendo memoria de este dulcísimo Esposo amado, ofreciéndole amor santo por amor.

Y si quieres levantar un poco más los ojos, hallarás otra mayor deuda que la pasada, pues en la cruz te mereció la joya inestimable de su gracia, porque muriendo por salvarte, la mereció de justicia, *de cuya plenitud*, dice San Juan, *todos recibimos gracia por gracia* (1). A nosotros se nos da de gracia, porque no la merecimos, y mediante los méritos de Cristo, se nos debe de justicia, pues por su sacratísima Pasión nos la tiene merecida. *La ley fué dada por Moisés*, dijo San Juan, *y la gracia y verdad fué hecha por nuestro Redentor.* Como si más claro dijese: Moisés pudo dar la ley; mas no el favor y gracia para cumplimiento de ella; Cristo nuestro Dios todo lo puede, no sólo dando la ley, mas aún la gracia y favor para cumplirla. Esta gracia, alma, que de Dios recibes, es tan gran beneficio, que por ella eres agradable á tu Esposo, y sin ella eres desechada. Más vale un alma con esta gracia, que todos los ángeles sin ella, pues sin gracia no serían sino demonios; mas avísote, que aunque recibiste el primer beneficio del sér natural, sin quererle, que no se te da el segundo don de la gracia, si uso tienes de razón, sin que de voluntad la quieras. Conforme á esto, dice nuestro Padre San Agustín: *No te salvará sin tí el que te crió, sin tú quererlo.*

(1) Joann. I.

La paloma de Noé se vino al arca, y entonces él tendió la mano para recibirla (1). Cristo vino á visitar sus Apóstoles; justo fuera que Santo Tomás estuviera en la compañía de los Hermanos. Quiero decir, que pues á manos abiertas este Señor nos da las mercedes, razón pide que nosotros de voluntad las recibamos. Verdad es, que aun de parte nuestra no podemos querer tanto bien, pues David dice, *que la gracia de nuestro Señor y misericordia nos previene* (2); esto es, para que queramos lo que por nuestra flaqueza querer no podíamos; porque al fin cosa cierta es lo que dice San Pablo, *que Dios obra en nosotros el querer virtuoso y da la perfección* de lo que queremos, que es obrar lo que deseamos, según Dios (3). Lo que puedes, según naturaleza por el pecado estragada, es toda maldad y pecado, á lo cual, desde tu primera concepción (como hayas sido en pecado concebida) eres siempre inclinada. Puedes también edificar casas, plantar heredades y cosas semejantes; mas tanto bien como es la gracia divina, no la puedes por tí sola querer, sin que para esto ese mismo Dios te mueva. De manera, que tres gracias has de tener, que te da este Señor: una, que nos substenta, de la cual podíamos entender lo que dice San Pablo: *Por la gracia de*

(1) Genes. VIII.
(2) Psalm. 87.
(3) Philip. II.

Dios soy lo que soy (1). Otra, que nos sale al camino, para movernos á desear ser amigos de Dios, y de ésta dijo luego el Apóstol: *Su gracia está conmigo;* y bien dijo *siempre*, porque él estuvo cuarenta años amonestando á aquel pueblo que andaba desmandado y fuera de obediencia. Según dice David, el mismo Dios siempre está toda la vida llamándonos, para que nos convirtamos á Él. La tercera gracia es la que nos hace amigos de Dios (2), de la cual dijo San Pablo: *Su gracia en mí mismo no fué sin provecho* (3). Aprovecharte debes, alma mía, de mercedes tan singulares, las cuales, como río de mar, te vienen de Cristo puesto en la cruz, para que tú fructifiques, teniendo memoria y amando con buen corazón, á quien tales joyas te envía.

El segundo beneficio que dijo San Pablo venirnos del Redentor crucificado, es, que por él tenemos vida. Nuestro Padre San Agustín dice, *que así como el alma es vida del cuerpo, en su manera Cristo, por gracia, es vida del alma.* ¡Oh, válgame Dios, qué cosa es ver un cuerpo difunto, los ojos quebrados, la boca denegrida, el rostro amarillo, todo feo, yerto, pesado, de mal olor y hecho una piedra inmóvil! Todo esto hallarás en el alma apartada de Cristo: luego pierde la vista,

(1) I Cor. XV.
(2) S. Tho. III p., q. CLXIX, a. 2.
(3) I Cor. XV.

no mirando el infierno, que merece por su pecado, ni considerando la gracia perdida, pues se hace indigno del cielo, por un vil deleite y ponzoña matadora del alma. ¡Oh, ciego pecador! ¡oh, mísero Sansón, sin ojos, que no vales, sino como bestia, para traer eternalmente la tahona del infierno! Estas eran las quejas del Profeta David: *¡Ay de mí, que la lumbre de mis ojos se me ha perdido!* (1). ¿Qué diré de tu fealdad, pues Jeremías te compara á los carbones feos? ¿Cuán helada, sin piés y sin manos estás para obrar virtud, pues no eres sino otra mujer de Loth, convertida en estátua de sal? Bien parece que te falta la vida, Jesucristo, pues muy peor que un cuerpo difunto eres hecha inhábil para todo bien, porque sin Cristo, que es vida, todo es muerte; de manera, que si vives vida de gracia, es porque Cristo crucificado vive en tí, el cual es vida y fuente de todo lo que vive, habiendo en la cruz con su muerte destruído nuestra muerte.

Este Señor crucificado es aquel gran profeta Eliseo que se midió con el pequeñito niño de la Sunamitis, difunto (2), y no pudiendo su criado Giezi con el cayado resucitarle, le dió vivo á su madre. Como niño de un día era Adán, aunque perfecto varón le crió Dios; mas el día que nació, por creación maravillosa, ese mismo día murió, y en él

(1) Psal. 37.
(2) IV Reg. IV.

todo el género humano. Envía Dios á su criado Moisés con las tablas de la Ley, escrita en piedra, porque era ley de temor; y como el temor más espanta que aficiona, no dió calor al muerto, porque San Pablo dice que á ninguno hizo perfecto varón aquella ley temerosa, pues á nadie enviaba al cielo, mas á todos enviaba al limbo, aunque más acabados fuesen. Cuando el Verbo Dios se midió con nuestra naturaleza humana y se paseó por la sala de este mundo, como el otro Eliseo, llamados los dos pueblos gentílico y hebreo con sus milagros y doctrina, midióse una vez, haciéndose hombre, con nuestra pequeñez; y mídese, finalmente, en el árbol de la cruz, tendiendo piés y manos, para que resucite el niño difunto y el pecador tenga nueva vida.

¡Oh, mi buen Jesús, cómo se abrirán mis ojos si no ponéis en mí vuestros ojos divinos, luz verdadera, que alumbráis todos los hombres y los ángeles! Mi boca afeada, ¿cómo hablara de Vos y gustára aquel pan de vida en el santo altar, si no la remediára vuestra purísima boca? Vuestras manos medís con mis manos, bendito Eliseo, porque ya sean las paces muy ciertas; gloria sea á Vos, Rey de paz; y aun vuestras sacratísimas manos ponéis con mis manos, para que con tales favores pueda yo escribir este librito á gloria y honra vuestra, y para provecho, á lo menos, de un alma que os desea amar y servir. Vuestros piés asentáis sobre mis piés, queriendo que con el clavo de vuestro

temor se concierten mis deseos conforme á vuestra voluntad, la cual me enseñáis á seguir en esta santa cruz, plantada en mis entrañas y corazón.

El tercer beneficio que dijo San Pablo recibíamos de la mano de este Redentor nuestro, es que en él tenemos movimiento así como actos de vida (1); bien se sigue, después de darnos el sér y vida, que se nos dé el movimiento, para que esta vida en nosotros no sea ociosa y sin provecho, lo cual nos ha de venir de esta admirable mano; de manera, que así como los filósofos todos los movimientos de los cielos y de los elementos refieren á la primera causa, sin cuya virtud ni el cielo se movería, ni el agua, ni el fuego, bien así tú, alma, en todas las cosas buenas que deseas, hablas y obras, has de referirlas, como á causa primera, á tu dulcísimo Esposo Jesucristo, el cual te hace hábil con la virtud de su amor santo que vayas con gran ímpetu y fuerzas, como dice Ecequiel (2). Del cielo, que los astrólogos dicen primer moble, se afirma y persuade por muchas razones que arrebata tras sí las otras esferas y cielos; bien así, la fuerza de este amor santo arrebata todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolas al servicio suave de este benigno Redentor, lo cual, por tan señalada merced, pedía la Esposa en los Cantares, diciendo: Dulcísimo Esposo, *llevad-*

(1) Act. XVII.
(2) Ezech. I.

me tras Vos y correremos luego en olor de vuestros ungüentos (1). Como si dijera: de vuestra divina mano tengo el sér: Vos, Redentor mío y fuente de vida, me habéis dado el vivir; no resta sino que me déis movimiento y virtud para seguir vuestras pisadas; llevadme tras Vos, que soy pesada á mí misma por la condición de este cuerpo mortal, y yo os prometo de ir corriendo al olor de vuestros ungüentos, que son estas mercedes y beneficios con que me despertáis, y entonces diré con el profeta David: *Corrí apresuradamente por los mandamientos vuestros*, mi Dios, *porque ensanchásteis mi corazón* (2) con la fuerza de vuestro amor santo. Verdad es, alma mía, que los Santos del viejo Testamento gracia recibían de Dios para cumplir su santísima ley, mas ésta era poca respecto de la que se da después que el Señor vino al mundo y se efectuó su preciosísima pasión. De aquí es que se diga el yugo del Señor ser suave y sin peso, aunque á nuestra ley se le añadieron los consejos de tan alta perfección, los cuales entonces ellos no tenían, porque va con el aceite de gran abundancia de gracia, la cual la ablanda y adelgaza para que casi no tenga peso.

Ó podíamos decir que estos tres beneficios, sér, vida y movimiento, con los cuales desde la cruz nuestro Redentor despierta nuestro olvido, son las

(1) Cant. I.
(2) Psalm. 118.

tres virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad. La Caridad nos da el sér de amistad entero y verdadero para con Dios, como dice San Pablo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy* (1). La Fe se llama vida del justo, sin la cual el alma es muerta. La Esperanza nos da movimiento para obrar, certificándonos del premio eterno en los trabajos temporales. ¡Oh, caridad infinita! ¡Oh, dulcísimo Jesús! Vos dáis calor de caridad á mi tibio amor, aviváis mi muerta fe, dáis virtud que obre á mi perezosa esperanza cuando os veo en este trono real crucificado en la santa cruz. ¡Oh, alma! si mirases cuán muerta estaba la fe de aquel ladrón un poco antes (2), cuán ciego el entendimiento de aquel centurión y de toda su gente, los cuales, despertados con estos beneficios que has oído, verás ir corriendo á más andar con el olor suavísimo y gusto de aquella preciosísima sangre que se derramaba, en tanto que el ladrón le confiesa por Rey y le pide mercedes, y el centurión y todos los que estaban en su compañía afirman ser verdadero Hijo de Dios este benigno Redentor, el cual, acusado falsamente, los fariseos decían ser digno de muerte.

¿Qué diré para dar conclusión á tan grandes beneficios que este Redentor del mundo te envía, alma, para despertar tu sueño y olvido, sino que

(1) I Cor. XV.
(2) Luc. XXIII.

Cristo en la cruz, si por memoria en tu corazón le asentares, te será como otra fuente de paraíso, de la cual se lee que salían cuatro ríos, *Fisón*, *Gión*, *Tigris y Eufratres?* (1). Estas son cuatro virtudes cardinales: Fortaleza, Templanza, Prudencia y Justicia. En la cruz venció el mundo y el infierno tu benditísimo Esposo: y de allí ha de venir río de favor á tus flacas fuerzas para que de tus contrarios ganes victoria. *Todo lo puedo*, dice San Pablo, *en mi Redentor Jesucristo que me da esfuerzo* (2). De esta misma fuente nace río muy grande de prudencia, para que sepas sabiamente entender en tus negocios, repartiendo los tiempos en la vida activa y contemplativa, pues en la cruz este benigno Señor oró al Padre, lo cual pertenece á la contemplación, y también consoló á su bendita madre, ejercitando la vida activa.

La templanza nace como río de este mar Oceano, pues allí el Redentor bebió hiel y vinagre para que con tal memoria y ejemplo moderes tus gulas y demasiados apetitos (3). Finalmente, Cristo en la cruz es manantial de abundantísimo río de justicia, porque, según dice Isaías, el Padre Eterno en su benditísimo Hijo hizo rigurosa justicia, castigando en él todas nuestras culpas, para que dando nosotros un gemido por contrición verdadera,

(1) Genes. II.
(2) Philip. IV.
(3) Joann. XIX.

luego se nos dé perdón general por estar hecha la paga en Cristo. También se hizo esta espantosa justicia en el inocente Cordero, porque entiendas, según el mismo Señor te avisa, cuánto debes temer si no haces penitencia, porque *si en el árbol verde y tan fructífero tales tormentos y penas se ejecutan, ¿qué será en el madero seco* (1), en el pecador mísero, sin virtud de la gracia, apartado de Dios? Mira, pues, alma, tales y tan excelentes dones como de las manos de este benigno Señor te vienen; él te da el sér que tienes y te conserva de su mano; de él tienes la vida que vives; su Majestad te mueve para que obres y desees lo que es bueno y virtuoso; de su mano te da la fe, esperanza y caridad; él es el Rey de gloria y Dios de virtudes, según dice David; razón es que te levantes luego, sacudiendo toda la pereza y comenzando á hacer la paga por memoria continua y amor afervorado de este benigno Redentor y Salvador nuestro.

(1) Luc. XXIII.

CAPÍTULO XXX

CÓMO CRISTO DESPIERTA LA MEMORIA DE AMOR SANTO, ESTANDO EN LA CRUZ, CON PALABRAS

Así como por mensajero, alma, tu amado Esposo Cristo envía á despertar tu olvido, hablándote palabras muy amorosas, puesto en el trono de la cruz y asentado sobre tu corazón. Ya oiste siete palabras en el capítulo XXVI, donde se trató cómo este gran músico David, con la arpa de su humanidad sacratísima y mano valerosa de su lengua hizo tal música, que el enfermo Saúl sanó luego del pecado y enfermedad que le afligía. Puedes leer aquel capítulo para despertar tu afecto, leyendo atentamente aquellas santísimas palabras, las cuales cada momento te está diciendo al oído: no sería sin gran sentimiento si atentamente las quisieses oir y tratar contínuamente en tu me-

moria. *La llevaré á la soledad y allí la hablaré al corazón*, dice Dios por el profeta Oseas (1). ¿Qué desierto más solo, qué campo tan de pocos visitado, como es la santa cruz? A esta soledad te lleva tu Esposo, alma, porque á solas te quiere decir los misterios y secretos que á quien ama suele comunicar. Sus palabras son como saetas agudas, que luego derriban á sus piés, no uno, sino muchos pueblos. ¿Qué saetas son éstas, que dijo David tan agudas, sino las palabras que con tan grande amor pronunció en la cruz este benigno Señor? Mira, alma mía, qué saetas de amor tan vivas, pues con amor se quejó al Padre, llamándole, no Juez que así le castigaba, sino con amorosa palabra de padre. Con amor respondió á la suplicación del ladrón, no reprendiéndole sus grandes pecados, sino haciéndole promesa en aquel mismo día del cielo (2). Con qué entrañas de amor consoló á su bendita Madre, encomendándola á su amado discípulo San Juan, nadie lo puede decir, ni aun del todo sentir. Con gran favor de amor dió la mejor joya que poseía á su especial amado Evangelista cuando se la dió por madre. Con gran caridad y amor dijo tener sed de nuestra salvación, pidiendo del vino adobado que la Esposa en los cantares dice: esto es, lágrimas de contrición y gemidos de pecados. Con mucho fervor de amor dijo que encomenda-

(1) Oseae II.
(2) Luc. XXIII.

ba su espíritu en las manos de su bendito Padre. Y, finalmente, con fuego de amor inefable dijo ya ser acabado todo lo que Él deseaba padecer por nuestra salvación. Ves aquí las saetas, alma, que del arco de la cruz te envía este dulcísimo Esposo para herir el blanco de tu corazón. ¡Oh saetas dulcísimas! herid luego mis entrañas, vosotras sóis albricias de mi salud y vida, enviadas de la mano de aquel gran amigo Jonatás, de quien se lee *jamás haber vuelto su saeta al revés* (1).

Mas pues viste, alma, la viveza de las saetas y palabras amorosas de Jesucristo, bien será que veas ahora la victoria que gana con ellas: porque David dijo *caer los pueblos en tierra con ellas* (2). Luego dió con el ladrón vencido de amor, el cual reprendió á su compañero, que blasfemaba de este inocente Cordero, diciendo: *Tú, miserable, no temes á nuestro Dios: este Señor no tiene culpa alguna: nosotros merecida tenemos la muerte: mas Él sin culpa está* (3). ¡Oh saeta del Rey soberano, que tan gran victoria has tenido! Cosa grande fué que San Juan Bautista en la ribera del río Jordán enseñase con el dedo á este Redentor del mundo, diciendo *ser Cordero de Dios, que venía á pagar deudas ajenas* (4): mas no menos, sino aun mayor

(1) II Reg. I.
(2) Psalm. 44.
(3) Luc. XXIII.
(4) Joann. I.

parece ser esta confesión de este santo ladrón, pues no santificado en el vientre de su madre como San Juan, veinticinco años en el desierto ayunando y orando gastó su vida, sino salteando caminos y robando haciendas ajenas, mereció venir al tormento de muerte que tiene en este monte Calvario. Allí nuestro Redentor andaba libre por la ribera del Jordán (1); aquí está enclavado en una cruz: allí vestido como los otros; aquí desnudo por vituperio delante de todos, llagado de piés á cabeza y de grandes tormentos afligido: y que con todo este disfavor le confiese este mártir por Rey, diciendo ser inocente Cordero, solamente lo pudo hacer él con las saetas de sus palabras, encendidas de amor divino, las cuales, hiriendo aquel corazón de este bienaventurado ladrón, luego se le dió por vencido de amor, teniendo más compasión de ver padecer al Cordero inocente que la pasión y dolor de su propio tormento y cruz. Luego cayeron á sus piés aquellos dos pueblos gentílico y hebreo, pues de los unos y de los otros dice el Santo Evangelio que se convertían, hiriéndose en los pechos, viendo las maravillas que obraba este Omnipotente Señor estando en la cruz (2). Y aun de estas saetas herida la Esposa, cuando enviaba mensajeros con gran priesa, diciendo: *Id y decid á mi amado Cristo Jesús que mi enfermedad nace*

(1) Matth. III.
(2) Luc. XXIII.

de su gran caridad y amor (1). Como si dijera: pues ya las saetas de sus palabras aficionadas me han vencido, el remedio es que las cartas y mensajeros sean gemidos y lágrimas por verme ausente de mi Redentor y Señor.

Mas si preguntásemos al alma santa, qué es la medicina que pide para su remedio, luego se declaró, cuando dijo: *Cercadme de flores y también de manzanas, porque me siento muy enferma* (2). ¡Oh, alma mía, cuán sabiamente has pedido el remedio para tu enfermedad, pues ya las palabras de este benigno Redentor te han despertado á la memoria de su santo amor, si ya te han derribado en tierra, como á otro San Pablo (3), cayendo de la vanidad del mundo y de su estado engañoso. Humíllate, llegándote al Señor, puesto en la cruz, el cual trae consigo flores y manzanas. Él es flor nazarena y fruto bendito, el cual dió al mundo su Madre Santísima: luego te enviará grandes deseos, que son las flores de azahar, y no faltará el fruto de las obras grandes, que ejercitarás con grandes favores. Palabras son de grande virtud y saetas encendidas con fuego de amor las que dice el Esposo Jesucristo, si tu corazón es cera, como lo era el del Profeta David, el cual dice regalarse como cera al fuego del divino amor: luego senti-

(1) Cant. II.
(2) Ibidem.
(3) Act. IX.

rás la suavidad que estas palabras tan purísimas traen; mas si el corazón tuyo es de lodo, como lo era el del rey Faraón, no es mucho que se diga de tí, que con palabras de Dios más te endureces, porque el fuego al lodo más endurece y á la cera derrite. Dejadas, pues, otras siete palabras, las cuales como escala habías de andar muchas veces en el día, para subir á la altura de las misericordias de Dios, oye ahora otras que por el profeta Jeremías este clementísimo Señor te dice por despertar tu grande olvido: *Poned la bandera sobre Bethacaren, que todo el mal es visto venir de Aquilón* (1). Bethacaren quiere decir casa del Cordero, y éste es tu corazón, alma, sobre el cual manda tu Esposo Jesucristo que se ponga la bandera de su bendita cruz, así como árbol plantado para dar excelentes frutos. San Pablo dice *que si la raíz es santa, los ramos han de ser santos, y la fruta santa ha de ser* (2); luego será dada la victoria en la casa del Cordero, levantada la bandera en señal de triunfo, cuando por contínua memoria se trae á Cristo crucificado delante de los ojos, el cual es único remedio contra el mal que viene de Aquilón, que es cierzo, frío y seco, enojoso y dañoso, en quien se figura el olvido del amor santo, enemigo de toda gratitud y contrario de toda bondad.

(1) Jerem. IX.
(2) Rom. XI.

Decir aquí el Señor por Jeremías que se levante la bandera de su amor en nuestro corazón, es lo que por el mismo Profeta dijo: *Acuérdate de mi pobreza, hiel y traspasamiento* (1). Pobre nació y pobre murió con desnudez en la cruz, y de esta pobreza pide memoria nuestro Salvador; porque San Pablo dice *ser riqueza de las almas la pobreza de este Señor omnipotente, aunque de pocos amada y seguida* (2). La hiel fué su vida, llena de mil trabajos y persecuciones; y aun hiel fué la que le dieron á beber en la cruz, porque se pagase bien el gusto que nuestros primeros padres recibieron en la fruta del árbol vedado. Su gran exceso fué la pasión tan terrible que por nuestras almas padeció, de quien hablaba, según dice San Mateo, el día de su Transfiguración en el monte Tabor. Con estas palabras te pide, alma, que de todo lo ya dicho te acuerdes á quién debes responder como respondía Jeremías: *Con memoria me acordaré, Señor, y mi alma desmayará dentro de sí* (3). Bien dijo con memoria, porque todas las fuerzas del alma se deben juntar para hacer cosa tan grande como es acordarse de este benigno Redentor, y no una vez cada hora; y qué efecto haga esta santa memoria, declárase luego cuando dice: *Deshízose mi alma dentro de sí* (4); esto es un negar á sí mismo

(1) Tren. III.
(2) II Cor. VIII.
(3) Tren. III.
(4) Psalm. 76.

cada cristiano, olvidado de propia honra é interés, solamente amando á su Dios y Redentor, el cual pide ser amado de todo corazón, de toda el alma y de toda la memoria, á donde parece con tres potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad, pedir este Señor que nos acordemos de las tres cosas ya dichas: *pobreza, hiel y traspasamiento.*

Ni debes tener en poco, alma, que tu amado Esposo Cristo con palabras tan dulces desde la cruz te pide memoria de su santo amor, porque en esto, como en tesoro de grande estima, desea más enriquecerte. Averiguado es entre los sabios, que cuanto más amares en esta vida á tu Dios, mayores grados de gloria recibirás en la bienaventuranza del cielo. También diremos que Cristo pone esta demanda, porque en alguna manera el amor querría siempre igualdad; esto es, que desea ser amado cuanto ama; pues como este Omnipotente Señor de parte suya nos ame con todo lo que él es, aunque de parte nuestra su infinito amor se participa finitamente, pídenos ser amado con todo lo que somos, porque en algo se proporcione la paga con la deuda que debemos á su infinito amor. Finalmente, pide esta memoria de amor santo, porque el alma se disponga á ser más hábil, para recibir mayores rayos de amor, los cuales infunde este Rey soberano en nuestro corazón sin cesar, porque es causa infinita que puede producir ma-

yor y mayor caridad en nosotros (1). Bien parece haber criado este clementísimo Señor el alma libre para amar, porque tuviese joya tan excelente y preciosa, con la cual libremente sirviese á su Criador, el cual como Moisés te amonesta, que ofrezcas primicias libre y voluntariamente para el santuario. ¡Oh, alma! si se dijese de tí lo que luego se sigue: *Ofreció el pueblo con voluntad devota, y muy alegre, sus primicias* (2); pues da tus sentidos y potencias para el santuario del santo amor. Ejercítate en la memoria de Jesús crucificado, meditando sus benditas palabras, para tu consuelo dichas. Ofrece lo que señaladamente pide este clementísimo Señor, diciendo que se le dé el redaño, que es red que todo lo cerca, siendo sutil y medicinal (3). Esa memoria de Cristo crucificado ha de ser red barredera, que encierre dentro de sí todos tus pensamientos, palabras y obras, ofreciéndolo todo al fuego de aquel divino amor. Es tierno y delicado, porque al alma enternece y regálase con la suavidad soberana, que en esta memoria de amor se nos ofrece. Finalmente, es medicina, porque sana las llagas de nuestros pecados, baja las postemas de nuestra soberbia y trae salud para vida perpétua al alma. Con tales y con tan grandes bienes, justo es, alma, que ya des-

(1) S. Tho. 2-2, q. XXIV, a. 7.
(2) Exod. XV.
(3) Lev. III.

piertes, amando á tan sabio y fortísimo Amador, que no sólo con beneficios y obras, mas aún con palabras tan amorosas, estando en la cruz, cada momento te despierta.

CAPÍTULO XXXI

DE CÓMO CRISTO, ESTANDO EN LA CRUZ, NOS DESPIERTA Á SU SANTO AMOR POR SEÑAS.

La tercera manera con que tu dulcísimo Esposo, alma, en la cual te despierta desde la cruz á la memoria de su santo amor, es por maravillosas señas. No se contentó con despertarte por beneficios, según ya viste, mas aún con palabras, según en el capítulo antes se dijo. Finalmente, ahora te amonesta por señas, porque de piés á cabeza, si atentamente mirares, todo es unas cifras ó señas, las cuales los amadores de este dulcísimo Señor solamente leen y entienden, ejercitándose con gran cuidado para entender tan sutil lenguaje, ignorado del mundo y de sus amadores. Miremos, pues, por reverencia de tan alto Señor, puesto en la cruz y asentado sobre nuestro corazón, según

está dicho, y diremos muy mejor que aquellos sabios de la ley: *¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas señas?* (1)

Los piés te hacen señal, pues los tiene juntos un clavo, y están concertados en tal manera, que el pié derecho asienta sobre el izquierdo. Una merced grande que pedía David (2), es suplicar al Señor que traspasase sus carnes con el clavo de su temor santo. Es tan bastante el temor para concertar los piés de nuestros deseos, que sin él, es imposible estar concertada el alma. Nuestro Padre San Agustín decía ser nuestros deseos piés, con que el alma va donde quiere; por tanto, *quien teme á Dios, es fuerza que obre bondad*, según dice Salomón (3). Pié derecho es todo lo que conviene al espíritu, y pié izquierdo podremos decir todo lo que es temporal: estos piés, dice nuestro Redentor que se concierten cuando nos manda buscar el reino de Dios y su justicia, porque todo lo demás se nos dará como añadidura de la pieza principal (4). El reino de Dios es su santísima gracia y gloria, y la justicia de este reino son las virtudes teologales y morales. Esto se debe buscar primero, porque lo demás, que es temporal, con pequeño cuidado lo da Dios sin merecerlo nosotros.

---

(1) Joann. XI.
(2) Psalm. 118.
(3) Eccli. XV.
(4) Luc. XII.

¡Oh, alma, si siguieses el consejo que David te da, asentando todo tu deseo en Jesucristo, el cual será tu Gobernador, no faltándote nada, pues jamás á sus amigos leales faltó! Acuérdate que por bendición dió al Patriarca Jacob que anduviese cojo toda su vida, y esto fué señal de la victoria que en aquella gran lúcha ganó. Si has vencido tus pasiones y si de veras renunciaste al mundo, cojeando has de andar, cuanto á esta vida, padeciendo necesidad en el comer y en el vestir, por repartirlo con los pobres, pues viste nacer pobre á tu dulcísimo Esposo Jesucristo (1), el cual vivió en esta vida pobre, y murió desnudo en la cruz pobre.

Deja, pues, ya estas supérfluas riquezas, vestidos vanos y sin provecho; pon el clavo del día de la muerte y juicio á los piés de tus deseos, si quieres decir con David: *De piés, Señor, estamos en esos palacios de la celestial Jerusalén* (2). De aquel Patriarca Jacob se lee, que estando casi al fin de la vida, concertó los piés en su cama y luego murió (3): bien así nuestro buen Jacob Cristo en la cama de la cruz juntó sus benditos piés, concertándolos para enseñarnos á remediar nuestro desconcierto con tales y tan sabias señas. Debajo de estos piés, dijo el Profeta que saldría el demo-

(1) Luc. II.
(2) Psalm. 121.
(3) Genes. XLIX.

nio (1), como á la letra lo leemos de la Magdalena, de la cual siete demonios, según dice San Marcos, desterró. Entiende, pues, bien estas señas, alma: llora luego tus pecados, dando remedio á tus superfluídades, pues por esto tu amado Esposo Cristo en la cruz santa murió.

También te hace señas con las manos, pues las tiene extendidas, abriéndolas á los clavos, enclavadas en la cruz, porque Salomón dice *que abrió la mano al mendigo y extendió sus palmas á los pobres* (2). Pueblo que mendigaba fué aquel de Israel, á quien parece haber abierto el Señor la mano, cuando le sacó de Egipto, le abrió el mar y dió maná del cielo, y finalmente, le dió la tierra de promisión; mas á nosotros, los cristianos, extendió sus palmas, no dejando cosa que dar, más de lo que dió, pues tan liberalmente ofreció su vida y su sangre por nuestra salvación. Grandes mercedes hizo aquel rey Alejandro en su vida; mas cuando se quiso morir, dijo la Escritura que entonces dividió el reino y le repartió á sus amigos (3); bien así nuestro bendito Redentor, cuando en la cruz murió, dividió su reino, dando, no por partes, sino todo junto, á cada un alma, el tesoro de su santísima pasión, en figura de lo cual al santo ladrón prometió el reino del paraíso. Mira,

(1) Abac. III.
(2) Prov. XXXI.
(3) I Mach. I.

pues, bien estas manos santísimas de tu Esposo, con las cuales te hace señas. Lo primero, para que veas la fuerza del grande amor que te manifiesta, diciendo por el Profeta Isaías, que en sus manos te escribió. ¡Oh, mi buen Jesús, qué bien veo la Escritura en esas sagradas manos, con pluma de hierro muy penoso escrita y con tinta de vuestra propia sangre! Gran confianza me dáis de mi salud, pues en vuestras propias manos me tenéis escrito. Lo segundo, te hace señas con estas benditas manos llagadas, porque como la Esposa dice en los Cantares: estas manos de Jesús Nazareno son de oro y llenas de jacintos (1); esto es, de mil millares de misericordias, para enriquecer las almas. *Sus manos*, dice Isaías, *extendió, así como el que quiere nadar* (2). En el mundo estabas á peligro de ahogarte, cuando este Señor piadoso dejó con gran priesa las vestiduras en manos de los sayones, tendiendo sus brazos en la cruz, para nadar en su propia sangre y lágrimas, el cual, como fortísimo nadador, te puso en seguro, llevándote á la ribera y floresta del cielo: bien así como el que nada, cuando corta el agua, la toma de delante de los pechos y da con ella á los lados, este benigno Redentor no recibía consuelo para sí mismo, siendo aquella alma santísima bienaventurada: no quería recibir alegría en la parte sen-

(1) Cant. V.
(2) Isai. XXV.

sitiva, mas con las manos enviaba el agua, dando consolación á los que estaban á su lado, consolando al ladrón, á quien prometió el reino del cielo, y á su Madre Santísima y al Apóstol San Juan (1); y aun también extendía las manos, haciendo mercedes á aquel pueblo incrédulo, pues por él hacía oración al Padre. Extiende, pues, alma, tus manos, repartiendo con los pobres los bienes que tienes; consuela á tus prójimos, olvidando tu consuelo propio, porque imites á tu Esposo Cristo, que con sus manos abiertas te está haciendo señas.

El Santo Job halló otras señas en estas manos santas, el cual dice *que en ellas el Señor esconde la luz*, enseñando á su amigo que él es su premio, *y manda á esta luz que torne otra vez* (2). Muy atento estaba este amigo de Dios para ver estas señas que he dicho. Este Verbo Dios es luz eterna y verdadera, el cual se escondió en sus propias manos cuando no le conocieron los que le crucificaron. Esta luz manifiesta á sus amigos ser su premio y gloria este Señor crucificado; y mandó que otra vez volviese á resplandecer cuando resucitó glorioso é inmortal y apareció á los Apóstoles en el Cenáculo de Sión, á los cuales dijo: *Miradme las manos que yo soy* (3) Jesús Nazareno, el mismo que antes; con estas manos partí el pan á cinco

(1) Joann. XIX.
(2) Job XXXVI.
(3) Joann. XX.

mil hombres, con ellas resucité muertos y con ellas os dí á mí mismo en la Cena última; por tanto, miradme bien á las manos, limpias de todo interés, pues solamente os redimí por amor y os dí mi vida porque viváis vida eterna.

¡Oh, alma! pues tu Esposo te manda mirar á las manos, yo te ruego mires ahora atentamente dos señas demás de las dichas. La primera es que aunque por tus pecados estas manos de tu Esposo estén cerradas, siempre hallarás una ventana abierta, la cual abrió un muy grueso clavo, para que en dando un gemido por tus culpas, luego se te conceda misericordia y perdón de ellas. La segunda seña es que mucho debe consolarte en extremo haber este bendito Señor resucitado las manos llagadas, aunque ya glorioso é inmortal, para que entiendas no ser su voluntad tu castigo y muerte, sino que te enmiendes de tus culpas y vivas (1). Quien tiene la mano herida no suele dar gran puñada al contrario; bien así, nuestro Redentor nos espera tantos días y años, amenazándonos con el azote de la muerte; mas como le costamos tanto, tiene alzada la mano para ver si nos convertimos.

También te despierta haciendo señas con la cabeza este dulcísimo Redentor, á donde hallarás grandes particularidades para despertar tu olvido. Nuestra fe, sin dudar, afirma que nuestro Dios, por ser infinito en su Esencia, está en todo lugar,

(1) Ezech. XVIII.

sin limitarle cielo ni tierra; mas con todo esto dicen los teólogos (1) que se comunica más en el cielo Empíreo á donde se pone el lugar á los bienaventurados; bien así, nuestra alma, aunque esté toda en cualquiera parte del cuerpo, porque es espíritu y no se puede partir por partes, de manera que está toda en todo y toda en cada parte y lugar, mas en la cabeza resplandece por más admirable perfección. Considera, pues, ahora alma, si quieres gozar de tu dulcísimo Esposo su cabeza preciosísima, á donde, como en cielo Empíreo, con mayor alegría podrás contemplar á este Rey soberano, Cristo Jesús, porque en ella más padeció que en otra parte alguna. En la cabeza está el gusto, oído, olfato, vista y tacto, porque en ella resplandecen todos los sentidos; así en la misma manera hallarás todos los tormentos allegados en la cabeza delicada del Cordero inocente. Isaías dice *que la cabeza de todos nosotros estaba enferma* (2), porque nuestro padre Adán, como cabeza, enfermó por el pecado: y aun porque lo más alto del alma es la razón, tenía enfermedad de ignorancia. Finalmente, dijo Isaías estar toda cabeza enferma, porque el mal de la sinagoga estaba en los Prelados, que eran como cabezas; y aun plegue á Dios que en nuestros tiempos el mal de la Iglesia no esté en los Príncipes, Reyes y Prelados de ella.

(1) Scot. II, d. XI, c. II.
(2) Isai. I.

Un filósofo, ayo del Emperador Trajano, dijo que los pecados que hacen los hombres vulgares ó comunes, son como defectos en el pié ó en la mano, que fácilmente se pueden disimular; mas los delitos de los Prelados y Príncipes son mancillas en el rostro, porque luego se da pregón de quién son y hacen mayor daño con un escándalo en la cristiandad que un súbdito con hacer muchos pecados, por lo cual se queja nuestro Dios y dice *que todo el día blasfeman su santísimo Nombre estos tales* (1). Y bien dijo todo el día, porque aunque ellos tienen olvidado el pecado que hicieron como cosa pasada, los súbditos en cada parte lo murmuran, no sin ofensa de Dios, de lo cual son causa las cabezas que por el pecado enfermaron, para cuyo remedio nuestra cabeza Cristo, el segundo Adán, puso la medicina en sí mismo para sanar nuestras llagas. Con todos los cinco sentidos ofendió el primer Adán, pues con los ojos miró la fruta, con los oídos oyó las palabras de Eva y con la mano recibió aquella manzana, y comiendo de ella, gustó aquel manjar con que á sí mismo dió la muerte y á nosotros. Conforme á esto, el Adán celestial, Cristo, satisface vista con vista, siendo sus ojos divinos cubiertos con salivas muy feas, y aun la sangre que caía de la corona de espinas, le turbaba los ojos. Satisface un gusto con otro, re-

(1) Isai. XXIII.

cibiendo en pago de aquella fruta suave la purga de muy amarga hiel y vinagre.

Con los oídos oye blasfemias muy grandes de los ladrones y de los que le crucificaban, á donde, como Micol, la sinagoga se burla del Santo David por verle desnudo delante del arca de Dios, que es la cruz, en quien el Padre Eterno encerró todos sus tesoros, pues en ella depositó su Hijo precioso. Finalmente, con las manos recibe dos gruesos clavos: por haber Adán recibido la fruta que le dió Eva; y el olor de los cuerpos que estaban en aquel monte Calvario, por ser lugar de ajusticiados, le era no pequeño tormento. Esto es lo que dijo nuestro bendito Redentor por David: *Pagué lo que yo no hurté* (1). Otro comió lo vedado y nuestro Salvador pagó con setenas.

¡Oh, alma, qué señas habrás ya notado, que tu dulcísimo Esposo Cristo con la cabeza te hace! Ya sería razón que, como otra Estér (2), mirando á este Rey de gloria en la majestad y trono de la cruz, cayeses como desmayada en tierra, muriendo al mundo y á tu propia voluntad, viviendo solamente á tu Esposo Jesucristo. Este rostro glorioso es el del verdadero Salomón, el cual leemos que deseaban ver todos los reyes de la tierra (3). Este es aquel rostro bienaventurado que los tres

(1) Psalm. 68.
(2) Esth. V.
(3) II Paral. IX.

Apóstoles en el monte Tabor vieron resplandecer como el sol, transfigurado de gloria, aunque en este día de su Pasión está eclipsado con las nubes de las bofetadas, saliva y sangre, que le tienen afeado; mas al tercero día saldrá resucitado y glorioso, porque luz verdadera es y verbo Dios, que alumbra á la ciudad de Jerusalén.

Ves aquí, alma, el dechado de tu vida: mira bien la cabeza del inocente Cordero Jesucristo, pues te enseña á menospreciar la hermosura vana del mundo, afeando su rostro. Dícete que tengas en poco los manjares suaves y delicados, pues su mesa es hiel y vinagre; hácete señas que no te deleiten lisonjas ni alabanzas, pues sus oídos tiene llenos de vituperio; enséñate á desechar los olores, que muchas veces suelen ser pregón de olor de mala conciencia; dice que todos tus sentidos hagan penitencia, pues esta divina cabeza en todos ellos padeció. Otra seña de gran primor hallarás, alma, en esta cabeza de Cristo, pues está entre dos títulos, uno real, que le dice ser rey de Israel, y otro la corona de espinas, en señal de vituperio; mas el Señor del mundo, retrayendo la cabeza del título real, una vez se escondió y huyó, cuando le querían levantar por rey; y ahora en la cruz, inclinada la cabeza, dió el espíritu como quien da de mano al título real, que estaba escrito en la cruz; mas no huyó de la Pasión, antes se ofreció á ella; ni apartó la cabeza en casa de Pilato á la corona de espinas, muriendo con ella

enclavado en la cruz. ¡Oh, Cordero benditísimo, que ahora entiendo aquel misterio que acaeció á Abraham en el monte, cuando para quedar con la vida Isaac (1), el ángel manifestó un carnero á este Patriarca, que tenía la cabeza trabada de unas espinas! Cuán asida esté á esta delicada cabeza esa corona penosa, solamente Vos lo sabéis, mi Redentor y vuestros amigos, á quien lo dáis á sentir.

Entiende, pues, ya la señal, alma, de esta divina cabeza; contempla al lilio y flor nazarena entre las espinas; huye de honras mundanas, aceptando los trabajos y adversidades de voluntad por este divino Esposo, como quien recibe corona de espinas, porque de verdad así es, según la experiencia lo dice en las personas espirituales. El Santo Job (2) lo afirma que hay muchos cristianos, los cuales tienen por grandes deleites estar sentados entre estas benditas espinas de Cristo. Allí ponen su deseo, allí ofrecen todos sus dolores y enfermedades, y entre aquellas suaves espinas se alegran, como quien pasea verjel de muchas rosas y azucenas.

¡Oh, buen Jesús, consuelo de mi alma, cuán graciosa veo vuestra preciosa cabeza! Dadme vuestro favor, pues decís en los Cantares, *que la traéis llena de rocío y vuestros cabellos mojados*,

(1) Genes. XXII.
(2) Job XXX.

de las gotas de la noche (1), para que goce yo, mi Salvador, del rocío de vuestra gracia. Hieran las gotas de la sangre, que corren por los cabellos, á mi corazón endurecido; menosprecie ya toda vana hermosura, pues los veo á manojos arrancados. Esos ojos tan divinos obscurecidos, obscurezcan mi vista, para que nada me contente, sino Vos, mi Redentor crucificado. La amargura de la hiel que bebístéis, me sea acíbar en todos los manjares: sea mi alegría oír reprensiones y defectos, sin querer de nada ser loado. Finalmente, respondiendo yo á estas señas, que con los piés, manos y cabeza me enseñáis, diga mi dulcísimo Redentor Cristo Jesús las palabras que Vos dijísteis: *Consummatum est* (2). Ya es acabado mi pecado y mal deseo; mis excesos y vicios acábense ya; no viva más en mí el mundo; no tenga más señorío en mí la sensualidad; acábese todo ya, concertando mis deseos, según me enseñaste con los piés; haciendo obras de vida, que fué la seña de las manos; inclinando mi cabeza, pues Vos, Señor, la inclinásteis en la cruz; mueran ya todos mis sentidos, hallando solamente descanso en vuestra santa voluntad; asiente luego mi cabeza, como se lee de la reina Estér (3), sobre la sierva vuestra tan amada, que es la santa cruz.

---

(1) Cant. V.
(2) Joann. XIX.
(3) Esth. XV.

¡Oh, alma! ¿qué hacemos, pues nuestro buen Jesús tantas señales nos hace, deseando despertar el corazón nuestro á la memoria de su santo amor? No se pierda más tiempo, baste ya lo mal empleado: responde ya á estas señas, pues no hay quien se pueda valer, viendo tan solícito en llamar á las puertas del corazón á este benigno Esposo y amantísimo Redentor Jesucristo, nuestro Salvador.

CAPÍTULO XXXII

DE LAS SEÑAS QUE NUESTRO SALVADOR Y REDENTOR JESUCRISTO NOS HACE CON SU DIVINO CORAZÓN.

o contento tu dulcísimo Esposo, alma, con las señas que ya has visto, para despertar tu olvido, las cuales hizo estando vivo en la cruz, quiso siempre perseverar, no sólo en vida, mas aún después de muerto, con otras señas más acabadas, abriendo su divino corazón, para que ya tus entrañas se ablanden en su santísimo amor. ¡Oh, mi buen Jesús! si de cada uno de los mortales está escrito, que aunque el corazón del hombre es cosa pequeña, no hay quien lo pueda escudriñar ni conocer, sino Vos, Señor, que le criásteis, ¿qué podré yo decir, gusanito pequeñuelo, de vuestro corazón, mayor que todos los cielos, el cual

sólo Vos, Sabiduría infinita, conocéis y penetráis? Guiad, Redentor mío, mi mano, pues guiásteis la de aquel caballero que con la lanza abrió ese relicario santísimo del Espíritu Santo, para que acierte mi entendimiento á considerar sacramentos tan escondidos. Decidme, Señor, como á Santo Tomás, que meta la mano en esas divinas entrañas y corazón abierto (1), para que de las brasas encendidas de amor que ahí arden, salte alguna centella en mi resfriado corazón. Abrid, Señor, mis ojos y consideraré cosas grandes de vuestra ley (2), escrita en ese santo corazón con el hierro de la lanza en la santa cruz. Tal libro merecía escritura tan soberana, y no tablas de piedra, como las de Moisés, porque si aquélla era ley de temor y espantosa, ésta es ley santa y muy suave y amorosa. Levantemos, pues, alma, los ojos á ver estas señas, que por ser últimas, se deben muy mucho más estimar y principalmente en la memoria escribir.

Dice, pues, el bienaventurado San Juan, que como viniesen aquellos ministros de maldad á quebrantar los muslos al bendito Cordero Cristo Jesus y á los que estaban con él crucificados, para que con la compañía le quitasen la fama y con las manos le privasen de la vida; mas la Sabiduría divina, contra quien no hay consejo ni prudencia,

(1) Joann. XX.
(2) Psalm. 118.

se dió priesa á morir, y como viniesen estos ministros, viéndole difunto, ordenan de abrirle el corazón con una lanza, para certificarse de su muerte (1). ¡Oh, crueldad espantosa, alancear un cuerpo difunto! Acaba ya, envidia rabiosa, de rasgar con las manos de tu crueldad las carnes del inocente Cordero Jesucristo: bastábate á la columna con tantos millares de azotes haberle llagado tan crudamente, haberle puesto corona de espinas, y finalmente, con clavos tan penosos haberle puesto en la cruz (2).

Dí, maldita sinagoga, ¿qué más quieres? Ya es difunto este Rey Soberano: perdónale ya, no le atormentes más. No fué sin gran misterio esta lanzada, alma: tu Esposo dulcísimo manda que tu corazón sea abierto, para que con tales señas, á lo menos tu corazón se enternezca y traslade aquella escritura de amor en sí mismo. Aquí enseña cuán de voluntad vino á la muerte, pues el sello real, que es su corazón, fué abierto y declarado. También dice nuestro Padre San Agustín que fué menester dar el golpe en esta bendita piedra, para que como en el desierto dió agua al pueblo, que de sed casi perecía, á nosotros diese manantial de los Santos Sacramentos, de lo cual fué figura correr sangre y agua de aquel costado santísimo.

Dos señas, entre otras muchas, hallarás, alma,

(1) Joann. XIX.
(2) Ibidem.

que se te declaran en el corazón de este benigno Redentor: la primera es ser herido con la lanza; la segunda salir de él sangre y agua. El Eclesiástico dice: *Teniendo este Señor el arado en la mano, hiere á los bueyes con el dardo* (1). Allí el yugo suave de la Pasión de este Señor andaba en su sacratísima Madre y su amado Apóstol San Juan. Cristo tenía el arado en la mano cuando estaba enclavado en la cruz, con el cual ara los corazones de los hombres contínuamente para que dén frutos de buenas obras y dignos de penitencia; é hirió con el dardo de la lanza á estos santos bueyes cuando, siendo él ya muerto, abrieron su divino corazón, traspasando con terrible dolor las entrañas de la Virgen Santísima y del discípulo, que allí estaban encerrados por amor; y aun hiere hoy día con el mismo dardo á los bueyes perezosos, que somos los cristianos, á los cuales hace ir apresuradamente por el camino áspero de la penitencia contemplando aquel corazón de Cristo, abierto con una lanza para nuestra redención. De Jonatás se dice ser tan diestro en las armas, que daba con las saetas donde quería, sin ir saeta perdida (2). ¡Oh, diestro Jonatás, oh, Cristo, salud de nuestras almas, herid nuestros corazones, pues no perdonásteis á vuestra Santa Madre y á vuestro amado San Juan! Empléese esa lanza en abrir las

(1) Eccl. XXXVIII.
(2) II Reg. I.

ponzoñas de nuestros pecados, porque luego sean remediados y tengan las almas entera salud.

¡Oh, alma, si cada día y cada hora contemplases esa señal de la lanza del Señor, que tiene el arado en la mano, puesto en la santa cruz, cuán afervoradamente irías con espíritu grande y devoción, no solamente andando, ni corriendo, mas aún volando, levantándote sobre tí misma para sentir cosas grandes de tu Esposo y Redentor! No carece de gran misterio haber visto el profeta Ecequiel un buey con alas, que igualmente volaba con el águila entre aquellos santos animales (1). Alas le nacen al alma cuando es herida con la lanza que abrió el corazón de Cristo, la cual, con tales favores, vuela muy alto, aun estando en la pesadumbre de este cuerpo mortal. ¡Oh, seña grande, lanza suave de mi Redentor! Lanza fuerte de Joab, que siendo una, hicísteis tres heridas, abriendo no solamente el corazón de Absalón (2), colgado en el árbol de la cruz, mas aún el corazón de su Santa Madre y del Apóstol San Juan. Lanza tirada contra el rey David por mano de Saúl, su contrario, la cual quedó hincada en la pared, el pueblo judáico. Saúl, soberbio, tiró esta lanza contra el Rey Soberano Cristo, mas no le quitó la vida porque se había retraído un poco antes, muriendo de su voluntad cuando quiso, quedando la lanza en

(1) Ezech. I.
(2) II Reg. XVIII.

la pared hincada cuando abrió aquel divino costado y purísimo corazón. Ó podíamos decir que esta lanza hirió en la pared, que es la Virgen María, Madre Santísima, á la cual la Esposa en los Cantares llama pared, detrás de quien estuvo nueve meses escondido este benigno Redentor; y aun tú, alma, eres pared á quien ha de herir la lanza de la Pasión de tu Redentor, porque en tí también se esconde este bendito Señor por fe, según te avisa San Pablo.

Entiende, pues, bien la seña, y quede la lanza asentada en la pared de tu memoria, pues por esto quiso ser alanceado este divino corazón, queriendo cumplir con obra lo que te mandó por palabra, cuando dijo que le amases de todo corazón. Todo su corazón dió á la lanza para que se le abriese: ¿cuánto de mayor voluntad piensas que te dará su corazón y entrañas para ser de tí amado, deseado y servido? ¡Oh, Redentor del mundo! pues me prometísteis por el profeta Ecequiel un corazón nuevo y espíritu nuevo, suplícoos con el santo David me déis un limpio corazón, criándole de nuevo, porque ya no tengo corazón después que pequé, y si le tengo, es tan malo que para cosa ninguna vale; por tanto, criadle de nada, porque recibiéndole de vuestra divina mano merezca ser llagado con esta santa lanza vuestra.

¡Oh! suavidad de mi alma, si mereciese yo decir con este Santo Rey: Ya vuestro siervo, Señor, halló su corazón para hablar con Vos y para com-

padecerme de Vos (1). Con tal corazón nuevo y santo luego haría sentimiento mi alma y diría aquella sentencia de los Cantares: *Llagaste mi corazón, hermana mía y Esposa* (2). Palabras son de la Virgen Sagrada, respondidas al golpe de la lanza, pues su corazón y amor érades Vos, buen Jesús. ¡Oh, sinagoga hermana, Esposa de mi Hijo dulcísimo, á él heriste enclavado y muerto en la cruz, y á mí llagaste, porque vivo en él y en mí! San Pablo dice á los Filipenses *que los tenía encerrados en su corazón* (3); ¿cuánto más la Madre Santísima estaba encerrada en el corazón de su precioso Hijo por el ardentísimo amor con que le amaba?

La segunda seña que nuestro benditísimo Redentor con su purísimo corazón hace, es dar juntamente esa sangre y agua, lo cual no parece haber sido sin grande misterio, pues tantas veces dió sangre este benditísimo Señor; ni cuando le azotaron, coronaron de espinas y enclavaron, se lee haber dado con la sangre juntamente agua; mas cuando le hieren en el corazón, entonces corrió con gran ímpetu, no solamente sangre, mas aún salió agua (4); para dar á entender que con la sangre hacía la compra de nuestras almas y con el

(1) II Reg. VII.
(2) Cant. IV.
(3) Philip. I.
(4) Joann. XIX.

agua las lavaba para agradarse de ellas en el bautismo, como leemos de Bersabé cuando David la recibió por mujer.

También debes entender, alma, por esta seña, que no sólo has de dar sangre á los pobres, la cual es trono de la vida: quiero decir esas riquezas que sustentan tu vida, mas aún débese acompañar agua de compasión. Y si no puedes dar sangre, no teniendo hacienda, á lo menos da agua, llorando con los que lloran, como dice San Pablo, que es limosna espiritual de compasión y la más principal. En esta sangre, alma mía, se ha de teñir tu cabellera, esto es, tus pensamientos y deseos para que seas alabada como la Esposa en los Cantares, *cuyos cabellos* agradaban tanto á Cristo su Esposo, que dice *ser como vestidura de púrpura real puesta á las canales* (1) de esta purísima sangre por memoria de contínuo amor. No carece de gran misterio cuando el niño Zaran nació de su madre Thamar, nacer con un hilo de grana atado al dedo, aunque Phares nació primero sin traer esta señal(2). Phares se interpreta olvido, y éste ha nacido primero en tí por tu vida mundana y de pecados llena. Ya será bien, alma, que nazca el Zaran, el hermano menor, el pensamiento santo, atado al dedo el hilo de esta purísima sangre que sale del costado de Cristo, para que siempre mirando á tal

(1) Cant. VII.
(2) Genes. XXXVIII.

seña, ames á este Rey Soberano, el cual, para hacerte hija de Dios, generosa y de sangre real, te dió su inocentísima sangre y te la da cada día á beber en aquel santísimo Sacramento del Altar.

¡Oh, mi buen Jesús! no sea yo del bando de los de Phares, pecadores olvidados de tan grandes mercedes, á quien Vos amenazáis por David, diciendo *que ni por palabra tendréis memoria de ellos* (1). Siga mi alma el ejército de Zaran, trayendo el hilo colorado en el dedo siempre, puesta la memoria en vuestra santísima Pasión y llaga del costado, porque merezca yo, aunque indigno, ser de los que Isaías dice: *Vuestros hijos vendrán de lejos, y vuestras hijas se levantarán de vuestro lado* (2). Vengan mis deseos de lejos, conociendo ser Vos Dios eterno omnipotente, y levántense mis aficiones de vuestro lado y corazón para mi redención, contemplando haber tomado mi humanidad, recibiendo vida temporal, para con ella matar mi muerte, ofreciéndola al Padre Eterno en la cruz.

¡Oh, alma mía! con cuán grande espíritu debías decir con San Pedro: *Señor, hágasenos esta merced luego que nos quedemos en este santo lugar y monte Thabor* (3). Monte es este vuestro corazón santísimo donde resplandece vuestra gloria.

---

(1) Psalm. 9.
(2) Isai. L.
(3) Matth. XVII.

Él es Paraíso de los ángeles, trono y descanso de los querubines. ¡Oh, Señor, cuán dulce es á nuestra alma ver los rayos de esta luz eterna y sol de justicia! Aquí queremos vivir; en este monte de Dios nos queremos quedar; no pedimos que se hagan tres casas, porque no se nos diga lo que á San Pedro, que no sabemos lo que decimos; sean vuestras entrañas nuestro refrigerio y templo, y ese corazón divino nos sea homenaje para contra nuestros adversarios.

¡Oh, alma, qué gran ganancia nos será estarnos aquí, y cuán bienaventurada nuestra vida, si solamente se emplease en pensar, hablar y escribir de este corazón santo de tu amado Esposo Cristo, paraíso de deleites y verjel de los desconsolados! Dí con el Profeta David, alma: *Este es mi descanso para todos los siglos: aquí asentaré casa, porque así es mi determinada voluntad* (1). Si te detienes un poco, morando en tan excelente templo, luego se te derretirá tu corazón, como cera al fuego, porque este divino corazón fuego es, que ablanda y derrite todos los corazones que le son ofrecidos, haciéndolos unos en su santo amor. Así leemos en los Actos de los Apóstoles, *que eran un alma y un corazón en Dios* (2). Como si dijese: ninguno tenía corazón propio, porque todos los había consumido y derretido aquel divi-

(1) Psalm. 131.
(2) Act. IV.

no corazón de Jesucristo; así como la serpiente de Moisés, que tragó las serpientes de los magos del rey Faraón (1).

Ves aquí la puerta angosta, que el mismo que la mandó abrir, tu amado Esposo Cristo, te avisa que enseñes á tus pensamientos, palabras y obras, para que, como por fuerza, los hagas entrar por ella al cielo; mas mira que el Santo David la llamó *puerta, por la cual solamente entran los justos* (2). Humíllate, porque esta entrada es puerta de humildad; justifícate, olvidando el mundo y sus vanidades, porque la puerta es angosta, aunque muy ancha en amor y descanso para los amadores de Jesús. No seas como Caín, que andaba fugitivo vagueando por la tierra (3); vuelve á tu casa, recogiendo tus deseos en el templo de Dios; anda por donde quisieres, que paloma eres de este Santo Noé; no hallarás descanso y reposo sobre las aguas del diluvio de los negocios mundanos, hasta que vueles á la ventana del arca y relicario del Espíritu Santo, que es este suavísimo corazón. Dí con el Santo Job: *En mi nido me moriré* (4). Nido es para tu descanso este purísimo corazón, á donde, como pollos chicos, sacarás pensamientos santos, con alas de amor inflamado, para volar hasta el cielo Empíreo. En este nido santo te muere, ce-

(1) Exod. VII.
(2) Psalm. 117.
(3) Genes. IV.
(4) Job XIX.

sando la vida mundana y muriendo á tus sentidos y sensualidad, porque merezcas decir con San Pablo: *Mi vivir es Cristo y la muerte me es gran ganancia* (1). Nuestro Padre San Agustín en todos sus trabajos y aflicciones dice *no tener otro refrigerio, sino entrarse en aquel lado abierto de nuestro Redentor y Señor*. De allí se burlaba del mundo y sujetaba al leon satánico. Ya, dice este Santo Doctor, me abrió la puerta Lonjinos: nadie hay que eche la llave; por tanto, con gran priesa voy huyendo, cuando me veo afligido, escondiéndome en el preciosísimo costado de mi Salvador.

No te debe ser molesto detenernos un poco más en este amoroso corazón de Cristo, pues la última seña y la más delicada que tu dulcísimo Esposo hace para despertar tu olvido, es manifestar y abrir su costado y entrañas (2). Ves aquí, alma, la puerta de la cueva, de donde, como el gran Profeta Elías, has de ver grandes secretos y gustar cosas muy altas de Dios. Esta es tu casa, en la cual te manda el Rey celestial que estés retraída el sábado, no entendiendo, aun en guisar lo que has de comer, según estaba dicho de los hijos de Israel. Todo es sábado y fiesta muy solemne el tiempo que empleares en tan santa consideración, la cual debe ser tan desocupada de toda inquietud, que aun de lo que parece ser necesario, se

(1) Philip. I.
(2) III Reg. XIX.

disminuya y modere. Salomón dió por sentencia al caballero Semey, por sus delitos y traiciones, que hiciese una casa en Jerusalén, y que so pena de muerte, no saliese de la ciudad. ¡Oh, sentencia, en gran favor tuyo, alma, y bien fácil de cumplir, para pagar tus pecados! Ves aquí á Jerusalén, Cristo crucificado, que se te da como por cárcel, para que estés detenida en prisiones y cadenas de amor de este dulcísimo Señor. Mándate edificar casa, porque tú, queriendo, has de tener tan santa habitación y ejercicio. Finalmente, el corazón de Cristo abierto es el sepulcro doblado, donde Abraham dió sepultura á su mujer Sara (1). Aquí el espíritu sepulta su carne con la meditación contínua de esta lanzada y llaga de Jesucristo, la cual se dice sepulcro doblado, porque aunque se aparte el alma de aquel sacratísimo cuerpo en la muerte, jamás el Verbo se dividió del cuerpo ni del alma, mas antes siempre perseveró aquella inefable unión hipostática; de manera, que por ser Dios y Hombre, diremos aquel divino corazón ser sepultura doblada.

Pues ¿qué hacemos, alma, viendo tales y tan grandes señales que este Soberano Rey desde la cruz hace, no sólo con piés, manos y cabeza, mas aún con su purísimo corazón? ¡Oh, piélago de amor sin suelo! yo confieso mi pequeñez y rudeza, pues no acierto á salir á la ribera de tan gran mar, ni

(1) Genes. XXIII.

se halla la puerta de tan escondido laberinto. Ando perdido, aunque muy ganado, en desierto tan grande y montaña tan espaciosa. ¿Qué diré de Vos, para dar fin á aquesta obrecilla pobre, aunque en vuestro santo templo ofrecida? Será á lo menos como la ofrenda que dió aquella pobre viuda, no teniendo más de dos cornados que dar (1). Damos, Señor, lo poco que podemos; Vos, Señor, dad la estima y valor, en cuya aceptación consiste todo el premio de nuestras pequeñas obras. En esta arca abierta y relicario del Espíritu Santo, que es vuestro divino corazón, nos ofrecemos y suplicamos echéis la llave, para que ahí queden encerrados nuestros deseos y almas.

¡Oh, corazón benditísimo del pez que pescó Tobías en las aguas amargas de vuestra dulcísima Pasión! alumbrad mis ojos ciegos por la tiniebla del pecado. ¡Oh, puerta del verjel de Santa Susana (2), por donde entra á lavarse todo cristiano de las máculas de sus culpas en las aguas vivas del Bautismo! aunque pese á los viejos calumniadores, demonios y herejes, los cuales con sus falsos testimonios y errores persiguen al alma inocente, que en tan purísima agua se lavó y limpió. Vos, corazón del Rey Soberano, sóis el tabernáculo de Dios, á donde se retraen Aarón y Moisés, siendo perseguidos del pueblo, que quería quitarles la vida.

(1) Luc. XXI.
(2) Dan. XIII.

Los religiosos y eclesiásticos, figurados en Aarón, y los devotos seglares, siendo molestados de los demonios, mundo y sensualidad, escondiéndose en Vos, hallan guardada y defendida su vida. Sóis ciudad de refugio en la tierra de promisión, privilegiada por Dios, para remedio de los homicidas, si huyeren con tiempo, pidiendo misericordia, como lo hizo aquel santo ladrón. Sóis sello del rey Asuero (1), asentado en el anillo de su dedo, porque este Rey Soberano tuvo su vida y corazón en sus manos, ofreciéndose á la muerte de voluntad, como dice Isaías, y muriendo cuando quiso y como quiso, según este Señor benditísimo muchas veces había declarado. Finalmente, *sóis fuente y pozo de aguas vivas*, como lo afirma la Esposa en los Cantares (2), porque de tal corriente se rieguen los verjeles del cielo, ángeles, querubines y serafines, dando fruto de alabanzas á Dios cuando beben de esta agua de ángeles, por conocimiento y contemplación de la inmensa caridad, que movió al mismo Dios para hacerse Hombre. También sóis pozo de aguas vivas profundo, de donde con los calderos, que son los siete Sacramentos, no hace sino sacar agua de gracia la Santa Iglesia, para los jardines y plantas, que son las almas, *de cuya plenitud*, dice San Juan *que todos recibimos gracia por gracia* (3).

(1) Esth. II.
(2) Cant. IV.
(3) Joan. I.

ORACION DEL AUTOR

¡Oh, soberano corazón, hoy viernes abierto con lanza muy rigurosa para ser puerta del perdón de todos mis pecados! en premio de este pequeñuelo trabajo te pido que luego sea mi corazón abierto y llagado con lanza de tu santísimo amor. Dése á tí la gloria, como de propios bienes, y á mí el vituperio, como de propias faltas. Fuente sóis de aguas vivas, ablandad mi endurecido corazón; sello real sóis, sellad mis entrañas y corazón, y de todos los que con humildad leyeren este Memorial de vuestro santísimo amor. Luego cese en mí la imagen y sobreescrito de César, el mundo tirano. Imprímase en mi alma vuestra similitud por gracia, la cual me inflame en amor, no deseando otra cosa mi voluntad. Alumbre mi entendimiento, para que otra cosa no contemple; despierte mi memoria adormecida, para que en todo lugar y tiempo á mi Redentor crucificado me represente; sea, mi buen Jesús, vuestro divino corazón á las almas panal suave de miel, puesto en el árbol de la cruz, del cual humildemente os suplico déis á gustar á todos los que, como Jonatás (1), quisieren alcanzar suavidad de tan dulcísimo panal con la vara en la mano, no dejando esta escritura y *Memorial de amor santo*. Amén.

(1) I Reg. XIV.

SUMA DE TODA LA OBRA

VA EN DIÁLOGO ENTRE AGUSTINO Y AMBROSIO

§ I.

AMBROSIO.—Después que ví la *Regla de vida cristiana* y leí los siete *Documentos* que en ella se contienen, así para lo que toca al recogimiento de cada mañana y cada noche, para hacer gracias á Dios de los beneficios recibidos y para recogerse el cristiano antes que se acueste, haciendo un breve juicio de sí mismo, como también para saber oir misa y tener aviso en la confesión y comunión, que son cosas muy esenciales; gasté algún tiempo en el ejercitatorio espiritual que allí, Agustino, hi-

ciste; y pasé después al *Verjel de oración*, de donde creo que sin fruto nadie podrá salir, pues verjel de tales y tan preciosos árboles jamás puede estar desproveído, si el paladar del alma estuviere bien despierto para gozar del fruto nazareno, Jesucristo, puesto en él. Ahora doy gracias á Dios en ver este *Memorial de amor santo*, que en tres partes, por treinta y dos capítulos, habéis dividido. Deseo mucho en extremo que, según habéis hecho en los otros libros, hiciésedes en éste una suma de lo que en él se contiene.

AGUSTINO.—Bien creo, hermano Ambrosio, que no ha sido sin provecho vuestro cuidado y trabajo en leer lo que decís; tiempo es bien empleado y el Señor dará el premio en su tiempo y sazón. ¡Ay de los que en los libros vanos gastan su vida, perdiendo el tiempo, no para dar pequeña cuenta á Dios! en nombre de los cuáles se lamentaba Jeremías, diciendo: *Llamaré al tiempo contra mí* (1). Testigo de gran crédito es el tiempo, á quien nadie puede tachar; y aun es testigo de vista que sabrá bien deponer de los vagabundos y ociosos que tal joya no supieron estimar; él cuenta las horas y momentos que vivimos; él, yendo tan en posta nos amonesta cómo hace fin todo esto visible; y finalmente, con este apresuramiento nos despierta á ser diligentes en tener por amigo á quien, siendo nosotros gente ociosa, tendremos al tiempo de la

(1) Tren. IV.

cuenta por enemigo. Lo que pedís es justo, aunque algo trabajoso; estad atento, que en breve haré lo que decís.

AMBROS.—Yo tendré gran atención á lo que tanto me conviene; nuestro Dios os dé su favor para que así lo cumpláis como ahora lo prometísteis.

§ II.

AGUST.—En la primera parte nos amonesta Isaías á pedir un memorial á nuestro Dios, en el cual nos ejercitemos como gente agradecida á las mercedes que tenemos recibidas de la mano de este Señor. Aquí se pone una amenaza grande contra los desacordados que no aman á su Criador, en la cual Dios dice que será riguroso contra ellos, y que así como osa hambrienta y como leona que ha perdido sus hijos, acometerá contra estos miserables, rasgándoles las entrañas, pues no amaron á quien era digno de ser amado.

AMBROS.—¡Oh, válgame Dios, qué gran delito debe ser el olvido de Dios, pues tal castigo y tormento se le ha de dar al olvidado y desacordado pecador!

AGUST.—Es tan gran crimen, hermano, que no puede ser mayor, pues de él, como de raíz emponzoñada, nacen todos los males: en tanto que diga Dios por el Profeta que se olvidará de los que le

olvidaren: porque el alma es más hábil para amar que para temer, porque el amor es libre y el temor es pasión desabrida y violenta. También se persuade á cebar el fuego con fuego; esto es, enseñar que amemos con libertad, pues el premio se nos promete tan grande, y el mejor cebo para el fuego es fuego, y así se ha de cebar amor con amor.

Demás de esto, hallaréis declarada la gran fuerza del amor santo, pues la Esposa en los Cánticos le comparó á la muerte, que es la cosa más fuerte que se puede hallar en la vida; y aun creo que habréis notado las razones que allí se dan para probar que sea el amor santo más fuerte que la muerte, pues tan sin perjuicio de la vida y con dejar el alma en su casa, que es el cuerpo, la levanta y transporta por fervor y deseo en el cielo, para que ya con verdad diga: nuestra conversación no es en la tierra, sino en las cosas eternas del cielo. Finalmente, en esta primera parte se enseña cómo hemos de perseverar en este santo ejercicio, venciendo tres enemigos que conquistan á la perseverancia: el primero es seguir extremo y no proceder con prudencia en cosa tan grande; el segundo contrario es la ocupación supérflua; el tercero la indevoción, que no suele ser pequeño gigante, mayormente contra los principiantes, que como niños se andan al gusto de la leche de devoción.

Ambros.—Plegue á Dios por su clemencia que siendo mi alma favorecida de su gracia, con todos esos enemigos me pueda tener á brazos y derri-

barlos á mis piés. Que digo ser cosa muy justa que temamos el castigo que por nuestro olvido nos ha de ser dado, aunque mejor sería amar libremente, sin resabio de temor alguno, á quien así tan libremente nos amó, que su vida y sangre dió por nuestro remedio. Veamos, si os parece, algo de la segunda parte de este libro.

§ III.

Agust.—En la segunda parte, hermano, se ponen diversas consideraciones, para en cada día de la semana presentaros delante de Jesucristo nuestro Salvador, cuya orden es esta:

El lunes le habéis de considerar como á Juez, delante del cual, con humildad y conocimiento de vuestras culpas, habéis de decir lo que decía el Santo David: Señor, no os pongáis á juicio con vuestro siervo, porque nadie de los que viven será delante de Vos, mi Dios, justificado. Aquí habéis de considerar el rigor de aquel examen, pues es el Juez tan sabio, tan poderoso y tan recto. Miraréis aquella majestad con que el Evangelio nos dice que vendrá á juzgar el que fué de Pilato juzgado á muerte de cruz; contemplaréis el premio de los buenos, que es la gloria, y el tormento de los malos, que es perpétuo fuego infernal.

Ambros.—¡Oh, si el Señor me otorgase lo que

ahí pidió ese profeta, que no fuese yo juzgado, según merezco, sino que recibiendo perdón general, pagase mis deudas con la pasión del que quiso ser juzgado por mi salvación!

El martes, ¿qué trataré en mi corazón?

AGUST.—En este día, hermano, os presentaréis delante del Señor, como se presenta el enfermo delante del médico. Ya sabéis que el Redentor se llamó así, cuando dijo: no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. Aquí habéis de dar voces en este día con la Cananea y decir: Señor, ayudadme, que mi hija está enferma y es atormentada del demonio; y para mejor ser sana, conviene manifestar las heridas, reconociendo vuestras culpas delante de tan sapientísimo Médico.

AMBROS.—¡Oh, si yo fuese digno de sanar de la postema de la soberbia luego, como sanó San Pablo en manos de este Médico Cristo, si como otro San Mateo, ya dejase todo interés y ganancia terrenal! Famoso Médico es el que tales enfermedades cura tan presto: Él sane mis llagas por los merecimientos de su Pasión santísima.

El miércoles, ¿qué pensáis vos?

AGUST.—Hermano, en este día se ha de considerar Cristo como emprestador nuestro, de quien todos los bienes recibimos emprestados, la vida, salud y riquezas, fe y caridad y todo lo demás; por tanto, habéis de decir muchas veces en vuestro corazón aquello de David: ¿Qué daré á mi Se-

ñor por tantos bienes como me ha dado? Y aun podéis decir con San Pablo: ¿Qué tenéis, alma mía, que no lo hayáis recibido? Y si es ajeno todo, ¿de qué te glorías y presumes?

AMBROS.—Por falta de esta consideración creo que van muchos perdidos: plegue á Dios nos abra los ojos para entender este secreto, pues las honras, riquezas y vida, todo es un empréstito que se ha de pedir á su tiempo y demandará el Señor cuenta de las ganancias que le debemos dar.

El jueves parece que se trae consigo la consideración, pues en él nuestro Redentor instituyó el Sacramento del Altar.

AGUST.—Así es verdad, hermano, y por tanto, en este día os habéis de presentar delante de Cristo, como oveja á su pastor, el cual, no con otro manjar, sino consigo mismo, apacienta su ganado. Lo que vuestra alma dirá, es lo que decía el Santo David: Señor, desmandado he andado, como oveja; buscad á vuestro siervo. Señor, por las hierbas vedadas he yo andado perdido; enseñadme el pasto de vuestra misericordia y clemencia; buscadme, que he andado desatinado; encaminadme, que ando fuera de camino.

El viernes le contemplaréis como á Rey, según le muestra Pilato, diciendo: Véis ahí á vuestro Rey. Habéis vos de responder con Santo Tomás: ¡Oh, Señor, Dios mío, Vos sóis mi Rey, Vos mi Criador y Redentor! Aquí consideraréis su Pasión, cómo fué vestido de vestidura de rey, por manera

de burla, porque nosotros poseyésemos el cetro y reino del cielo de veras.

AMBROS.—¡Oh, qué mal lo miran los que dicen con sus vidas: no tenemos otro rey sino á César! Con el mundo vivimos; nuestra sensualidad es la que manda; no queremos obedecer á ese rey.

AGUST.—Ellos llevarán su pago, yo os lo prometo, pues perderán el reino perdurable los que todo su contento quisieron en la tierra.

El sábado consideradle como á Esposo, y lo que habéis de traer en vuestro corazón es lo que la Esposa decía: Mi amado Esposo á mí y yo á Él. Él me dió las joyas que me hacen rica, su sangre, sus clavos y cruz. Yo á nadie amaré, sino á Él; á nadie serviré, sino á Él, que me dotó con su vida y servicios, como otro Jacob á su Esposa Raquél.

AMBROS.—Esa consideración parece muy suave y delicada: nuestro Señor nos dé á sentir los regalos que en ella los perfectos varones suelen sentir.

El domingo sólo queda: ¿qué os parece que se ha de considerar?

AGUST.—Hermano, en el domingo habéis de presentaros como hijo delante de su padre, y decir aquellas palabras del Profeta Eliseo: Padre mío, Padre mío, Vos sóis carro de Israel y guía de él. Aquí debéis dar la honra y obediencia, como á Padre, que os crió y redimió. Debéis obedecer sus mandamientos, obrando según Él manda, y aun cumplir los consejos, que son de más perfección.

AMBROS.—Cuán bien le viene ese nombre de

Padre, pues nos crió á su imagen y semejanza. Yo suplico á su Majestad no sea yo de aquellos que Él dijo: vosotros sóis hijos de Satanás, y su voluntad queréis cumplir. Padre mío sóis, Señor, la herencia pido, como hijo adoptivo, por vuestra muerte y pasión. De la parte tercera decid algo, si os parece, que esto ya lo tengo entendido; y así, con el favor de Dios, cada día lo haré, según lo habéis platicado.

§ IV.

Primero nos amonesta con siete palabras; no las sumo aquí porque pienso que las sabéis de coro. Lo segundo con obras inflamadas de amor, perdonando á un ladrón y dando lumbre de fe al Centurión, etc. También nos exhorta con señas de manos, piés y cabeza, y de su divino corazón abierto con una lanza, para que entendamos el grande amor y caridad, con que murió por salvarnos. Yo os ruego, hermano, que en esta tercera parte torneis á leer una vez y otra, porque sé que á vuestro espíritu será cosa de gran provecho.

Ambros.—Así lo propongo hacer, y bien veo que me conviene, porque mirando al Señor crucificado, no es posible haber olvido de tan gran beneficio y de todos los demás.

Agust.—Nuestro Dios, hermano, os dé sus fa-

vores para ponerlo así por obra. Id con la paz de Jesucristo y perdonad mis descuidos y faltas.

AMBROS.—El mismo Señor quede con vos, y sea galardón de vuestros cuidados y os dé la paga que todos esperamos que nos venga, por sus misericordias, en aquel reino de gloria. Amén.

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO AL LECTOR CATÓLICO. 7

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.—De cómo la memoria contínua de amor santo es una imitación celestial.. . . . 11

CAP. II.—Cómo el esposo Cristo pone demanda al alma, su esposa, que le pague con memoria de amor. 25

CAP. III.—A donde se prosigue la amonestación comenzada de la memoria de amor santo. . . . 35

CAP. IV.—De la gran fuerza y virtud que tiene el santo amor. 45

CAP. V.—De la virtud que tiene la memoria del santo amor en cada una de las almas. 57

CAP. VI.—De la perseverancia en el ejercicio del amor santo. 69

CAP. VII.—Del tercer enemigo que contradice á la memoria contínua del santo amor. 83

CAP. VIII.—De algunos remedios contra la indevoción y tibieza. 103

CAP. IX.—De cómo Cristo busca en el alma la memoria de sí mismo. 113

Págs.

SEGUNDA PARTE

CAP. X.—Cómo se ha de traer Cristo presente el lunes como juez.. 125

CAP. XI.—Cómo se ha de contemplar y traer Cristo presente el martes, así como médico. 139

CAP. XII.—De cómo el miércoles el alma ha de traer presente á Cristo, contemplándole así como emprestador, de quien tiene emprestados todos los bienes.. 153

CAP. XIII.—De cómo el alma ha de traer á Cristo presente el jueves, contemplándole así como pastor. 171

CAP. XIV.—Cómo el alma ha de traer presente á Cristo el viernes, contemplándole como á su rey. 193

CAP. XV.—Cómo el viernes ha de traer el alma presente á Cristo, contemplándole como á surey. 301

CAP. XVI.—De cómo el alma ha de traer presente á Cristo el sábado, contemplándole como á su esposo. 317

CAP. XVII.—De cómo el alma ha de traer presente el domingo á Jesucristo, contemplándole como á padre.. 341

CAP. XVIII.—A donde se trata del temor que debemos ofrecer á nuestro Dios así como á Señor. 361

CAP. XIX.—De siete medios contra los escrúpulos. 377

CAP. XX.—De diversas maneras para traer á nuestro Redentor Jesucristo presente. 399

CAP. XXI.—A donde se resume el ejercicio de cada semana en lo que se ha de hacer cada día. . . 415

Págs.

CAP. XXII.—Que trata de dos vidas, activa y contemplativa. 427
CAP. XXIII.—De la unidad de las dos vidas, activa y contemplativa. 437
CAP. XXIV.—De las tres vías, que son purgativa, iluminativa y unitiva. 449

TERCERA PARTE

CAP. XXV.—Cómo en la memoria de Cristo crucificado está la fortaleza del alma. 461
CAP XXVI.—Cómo en Cristo crucificado se halla todo nuestro consuelo. 475
CAP. XXVII.—Que la santa cruz es la escala del alma para el cielo. 483
CAP. XXVIII.—Cómo la cruz santa es arpa de David que destierra á Satanás. 493
CAP. XXIX.—Cómo Cristo en la cruz despierta su santo amor en nosotros por especiales beneficios. 503
CAP. XXX.—Cómo Cristo despierta la memoria de amor santo, estando en la cruz, con palabras. . 517
CAP. XXXI.—De cómo Cristo, estando en la cruz, nos despierta á su santo amor por señas. . . . 527
CAP. XXXII.—De las señas que nuestro Salvador y Redentor Jesucristo nos hace con su divino corazón. 541
SUMA DE TODA LA OBRA. 557

...AS DEL EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE SALAMANCA

PUBLICADAS EN NUESTRA IMPRENTA

	Pesetas	Cts.
Vida de San Juan de Sahagún. . . .	3	„
María, Madre del Buen Consejo (segunda edición). En rústica, 1'50; encuadernada.	2	„
La Adoración al Santísimo Sacramento.	1	50

OBRAS DEL BEATO ALONSO DE OROZCO

Verjel de Oración y Monte de Contemplación, un tomo.	3	„

Obras latinas de Fr. Luis de Leon; siete tomos en 4.° mayor.	42	„

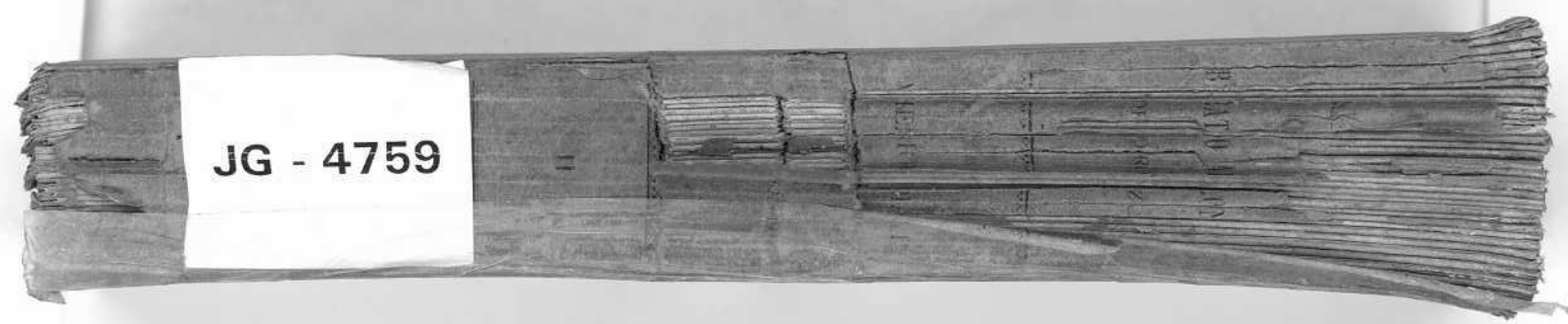
LIBRITOS DE PROPAGANDA

El Decálogo.—Los Sacramentos.—Los Mandamientos.—De la Fe católica. Una docena, 0'50; 100 ejemplares. .	3	„

VIDAS DE LOS SANTOS AGUSTINOS

Vida de San Agustín.—Vida de Santa Mónica.—Vida de Santa Rita de Casia.—Vida de Santo Tomás de Villanueva.—Vida de San Nicolás de Tolentino.—Vida de San Juan de Sahagún.

Los pedidos pueden hacerse, acompañando su importe, á la imprenta del Colegio de Calatrava, Salamanca.


JG - 4759